
El inspector Salazar y su equipo deberán detener a un homicida
antes de que haya nuevas víctimas...
LOS GATOS
CAEN DE PIE
M. J. FERNÁNDEZ

LOS GATOS CAEN DE PIE

(Inspector Salazar 06)

M.J. Fernández

«Los delitos llevan a las espaldas el castigo».
Miguel de Cervantes



Primera parte.

Capítulo 1.

Diana se llevó las manos a la garganta y se arañó la piel, en un esfuerzo desesperado por aflojar la presión de la cuerda que le cerraba el paso del aire. El instinto de supervivencia era más poderoso que su deseo de morir. ¿Qué le podía ofrecer la vida después de semejante desgracia? Nada. Desde la silla que ocupaba podía ver a su hija tendida en el suelo del comedor sobre un charco de su propia sangre. Hacía varios minutos que no se movía. Dejó de hacerlo después de la convulsión que sufrió cuando cayó herida. Diana ya conocía de cerca las señales de la muerte y por eso tenía la certeza de que había perdido a su pequeña para siempre. Ella sabía que en el salón que no alcanzaba a ver, el resto de su familia había sufrido la misma suerte de Carolina. Primero Erasmo y luego Simón. Ambos salieron del comedor para enfrentar al visitante inesperado y no regresaron. Las repetidas detonaciones que ella escuchó le dejaban pocas dudas acerca del motivo. En pocos minutos toda su familia desapareció, con excepción de uno: la oveja negra.

La falta de oxígeno comenzaba a nublar su conciencia, pero aun así percibió la humedad en las mejillas cuando las lágrimas desbordaron sus ojos. Su vida, su mundo y su familia quedaron destruidos en un abrir y cerrar de ojos, sin que ella supiera por qué.

Sus dedos trataron de asir la cuerda, pero el verdugo respondió con más presión. El dolor en la garganta era indescriptible, sentía que los pulmones le estallarían de un momento a otro, y la cabeza se le iba. Pronto se reuniría con los suyos y sería un dulce alivio dejar de sufrir. Si no fuera por ese instinto de conservación que la obligaba a luchar por su vida, a tratar de arañar al asesino, a hacer esfuerzos por respirar, aunque lo único que quería era dejar de hacerlo…

Ya los labios de Diana eran de color violeta, sus ojos parecían salir de sus órbitas, sus esfínteres se habían relajado y sus músculos se sacudían en

movimientos involuntarios. Era evidente que solo le quedaba un hilo de conciencia. Entonces el verdugo acercó sus labios al oído de su víctima y murmuró:

—*Sretan rođendan, «majci».*

Después de una última convulsión, el cuerpo se desplomó en el asiento con la flacidez de la muerte. Sin embargo, el asesino no quiso correr riesgos y apretó un poco más la cuerda durante un par de minutos. Ni podía, ni quería dejar supervivientes.

Solo aflojó la presión cuando estuvo seguro de que Diana Acosta había dejado este mundo. Entonces contempló su obra: todo había resultado según sus planes, pero todavía quedaba mucho por hacer.

Los cuerpos de Erasmo y Simón estaban en el salón, el de Carolina en el suelo del comedor y el cadáver de Diana amenazaba con caer de la silla donde murió.

Osvetnik se puso manos a la obra. Para cuando terminó, los cuatro cadáveres ocupaban sus correspondientes asientos alrededor del comedor. Entonces colocó un mantel limpio sobre el que volvió a servir la mesa con todas las convenciones de la etiqueta. No era muy diferente de la que Diana y sus hijos prepararon esa misma tarde, solo que esta vez había un cubierto más. Un visitante indeseable.

Osvetnik sacó la tarta del frigorífico y la colocó en el centro con ademanes ceremoniosos, mientras canturreaba una vieja melodía en honor de la familia que ya no lo podía escuchar. Luego cortó una porción del pastel, se sentó en una de las sillas desocupadas y comió con lentitud. No olvidó lavar los utensilios que usó. Contempló de nuevo su obra con satisfacción. Solo restaba una tarea.

No había transcurrido ni una hora cuando Milagros bajó del coche con prisas. Llegaba tarde a la celebración del cumpleaños de su amiga Diana. Se estremeció con el frío de una noche brumosa sin luna, ni estrellas. El ulular de un búho campestre le puso la piel de gallina. Milagros cerró el coche y se encaminó a la aislada casa. Le sorprendió encontrar la puerta entreabierta. El hilo de luz que se filtraba por la hendidura y que rompía la absoluta oscuridad le causó un escalofrío. Algo no estaba bien.

La vecina presionó el timbre con timidez y llamó a su amiga por su nombre, primero en voz baja y luego con mayor decisión. Como no hubo respuesta se aventuró a empujar la puerta y entrar con paso inseguro. El calor de la chimenea encendida la sorprendió y lejos de aliviarla, le

ocasionó resquemor. El olor a desechos humanos inundó sus fosas nasales y la obligó a detenerse. Tuvo la tentación de marcharse, pero se forzó a sí misma a seguir adelante. Estaba segura de que algo había ocurrido. Tal vez una cañería se desbordó en medio de la celebración y a Diana le vendrían bien un par de manos para ayudar. ¿Qué más podría explicar aquella fetidez? Las manchas en el suelo de madera del salón despertaron su curiosidad. Tenía la certeza de que no estaban allí esa misma mañana, pero no pudo adivinar qué las había causado. Siguió avanzando con lentitud, sin dejar de llamar a los Acosta por sus nombres hasta que llegó al comedor. Entonces sus gritos penetraron la noche riojana y espantaron a las rapaces de los alrededores.

Capítulo 2.

La llamada llegó durante la guardia de Sofía, quien después de escuchar la descripción de la escena del crimen por parte de los patrulleros, le pidió a García que avisara al inspector Salazar. No era habitual que algo impresionara a policías tan experimentados, como ocurrió en este caso. El homicidio de toda una familia en su propia casa justificaba que acudiera con su jefe. Así que lo esperó y salieron juntos en dirección al lugar de los hechos.

Cuando abandonaron la comisaría, Sofía le dio una corta explicación a Salazar sobre lo que iban a encontrar. Él asintió y se abstuvo de expresar su opinión. El silencio en la cabina del coche era tan opresivo, como impenetrable la oscuridad de la noche invernal. Localizaron el chalé del Barrio Estación gracias al GPS, pues se encontraba en una carretera auxiliar, muy alejado del vecino más próximo y rodeado de tierras sin cultivar y vegetación silvestre. Resultó un alivio distinguir las luces de las patrullas y las ambulancias, que les hicieron comprender que llegaban a su destino.

Después de identificarse con los guardias que vigilaban el perímetro, los dos policías entraron en la casa. Allí encontraron al equipo de la Científica escudriñando los rincones. Néstor reconoció con satisfacción que se trataba del grupo bajo las órdenes de Casimiro Barros. Los dos policías se enfundaron en los trajes de protección que les proporcionaron para que no contaminaran la escena del crimen, y se adentraron en el salón.

Hacía calor en la habitación en comparación con el exterior. Salazar observó que en la chimenea todavía quedaban rescoldos de un fuego que se negaba a extinguirse. La fetidez era nauseabunda. La mancha que se extendía sobre la madera recién pulida fue lo primero que llamó la atención de Néstor.

—Es sangre —afirmó uno de los peritos más jóvenes, al notar el interés del inspector.

—¿Lo habéis comprobado?

El técnico asintió.

—Resultó positivo para la prueba de Luminol. Y no es la única. Encontramos otra en la entrada al salón desde el comedor y también junto a la mesa.

—¿Tres víctimas?

—Cuatro —corrigió el perito—. A una de las mujeres la estrangularon. Presumimos que se trataba de la madre.

Néstor suspiró. Preveía que ese caso sería complicado. Como si tuviera poco con sus problemas personales. Sofía, a su lado miraba y escuchaba, en un esfuerzo por no perder detalle. El oficial a cargo de los patrulleros se acercó a los detectives libreta en mano.

—Me alegra que esté aquí, jefe —le confesó a Néstor—. Es la primera vez que veo algo como esto en todos mis años de servicio.

—¿De qué se trata, Gutiérrez?

—Las víctimas son una familia: padre, madre, dos hijos veinteañeros, chico y chica.

—¿Quién encontró los cuerpos?

—La vecina. Su nombre es Milagros Noguera.

—¿Vecina? No se ve ninguna construcción en kilómetros a la redonda.

—Así es. Todos los chalés de por aquí se encuentran muy alejados unos de otros. Sin embargo, la casa de la señora Noguera es la más cercana y ella era amiga de la señora Acosta, la madre de esta familia, quien hoy cumplía años. La familia invitó a la vecina para que los acompañara en una celebración modesta. Se le hizo un poco tarde y cuando llegó encontró la puerta entreabierta. Lo demás, usted ya se lo puede imaginar.

—¿Dónde está la señora Noguera?

—Sufrió una crisis nerviosa y los socorristas la trasladaron al hospital. Llamó a su esposo por el móvil y él fue quien nos avisó.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En el comedor. El asesino movió los cadáveres. Es lo más macabro que he visto en toda mi vida. Allí se encuentran ahora el juez y el forense, que llegaron hace unos minutos.

—Muy bien. Parece que tendremos un caso difícil por resolver.

—No lo crea, señor. De hecho, yo diría que solo dará trabajo con el papeleo. Lo que todavía no le he informado es que ya tenemos al culpable.

—¿Ya lo tenéis?

—Sí, señor. Cuando llegó la primera patrulla para atender la llamada, registraron la casa como ordena el procedimiento —afirmó el oficial con orgullo—. Lo encontramos en una de las habitaciones de arriba.

—¿Me está diciendo que el responsable del asesinato de esta familia cometió el crimen, movió los cadáveres y subió a esperar a la Policía en las habitaciones?

—En realidad, no es que nos esperara, inspector. Se trata del otro hijo de la pareja. Se durmió en su habitación después de drogarse. A su lado encontramos utensilios para el consumo de heroína. Además, su ropa estaba manchada de sangre y tenía el arma en la mano. El nombre del joven es David Acosta. Ya debe estar en las celdas de la comisaría.

Salazar dio las gracias al oficial. En vista de que encontraron al supuesto homicida con el arma humeante en la mano ordenó que se le realizara una prueba de parafina. Luego avanzó en dirección al comedor. Su compañera le siguió los pasos.

La escena que encontraron le causó escalofríos al curtido inspector jefe. Alrededor de una mesa arreglada con cuidado y buen gusto había cuatro cadáveres: los miembros de la familia que describió Gutiérrez. En el centro vio una tarta de cumpleaños a la que le faltaba una porción.

—El plato y la cucharita que usaron para comer el pastel los encontramos en la cocina recién lavados —anunció Casimiro a espaldas de Salazar—. Ya los enviamos al laboratorio por si quedó algún rastro de saliva que nos proporcione una muestra de ADN, pero lo dudo mucho.

Después de saludar al jefe de Científica, quien respondió con un bufido y regresó al salón para continuar con su trabajo, Néstor volvió a concentrarse en la escenificación que preparó el asesino.

En una esquina de la habitación vio al juez Antúnez, uno de los nuevos togados que asignaron a Haro después de que algunos meses atrás estallara el asunto de los juicios arreglados. Néstor todavía no había trabajado con este juez, pero según los cotilleos era rígido con las normas y apegado a la Ley, lo que a su juicio eran buenas referencias.

Salazar se acercó a Antúnez para presentarse a sí mismo y a su compañera. El juez respondió con formalidad y no se sorprendió por la apariencia desgarbada del policía. Era probable que también hubiera

escuchado rumores sobre él. Con actitud formal, Antúnez les proporcionó los nombres de las víctimas: el apellido de la familia era Acosta. El padre se llamaba Erasmo y era empresario. La madre, Diana, se ocupaba del hogar. Los hijos eran Simón, que según la vecina ya se había independizado, y Carolina que todavía vivía en la casa paterna. Con respecto a David, la oveja negra de la familia y ahora principal sospechoso, ni trabajaba, ni estudiaba, así que dependía de sus padres.

Javier Molina, el forense, que en ese momento se encontraba junto al cuerpo del hombre de mayor edad, saludó a los recién llegados y dejó su tarea por unos momentos para poner al día al inspector.

—Parece que siempre nos tocan los casos chungos —se quejó Molina.

—Pues según la opinión de Gutiérrez, este ya está resuelto.

—Ya veremos si cae esa breva.

—¿Qué nos puedes decir de los cadáveres?

—No mucho todavía. Llegué hace pocos minutos, así que tendréis que conformaros con los datos más evidentes —Néstor asintió sin protestar. A Javier le sorprendió esa actitud conformista, pero decidió concentrarse en el caso—. De acuerdo, lo que puedo adelantaros es esto: Erasmo, Simón y Carolina murieron abaleados. Diana fue estrangulada.

—¿Alguna idea de por qué la diferencia?

—Ninguna.

—¿Hay evidencia de que pudiera haber más de un asesino? —preguntó Sofía.

—Es demasiado pronto para afirmar o negar nada. En cualquier caso, deberás hacerle esa pregunta a Científica —argumentó Molina.

—Tienes razón, disculpa.

—¿Qué más puedes decirnos? —intervino Néstor.

—El padre recibió tres disparos a menos de un metro de distancia: uno a la cabeza, otro al corazón y el tercero en el estómago.

—El asesino se quiso asegurar de su muerte.

—Sin duda. Los hijos en cambio recibieron un disparo cada uno. Ambos en el corazón y a mayor distancia.

—Tal vez se trató de una eliminación de testigos —sugirió Salazar—. Es probable que el objetivo principal fuera el señor Acosta. ¿Qué me puedes decir de la madre?

—No le disparó. Es probable que la obligara a sentarse a punta de pistola, le rodeó el cuello con una cuerda gruesa y la estranguló. Las únicas

heridas de la señora Acosta se las causó ella misma al arañarse el cuello cuando trató de librarse de la presión de la cuerda.

—Tal vez tengamos suerte y arañara también al asesino —dijo Sofía.

—Lo sabremos cuando tengamos los resultados de la autopsia —señalo Néstor—. Así que se ensañó con el padre y con la madre. Los homicidios de ambos tienen un carácter muy personal.

—Eso confirmaría que el hombre que buscamos es el que sus compañeros encontraron drogado en su habitación —intervino el juez.

—Tal vez.

—No parece muy convencido, inspector.

—No lo sé. Se me hace difícil creer que alguien puede cometer un crimen como este, preparar un escenario tan macabro y después subir a su habitación a drogarse y dormir la mona.

—Tampoco parece obra de ladrones corrientes.

—No, tiene usted razón. Es demasiado apasionado, personal. ¿Sabemos la hora de la muerte?

—No he tenido ocasión de calcularla —confesó el forense—, pero debe ser reciente porque los cuerpos todavía conservan calor. Aunque Gutiérrez me comentó que cuando llegaron los primeros patrulleros encontraron la chimenea a tope y la calefacción encendida. Eso dificultará la precisión de las estimaciones.

—Tal vez el asesino previó que los cuerpos serían descubiertos pronto y quiso dificultar un poco nuestro trabajo —opinó Néstor.

—Es probable que así sea —reconoció Javier.

—¿Sabemos quién era el quinto comensal?

El forense negó con la cabeza, al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—¿El hijo menor, tal vez?

—Es posible —admitió Salazar—. Supongo que lo mejor será dejaros trabajar y ocuparnos de interrogar al supuesto homicida.

Capítulo 3.

Después de recolectar los primeros datos de la escena del crimen, Néstor y Sofía sabían que prolongar su presencia en el chalé solo serviría para estorbar a los expertos en su trabajo, así que decidieron regresar a «San Miguel» para interrogar al detenido.

El silencio volvió a apoderarse del habitáculo del coche cuando recorrieron el trayecto de vuelta. De vez en cuando, Sofía lanzaba miradas de reojo a su compañero, jefe y pareja, en un intento por descifrar sus sentimientos. En las últimas semanas, a Néstor se le veía triste, meditativo y silencioso. Muy diferente del hombre animoso y resuelto que afrontaba las adversidades con una sonrisa, mientras se burlaba de sí mismo. Echaba de menos a ese Néstor. En especial porque sospechaba que ella era el motivo de la melancolía de su compañero.

—¿Qué opinas? —le preguntó ella, cuando ya no se sintió capaz de soportar más el silencio.

—¿Sobre qué?

—Sobre el caso, por supuesto.

—Es demasiado pronto para sacar conclusiones, pero sospecho que no será tan sencillo como piensa Gutiérrez.

Pronunciadas estas palabras, Salazar volvió a caer en un mutismo, que él mismo rompió unos minutos después:

—¿Ya preparaste la maleta?

—Eh… Sí, aunque todavía me falta agregarle algunas cosas de último momento, pero nada que no pueda resolverse en media hora.

—¿Tienes el billete?

—Sí, claro.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—Todo está listo. No debes preocuparte. Además, creo que tú vas a estar bastante atareado con este caso.

—Sí, supongo que sí. Solo quería que supieras que puedes contar conmigo si necesitas ayuda.

—Eso ya lo sé. Gracias.

—¿Tienes…?

—No seas pesado, Néstor. ¡Ya te pareces a mi madre! —protestó ella, que comenzaba a sentirse un poco agobiada por el interrogatorio—. ¿No crees que sea lo bastante mayor para viajar sola? Además de que solo serán un par de meses: haré el curso, presentaré las oposiciones, y si todo sale bien, regresaré como inspectora.

—Claro, tienes razón, perdona.

Salazar volvió a guardar silencio. Desde que un par de semanas atrás, Sofía decidió prepararse y presentar las oposiciones para un ascenso, las inseguridades de Néstor comenzaron a jugarle malas pasadas. Se avergonzaba de sí mismo porque comprendía que su compañera tenía derecho a superarse en su carrera policial, y se alegraba por ella, pero las implicaciones lo preocupaban. Sofía llegó a Haro por no haber plaza para ella en Madrid, que fue donde la solicitó. Decidió quedarse por él, o eso quería pensar Néstor, pero ¿qué ocurriría cuando regresara a la capital? ¿Estaría dispuesta a volver a Haro? ¿Y si conocía a alguien más?

El inspector se avergonzaba de esos pensamientos. Sabía que no tenía derecho a coartar las aspiraciones de la mujer que amaba, así que callaba y sufría en silencio. Ni podía, ni quería hablar del asunto con nadie. Ni siquiera se podía desahogar con Paca.

Para cuando llegaron a la comisaría, ambos sentían que entre ellos se había levantado un muro. Invisible, pero infranqueable. Sintieron las bajas temperaturas de la noche invernal riojana en cuanto salieron del Corsa. Y sin embargo, Néstor lo encontró más soportable que el frío que experimentó dentro del coche.

El edificio de la comisaría era el único que mantenía todas las luces encendidas a esa hora. El contraste de una iluminación que desafiaba la oscuridad de su entorno, sumado a una arquitectura moderna en medio de construcciones centenarias, hacía que pareciera que una mano omnipotente y arbitraria lo hubiera colocado en forma artificial y caprichosa. Pese a todo, Salazar se sentía a gusto en su interior. Le parecía cómoda y práctica para el trabajo que se llevaba a cabo en sus instalaciones.

Después de saludar a García, le preguntaron por el detenido. Él les confirmó que ya se encontraba en las celdas del tercer piso. Aunque todavía

estaba un poco aturdido por los efectos residuales de la droga y la conmoción por lo que ocurrió, el hijo menor de los Acosta se encontraba en condiciones de que lo interrogaran. También se le tomó una muestra de sangre para realizar las pruebas toxicológicas. Néstor pidió que se le avisara a su abogado, o se llamara al de oficio que estuviera de guardia, pues quería hablar con él esa misma noche.

Mientras esperaban, Sofía decidió ocupar su escritorio en el segundo piso para redactar el primer informe con el cual se le presentaría el caso al comisario al día siguiente. Néstor, en cambio, se refugió en su despacho con la excusa de indagar un poco acerca de la familia Acosta antes del interrogatorio.

Una hora después, García le avisó al inspector jefe que el defensor estaba en la comisaría y había conversado con su cliente, así que podía iniciar el interrogatorio cuando lo deseara. Néstor miró su reloj. Eran las dos de la madrugada. No parecía una hora apropiada para un procedimiento de ese tipo, pero a él le pareció la mejor. Los sucesos eran muy recientes y David Acosta no habría tenido tiempo de elaborar una historia, o preparar una estrategia con su abogado. Salazar se comunicó con su compañera a través del móvil y ambos se encontraron frente a la sala de interrogatorios.

—¿Lista?

—Sabes que sí.

—¿Está activada la cámara? —le preguntó al guardia.

—Sí, señor. Todo lo que ocurra adentro quedará grabado.

—De acuerdo, entonces vamos.

El uniformado les abrió la puerta y les permitió pasar. Sentados a la mesa encontraron a un chico que apenas había alcanzado la mayoría de edad. Se removía en el asiento, mientras subía y bajaba las mangas de su jersey de lana, con lo cual pudieron ver las marcas de pinchazos que explicaban su extrema delgadez, además de una palidez y ojeras demasiado pronunciadas para alguien tan joven. Cada pocos segundos se sorbía la nariz y se secaba los ojos con la mano, mientras hacía esfuerzos notorios e inútiles para que no se le notara el llanto. A su pesar, Salazar se conmovió. Junto al detenido se sentaba un joven, apenas un poco mayor que David, ataviado con traje y corbata, con una mirada tan desamparada como la de su cliente.

Néstor les presentó a Sofía y luego a sí mismo antes de entrar en materia.

—¿Sabes por qué estás aquí, David?

El chico asintió y su llanto recrudeció.

—Sí. Creen que maté a mi familia, pero yo no lo hice, ¡joder! Yo los quería. Quería a mi madre, a mis hermanos… Nunca les hubiera hecho daño.

—¿Qué me dices de tu padre? —preguntó Salazar, al darse cuenta de la omisión—. ¿También lo querías?

El sospechoso se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Era mi padre, así que debía quererlo, ¿no?

—No es una respuesta muy convincente. ¿Lo querías o no? ¿Tenías buenas relaciones con él?

David se recogió la manga del jersey y la volvió a estirar, luego se sorbió la nariz y se limpió las lágrimas con la mano desnuda antes de encogerse de hombros.

—Nadie tenía buenas relaciones con mi padre. Al menos, nadie a quien yo conociera.

Néstor y Sofía se miraron entre sí. El chico comprendió enseguida las implicaciones de lo que acababa de decir y fijó la mirada en ellos.

—¿Puedes explicarnos qué quieres decir con eso? —lo precisó Sofía.

—Nada. Era mi padre y lo quería. También a mi madre y mis hermanos, aunque tuviera alguna discusión ocasional con ellos. Eso no significa nada. Pasa en todas las familias.

—¿Sabes de alguien que tuviera problemas con tu padre? —insistió Néstor.

—Era mi padre. No conseguirán que hable mal de él.

Salazar suspiró para atemperarse. Estaba cansado, preocupado por sus problemas personales y desconcertado por la escena que acababa de presenciar en el chalé de los Acosta. Sin embargo, comprendió que el joven frente a él acababa de perder a toda su familia a manos de un asesino cruel y despiadado. Tal vez fuera él mismo, o tal vez no. Si David Acosta era inocente le haría falta toda la ayuda posible para librarse de ser el chivo expiatorio del criminal. Y si era culpable necesitaría un tratamiento psiquiátrico y una penitenciaría especial, pues se trataría de un hombre muy enfermo. El inspector se armó de paciencia antes de hablar.

—Escucha, David. Comprendo que quieras ser leal a tu padre, pero dudo que eso le sirva de mucho a él ahora. Necesitamos saber la verdad y la

averiguaremos tarde o temprano con o sin tu ayuda. Te enfrentas a cargos muy graves. Si sabes algo, será mejor que lo digas en este momento.

El abogado susurró algo al oído de su cliente. Acosta bajó la cabeza y meditó por unos instantes, luego se secó las lágrimas y decidió cooperar.

—Mi padre era un hombre rígido, autoritario y egoísta, que hizo mucho daño a todas las personas que le rodeaban. Eso incluye a mi madre y toda la familia. Estoy seguro de que habrá más de una persona que mañana celebrará su muerte.

Capítulo 4.

Las palabras de David acerca de su padre actuaron como un revulsivo que abrió las compuertas de sus sentimientos. Salazar comprendió que lo que albergaba el chico por su progenitor no era amor, ni respeto, sino miedo. Un miedo que desapareció con la desaparición física del señor Acosta, y que aumentaba las probabilidades de que estuvieran frente al asesino.

—Háblanos sobre lo que ocurrió esta noche —le ordenó el inspector, mientras se sentaba frente al detenido con una actitud relajada.

—Llegué tarde, como siempre. Era el cumpleaños de mi madre, pero yo lo olvidé. Eso me costó una bronca con mi padre. Se enfureció y amenazó con echarme de la casa. Mi madre se puso a llorar y mi hermana a consolarla. Entonces Simón se sumó a mi padre para abroncarme…

—Así que sentiste que toda tu familia estaba en tu contra.

David asintió y volvió a jugar con las mangas del jersey. Los interrogadores guardaron silencio, porque así estimulaban al detenido a continuar con su declaración. El defensor se removió incómodo en el asiento. Cuanto más hablaba su cliente, más culpable parecía.

—Yo no lo hice —murmuró el chico sin dirigirse a nadie.

—¿A qué hora llegaste?

—A las diez y media. Se suponía que debía estar allí por la tarde para ayudar con los preparativos, pero tenía otras cosas que hacer.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Sofía. David encogió un hombro.

—Cosas…

—¿Comprar droga, por ejemplo? —intervino Néstor.

El joven Acosta bajó la mirada y habló en murmullos.

—La necesitaba… Era importante para mí. No saben cómo duele.

—Muy bien. Pasaste la tarde buscando la heroína, regresaste a casa y tu familia te recriminó que no colaboraste con la preparación del cumpleaños de tu madre. ¿Es así?

—Mi padre también se enfadó porque se me había olvidado —reconoció el joven, mientras rompía en llanto de nuevo—. No me importaba, y mi madre ya no volverá a cumplir años, ni podré felicitarla, ni darle un beso… ¡Ahora ella está muerta, joder! ¡Todos están muertos!

David acompañó sus palabras con un golpe del tacón en el suelo. Un gesto de pura frustración.

—¿Qué pasó durante la discusión? ¿Agrediste a tu padre y hermano, o ellos a ti?

—No, claro que no. Solo los dejé con la palabra en la boca y subí a mi habitación. Creí que mi padre me iba a seguir, pero no lo hizo. Supongo que mi madre le pidió que me dejara en paz.

—¿Tu padre solía escucharla?

David soltó una carcajada falsa y nerviosa que pretendió ser sarcástica, pero resultó fuera de contexto.

—Mi padre no escuchaba a nadie, pero era el cumpleaños de ella, así que supongo que hizo una excepción.

—¿Qué pasó después? —preguntó la subinspectora.

—Me dolía mucho. Ya hacía varias horas que había pasado el efecto de la última dosis, así que tenía unos calambres espantosos. Me encerré y…

—Te drogaste —precisó Sofía. Acosta asintió.

—Cuando me hizo efecto la dosis me quedé dormido. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero de repente me sacudieron para despertarme. Eran dos policías uniformados. Antes de que comprendiera lo que ocurría, me esposaron y me sacaron de mi habitación a empujones. En el trayecto hacia aquí me dijeron que mi familia…

David volvió a llorar y a secarse las lágrimas con las manos.

—¿No recuerdas nada más?

—Es todo lo que sé.

Sofía se quedó callada mientras observaba al joven, en un esfuerzo por calibrar si decía la verdad o mentía. Salazar se echó hacia atrás en el asiento también en silencio, y meditó por unos momentos. El detenido usaba ropa que le proporcionaron los policías. La que vestía al momento de su detención estaba en el laboratorio de Científica. Según Gutiérrez, la salpicaban manchas de sangre, aunque el detenido no tenía ni un rasguño.

—Precisemos algo, David —dijo por fin el inspector—. A tu padre le dispararon tres veces y tus hermanos recibieron un balazo cada uno…

Según tu versión, en ese momento dormías en la habitación de arriba. ¿No escuchaste nada?

—Estaba bajo los efectos de la heroína —se justificó el joven.

—¿Cómo llegó la sangre a tus ropas?

—¡No lo sé!

—¿No recuerdas nada?

David negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera decirle otra cosa, pero es todo lo que sé.

El tono del móvil de Néstor interrumpió el interrogatorio. Debía ser algo importante para que le enviaran un mensaje a esa hora. Lo abrió y lo leyó con interés. Entonces se enfrentó al sospechoso.

—La información es del equipo que registra tu casa. Encontraron una habitación con vitrinas de exposición que tiene todo tipo de armas.

—Mi padre era coleccionista.

—Lo sabemos. También hallaron el permiso para colección de armas expedido por la Guardia Civil, pero eso no es lo crucial, sino que cuando los oficiales entraron en tu habitación, tú tenías en la mano una *Beretta* 92, 9 m.m. que fue disparada en las últimas horas. ¿Cómo lo explicas?

—Alguien debió dejarla ahí mientras estaba inconsciente.

Salazar dio por terminado el interrogatorio, pues Acosta insistía en su inocencia, juraba que estaba dormido cuando todo ocurrió y que no recordaba nada más. Sin embargo, todas las evidencias lo señalaban como el asesino, lo que hizo que el inspector se preguntara si habría cometido el crimen en algún tipo de trance inducido por la droga, o por alguna enfermedad mental. Decidió que al día siguiente solicitaría una evaluación del detenido por el psiquiatra forense y esperaría el peritaje de balística sobre la *Beretta* para comprobar si era el arma homicida. Luego volvería a confrontar al detenido.

Sofía se quedó en la comisaría para terminar su guardia y Néstor se despidió. Cruzó la plaza de la iglesia y se adentró en las calles del casco viejo, sin poder evitar el azote del frío que le entumecía la nariz, las orejas y las manos. Y sin embargo tuvo suerte, pues era una noche brumosa en la que no soplaba el habitual viento helado que cortaba la piel cada vez que se cruzaba una esquina.

Salazar pasó frente al bar de Gyula, que ya estaba cerrado a esa hora, aunque la luz que se filtraba por debajo de la puerta le confirmó que el tabernero todavía no terminaba su jornada laboral. Estaría haciendo caja.

Néstor sintió una congoja en el pecho cuando pensó en Gyula. Era la primera vez en toda su vida que su mejor amigo se enfadaba con él hasta el punto de dejar de hablarle. Y sin embargo, Salazar sabía que había hecho lo correcto.

Alcanzó la buhardilla después de subir los tres pisos con toda la lentitud que le imprimió el cansancio de un día agotador. Como ya era habitual en los últimos días, Paca no salió a recibirlo. Al contrario, en cuanto él abrió la puerta y encendió la luz, la gata se bajó del sillón y corrió a refugiarse debajo de una silla en el rincón más alejado del salón, al mismo tiempo que lo miraba con desconfianza, atenta a cualquiera de sus movimientos como si él fuera una amenaza.

—¿Sigues enfadada conmigo, Paca? —La lustrosa gata negra ni siquiera maulló. Solo le clavó esa mirada de ojos amarillos, que era igual a la que reservaba para el veterinario—. De acuerdo, supongo que me lo tengo merecido, al menos desde tu punto de vista felino. ¿Es que no me vas a perdonar nunca?

Paca ni se movió. Néstor suspiró con resignación y se zambulló en un mar de autocompasión. Su mejor amigo no le hablaba, su novia se marcharía y él temía que fuera para siempre. Ni siquiera su gata quería saber nada de él. Sintió que su vida personal era una mierda, así que dio por inútiles los argumentos para convencer a Paca y arrastró los pies hasta que lo llevaron a su habitación, mientras los ojos amarillos de la gata seguían sus movimientos con resquemor.

Al día siguiente, Néstor se despertó con las primeras luces del alba. Echaba de menos las maniobras de Paca para que se levantara y le sirviera su tazón de leche matutino, pero desde que regresaron de la intervención quirúrgica para esterilizarla, la gata no permitía que se le acercara. Según el veterinario, ahora lo asociaba con la experiencia traumática de la cirugía. El licenciado también le decía que los gatos tenían memoria corta y que la rencorosa felina pronto olvidaría el procedimiento, pero ya habían pasado dos meses y la conducta de la gata empeoraba cada día. Era evidente que el veterinario no conocía bien a Paca.

Salazar se levantó pese a que solo durmió un par de horas, pero tenía las imágenes de la noche anterior grabadas a fuego en la memoria y estaba decidido a detener al asesino lo antes posible. Después de una ducha, de rasurarse y servirle el cuenco de leche a la gata, lo primero que hizo fue

llamar a la comisaría para que le dieran el paradero de Milagros Noguera, la vecina.

García le informó que la señora pasó la noche en el hospital y que le dieron el alta por la mañana. Debía estar en casa, con su esposo. Unos segundos después, Néstor recibía la dirección en un mensaje de su móvil.

El invierno continuaba su avance inclemente, pero Salazar no podía prescindir de su impostura, así que se puso el gabán arrugado por encima del traje y salió. Paca permanecía protegida debajo de la misma silla donde la dejó la noche anterior y vigiló cada uno de sus movimientos hasta que él se marchó. En su camino hacia la comisaría, el inspector se detuvo en un bar, donde pidió un café con poca leche y le agregó una cucharadita de azúcar. No le gustó. No era como el de «La Callecita». Este tenía sabor a soledad y fracaso.

Al llegar a «San Miguel» cogió las llaves del Corsa para visitar a la señora Noguera. Antes de abandonar la comisaría se preguntó si debería pedirle a Sofía que lo acompañara, pero entonces recordó que ella estuvo de guardia la noche anterior, así que lo mejor sería dejarla descansar. Además, le convenía acostumbrarse a la ausencia de su compañera. Aunque sería capaz de negarlo frente a cualquiera, todavía nadaba en un mar de autocompasión.

El chalé de los Noguera estaba tan cerca del de los Acosta como un político de la sinceridad. El inspector llamó a la puerta y a los pocos minutos le abrió un hombre que ya pisaba los sesenta años con la preocupación reflejada en el rostro. Salazar se presentó y le mostró su identificación. El señor Noguera lo invitó a pasar a un salón acogedor y demasiado caluroso para el gusto de Néstor. La calefacción debía estar a tope.

La señora Noguera apareció al cabo de un par de minutos. Se veía somnolienta y tenía el cabello despeinado. Era evidente que se había levantado de la cama, así que Salazar se excusó por haberla molestado, pero insistió en hacerle algunas preguntas para poder avanzar en la investigación.

—¡Ha sido espantoso, inspector! Nunca imaginé que me podría encontrar con algo así… La pobre Diana, y los chicos… ¿Lo hizo el pequeño de los Acosta?

—Todavía lo investigamos. ¿Por qué piensa que fue David Acosta?

—Los policías que acudieron a la llamada de emergencia se lo llevaron detenido mientras yo esperaba la ambulancia.

—Es uno de los sospechosos —reconoció Néstor—, pero todavía es pronto para llegar a conclusiones.

—Por supuesto. Sería terrible, pero no me sorprendería. Ese chico traía por la calle de la amargura a su pobre madre. Y ni su padre era capaz de enderezarlo. Con lo que era Erasmo.

—¿A qué se refiere?

—Era el tipo de persona… Usted ya sabe… Cuando él llegaba, todos se ponían firmes.

—¿Autoritario?

—No quiero hablar mal de los muertos…

—Si queremos atrapar al asesino de esa familia necesitaremos la verdad, señora Noguera. Aunque no sea políticamente correcta.

—De acuerdo. Erasmo era un tirano y un déspota.

—¿Llegó a maltratar a alguno de los miembros de su familia?

—No lo puedo asegurar. Diana siempre lo negaba y yo nunca le vi ninguna marca, pero su actitud… Era una mujer a quien se le notaba el sufrimiento y cuando él llegaba… En alguna ocasión la vi temblar.

—¿Sabe cómo era la relación entre Erasmo Acosta y sus hijos?

—Diana se quejaba de que era muy exigente con los varones. Ella le echaba la culpa de que Simón se hubiera marchado de casa en cuanto alcanzó la mayoría de edad. También decía que si Erasmo hubiera sido más cercano a sus hijos, tal vez David nunca habría caído en las drogas.

—¿Y la hija?

—Era la única a quien trataba bien. No era un padre cariñoso en ningún caso, pero al menos no la atosigaba.

—¿Y qué me dice de la madre?

—Para Erasmo, su mujer era poco más que una propiedad. Valiosa, pero solo en la medida en que satisficiera sus intereses.

—¿Cómo se llevaba Diana con sus hijos?

—En este caso, las cosas eran diferentes. Diana siempre defendía a sus hijos, así que ellos le demostraban afecto y la protegían en la medida de sus posibilidades.

—¿Incluso David?

—Según Erasmo, David era el preferido de su madre y ella habría sido la culpable de su vicio, porque lo consintió demasiado. Diana se lamentaba de que las drogas le arrebataron a su hijo menor, que siempre fue el más afectuoso.

—¿En algún momento David llegó a ser agresivo con alguno de sus padres?

—No, que yo sepa. Diana me contó que el chico comenzó a consumir drogas a los catorce años. A partir de entonces evitaba a su padre y era indiferente con el resto de la familia. Sin embargo, recuerdo que en una ocasión encontré a Diana muy disgustada porque David tuvo una fuerte discusión con su padre y llegó a amenazarlo de muerte.

—¿Sabe usted si hubo algún testigo presente en esa discusión? Que pueda declarar, por supuesto.

—Diana me comentó que se sintió avergonzada porque todo ocurrió frente a su nuera.

—La pareja de Simón —puntualizó Néstor. Milagros asintió.

Salazar tomó nota de la información antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Llegó usted a tratar en persona al menor de los Acosta?

—En realidad, no. Todo lo que supe de él fue a través de su madre.

Salazar pensó que la perspectiva de la señora Noguera con respecto a David no podía ser objetiva, pues era un reflejo de las opiniones de la propia Diana. De cualquier manera, se había hecho una idea clara de lo que se ocultaba detrás de las paredes del chalé de los Acosta.

Capítulo 5.

Cuando Néstor regresó a la comisaría, ya sus compañeros habían llegado. Solo faltaba Sofía, que después de la guardia tendría la mañana libre. Al igual que cada día, casi todos ignoraron su saludo. Solo Diji y Beatriz murmuraron un gruñido que sonaba parecido a los buenos días. Era lo habitual, por lo que se sintió cómodo. Según su experiencia, si sus colegas se mostraban amables debía esperar malas noticias. En cuanto pisó la sala, escuchó una voz atronadora a su espalda.

—Te estábamos esperando, Néstor —le anunció el comisario—. Sofía me dejó su informe acerca de la llamada que atendisteis anoche y quiero que lo discutamos.

Salazar expuso el caso a todo el equipo, que lo escuchó con la atención de un grupo de preadolescentes en una clase de educación sexual. Al terminar comprobó que no era el único que se sentía desconcertado por el crimen.

—No hay duda de que esto es obra de un loco —sentenció Remigio—. Y está claro que el asesino es el chico.

—Tal vez —respondió Néstor.

Pedrera soltó un bufido y se echó atrás en el asiento antes de hablar:

—Déjame adivinar, Salazar. Ya vas a buscarle las cinco patas al gato y decirnos que no crees que haya sido el hijo menor.

—Pues para ser honesto, no lo tengo tan claro.

—¡Vamos, no me puedo creer que no lo veas! —exclamó Miguel mientras enumeraba con los dedos—. Tenía un motivo: detestaba a su padre y tuvo una bronca con él y con su hermano mayor. Tampoco le faltaron los medios: la *Beretta* de su padre, que solo necesitó sacar de la vitrina. Y por último, contó con la oportunidad, pues estaba en la casa en el momento de los homicidios. Por si fuera poco, lo encontraron con la ropa manchada de sangre y según él, «no se acuerda» de nada, estaba dormido y no escuchó

los disparos. Si queréis saber mi opinión: tiene la palabra «culpable» tatuada en la frente.

—No lo sé. Si el chico disparó contra su familia, lo que tiene tatuado en la frente es la palabra «idiota» —argumentó el inspector jefe.

—A ver, que no me entero —intervino Remigio—. ¿No crees que fue él?

Toro y Pedrera se mostraron sorprendidos, mientras los subinspectores Cheick y Araya no perdían palabra de la discusión. El comisario Ortiz guardaba silencio porque todavía no tenía claro hacia qué lado debía inclinar la balanza. Néstor suspiró con resignación. En los últimos días lo hacía con demasiada frecuencia. Entonces se explicó:

—No dije que no lo creyera culpable, sino que si lo es, debe ser el asesino más tonto con el que nos hemos tropezado. Según parece, David Acosta cogió una de las pistolas de la exhibición de Erasmo, y después de cargarla, disparó contra su padre y sus hermanos. Luego obligó a su madre a sentarse a la mesa del comedor y la estranguló con toda su sangre fría. Entonces movió los cadáveres para sentarlos alrededor de la mesa. Después de eso, subió a su habitación, y con la ropa todavía manchada con la sangre de su familia se metió un chute de heroína y se acostó a dormir la mona. Lo siento, pero me cuesta creerlo.

—Es evidente que el chaval no está bien de la azotea —opinó Remigio—. Es la única explicación que cabe.

—Es posible —admitió Néstor—. Diji, por favor solicita una evaluación psiquiátrica para el detenido.

—Sí, señor.

—¿No crees que es posible que hayas interpretado mal el orden en el que se desarrollaron los acontecimientos? —sugirió Pedrera.

—¿A qué te refieres?

—Tal vez cometió el crimen bajo los efectos de la droga.

—Eso tendría más lógica —lo apoyó Remigio—. Esa porquería les funde las neuronas a los chavales.

Salazar lo pensó por un momento. No había contemplado la posibilidad y eso le molestaba. Debía reconocer que Miguel podía tener razón.

—¿Cómo lo explicarías? —le preguntó a Pedrera.

—Vamos a suponer que David llega a la casa, donde su padre y su hermano lo esperan para abroncarlo. Entonces él sube a su dormitorio, se droga, pero todavía está furioso con su familia. La heroína ha derribado las

barreras de contención, así que da rienda suelta a su enfado, baja las escaleras, coge la *Beretta*, la carga, les dispara a su padre y sus hermanos. Entonces se da cuenta de que hay una testigo del crimen; su propia madre. Está bajo los efectos de la droga, así que decide eliminarla.

—¿Por qué la estranguló? Según tu hipótesis, David tendría la *Beretta* en la mano. Estrangular a su madre no tendría sentido.

—A menos que implicara algo más que el homicidio, como el desahogo de un resentimiento muy arraigado —sugirió Diji. Néstor asintió en dirección al subinspector para señalar su acuerdo. Entonces planteó su argumento:

—¿Y después de hacer todo esto, en lugar de alejarse de la escena del crimen, subió a su habitación a dormir? ¿No te parece que algo no encaja?

—Quizá la misma droga le restó energía para hacer nada más.

—Hay algo que chirría en esa teoría —se obstinó Néstor.

—Es lo que crees porque lo enfocas como una persona normal, o casi… —argumentó Toro, mientras ignoraba el fruncimiento de ceño del inspector jefe— Estamos partiendo de la suposición de que el chaval no está del todo en sus cabales.

—Lo que planteas no es que se le haya ido la olla, sino que es estúpido.

—Yo creo que esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte —intervino Ortiz por primera vez—. Lo más prudente es esperar los resultados de la evaluación psiquiátrica y a partir de allí sacar las conclusiones.

Néstor iba a responder, cuando el tono de su móvil anunció la entrada de un correo. Se excusó, al mismo tiempo que ignoraba el fruncimiento de ceño del comisario. Después de comprobar que el mensaje tenía relación con el caso que discutían, Salazar lo abrió y lo leyó despacio, antes de informar al resto acerca de su contenido:

—La nota es de Casimiro Barros. Más tarde nos enviará el informe oficial, pero quiso adelantarnos los resultados, porque piensa que debemos saberlos cuanto antes.

—No es un procedimiento habitual para Científica. Y menos en Barros —reconoció Ortiz—. ¿De qué se trata?

—El asunto es mucho más complejo de lo que creímos. Según lo que encontraron en la casa de los Acosta, la familia ya había cenado cuando se cometieron los homicidios. Encontraron las sobras en la cocina. Alguien lavó los platos y volvió a poner la mesa…

—El asesino —señaló Diji.

—¿Qué importancia tendría que la familia ya hubiera cenado? —preguntó Beatriz, menos experimentada que sus compañeros. Salazar se lo explicó:

—Cuando llegamos anoche al chalé de los Acosta encontramos una escena arreglada: la mesa estaba puesta como si la familia se dispusiera a cenar, lo cual significa que después de cometer los homicidios, el asesino no se limitó a mover los cadáveres para sentarlos alrededor del comedor, sino que retiró los platos y cubiertos sucios con las sobras, los lavó y volvió a poner la mesa…

—¿Por qué hizo algo así? —preguntó Miguel—. No tiene sentido.

—Ninguno —reconoció Néstor—. En especial si consideramos que todo ese montaje debió llevarle tiempo. Un tiempo en el cual se arriesgaba a que lo descubrieran. La vecina que invitaron a la celebración, la señora Noguera se retrasó, pero si hubiera llegado a tiempo…

—Estaría muerta también —sentenció Ortiz.

—Eso sin duda. Supongo que un sujeto capaz de cometer un crimen como este y montar semejante escenario, no tendría ningún reparo en asesinar a cualquier testigo inoportuno, pero todo esto plantea una serie de incógnitas que no soy capaz de responder.

—¿A qué incógnitas se refiere, señor? —preguntó Beatriz.

—Cualquier asesino trata de abandonar la escena del crimen lo antes posible por muy loco que esté. En este caso, el perpetrador se lo tomó con mucha calma: movió los cuerpos, recogió las sobras, lavó los utensilios, volvió a poner la mesa... Si se trata del menor de los Acosta, luego subió a dormir la mona. Si es un tercero, además se tomó la molestia de sembrar las evidencias para incriminar a David. La primera pregunta que me hago es: ¿por qué? ¿Qué lo motivó a cometer los crímenes en primer lugar y a actuar en forma tan extraña, después?

—¿Quería enviar un mensaje?

—¿A quién? ¿Y qué significa ese mensaje? Además, ¿cómo calibró sus riesgos?

—¿Qué quieres decir?

—Bien, la cena era por la celebración de un cumpleaños. Y esas celebraciones suelen tener invitados. En este caso, solo una: la señora Noguera, pero ¿sabía esto el asesino? ¿Qué hubiera ocurrido si en lugar de una persona hubieran llegado siete, por ejemplo?

—¿Adónde quieres llegar, Néstor? —le preguntó Remigio—. Tus razonamientos ya me están dando jaqueca.

—Creo que es evidente que el asesino conocía bien a los Acosta. Lo suficiente para saber que no invitarían a un grupo nutrido de personas.

—Eso nos lleva de nuevo al hijo.

—O a cualquiera que tuviera una relación estrecha con la familia. Debemos mantener los ojos muy abiertos con respecto a los allegados a los Acosta: parientes y amigos.

—¿Qué sabemos al respecto? —preguntó el comisario.

—Por la conversación que sostuve con la vecina, Simón, el hijo mayor, mantenía relaciones con una joven —informó Néstor, mientras consultaba sus notas—. Su nombre es Araceli Esquivel. Por otro lado, Carolina también tenía pareja: Un chico llamado Mateo Rondón, nombre que la señora Noguera pronunció con un gesto de desagrado.

—¿Sabes por qué?

—Solo me dijo que no era un chico recomendable.

—¿Es la opinión de la vecina? —preguntó Miguel.

—También era la opinión de los Acosta de mayor edad.

—Eso sí es interesante. ¿Alguien más?

—Según doña Milagros, la vida social de la familia en general era muy reducida. Ella era la única amiga de Diana y no sabe nada acerca de las amistades de Erasmo.

—Lo cual no significa que no existieran.

—Desde luego. Luego tenemos el ámbito profesional. Diana se quedaba en casa, así que no hay mucho que investigar por allí.

—¿Y Erasmo?

—Era socio capitalista de una empresa que fabrica maquinarias para la producción de vino. Al parecer le iba muy bien.

—¿Sabemos el nombre de la empresa?

—«Vincomar Haro».

—¿Quiénes eran sus socios?

—Todavía no lo he averiguado. ¿Beatriz?

—Sí, señor. Enseguida me pongo a ello.

—De acuerdo —intervino Santiago, tomando el control de la reunión con su vozarrón—, Remigio y Diji, vosotros ocupaos de interrogar a las parejas de los hijos. Néstor, tú visita la fábrica y entrevista a los socios…

—Es uno solo, señor —lo corrigió Beatriz, que en ese momento consultaba el registro de la empresa—. Su nombre es Rogelio Bustillos.

—De acuerdo. Hazte cargo.

Néstor asintió sin decir palabra.

—¿En qué piensas?

—En la escena. Creo que debemos prestar especial atención al contenido de los estómagos de las víctimas en los resultados de las autopsias.

—¿Por qué? —preguntó Pedrera—. Ya Científica nos confirmó que habían cenado.

—Me gustaría saber quién se comió la ración de tarta que falta.

—¿A quién le importa? —preguntó Remigio.

—Sospechas que pudo ser el asesino —sugirió Santiago, que ya conocía la forma de razonar de su inspector jefe.

—Es lo que temo. Y aunque os juro que me da escalofríos, tengo la imagen de un sujeto que se sienta a comer un trozo de tarta en una mesa rodeada por los cuerpos de las personas que él mismo acaba de asesinar. Me temo que nos enfrentamos a un monstruo.

Capítulo 6.

Sofía había hecho los deberes antes de terminar su guardia. Después de concluir los informes citó a las parejas de Simón y Carolina para que acudieran a la comisaría a declarar, así que cuando finalizó la reunión, ya ambos jóvenes esperaban en «San Miguel». Néstor les cedió su despacho a sus compañeros para que entrevistaran a los testigos, mientras él salía en dirección a la empresa de Erasmo.

Remigio ocupó la silla de Salazar y Diji se quedó de pie detrás de él con sus dos metros de humanidad. Toro le pidió a Lali que hiciera pasar primero a la chica. Araceli entró con el rostro bañado en lágrimas. La Policía la había llamado a las tres de la madrugada. Le informaron que su novio estaba muerto antes de que pudiera sacudirse los últimos vestigios del sueño. Alguien le disparó al corazón en la casa de sus propios padres. Desde que la noticia alcanzó la conciencia de la joven, no había sido capaz de contener las lágrimas.

Lali acompañó a Araceli hasta el despacho y le presentó a los policías que la entrevistarían. Luego se retiró. La novia de Simón dio un respingo cuando vio al gigante subsahariano de pie detrás del policía más viejo, a quien le presentaron como el inspector Toro. La aprehensión de la joven cedió cuando Diji le sonrió. El policía de mayor edad tomó la palabra.

—Lamentamos haberla hecho venir después de la tragedia por la que está pasando, señorita Esquivel, pero es importante que recopilemos toda la información posible acerca de la familia Acosta. Eso nos ayudará a encontrar a su asesino lo antes posible.

—Lo comprendo, inspector. Estoy dispuesta a colaborar en todo lo que pueda para que detengan al que hizo esto. Lo que ocurrió es tan espantoso que todavía no lo puedo creer. Me parece que estoy inmersa en una pesadilla y que en cualquier momento despertaré para encontrar a Simón a mi lado —respondió Araceli entre sollozos.

—De acuerdo, trataremos de ser breves. ¿Tiene usted conocimiento de si los Acosta tenían enemigos? ¿Recibieron alguna amenaza?

—Si los tenían, nunca los mencionaron… Sin embargo… No me malinterprete, inspector, yo adoraba a Simón y él era un gran chico, pero su familia era algo extraña.

—¿En qué sentido? —preguntó Diji.

—Eran demasiado reservados. Me refiero a que el ambiente de esa casa era opresivo, como si en cada rincón se guardara un secreto y todos tuvieran que ir de puntillas.

—Al parecer, usted no se sentía cómoda con los Acosta.

—Debo reconocer que no. Al menos, no con todos. Me llevaba bien con doña Diana y consideraba a Carolina una buena amiga, pero los demás…

—¿Se refiere al señor Acosta y a su hijo David?

Araceli asintió. Remigio y Diji guardaron silencio. Como esperaban, la joven Esquivel sintió la necesidad de llenarlo.

—Don Erasmo era demasiado severo, autoritario y déspota. Nunca lo vi sonreír. Debo reconocer que su presencia me causaba escalofríos.

—¿Era maltratador?

—No era eso —reconoció Araceli, con un encogimiento de hombros—. Si me pregunta mi opinión, le diría que no lo necesitaba. Todos le tenían miedo. Cuando él estaba cerca, doña Diana se encogía y hablaba en voz más baja, Carolina miraba de reojo hacia los rincones, como si quisiera comprobar que su padre no escuchaba lo que decía. Hasta Simón se cohibía en su presencia. Creo que esa fue la razón por la que decidió independizarse.

—¿Qué me dice de David? ¿También le tenía miedo a su padre?

—Yo diría que era quién más le temía. David era el menor y tanto su madre como sus hermanos siempre trataban de protegerlo de la ira de don Erasmo.

—¿Lo conseguían? —preguntó Cheick.

La señorita Esquivel negó con la cabeza.

—Casi nunca. Al contrario, la conducta protectora del resto de la familia enardecía más al señor Acosta.

Remigio asintió y tomó nota antes de continuar el interrogatorio.

—¿Cómo reaccionaba David cuando su padre lo confrontaba?

—Casi siempre lo evadía. Subía a su habitación, o se iba de la casa.

—¿Alguna vez intentó agredir a su padre, o profirió alguna amenaza en su contra?

—Debo reconocer que en una ocasión escuché a David gritarle a su padre que quería verlo muerto, pero fue más un deseo que una amenaza. Tengo entendido que mi cuñado es sospechoso, pero pensar que él asesinó a sus padres y a sus hermanos es una idea ridícula. Le confieso que no me llevo bien con David. Siempre me pareció que se aprovechaba de Simón, pero no lo creo capaz de...

Araceli calló cuando las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

—Parece muy segura de lo que afirma —opinó Diji— ¿Puede decirnos por qué?

—Porque David es un pusilánime —respondió la joven, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo—. Es el rey de la evasión, así que resuelve todos sus problemas huyendo.

—¿De quién sospecharía usted? —le preguntó Remigio.

—No me siento capaz de acusar a nadie, inspector, pero cualquiera sería mejor sospechoso que mi cuñado.

Después de agradecer a Araceli por su colaboración, el inspector Toro le pidió que le proporcionara todos sus datos a Lali antes de irse, para que pudieran localizarla si era necesario hablar de nuevo con ella. Cuando la novia de Simón se marchó, Remigio le pidió a la secretaria del comisario que hiciera pasar a Mateo Rondón.

El lugar de Araceli lo ocupó un joven de andares chulescos y pintas estrafalarias. Después de sentarse comenzó a removerse en la silla como si estuviera a punto de echar a correr. No se veía muy afectado por los acontecimientos recientes. Su actitud le pareció sospechosa al policía veterano.

—Muy bien, señor Rondón. Lamentamos haberle hecho venir, pero su declaración es necesaria. Trataremos de ser breves. Díganos, ¿desde cuándo mantenía una relación con la señorita Carolina Acosta?

—Nos conocimos hace unos seis meses.

—¿Puede decirnos dónde?

—En la fiesta de un colega. Hablamos, la chavala me gustó mogollón, y yo a ella, así que después de un rato nos abrimos y ya se pueden imaginar lo demás. Lo había dejado con el ñoño de su novio unas semanas atrás, así que yo la consolé. Tú me entiendes...

—¿Carolina estaba comprometida cuando comenzó a salir contigo? —precisó Toro, al mismo tiempo que tomaba nota.

—Acababan de dejarlo. Que no estás al loro, tío.

—¿Sabes cuál es el nombre de este exnovio?

—Pues no lo pregunté, tal vez la chica de Simón lo sepa. Era muy amiga de Carol.

Remigio miró a Diji, quien comprendió de inmediato. Sin decir una palabra, el subinspector salió del despacho para comunicarse con Araceli y preguntarle por el novio despreciado. Era un sujeto de interés para la investigación, pues tendría un motivo, algo de lo que andaban escasos.

Rondón siguió a Diji con la mirada mientras salía, y luego volvió a prestarle atención al policía viejo.

—¿Dónde estabas anoche a la hora del crimen?

—¿Dónde iba a estar? En mi cama, dormido.

—¿Por qué no asististe a la celebración de cumpleaños de tu suegra?

—¡Uuuuuhhhh! Para el carro, tío, no te embales. Eso de suegra me eriza la piel. Suena a compromiso, boda y ese tipo de cosas. No es lo que estaba planteado. Carol y yo lo pasábamos fenomenal cuando estábamos juntos, pero no significa que sonaran campanas de boda. Solo nos divertíamos.

—Eso no responde mi pregunta.

—El viejo no me soportaba, ni yo a él. La vieja era un poco más hipócrita, pero se le notaba el asco cuando me veía. Así que Carol ni se molestó en invitarme. ¿Para qué?

—¿Cómo te llevabas con Simón?

Mateo se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que prefería al otro tío para su hermanita, pero disimulaba. En el fondo, me veía como un capricho del que Carolina se cansaría tarde o temprano. Y te confieso que yo tenía la misma impresión. De lo que no estaba seguro era de quién se aburriría primero.

—Así que nadie te quería en esa casa, con excepción de tu novia.

—Es la historia de mi vida.

—Ninguno te apreciaba y ahora todos están muertos.

—Oye, no te vayas por ese camino, madero. Yo no tengo nada que ver con lo que pasó. Además, recuerda que mi chica también está muerta.

—No pareces muy afectado por eso.

—Tampoco es que fuera la mujer de mi vida. Reconozco que lo lamento, pero me repondré. ¡Hay muchos peces en el mar!

Remigio fijó la mirada en el testigo al escuchar esas palabras. Comprendió que estaba frente a un sujeto egoísta y apático. Con gusto le hubiera soltado un sopapo por su insensibilidad, pero no podía hacer algo así. En lugar de eso decidió que investigaría los antecedentes criminales de Rondón. La actitud del tío lo convenció de que se encontraba frente a un delincuente. Así que lo puso a la cabeza de sus sospechosos.

—De acuerdo, señor Rondón. Me alegra haberlo conocido. Por favor, manténgase localizable por si necesitamos contactarlo de nuevo.

—¿Eso es todo?

—Por el momento —respondió el policía, al mismo tiempo que desplegaba una sonrisa que erizó la piel del testigo.

Capítulo 7.

Néstor usó el Corsa para llegar hasta Vincomar Haro, la empresa que pertenecía al padre de los Acosta. Se encontró frente a un local de grandes dimensiones. A esa hora, ya Lali habría contactado a Bustillos para anunciarle la visita del inspector. En efecto, el segurata no le puso ningún impedimento cuando le dio su nombre. Ni siquiera necesitó mostrar su identificación. Era evidente que lo esperaban.

Salazar aparcó en la plaza que le señaló el empleado de seguridad, quien después de mirarlo de arriba abajo con descaro, le pidió que lo siguiera. Néstor entró al edificio y en cuanto cruzó la puerta se quedó con la boca abierta. Él era jarrero de nacimiento y conocía el proceso de elaboración del vino desde que era un chiquillo. Recordó un paseo escolar cuando tenía siete años. Los llevaron a una bodega para mostrarles de dónde salía el caldo riojano. Sin embargo, el inspector no estaba preparado para lo que vio: docenas de obreros que trabajaban el metal para fabricar tolvas de recepción, depósitos para la maceración y la fermentación, equipos de remontado y bazuqueo, así como máquinas para cada uno de los pasos que convertían la uva en vino.

Al fondo pudo ver una oficina que se elevaba sobre una estructura metálica. En la medida en que se acercaron, se dio cuenta de que el despacho estaba rodeado con ventanales protegidos por persianas, de manera que sus ocupantes controlaban todo lo que ocurría en la fábrica de un solo vistazo. Alguno de los dueños era obseso del control y sospechó que se trataba del occiso.

Subieron la escalera metálica y accedieron a la antesala de la oficina, donde los esperaba una secretaria que hizo una mueca de disgusto cuando vio a Néstor. Era seguro que pensaba que el asesinato de su jefe merecía un investigador con más cuidado por su apariencia. Néstor sonrió para sus adentros. Los prejuicios nunca le fallaban.

—Pili, este es el policía que espera el señor Bustillos —le señaló el segurata, antes de marcharse y dejar plantado a Salazar.

—¿Usted es policía?

—Lo mismo preguntan siempre mis superiores.

Pilar parpadeó, desconcertada.

—El señor Bustillos lo espera.

—Gracias. Por cierto, cuando termine de entrevistar a su jefe, me gustaría hablar con usted.

—¿Para qué? Yo no sé nada. Solo soy la ayudante.

—Por eso —respondió Salazar, quien tenía mala experiencia con las secretarias.

Pili anunció al inspector y lo acompañó hasta la puerta. El despacho era más amplio de lo que parecía y mantenía una temperatura agradable. Había dos escritorios; el más cercano a la entrada estaba vacío, mientras que el del fondo lo ocupaba un sexagenario de cabello cano y expresión afable que se levantó de la silla en cuanto vio al inspector.

Después de los saludos y las fórmulas de cortesía de rigor, el inspector se sentó frente a Bustillos y Néstor entró en materia.

—¿Era usted amigo del señor Acosta?

—Nuestra relación era laboral. Erasmo no era una persona proclive a hacer amistades.

—Debo confesarle que esperaba encontrar la empresa cerrada por luto.

—Estamos atrasados con algunos encargos y nuestros clientes no merecen verse perjudicados por lo que ocurrió —se justificó Rogelio, mientras se removía inquieto en el asiento—. Además, estoy seguro de que el señor Acosta no hubiera aprobado la suspensión de nuestras actividades.

—No parece usted muy afectado por la pérdida.

—No se equivoque, inspector. Estoy conmocionado. No solo por la muerte violenta de mi socio, sino también por el resto de su familia. Ya me puse en contacto con Araceli y le ofrecí mi ayuda sin restricciones. También acudiré a las exequias cuando se celebren.

—¿Qué acuerdo tenía con el señor Acosta? ¿Eran socios al cincuenta por ciento?

—No. Yo provengo de una familia que elabora vino desde hace cinco generaciones. Él aportó el capital.

—Ya veo. ¿Qué porcentaje de participación tenía cada uno?

—Él contaba con el setenta por ciento de las acciones.

—Eso significa solo un treinta por ciento para usted. Así que Acosta era quien tomaba las decisiones y se llevaba la mayor parte de las ganancias, mientras usted hacía todo el trabajo.

—¿Adónde quiere llegar, inspector?

—A la verdad. ¿Quién hereda la parte del señor Acosta? ¿Su hijo, David?

Rogelio negó con la cabeza.

—Tendré que consultarlo con los abogados. Lo único que puedo decirle es que Erasmo no confiaba en David, así que lo excluyó de su testamento hace algunos años. Y a la vista está que tenía razón.

—¿Quiere decir que según usted el responsable de los homicidios es el menor de los Acosta?

—Y no soy el único. Si ustedes no pensaran lo mismo, no lo habrían detenido.

—¿Cómo sabe que David Acosta está bajo arresto, señor Bustillos?

—Ya le comenté que hablé con Araceli. Ella me lo contó.

—Ya veo, pero volvamos al asunto de la sucesión. No me creo que usted no sepa cuál será el destino de la fábrica, ahora que su socio ha muerto.

—Los herederos eran su esposa y sus hijos mayores; Simón y Carolina.

—Que también están muertos. ¿Cuáles serían las disposiciones testamentarias en este caso, señor Bustillos?

—¿Por qué cree que yo lo sé?

—Porque estoy seguro de que lo primero que hizo cuando se enteró de la noticia fue llamar a sus abogados. Eso si no lo sabía ya. Recuerde que si quiero averiguarlo, solo necesito hacer un par de llamadas. Agradecería que me ahorrara el trabajo.

—Muy bien. Erasmo no confiaba en su hijo David para mantener la fábrica en funciones a su muerte, así que… bien, según nuestros abogados, con la desaparición del resto de la familia Acosta, todas las acciones pasarían a mi nombre.

A Salazar no le tomó por sorpresa la revelación de Rogelio. Para desesperación de su interlocutor no dijo una palabra, ni movió un músculo de su cara.

—¿Dónde estuvo anoche?

—En casa, por supuesto.

—¿Alguien lo puede confirmar?

—Mi esposa, mi hija y la asistenta.

—Muy bien —dijo Néstor, mientras tomaba nota—. ¿Cómo entró en contacto con el señor Acosta?

—Nos presentó un amigo común. Me dijo que conocía un madrileño con mucho dinero que decidió mudarse a Haro y quería invertir en una empresa de maquinaria para bodegas.

—¿Un amigo común? —repitió Salazar, con la expresión de falsa inocencia que había ensayado en los últimos días frente al espejo. Desde que Paca se enfadó con él, no mostraba interés en sus prácticas histriónicas—. Creí entender que el señor Acosta no tenía amigos.

—No es que no los tuviera, sino que eran muy pocos. De cualquier manera, quien nos puso en contacto era más amigo mío que de él.

—¿Puedo saber su nombre?

—Si está pensando en involucrarlo, olvídelo, inspector. No vive en España.

—El nombre, por favor.

—Horacio Vargas.

Salazar lo apuntó en su libreta.

—¿Sabe de dónde procedían los fondos que invirtió el señor Acosta?

—Me dijo que los heredó.

—¿Usted hizo alguna investigación al respecto?

—Eh… No. No había razón para dudar de su palabra.

Néstor fijó la mirada en su testigo por unos momentos. Aunque no expresó en voz alta lo que rondaba su cabeza, era evidente: si Rogelio investigaba y resultaba que los fondos tenían un origen ilegal, podía despedirse del negocio. Era mejor permanecer en la ignorancia.

—¿Cómo entró en contacto el señor Vargas con Acosta?

—Horacio es abogado. Creo que Erasmo fue su cliente. Le planteó que quería fundar una fábrica como esta y necesitaba un socio que conociera bien el proceso vinícola. Que llevara la enología en las venas. Entonces mi nombre surgió en la discusión. Me lo propusieron, me gustó la idea y aquí estamos.

—¿Aportó usted capital?

—No.

—Muy bien. Pasemos a otro asunto. ¿Cómo eran sus relaciones personales con el señor Acosta y su familia?

—No tenía mayores problemas con Erasmo…

—Eso suena a lo contrario de lo que dice. Entonces, había problemas.

—Los roces son inherentes a las relaciones humanas ¿no cree, inspector? —argumentó Rogelio, mientras se removía en la silla como si estuviera incómodo. Este policía lo estaba poniendo de los nervios. Parecía tonto, pero solo era una pose, así que no debía bajar la guardia.

—No respondió a mi pregunta, señor Bustillos.

—Erasmo tenía un carácter difícil. Siempre quería salirse con la suya y controlarlo todo, pero en ocasiones lo que él proponía no era lo mejor para el negocio. Entonces teníamos alguna diferencia de opinión, pero nunca pasó de alzar un poco la voz.

—¿Hubo alguien con quien esas discusiones involucraran algo más que decibeles?

—Solo recuerdo una ocasión —dijo Rogelio, después de meditar por unos momentos—. Un operario cometió un error y se perdió medio día de la cadena de producción. Sin embargo, no fue culpa del chico, sino de una herramienta que falló al momento de calibrar. Aun después de que supimos la causa del problema, Erasmo se empecinó en despedir al empleado, para «dar ejemplo».

—¿El nombre del empleado?

—Guillermo Caro.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace seis meses. La discusión fue bastante subida de tono. Recuerdo que Guillermo le prometió que se lo pagaría.

Néstor asintió, mientras tomaba nota. La entrevista estaba resultando fructífera.

—Investigaremos al señor Caro.

—Le conté esto porque usted me presionó, inspector, pero estoy seguro de que Guillermo no tiene nada que ver con el crimen tan atroz que investiga. Es un buen chico.

—Se sorprendería de la cantidad de «buenos chicos» que pueblan las cárceles porque son culpables de delitos terribles.

Al terminar la entrevista, Salazar sostuvo una conversación con la secretaria, quien corroboró las declaraciones de su jefe. Tal vez decían la verdad, o quizá se habían puesto de acuerdo antes de su llegada. Anotó los datos de Pilar y abandonó la fábrica con la certeza de que él y sus compañeros tenían mucho trabajo por delante. Miró su reloj. Era hora de cumplir su palabra, aunque era lo último que quería hacer.

Capítulo 8.

Néstor se apresuró al comprobar que el tiempo se le venía encima. Sin embargo, antes de coger el coche tuvo tiempo de llamar a Diji y pedirle que investigara a Guillermo Caro. La suerte estuvo de su lado, así que llegó cinco minutos antes de la hora.

El inspector se apeó del coche y entró a la Estación a paso apresurado. Se encontró en medio de una multitud que se movía a su alrededor, así que pasaron varios segundos antes de que pudiera localizar a Sofía. Néstor sintió una profunda congoja cuando la vio cerca de la salida al andén, con una pequeña maleta de mano a su lado. Entonces lo asaltó el repentino temor de no volver a verla. Sabía que no debería sentirse así, que era un egoísta por albergar esos temores, que ella tenía todo el derecho de progresar por sus propios medios y cumplir sus sueños, pero la inseguridad no es un interruptor que se pueda encender y apagar. Por mucho que se repetía a sí mismo todos esos argumentos, que creía en ellos con honestidad y los hubiera defendido ante cualquiera, en el fondo todo se reducía al miedo a perderla.

Después de un largo suspiro para darse ánimos, Salazar se acercó a la mujer que amaba. Sofía no lo había visto. En la medida en que se acortaba la distancia entre ellos iba repitiéndose a sí mismo que era un cenutrio, que no había ninguna razón para sentirse mal. Ella se ausentaría un par de meses, se prepararía, presentaría las oposiciones y regresaría a su lado. Eso era todo. Ojalá hubiera podido creer sus propios argumentos, pero ese día no se sentía muy convincente.

La subinspectora captó su presencia por el rabillo del ojo, se giró hacia él y sonrió.

—¡Néstor! Me alegra que llegaras a tiempo. Ya temía que tendría que marcharme sin poder despedirme de ti.

—No me lo hubiera perdonado. Lamento la demora. Me entretuve más de lo que esperaba con el socio de Erasmo Acosta y su secretaria.

—¿Te dijeron algo interesante?

Salazar la puso al día con el caso y le refirió la entrevista con Bustillos, así como los nombres que salieron a relucir en ella.

—Vaya, está claro que deberéis investigar al exempleado despedido y al socio. Tanto la venganza como la avaricia son dos buenos motivos. Lamento tener que marcharme justo en este momento. Este caso promete ser más complicado de lo que parecía en un principio. Yo estaba segura de que el asesino era David Acosta.

—Todavía no lo descarto —reconoció Salazar y guardó silencio. Se sentía como un tonto, pues no sabía qué hacer, ni qué decir. Sofía, que ya lo conocía bien, comprendió enseguida lo que ocurría.

—Solo serán unas pocas semanas, Néstor. Nos echaremos de menos, pero cuando regrese compensaremos el tiempo de la separación.

—Sí, claro, perdona. Es que no me gustan las despedidas.

Ella sonrió, lo abrazó y le obsequió con un largo y apasionado beso. Cuando se separaron, el inspector temblaba. Para disimular, desvió la mirada y cogió la maleta.

—Será mejor que entremos al andén, o perderás el tren.

Sofía respiró profundo y asintió. Tenía sentimientos encontrados: estaba entusiasmada porque frente a ella se abrían nuevos retos y al mismo tiempo la entristecía separarse de Néstor durante dos largos meses.

Cuando llegaron al andén, ya los pasajeros estaban abordando, así que se dieron un corto abrazo y un beso inocente para despedirse. Salazar le entregó la maleta de mano y vio como Sofía se perdía dentro del ferrocarril. Se sacudió la tristeza como un perro se sacude el agua y salió de la Estación a paso apresurado sin mirar atrás. Ya tendría tiempo de nadar en el mar de la autocompasión. Ahora debía concentrarse en el caso que debía resolver.

Santiago no programó ninguna reunión para ese día. Era evidente que quería que recogieran toda la información posible antes de discutirla, así que Néstor decidió hacerle una visita a Casimiro Barros. Tal vez pudiera adelantarle algo acerca de los peritajes de la escena del crimen y la presunta arma homicida.

Se detuvo en una pastelería en su camino a la Jefatura Superior, y después de comerse un par de fardalejos acompañados por un café, el inspector compró media docena de pasteles y un capuchino para llevar. La

bebida todavía estaba caliente cuando entró en los laboratorios de Científica.

Barros puso los ojos en blanco cuando lo vio, y se maldijo a sí mismo al darse cuenta de que había comenzado a salivar. El cabrón de Salazar acostumbraba sobornarlo con dulces y café para que le diera prioridad a sus casos. Y ya se sabía que la carne era débil… En especial la de él, que siempre estaba a dieta por decisión de su mujer.

Néstor sonrió cuando localizó a Casimiro y se acercó a él con todo el descaro posible. A Barros se le desvió la mirada hacia sus manos y como no, allí estaban, el café y las ros… Un momento, que esa no era una bolsa con las habituales rosquillas. Esta vez, el muy… se presentó con una bandeja de pasteles. Casimiro receló. ¿Qué le pediría a cambio de semejante soborno?

—Hola, Casi. ¿Cómo te trata la vida? Después de la nochecita que pasasteis en el chalé de los Acosta, he pensado que te apetecería un dulce.

—¡Qué estoy a dieta, joder! Como mi mujer se entere…

—Pues como no te haya mandado a vigilar, pero oye, que yo comprendo. No te preocupes, si estás a dieta repartimos estos pasteles entre tus chicos, que seguro que les vienen de perlas, y tan contentos. Que la salud es cosa seria y las dietas hay que respetarlas.

—¿De qué son?

—Crema y chocolate.

—¡Tráelos acá! Como se te ocurra repartirlos te meto una hostia que te pongo en órbita. Y el café también, que mi almuerzo de hoy fue un filete de pescado hervido y dos cucharadas de espinacas. ¡Me quedé con más hambre que un ratón de ferretería!

—Vale, todo tuyo —respondió Salazar con una sonrisa inocente bien ensayada.

Después de entregarle su botín al jefe de Científica, se apoyó en una de las mesas sin decir nada, concentrado en la avidez con la que Casimiro comía los pasteles en dos bocados. Cuando el jefe iba por la mitad del tercero bebió un sorbo de café, tragó y se dirigió al inspector:

—¿Qué quieres?

Néstor se llevó la mano al corazón y compuso su cara de ofendido. Le había costado muchas horas de práctica, pero al final le salió como quería. Luego inspiró el aire y lo soltó con voz de incredulidad.

—Casi ¿cómo puedes pensar que quiero algo? ¿Acaso me crees tan interesado? Este obsequio es solo en agradecimiento por todas las veces que nos has beneficiado con tu esfuerzo.

—No cuela —dijo Barros después de terminarse el tercer pastel y coger el cuarto—. Suéltalo de una vez, que tengo mucho curro —Salazar puso cara de incomprendido—. Ya. Si no sé ni para qué pregunto. Viniste a meterme caña por el caso de la familia asesinada anoche ¿no es así?

—Ya que lo dices, comprendo que estás atosigado por el trabajo, que para ti este es un caso más y que…

—No sigas. ¿Qué quieres saber?

—Lo que puedas decirme. Aunque todo parece apuntar a David Acosta, hay algo que chirría.

—De acuerdo. Como te conozco bien y supuse que vendrías, adelanté las pruebas de balística esta mañana.

Néstor sonrió con satisfacción y esta vez fue sincero.

—¿Algo interesante?

—La *Beretta* que encontraron en la mano del menor de los Acosta fue el arma homicida.

—De acuerdo. Eso ya lo esperaba. ¿Podemos obtener alguna información adicional a través del arma?

—No mucho. No hay huellas, por supuesto. La pistola se encuentra en buen estado. Es evidente que la limpiaban y engrasaban con frecuencia.

—El señor Acosta era coleccionista. Es probable que él mismo la mantuviera a punto.

—Una ironía que pone los pelos de punta. El otro detalle es que todas las vitrinas que guardaban las armas estaban cerradas con llave.

—¿También la de la *Beretta*? —Casimiro asintió—. ¿Estaba forzada la cerradura?

—No. Es evidente que el asesino tenía una llave.

Néstor se quedó pensativo por un momento.

—Debemos averiguar dónde se guardaban esas llaves y quiénes tenían acceso a ellas.

—El hijo que encontraron drogado tiene todas las papeletas.

A su pesar, Néstor asintió. Era evidente que Casimiro tenía razón.

—¿Puedes decirme algo más?

—Si me acompañas, uno de mis chicos estaba a punto de rendirme el informe acerca del peritaje de la ropa del detenido.

Salazar siguió a Barros, quien aprovechó para tirar a la basura el vaso vacío y la bandeja donde venían los pasteles, de los cuales ya no quedaban ni las migas. En el interior del laboratorio, uno de los peritos miraba con interés la camisa y el pantalón que usaba el menor de los Acosta en el momento de su detención. Las ropas estaban expuestas sobre una mesa iluminada por varios focos LED, mientras el experto las detallaba con la ayuda de gafas lupa.

—¿Has visto algo interesante, Ventura?

El aludido giró la cabeza hacia su jefe, sorprendido por la intrusión. Asintió en dirección a Salazar a modo de saludo y volvió a concentrarse en las ropas antes de hablar:

—Yo diría que sí, jefe. Según lo que encontramos en la escena del crimen, el hombre que usaba estas ropas debió abalear a tres personas. A la primera le disparó tres veces a menos de un metro y a las otras dos, un disparo cada una con cuatro metros de distancia…

—Es correcto.

—Bien, pues estas manchas cuentan una historia diferente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Néstor con interés.

—Solo podemos esperar salpicaduras de sangre de la primera víctima. Las otras dos se encontraban muy lejos. Así que todas las manchas provienen de la sangre de una persona que estaba a un metro de distancia, en el momento del disparo.

—Es correcto.

—No es lo que veo aquí.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó Barros, que comenzaba a impacientarse por los rodeos del perito.

—Cuando la sangre sale despedida después de un balazo lleva cierta velocidad, así que al impacto con la ropa tiene una forma alargada. Sin embargo, en este caso las manchas son redondeadas. No hay manera de que este patrón corresponda con la salpicadura de un disparo a corta distancia.

—¿Con qué se corresponde? —preguntó Salazar con interés.

—Yo diría que alguien sacudió la sangre sobre la ropa con la mano.

El inspector asintió. Aquello resolvía algunas incógnitas.

—Lo hicieron para inculpar al hijo menor de la familia.

Capítulo 9.

Para cuando Néstor salió del laboratorio de Científica ya comenzaba a oscurecer. Los días se acortaban por el avance del invierno, así que era noche cerrada cuando llegó a «San Miguel». Después de dejar el Corsa frente a la comisaría recorrió las frías calles que lo separaban de su buhardilla, mientras la melancolía se apoderaba de su ánimo. El ambiente invernal le recordó a su hijo Salvador, y la sensación de soledad se hizo más evidente.

Llegó a su portal todavía pletórico de autocompasión. Se detuvo por un momento para observar el bar de Gyula, que estaba situado en los bajos del edificio y que a esa hora rebosaba actividad. Eran muchos los vecinos que se refugiaban del frío de las calles y entraban al acogedor negocio para tomar una copa y comerse una de las ya famosas tapas de Dika. Néstor se sintió tentado. Aunque no era un gran bebedor, un vasito de sidra para acompañar algún pincho y una corta conversación con su amigo solían ser una buena forma de relajarse. En especial cuando se animaba a tocar la guitarra. Pero no sería ese día.

El inspector recordó su última conversación con Gyula y sintió un vacío en el estómago. Un pariente de su amigo se metió en problemas al participar en el asalto a una tienda de equipos electrónicos. Durante el robo, los ladrones hirieron al encargado, quien terminó en el hospital. Al día siguiente pillaron a toda la banda. Aunque Carlos era el chófer y no tuvo relación directa con la agresión, tampoco era su primer delito, así que le cayeron algunos años.

Gyula le pidió a Néstor que declarara a favor de su familiar en el juicio, pero él se negó. Desde su punto de vista, Carlos se labró su suerte y merecía cada minuto que tuviera que pasar tras las rejas. Cuando se lo dijo a su amigo sin ambages, Gyula se ofendió y le retiró la palabra. Desde entonces

ya habían pasado tres semanas y Néstor sentía cada día más el peso de la distancia de su mejor amigo.

Al pasar junto a la puerta de «La Callecita» vio el reflejo de las luces y alcanzó a escuchar el murmullo de las conversaciones. Salazar hizo lo posible por ignorar todo eso y se refugió con paso apresurado en el interior del portal. Subió las escaleras con lentitud y entró en la buhardilla. Paca no salió a recibirlo. Al contrario, cuando escuchó la puerta, la gata saltó de su cesta para refugiarse debajo de la silla que funcionaba como improvisada trinchera. Desde allí lo observó con ojos desconfiados. A Néstor le partía el corazón esa mirada, pero no sabía qué hacer para recuperar la confianza de su gata. Temía haberla perdido para siempre.

Después de comprobar que los comederos todavía tenían pienso y agua fresca, Néstor se quitó el gabán y dejó el móvil a buen recaudo junto al juguete de Paca, al cual ella nunca se acercaba porque le tenía miedo. Después de abrir y comer la primera lata que encontró, con la esperanza de que no fuera alimento para gatos, el inspector se recostó en el sofá. Su gata no dejó de observarlo, atenta para huir al primer intento de acercamiento.

—Hoy ha sido un día espantoso, Paca. He tenido que despedirme de Sofía en la Estación, y aunque se supone que regresará pronto, tengo un mal presentimiento al respecto. ¿Tú qué opinas?

La gata no se movió, ni maulló. Solo le clavó su mirada de ojos grandes y amarillos.

—Ya veo que sigues enfadada. Supongo que lo de la memoria corta de los gatos solo es un mito. Al menos en tu caso.

Paca no movió ni un solo músculo. Tampoco apartó la mirada. Néstor suspiró.

—Ya sabía que eras rencorosa, pero ¿no crees que esto es demasiado? Ya han pasado dos meses desde que te llevé al veterinario para que te practicara la cirugía, y tú todavía así, erre que erre. Que sí, que lo entiendo. Yo también me hubiera enfadado con cualquiera que me llevara para que me pincharan con agujas. Las odio tanto como tú, pero todo tiene un límite. Ya te pedí perdón, además de que conseguí que Dika adoptara a tu cría, aquella de la que no querías separarte. Por eso la sigues viendo cada tarde. No es por echártelo en cara, pero yo conseguí hacer ese arreglo para ti. Y así me lo pagas.

Paca mantenía el cuerpo pegado al suelo en actitud alerta y tenía las pupilas dilatadas. Según el veterinario, aquello significaba que tenía miedo.

Néstor se sintió como un monstruo. ¿Qué clase de persona era que su propia gata reaccionaba así cuando lo veía? Lo asaltó un pensamiento terrible. ¿Cómo sería vivir con alguien que te aterroriza? Supuso que debía ser infernal. Y Paca tenía que sufrirlo. Se preguntó si sería justo que la conservara. Tal vez lo mejor para su gata sería cedérsela a alguien con quien pudiera vivir tranquila y feliz.

La sola idea causó una congoja tan grande en el ya desanimado inspector, que decidió que tenía que hacer algo. No podía permitir que Paca continuara sufriendo esa situación, pero tampoco quería separarse de ella. De alguna manera, Salazar sentía a la pequeña felina como algo más que una simple mascota. Ella era una parte importante de su familia, aunque muchos lo condenarían si llegara a expresarlo en voz alta. Miró a la gata, que no se había movido desde que él llegó. Néstor decidió que al día siguiente buscaría ayuda para solucionar la situación.

—Supongo que no te sientes muy dispuesta a escucharme, Paca, pero no tengo nadie más con quien hablar. Estos últimos días han sido nefastos. En fin, menos mal que me queda el trabajo. Está visto que lo que nunca nos faltan son casos complicados por resolver. No te he contado nada sobre el último, ¿verdad?

Paca parpadeó. Mirada fija, pupilas dilatadas, lista para huir.

—Te confieso que nunca había visto un escenario tan macabro como el que encontramos en la casa de los Acosta. Ni siquiera el falso accidente de los Abana se le puede comparar. Hay que estar muy enfermo para hacer algo así. Pese a toda mi experiencia, te juro que se me puso la piel de gallina.

Silencio y mirada atenta.

—También se me hace difícil creer que el asesino fuera el propio hijo menor de la familia. No por motivos morales, que yo he visto mucha agua pasar por debajo del puente, es que la conducta que se le atribuye carece de cualquier lógica, hasta por instinto de supervivencia. Además, está el asunto de las manchas en la ropa. Todavía tenemos que comprobar a quién pertenecía esa sangre, pero es seguro que la tela no resultó salpicada después de un disparo. Eso está descartado por completo. ¿Me sigues?

Inmovilidad y pupilas dilatadas.

—Bien, el asunto es que tenemos un asesino con la suficiente sangre fría para arreglar un escenario con los cuerpos. Entonces subió las escaleras

y dejó caer gotas de sangre sobre el único superviviente de la familia, le puso la pistola en la mano y se marchó. ¡Es alucinante!

Quietud.

—¿Quién puede hacer algo así? ¿Y por qué? Por lo que sabemos hasta ahora, Erasmo no era ninguna pera en dulce, pero ¿qué motivó a su asesino a cargarse también a su familia? No creo que fuera solo para eliminar testigos, porque eso no explicaría la estrangulación de la madre, ni el arreglo del escenario, ni todo lo demás. ¿Tú qué opinas?

Silencio. Néstor suspiró con tristeza.

—Ya veo que no estás por la labor de ayudarme. No importa, sigo: en todo esto hay algo muy personal. Además, el asesino de los Acosta tuvo acceso a la *Beretta* que estaba guardada con llave. ¿De dónde sacó la llave? Debe tratarse de alguien muy cercano para que un sujeto como Erasmo le confiara el acceso a una de sus armas de colección. Claro, que el criminal también puede haber conseguido la llave por otros medios.

Paca movió un poco las patas para acomodarse, pero no cambió su posición. Salazar frunció el ceño un poco escamado.

—Como sigas en esa postura se te van a entumecer los músculos. Y sé de lo que hablo. ¡Deberías relajarte un poco, joder, que no te voy a morder! —se quedó un momento en silencio. Después de todo, su gata tenía buenos motivos para mostrarse desconfiada—. Tampoco voy a llevarte al veterinario para que te pinche con agujas. Lo prometo.

Mirada fija y desconfiada.

—De acuerdo, tú sabrás. Como te decía, el homicida debe ser una persona cercana a los Acosta, con un fuerte motivo para asesinar a toda la familia, pero en especial a Erasmo. Además, debe ser un motivo personal, y se trata de alguien que maneja una enorme ira con mucha sangre fría. Lo que quiero decir es que no debemos esperar a un sujeto que entre como una tromba con un cuchillo ensangrentado en la mano, sino que se comportará con mesura. Claro, que todo esto podría haber sido un montaje para confundirnos, con lo cual es posible que el motivo sea algo tan prosaico como el dinero, en cuyo caso el asesino podría ser cualquiera.

En esta ocasión, Paca parpadeó.

Capítulo 10.

Al día siguiente, la alarma del móvil levantó de la cama al inspector. Ya Paca no lo despertaba para que le sirviera la leche de su desayuno, así que Salazar tenía que programar el móvil. Murmuró una maldición cuando escuchó la melodía hortera y acampanada. Y pensar que él se quejaba cuando su gata lo obligaba a madrugar. Ahora resulta que lo echaba de menos. No, si es que no se entendía ni él mismo.

El teléfono estaba en el salón, junto al juguete felino. De haberlo dejado al alcance de la mano, lo habría apagado para seguir durmiendo. Así que se vio obligado a salir de la cama y llegar hasta el salón para hacer callar al insoportable manojo de chips. Lo silenció con un leve toque del dedo. Requirió de toda su fuerza de voluntad, porque lo que quería era estamparlo contra el suelo, como sin duda tenía ganas de hacer Paca desde hacía mucho tiempo.

Lo primero que hizo Salazar fue llenar de leche el tazón de la felina, quien ya lo tenía bajo vigilancia desde debajo del sofá. Néstor suspiró, se sintió incomprendido por su propia gata y regresó a la habitación para darse una ducha y prepararse para el nuevo día. Paca esperó que el humano traidor desapareciera de su vista para acercarse a la leche con muchas precauciones.

Néstor salió de la buhardilla quince minutos después. Como no podía ir al bar de Gyula siguió de largo hasta la plaza de la iglesia, donde entró en una cafetería. El café le pareció malo, pero era mejor que el agua sucia que le servía Lali en la comisaría. Venía acompañado por un par de galletas. Nada como las magdalenas de Dika, pero al menos engañaría al estómago.

Terminado el desayuno continuó su camino hasta «San Miguel». Santiago había convocado a una reunión a primera hora, después de haberles concedido todo el día anterior para que investigaran. Néstor saludó

a García al pasar. Solía preguntarse si el oficial viviría en la comisaría, porque era extraña la ocasión en la que no hacía guardia en la puerta.

Néstor subió hasta el segundo piso y en cuanto entró a la sala común, su ánimo se derrumbó. Todos estaban allí excepto Sofía, cuyo escritorio estaba vacío. Fiel a su costumbre, Salazar saludó, y como siempre todos excepto Beatriz lo ignoraron. Eso lo reconfortó, porque al menos la rutina no se había trastocado demasiado. Así era él. Un hombre de costumbres arraigadas. Que fueran buenas o malas, ya eso era harina de otro costal.

—Me alegra que llegaras, Néstor —dijo Santiago con su vozarrón—. Así podremos dar inicio a la reunión.

El inspector se sorprendió cuando su hermano apareció a su lado sin previo aviso.

—Como se nota que Sofía se marchó ayer —lo chinchó Miguel—. Cuando ella está, no llegas tan temprano.

—A ver si te redecoro la «carátula». Un poco de color violeta en el ojo, te quedaría muy bien.

Pedrera levantó ambas manos y se rio entre dientes. Pocas veces conseguía sacar de quicio a Salazar, pero era evidente que tenía un mal día. El regocijo le duró hasta que notó el ceño fruncido de Ortiz. Joder, cómo imponía ese tío. Miguel borró la sonrisa de sopetón y se disculpó entre dientes.

—Bien, si ya terminasteis de actuar como zopencos, tal vez podamos entrar en materia y hablar del caso. Santiago fijó la mirada en Néstor y el inspector rindió un informe sobre todo lo concerniente a la investigación. Luego le llegó el turno a Remigio, quien expuso las declaraciones de Araceli y Mateo.

—Yo creo que está muy claro —opinó Pedrera—: Después de ponerse hasta las cejas de «polvo blanco», el hijo menor tuvo una trifulca con el padre, cogió la *Beretta* de la vitrina, regresó al salón y le descerrajó tres disparos. Entonces comprendió que el resto de la familia eran testigos en su contra y se los cargó. Luego se fue a dormir la mona, hasta que nuestros muchachos lo encontraron y lo detuvieron. Caso cerrado.

—¿En qué planeta estabas mientras Remigio y yo hablábamos? —le preguntó Néstor—. ¿Es que no te enteras de nada? Según tu versión, este chico después de matar a su padre primero y sus hermanos después, sin ningún motivo aparente soltó la pistola que tenía en la mano, para estrangular a su madre...

—Estaba drogado, ¿no? La gente hace cosas sin sentido cuando está bajo el efecto de esa porquería.

—De acuerdo, admitamos por un momento que un acto tan absurdo fue producto de los efectos del «caballo», pero eso no es lo único inexplicable. Después de matar a toda su familia a sangre fría, este muchacho movió los cadáveres y los sentó alrededor de la mesa antes de irse a dormir la mona.

—Reconozco que no tiene sentido —dijo Miguel—, pero es que será igual de irracional con otro sospechoso. Esa conducta es absurda por donde lo mires.

—A menos que exista una explicación que satisfaga la lógica del asesino —intervino Beatriz con timidez.

Néstor le prestó atención. En los pocos meses que llevaba en «San Miguel», la subinspectora había demostrado una mente ágil y una inteligencia despierta, además de cierto encaprichamiento con el inspector jefe.

—¿Cuál es tu teoría? —le preguntó Salazar.

—El asesinato múltiple, el cambio de *modus operandi* con una de las víctimas, la puesta en escena, todo nos parece absurdo porque estamos viendo la situación fuera de contexto —argumentó Beatriz—. No sabemos cuáles son las motivaciones del criminal, ni tampoco qué significado tiene para él usar un arma homicida diferente con la madre, o crear una escenificación, como si se tratara de una obra de teatro macabra…

—Solo un loco le encontraría sentido —opinó Pedrera.

—Continúa, Beatriz —la animó Salazar—, no le hagas caso a este cenutrio. Lo que planteas es interesante.

—De acuerdo. Lo que quiero decir es que en la mente del criminal todo esto debe tener una lógica. Debe estar relacionado con sus motivos para asesinar a los Acosta. Tal vez encierre algún simbolismo que no somos capaces de ver porque no disponemos de toda la información.

—Me parece un planteamiento brillante —reconoció Néstor—, y si estás en lo cierto necesitamos saberlo todo acerca de la familia Acosta.

—Por lo pronto, el interrogatorio a las parejas de los chicos asesinados no arrojó mucho —señaló Remigio—. Aunque en la entrevista con Mateo Rondón salió a relucir el nombre de un exnovio de Carolina Acosta. ¿Qué averiguaste, Diji?

—El nombre del joven es Maximiliano Huerta. Es estudiante y trabaja como repartidor para una empresa de mensajería. No tiene antecedentes

criminales y sus referencias laborales son excelentes.

—¿Hasta cuándo duró ese noviazgo?

—La relación terminó hace seis meses —dijo el inspector Toro.

—¿Quién dejó a quién?

—Según el actual novio, ella lo dejó a él, pero yo no confiaría mucho en lo que cuenta este sujeto.

—Es evidente que no te causó buena impresión.

—Es un delincuente de poca monta —afirmó Remigio—. Lo intuí durante la entrevista, y lo comprobé después. Mateo Rondón conoce todos los reformatorios de la provincia y sus alrededores.

—¿Cuáles han sido los delitos? —preguntó Santiago.

—Esto es lo interesante. En cuatro de esas ocasiones lo arrestaron por agresiones. Dos de ellas con navaja. El tío explota con facilidad, pero lo más pertinente para nuestro caso es su ocupación actual; es camello.

—¿Alguna relación con David Acosta? —preguntó Salazar.

—Podría haberla. Supongo que es uno de los datos que tendremos que averiguar.

—¿Y si este tío es cómplice del menor de los Acosta? —sugirió Pedrera —. Les habría resultado más fácil mover los cadáveres y montar la escena si eran dos. Además, eso explicaría las diferentes armas homicidas. Uno podría haber usado la pistola, mientras el otro estrangulaba a la madre.

—Es un punto de vista que deberíamos tomar en cuenta —reconoció Santiago—, pero volvemos a encontrarnos el mismo nudo. ¿Por qué montaron una escena como esta?

—Además, eso significaría que David Acosta se implicó a sí mismo al manchar su ropa con la sangre de las víctimas —señaló Néstor—. Se me hace difícil creerlo.

—Estás muy convencido de que el detenido es inocente, Salazar.

—Quizá no convencido, pero sí dispuesto a creerlo. Hay demasiados detalles que no encajan.

—Tal vez el resultado de la evaluación psiquiátrica de David Acosta ayude, señor —intervino Cheick—. Llegó hace unos minutos.

—¿Cuáles son las conclusiones?

—David no padece ninguna enfermedad psiquiátrica, ni hay indicios de psicopatía. Su único problema es la adicción a las drogas.

—Para mí es suficiente —opinó Miguel.

—Para mí no —sentenció Néstor—. Mi opinión es que debemos profundizar la investigación

—Estoy de acuerdo contigo —afirmó Santiago—. Además, no debemos olvidar al empleado despedido, ni al socio. Ambos tenían motivos. Así que es hora de repartir las asignaciones. Diji, Beatriz, investigad lo que podáis acerca de los Acosta. Quiero saberlo todo sobre la familia y cada uno de sus integrantes. Remigio, ocúpate tú del socio. Pedrera, averigua si Rondón mantenía algún tipo de nexo con David Acosta.

—En otras palabras, quiere que descubra si era su camello.

—Algunas veces tu inteligencia y astucia me dejan boquiabierto —respondió el comisario en tono sarcástico—. Néstor, ocúpate tú del exempleado.

Cada uno se dispuso a cumplir la tarea que le correspondía, mientras el comisario Ortiz se encaminaba a su oficina. Néstor también salió con la intención de visitar a Guillermo Caro. En el camino sacó su móvil y llamó al veterinario.

—Licenciado Becerra. Soy Salazar, el dueño de Paca… Sí, la gata negra poseída… Esa misma… Es que todavía tengo problemas con ella y… No, no considero prudente donarla a un zoológico como pantera enana… Es que le tengo cariño. Manías mías, ya sabe… Solo quisiera que todo volviera a lo normal… Sí… Arañazos y mordiscos incluidos. No, estoy seguro de que no necesito un psiquiatra. ¿Puede ayudarme? ¿Un etólogo? Parece una buena idea… avíseme después de darle mi dirección, por favor. Yo esperaré su visita.

Capítulo 11.

Néstor llegó a la calle Travesía de Colón y se encontró frente a un edificio viejo que parecía en ruinas. Acostumbrado a la compañía de Sofía, sintió su ausencia como un vacío. Y no habían pasado ni veinticuatro horas. Soltó un suspiro cargado de lástima por sí mismo y entró en el desvencijado portal. Como suponía, no había ascensor, así que inició el lento ascenso hasta el segundo piso.

La antigüedad de la construcción era todavía más evidente en el interior, donde al deterioro se sumaba un penetrante olor a humedad rancia y coles hervidas, además del frío, recrudecido por las paredes de piedra. Sin embargo, lo sorprendió lo limpio que estaba el edificio. Se notaba el esfuerzo por mantener la pulcritud.

Salazar se plantó frente a la puerta de Caro, en la que era evidente que se acumulaban varias capas de pintura. Llamó al timbre y salió un hombre cercano a la treintena, con el cabello casi al rape y tan delgado que parecía recién salido de un campo de concentración, o de la cárcel. Cuando se encontró al inspector en el umbral de su casa lo miró de arriba abajo.

—No compro nada, no estoy interesado en ninguna religión y no tengo nada que regalar por caridad. Así que pierde el tiempo, amigo, será mejor que siga hasta la siguiente puerta. La vieja del «C» es bastante generosa con los menesterosos.

Salazar soltó un suspiro de resignación, mientras hurgaba con la mano en el bolsillo interno del gabán hasta que encontró lo que buscaba. Entonces plantó su identificación frente a las narices del sospechoso.

—¡Policía! Inspector Salazar de la comisaría de «San Miguel». Estoy aquí para hacerle algunas preguntas y le agradecería que me concediera unos minutos de su tiempo.

—¿Policía? ¿Qué interés puede tener la Policía en hablar conmigo?

—¿Es usted Guillermo Caro? —el aludido asintió—. ¿Trabajó usted en la empresa Vincomar Haro y fue despedido por el señor Erasmo Acosta?

—Sí, pero no comprendo que tiene que ver eso con la Policía.

—Anoche, alguien asesinó a toda la familia Acosta. Y tengo entendido que usted amenazó de muerte a su exjefe. ¿Me permite pasar ahora, o continuamos esta conversación en la comisaría?

Caro palideció y sintió que perdía la fuerza de las piernas cuando escuchó las palabras del peculiar policía. Se sujetó del marco de la puerta, un poco mareado e incapaz de hablar porque tenía la boca seca. Luego asintió y gesticuló para permitirle al inspector entrar en su casa.

Una vez adentro, el sospechoso invitó a Néstor a sentarse. Después de ofrecerle agua y café, lo cual Salazar rechazó con cortesía, le pidió permiso para servirse él mismo un vaso de agua. El inspector se lo concedió y se sentó a esperarlo en el sofá del salón. Antes de entrar al edificio, ya Salazar había estudiado las posibles vías de escape y estaba seguro de que no había salida trasera.

Al cabo de un par de minutos, Guillermo regresó con su vaso de agua del cual ya se había bebido la mitad. Entonces respiró profundo y le indicó a Néstor que estaba dispuesto para el interrogatorio.

—Mi pregunta sigue en espera de una respuesta, señor Caro. ¿Amenazó usted al señor Erasmo Acosta cuando lo despidió?

—Sí, lo hice. Se trató de un despido injusto, pues el problema ocurrió por la falla de uno de los equipos de calibración. No fue mi culpa. Aun así, el señor Acosta se ensañó conmigo. Sin embargo, nunca he tenido ninguna intención de agredir a mi exjefe. Solo me desahogué porque estaba furioso.

—Tan furioso que lo amenazó de muerte.

—Reconozco que tengo un carácter explosivo, pero la fuerza se me va por la boca. Cuando me enfurezco no mido lo que digo, pero nunca he agredido a nadie. Lo puede comprobar.

—Por supuesto que lo haremos. ¿Qué tenía en mente cuando amenazó al señor Acosta?

—Quería denunciarlo por despido improcedente, pero entonces decidí que no quería regresar a la fábrica.

—¿Por qué?

—El trabajo estaba bien, y con el señor Bustillos no teníamos problemas. Él es una persona razonable y sabe mucho acerca del negocio. Casi siempre trabajábamos con Rogelio, y todo marchaba bien, pero de vez

en cuando se aparecía ese tío y nos trataba como si fuéramos parte de una tropa a sus órdenes. Además de que no tenía idea de lo que hablaba.

—¿Era déspota?

—En exceso. Compensaba su ignorancia con respecto a la empresa con gritos y humillaciones a los empleados. Yo no era el único que lo detestaba.

—¿Quiere decir que otros empleados también hubieran querido verlo muerto?

—¡Oiga! Que no es lo que dije. Ni yo, ni creo que ninguno de mis excompañeros pensamos nunca en algo tan drástico. Supongo que nos hubiéramos conformado con que le vendiera su parte a Rogelio.

—Ya. Es interesante. ¿Sabe que según las disposiciones testamentarias, con toda la familia muerta la empresa pasará a manos del señor Bustillos?

—No lo sabía.

Salazar tomó nota en su libreta y echó en falta a Sofía, que era quien siempre apuntaba la entrevista con su letra redondeada y legible. Néstor contempló por un momento el conglomerado de patas de araña que componía su caligrafía y se preguntó si él mismo sería capaz de descifrarlo pasado un tiempo.

—¿Dónde se encontraba usted anoche, señor Caro?

—Estuve aquí, por supuesto. Cualquiera salía con el frío que hacía.

Néstor guardó silencio por un momento, mientras se preguntaba si no haría más frío adentro de ese piso antiguo, que en la misma calle, pero como era lógico, Caro dispondría de alguna forma de calefacción.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Me temo que no. Me quedé dormido mientras veía la televisión. No tenía idea de que necesitaría una coartada.

—¿Sabía usted que el señor Acosta era coleccionista de armas?

—No lo sabía, pero no me sorprende. No era difícil imaginárselo con una pistola al cinto.

—De acuerdo, señor Caro. Por favor, no abandone la ciudad sin avisarnos por si necesitamos volver a hablar con usted —dijo Néstor, mientras se ponía de pie y se despedía.

Al salir del piso del exempleado, el inspector llamó a Diji y le ordenó que solicitara una orden de registro para la casa de Guillermo Caro. No se podía quitar de la cabeza lo que dijo el sospechoso acerca de los deseos de todos los empleados de Vincomar Haro. ¿Estaría el asesino entre ellos? Le

parecieron demasiados sospechosos, así que debían afinar los criterios de investigación.

Por otro lado, que el asesino dispusiera de una llave para abrir la vitrina donde se encontraba el arma homicida apuntaba a alguien cercano a Erasmo Acosta y su familia. Tampoco podía quitarse de encima la sensación de que había algo extraño con las víctimas. ¿Qué era lo que estaba pasando por alto?

Por más que le daba vueltas no conseguía definir el detalle que se les escapaba. Mientras divagaba recordó a Sofía y volvió a preocuparse. El sueño de ella cuando egresó de la Academia de Policía era formar parte del GEO y cubrir una plaza en Madrid. Lo primero lo descartó cuando no pudo superar las pruebas a causa de una fobia, pero ¿existiría todavía el deseo latente de trabajar en la capital? ¿Cómo reaccionaría si le ofrecían una plaza? A Salazar ya se le había presentado esa opción después de que concluyó el curso de antiterrorismo con honores, pero él prefirió quedarse en Haro y en «San Miguel». ¿Haría lo mismo Sofía ante una situación similar?

Se sacudió esos pensamientos. Ni siquiera existía esa oferta sino en su imaginación calenturienta. Su novia iba a prepararse para las oposiciones por el rango de inspectora. Tenía todo el derecho y la suficiente capacidad. Y él era un troglodita al albergar todas esas dudas. Sofía sabía lo que hacía.

Sin que Salazar se lo propusiera, mientras pensaba en su compañera surgió la escurridiza respuesta que buscaba. A su conciencia afloraron tres palabras en inglés que correspondían a una vieja película: «*follow the money*», sigue el dinero, decía Garganta Profunda en «Todos los hombres del presidente». Y eso era lo que todavía no habían hecho; seguir el dinero de los Acosta.

La inversión que hizo el socio capitalista de Vincomar Haro fue significativa. Su socio no se preocupó por comprobar el origen de los fondos y se conformó con la explicación trillada de que se trataba de una herencia, pero y si no era así. Tal vez la fortuna de los Acosta tenía un origen más turbio. Y en ese caso podían existir dolientes. Era importante que determinaran la procedencia del dinero, porque tal vez la motivación del múltiple homicidio tenía su origen en el pasado remoto. Para averiguarlo, Néstor necesitaría ayuda. Una ayuda muy calificada. Llamó por el móvil a la subinspectora Araya y le pidió que se reuniera con él en la

Jefatura Superior. Tenía una tarea importante para ella y quería presentarle a alguien.

Capítulo 12.

Cuando Salazar llegó a la Jefatura Superior, ya Beatriz lo esperaba en la puerta, se movía con nerviosismo y revisaba su entorno como si buscara a alguien. No ayudaban mucho las miradas de extrañeza y desaprobación que le dirigían los policías que entraban y salían, aunque por suerte no se imaginaban que Araya pertenecía al Cuerpo. El atuendo estrafalario y el cabello a dos colores: negro con un mechón rubio platino, estaban demasiado cerca de transgredir los límites que permitía el reglamento. Si Santiago lo pasaba por alto era porque la eficiencia y disposición al trabajo de la subinspectora compensaban su apariencia. Además, las pintas de su inspector jefe, tampoco ayudaban a su causa.

Néstor se acercó a ella y no pudo evitar sonreír al imaginar cómo se verían juntos. Se acercaba la hora del almuerzo, así que antes de que alguno de los mandos se cruzara con ellos, descubriera que eran policías y les echara una bronca, Salazar invitó a Beatriz a seguirlo y la condujo hasta el sótano, donde se encontraba el laboratorio de informática.

La sala estaba muy fría, como siempre. Aún con el gabán, Néstor se estremeció. Araya, más precavida, soportó bien el bajón de temperatura gracias a que usaba una chaqueta apropiada para ir de expedición al Himalaya. Toni, el informático de la Jefatura, se encontraba concentrado en desarmar un ordenador y no los escuchó entrar. Parecía inmune al frío, pues usaba una camiseta y ningún tipo de abrigo. Un ícono de batería baja, estampado al frente era su única protección contra la baja temperatura. Salazar sintió escalofríos solo de verlo. Cuando el joven informático levantó la vista de su trabajo, se percató de que tenía visita y al reconocer a Néstor, sonrió.

—¿Qué tal, colega? Me alegra verte por aquí. ¿Me tienes algún trabajito interesante?

—Hola, Toni. De hecho, sí. Tengo un encargo, pero es algo que puede llevar mucho tiempo y sé que estás a tope, así que te traigo ayuda. Te presento a la subinspectora Araya.

Después de las presentaciones y saludos, la conversación derivó en temas informáticos. Era evidente que congeniaban, así que Salazar les explicó lo que quería que averiguaran y los dejó allí, enfrascados en el trabajo.

En el camino de vuelta a la comisaría, el inspector recibió una llamada del licenciado Becerra, quien le informó que había localizado un etólogo dispuesto a encargarse del problema de su gata, pero solo podía visitarlo en la hora del almuerzo, pues trabajaba a tiempo completo en una protectora de animales. Néstor miró el reloj. Él también podía emplear su propio tiempo de descanso en beneficio de Paca, así que aceptó.

Llegó a su portal apenas a tiempo. Antes de entrar dirigió una mirada de tristeza al bar de Gyula. ¡Cuánta falta le hacían las conversaciones con su amigo! Se sacudió la nostalgia y subió a toda prisa a la buhardilla. En cuanto sintió la puerta, Paca corrió a refugiarse debajo del sofá. Salazar ni siquiera tuvo tiempo de quitarse el gabán, cuando llamaron al timbre. Abrió y frente a él encontró a una desconocida que lo miró con el ceño fruncido, como una maestra que pilla en falta a un alumno díscolo.

—¿Es usted el señor Salazar?

—Lo era la última vez que lo comprobé.

Reconocía que era un chiste malo, pero tampoco merecía la mirada de desprecio que recibió como respuesta.

—Mi nombre es Isabel Zabala. Vengo de parte del licenciado Becerra, quien me informó que en esta casa hay un *Felis catus* que necesita ayuda.

Néstor enarcó las cejas, pues por un momento no tuvo muy claro a qué se refería su visitante. Entonces encajó las piezas.

—Ah, usted se refiere a mi gata. Debe ser «el etólogo» que me envió el licenciado.

—Así es, soy la etóloga de la protectora de animales Anirioja.

Salazar sonrió y la invitó a pasar. El gesto amistoso no fue correspondido. ¿Qué le habría contado el veterinario a esa mujer? Zabala entró a paso lento, como si temiera pisar una mina si se descuidaba. Miraba de un lado a otro como si buscara algo, hasta que vio la cabeza de la pequeña felina asomada desde debajo del sofá. Paca tenía la mirada fija y las pupilas dilatadas por la desconfianza.

—¿Es la gata que tiene problemas?

—Sí, ella es Paca. Actúa así desde la esterilización.

Isabel lo miró con recelo.

—De la gata, por supuesto. En primavera se escapó y cuando regresó parió una camada. Era la segunda, así que por consejo del licenciado Becerra la llevé a su consulta para que la esterilizara. Paca no me lo perdona.

—Señor Salazar, los felinos no manejan conceptos como el perdón. Ya el licenciado Becerra me advirtió que usted tiene la tendencia de humanizar a su gata. Eso no es saludable para el espécimen.

La etóloga de las narices ya le estaba cayendo mal al inspector. Inspiró para calmarse. No quería que su mala racha emocional, y su mala leche profesional, influyeran en la relación con la persona que tenía la preparación para ayudar a Paca, así que se armó de paciencia, mientras observaba con detalle a la licenciada Zabala y a su ceño fruncido. Tenía los ojos un «poco demasiado» separados, la frente «un poco demasiado amplia», la nariz y la boca «un poco demasiado» grandes. Sin embargo, el conjunto era… atractivo no era la palabra… interesante. Isabel esperaba su respuesta como si le tomara la lección.

—Tal vez el veterinario tenga razón, pero comprenda que al vivir solo, Paca se constituye en mi única compañía y es normal que la humanice. En mi descargo diré que la gata tiene conductas que contribuyen a que piense en ella como en algo más que una mascota. Además, tome en cuenta que los humanos también somos animales.

—Es cierto, pero cada especie responde a patrones de conducta derivados de su propia evolución para sobrevivir. No podemos pedirle a un perro, o a un gato que tengan comportamientos humanos, solo porque para nosotros resultaría más cómoda la convivencia. Si queremos que sean felices, debemos permitirles seguir los patrones de conducta de su propia naturaleza.

—Puede estar segura de que Paca sigue la conducta que a ella le da la gana.

—Es evidente que la gata lo asocia a usted con una experiencia desagradable desde la cirugía y por eso lo rehúye. Dígame algo, señor Salazar, ¿se siente usted culpable de lo que hizo?

—Pues, sí. Yo también detesto las agujas y supongo que me enfadaría con alguien que me sometiera a un procedimiento que las involucrara, sin

mi consentimiento.

—Ese es parte del problema. Paca no podía dar ningún consentimiento porque es una gata. Y usted hizo lo que pensó que era mejor para ella. No hay un motivo razonable para que se sienta culpable. Para su gata, usted es su líder. Quien la alimenta y le provee cobijo. Si usted alberga sentimientos de culpa, ella percibirá esa inseguridad y la reflejará en su conducta. Así que en este caso debemos trabajar con la gata, pero también con usted.

—¿A qué se refiere con eso?

—Haremos una serie de ejercicios que…

—Disculpe, pero yo no puedo quedarme. Aproveché la hora del almuerzo, pero debo regresar a la comisaría para una reunión. Tendrá que comenzar con Paca, que sí dispone de la tarde libre.

—¿Cree usted que a mí me sobra el tiempo para venir a ayudarlo a usted? —le preguntó Zabala, mientras fruncía el ceño de nuevo—. No sea arrogante, señor Salazar. Yo también soy una persona ocupada. Si acepté este encargo es porque está en juego el bienestar de un animal inocente.

¿Animal inocente, Paca? El inspector se preguntó si la etóloga pensaría igual después de un par de horas con su irritable gata. De cualquier forma, aunque no le quitaba razón a Zabala, tampoco podía pasar la tarde en una consulta de Paca con su psiquiatra felina.

—Escuche, licenciada. Le agradezco su buena disposición y la prontitud con la que respondió a mi petición de ayuda. Créame que para mí es muy importante resolver esta situación y recuperar la confianza de Paca, pero en este momento me resulta imposible ausentarme de mi trabajo. Yo debo marcharme ahora y le agradeceré que haga lo que pueda con Paca y me deje instrucciones para que pueda llevar a cabo esos ejercicios cuando regrese a casa. También puede anotarme los datos necesarios para que le cancele sus honorarios.

—¿A qué se dedica, señor Salazar?

—¿No se lo dijo el licenciado Becerra? —Isabel negó con la cabeza—. Soy policía, inspector jefe de la comisaría de «San Miguel». Como comprenderá, no estoy en posición de pedir una excedencia para resolver un asunto personal relacionado con mi gata.

—¿Usted es policía?

El tono de incredulidad de la pregunta bajó a la licenciada Zabala varios puestos en el *ranking* de simpatía de Salazar, pero él respondió con su

sonrisa más hipócrita. Esa que reservaba para los culpables y que había ensayado docenas de veces con Paca.

—Aunque le parezca increíble, lo soy. Así que puede disponer del espacio y le deseo buena suerte con la «inocente gata». Créame, la va a necesitar.

Capítulo 13.

Salazar salió de la buhardilla sin darle tiempo a la etóloga a elaborar una réplica que lo obligara a mantener la discusión. A pesar de que su primer encuentro con la profesional no comenzó con buen pie, Néstor esperaba que ella fuera capaz de dar con la solución a la «crisis emocional» de su felina. Estaba dispuesto a poner todo de su parte para que Paca volviera a ser la gata irascible, independiente y arrogante de siempre, con sus exigencias y su egoísmo, para así poder seguir disfrutando de su «cálida» compañía. Era increíble como la pequeña truhana consiguió ganarse un lugar privilegiado en su corazón. Aunque era capaz de cualquier sacrificio para que ella fuera feliz, ya no concebía su vida sin Paca, por lo que haría su mejor esfuerzo para resolver la situación y conservarla.

Recorrió las calles que lo separaban de la comisaría a toda prisa, no porque llegara tarde, sino como una forma de combatir el frío. ¡Y todavía faltaban varias semanas para que terminara el invierno! Saludó a García al paso y subió hasta el segundo piso. Ya todos habían regresado del almuerzo. Néstor saludó y nadie le respondió, con excepción de Diji, que levantó una mano para que supiera que lo había escuchado. Los demás, ni puñetero caso. Satisfecho porque todo era normal, el inspector se disponía a preguntar por el comisario, cuando dio un respingo al escuchar el vozarrón de su hermano a su espalda. ¡Ya podía ponerse un cascabel, o algo así, joder! Que no estaba él para esos sustos.

—Si ya estáis todos, vamos a comenzar la reunión —Santiago fijó la mirada en el escritorio vacío de Beatriz y frunció el ceño. ¡Aterrador! Desde la llegada de la subinspectora, era la primera vez que no estaba en su puesto de trabajo. Si parecía que la habían atornillado a la silla y ya era parte del decorado—. ¿Dónde está la subinspectora Araya?

—En la Jefatura Superior —respondió Néstor—. Cumple un encargo de mi parte.

—Muy bien. Entonces comencemos. ¿Qué novedades hay sobre el caso?

Salazar les informó acerca de su entrevista con Guillermo Caro y le cedió la palabra a Remigio, quien sacó un fajo de papeles de una carpeta. Lo de él no eran los ordenadores.

—El forense ya realizó las autopsias y nos envió los informes. Todo concuerda con nuestras conclusiones: el padre recibió tres disparos a menos de un metro de distancia. Uno en el estómago, otro en el corazón y el tercero en la cabeza.

—Es evidente que hubo ensañamiento —señaló Pedrera—. Cada una de esas heridas debió ser mortal. ¿Cuál fue la primera?

—El forense deduce que el asesino disparó primero al estómago, luego al corazón y por último a la cabeza —el inspector Toro leyó unos segundos en silencio y luego levantó la mirada—. Este Molina piensa en todo. Algo le llamó la atención con las heridas, así que le pidió a Científica que enviara un perito en balística. Por la trayectoria dedujeron que el occiso estaba de pie cuando recibió el primer disparo, pero el segundo y el tercero se los dieron cuando ya se encontraba inmóvil en el suelo.

—¿No es eso obvio? —preguntó Pedrera.

—No del todo —replicó Néstor—, siempre existe la posibilidad de que después de recibir el impacto en el estómago, Acosta intentara huir, en cuyo caso, el segundo y el tercer disparo tendrían la intención de evitar que escapara vivo, pero no fue el caso; le dispararon a sangre fría cuando estaba tendido en el suelo. Es decir, que lo remataron.

—Eso implica una enorme sangre fría y mucho odio —señaló el comisario.

—Lo cual nos deja claro quién era el principal objetivo del asesino. ¿Qué más dicen los informes, Remigio?

—Los dos hijos recibieron un balazo en el corazón cada uno, a una distancia de más o menos cuatro metros.

—Es probable que acudieran para ver qué ocurría después de escuchar los disparos, y el asesino los ejecutó para eliminar testigos —dijo Néstor—. O tal vez también eran objetivos, pero los motivos contra ellos serían menos personales.

—Luego tenemos a Diana Acosta —continuó Toro—. Sus heridas fueron autoinfligidas. El asesino la estranguló con una cuerda gruesa, de las que se venden en cualquier almacén, o ferretería. Antes de morir, ella

misma se arañó la garganta. Es una reacción defensiva muy natural según el forense. También debió esforzarse en arañar al homicida. Ya Molina envió las muestras de sangre encontradas bajo las uñas de la víctima para que se determine el ADN.

—Y hasta donde tenemos noticias, la cuerda no apareció en la escena del crimen —precisó Miguel.

—El asesino debió llevársela. ¿Las autopsias revelan algún otro dato importante?

—Las víctimas ya habían cenado, aunque en ninguna encontraron restos de tarta.

—Solo falta un trozo y no lo ingirió ninguno de los Acosta, así que es evidente que quien lo comió fue el asesino.

—Ese tío debe estar loco —afirmó Pedrera—. Solo así se explica.

—Es posible —confirmó Salazar—, pero loco no significa estúpido, así que no debemos subestimarlo.

—Los informes de las autopsias no fueron los únicos que recibimos. Al parecer, Casimiro Barros también se ha dado prisa con este caso —anunció Remigio, al mismo tiempo que miraba a Néstor, quien compuso una de sus expresiones de falsa inocencia—. Por cierto ¿sabéis que en la Jefatura Superior están cabreados con nosotros?

—¿Por qué motivo?

—Dicen que usamos malas artes para conseguir que nuestros casos tengan prioridad sobre los de ellos.

—¿Malas artes? —preguntó Santiago, con auténtica sorpresa—. ¿Qué tipo de malas artes?

—Cotilleos de envidiosos —opinó el inspector Toro, sin quitarle la vista de encima a Salazar, quien se habría puesto a silbar para disimular, si eso no lo delatara—. Según ellos, sobornamos a Barros para que nos dé prioridad.

—¡Es absurdo! —sentenció el comisario Ortiz— Ni el jefe de Científica es sobornable, ni ninguno de nosotros sería capaz de… —el comisario se calló en seco, al tiempo que miró a su hermano a los ojos. Salazar se esforzaba tanto en parecer inocente, que tenía la culpa pintada en el semblante— ¡Dime que tú no tienes nada que ver con esos rumores, Néstor!

—¿Yo? Por supuesto que no. ¿Acaso me crees capaz de algo tan… y tan…? ¡Me ofende que piensen algo así de mí!

El tono y los gestos del inspector jefe fueron tan elaborados, que Santiago tuvo la certeza de que algo había de cierto en los cotilleos. Aunque

pondría la mano en el fuego por la honestidad de su hermano, también sabía que era propenso a las triquiñuelas cuando se trataba de una buena causa.

—Ya hablaremos de eso en privado, después —lo amenazó el comisario con el ceño fruncido y Salazar sintió un nudo en el estómago—. Continúa, Remigio. ¿Qué aporta Científica?

—Sus conclusiones concuerdan con las del forense. Encontraron sobras de la cena en el basurero, además de un plato de postre y una cucharilla de más que estaban limpios en la cocina. La tarta era de cumpleaños y le faltaba un trozo, pero las velas estaban intactas. No llegaron a encenderlas. Encontraron tres manchas de sangre en el suelo. La de mayor tamaño estaba en el salón, junto a la chimenea, la segunda, más pequeña, en la entrada a la sala desde el comedor y la tercera junto a la mesa del comedor. Como movieron los cadáveres para sentarlos a la mesa, no sabemos a quién pertenece cada mancha.

—No es difícil suponerlo —afirmó Néstor—. La del salón debe corresponder a Erasmo, pues fue quien tardó más en morir después de recibir el primer disparo. Esto significa que Acosta y su agresor discutieron en el salón, o tal vez ni siquiera cruzaran palabra, pero fue allí donde se cometió el primer asesinato. El sonido del disparo debió atraer la atención del hijo mayor, Simón, que al asomarse para averiguar lo que ocurría corrió la misma suerte de su padre. Entonces el asesino debió desplazarse del salón al comedor en busca del resto de sus víctimas. Le disparó a Carolina y obligó a Diana a sentarse, para así estrangularla. Luego subió a la habitación donde dormía el menor de los Acosta y dejó caer gotas de sangre de las víctimas sobre sus ropas. Bajo las escaleras y preparó la escena que encontramos. ¿Llegaron los resultados de ADN de las manchas de la ropa? ¿Sabemos a quién pertenecen?

—Todavía no.

—Es muy probable que los hechos ocurrieran como los describes —afirmó el comisario—, pero esto significa…

—El asesino fue a por todos —lo interrumpió Salazar—. No se trató de un arrebato de ira que acabó en tragedia. La sangre fría es evidente desde el primer momento. Su objetivo era el exterminio de la familia y lo ejecutó de manera planificada y sistemática.

—¿Por qué dejó vivo a David? —preguntó Diji.

—Tal vez porque necesitaba un chivo expiatorio. Alguien a quien un análisis superficial del crimen le atribuyera las culpas. El menor de los

Acosta quedaría vivo, pero con su futuro destruido. Una venganza completa.

—Así que buscamos a alguien que quisiera vengarse —afirmó Diji.

—Es muy probable que así sea.

—Lo que acabas de plantear solo tiene sentido si el asesino ejecutó una *vendetta* por motivos personales —opinó Remigio.

—Mi teoría plantea que el objetivo del asesino era el exterminio de toda la familia. Un buen motivo para explicarlo sería la venganza, pero no olvidemos que la desaparición de los Acosta representa un beneficio económico para el señor Bustillos. ¿Qué sabemos de él?

Remigio sacó su libreta de notas.

—Rogelio Bustillos pertenece a una de las familias más arraigadas de Haro. Sus antepasados se dedicaron a la producción de vino desde el siglo dieciocho, así que en cada generación hay por lo menos un enólogo. Para decirlo en términos prácticos: Rogelio creció entre barricas. Contacté al abogado que se lo recomendó a Erasmo, quien vive fuera de España. Me confirmó que él puso en contacto a Bustillos con Acosta y redactó el documento de la sociedad. Erasmo buscaba a alguien que conociera bien la industria y a Rogelio no le venía mal una inyección de capital, para llevar a cabo el proyecto que tenía en mente. Así nació Vincomar Haro.

—¿El socio tiene algún antecedente criminal? —preguntó Miguel.

Remigio negó con la cabeza.

—Limpio como el fondo de mis bolsillos a final de mes.

—¿Tenía alguna experiencia en el manejo de empresas similares a Vincomar?

—No. Lo que tenía eran contactos. Los Bustillos son dueños de bodegas. Y Rogelio era la oveja negra de la familia, por lo que sus parientes lo mantenían algo apartado del control de los negocios. Lo consideraban demasiado ambicioso y poco realista. Hasta que comenzó a ocuparse de Vincomar y les demostró que se equivocaban.

Diji, que escuchaba los argumentos en silencio decidió intervenir.

—Si el crimen lo cometió el socio por motivos económicos ¿qué sentido tendría sentar a los cadáveres y comer un trozo de tarta?

—Eso no tiene sentido, sea cual sea el motivo —sentenció Pedrera.

—Además, al hacer eso, el asesino se arriesgó a que llegara algún invitado y lo descubriera —dijo Toro.

—No olvidemos que el criminal debió ser lo bastante cercano a la familia como para tener acceso a la colección de armas de Erasmo —argumentó Salazar—. Debió saber también que la vida social de los Acosta era bastante limitada. Además, si su motivación fue el dinero, la escenificación pudo ser una forma de desviar nuestra atención, de engañarnos.

—Estoy de acuerdo contigo —afirmó el comisario—. No podemos asumir que el asesino buscaba venganza, solo porque lo parezca. El dinero siempre es un motivo a tener en cuenta. Encárgate tú mismo de investigar las finanzas de la empresa, Remigio —Toro asintió y tomó nota—. Por lo que el exempleado le contó a Néstor, Acosta era más un estorbo que una ayuda y tal vez su socio decidió que era hora de quitárselo de encima.

Capítulo 14.

Antes de que el comisario le cediera la palabra al siguiente investigador, Remigio anunció que todavía quedaban informes. Rebuscó entre las hojas de la carpeta y sacó las que se encontraban al final. Sus compañeros esperaron con paciencia hasta que por fin les explicó de qué se trataba:

—Son los resultados de las pruebas toxicológicas que le pedimos a David Acosta. No hay ninguna sorpresa: el chico estaba de heroína hasta las cejas en el momento de su detención.

—Tal vez cometió el crimen inducido por la droga —opinó Miguel.

Salazar discrepó.

—Si tomamos en cuenta las evidencias que tenemos hasta ahora, yo diría que alguien aprovechó su condición de heroinómano para usarlo como cabeza de turco.

—¿Todavía lo crees inocente?

—Cada vez considero más probable esa alternativa.

—¡Cómo te gusta complicarnos la vida! —se quejó Pedrera—. El chico tenía un motivo, pues se llevaba fatal con su padre, además de que era considerado la oveja negra de la familia; por si fuera poco, lo encontraron en la escena del crimen con sangre en la ropa y es tal vez el único que tenía acceso al arma homicida. ¿Y tú todavía te niegas a aceptar que es el culpable?

Néstor suspiró para hacer acopio de paciencia.

—Ya expliqué los motivos por los que creo que alguien se tomó demasiadas molestias para incriminarlo. No los voy a repetir. Sin embargo, para variar acabas de decir algo importante. Debemos averiguar quiénes tenían acceso a la colección de Erasmo. Es temerario afirmar que el único era David, solo porque vivía en esa casa. Si lo piensas bien, su propia condición de adicto tira tu teoría por tierra. Si el señor Acosta era la mitad de lo que dicen de él, dudo mucho que dejara las piezas de su colección a la

mano de su hijo heroinómano. Recordad que cada una de esas armas vale un pastón. Así que si David hubiera tenido acceso a ellas, lo más probable es que las habría vendido para comprar drogas.

—Es un punto interesante —reconoció el comisario—, pero entonces ¿quién más tenía acceso a la *Beretta*? Según Científica, la cerradura de la vitrina que correspondía a la pistola está intacta.

—Alguien que era cercano a Erasmo, en quien él confiaba lo suficiente para permitirle que se acercara a las llaves de su colección.

—¿El socio? —sugirió Remigio.

—O un amigo cercano.

—Alguien que compartiera su afición —sugirió Diji y sus palabras atrajeron la atención del inspector jefe.

—Ese es un buen punto. ¿Pertenecía Erasmo a algún club, o agrupación relacionada con la colección de armas?

—Es parte de lo que averiguamos Beatriz y yo cuando investigamos a los Acosta, señor.

—Lamento interrumpir, comisario —dijo una voz aguda desde la entrada. Todos se concentraron en la figura menuda de Lali, que se frotaba las manos con nerviosismo.

—Tú nunca interrumpes, Lali —la animó Santiago—. Si estás aquí, estoy seguro de que es por algo importante.

—Sí, señor. Acaba de llegar la ambulancia para recoger al detenido, al joven Acosta, pero necesito su firma para permitir que se lo lleven.

—De acuerdo —dijo el comisario, mientras cogía el documento que le ofrecía su secretaria y se apoyaba en el escritorio de Sofía para firmarlo.

—¿El chico está enfermo? —preguntó Néstor con preocupación.

—Esta madrugada se quejó de fuertes dolores en el abdomen. Calambres —precisó Lali—. Se lo informé al comisario en cuanto lo supe y él ordenó su traslado al hospital.

—El mono —sentenció Pedrera, torciendo la boca.

—Síndrome de abstinencia —lo corrigió Salazar—. Pobre chico.

—¿Pobre? Si no se metiera esa porquería en el cuerpo no le pasaría esto —opinó Miguel—. Además, es probable que «ese pobre chico» haya asesinado a toda su familia a sangre fría.

—No estamos seguros de eso —le refutó Néstor—. Es posible que sea otra víctima del verdadero asesino. En cuanto a la droga, no excuso su

adicción, pero no sabemos las circunstancias que lo indujeron a consumirla, ni cómo se desarrolló el proceso. No somos jueces.

—Solo somos policías. Y nuestro deber es combatir ese vicio, no excusarlo —argumentó Remigio.

—No lo excuso, pero tampoco lo juzgo.

—¡Ya está bien! —exclamó Santiago con su voz de trueno—. No estamos aquí para perder el tiempo con ese tipo de discusiones. Volvamos a lo nuestro. Pedrera, ya que tienes tantas ganas de hablar, presenta tu informe.

—Sí, señor. Indagué en las calles con mis informantes. En efecto, Mateo Rondón se dedica al trapicheo con drogas. Se «especializa» en drogas de diseño, pero se comenta que de vez en cuando también trafica con heroína en pequeñas cantidades para algún cliente especial.

—Su propio cuñado —concluyó Remigio.

—Tiene bastante lógica.

—Debemos conocer mejor a este insigne ciudadano —sentenció el comisario—. Ocúpate tú mismo de investigar más a fondo al señor Rondón, Miguel. Veamos que descubrimos sobre su negocio y sus clientes especiales.

—Sí, señor.

—Diji. ¿Qué averiguasteis tú y Beatriz con respecto a la familia Acosta?

—Los Acosta provienen de Madrid, y se mudaron a Haro en el año 1996, que fue cuando don Erasmo se asoció con Bustillos para fundar Vincomar Haro. Los dos hijos mayores nacieron en la capital. David es jarrero. La señora Acosta, de soltera Kolbe, era de origen alemán.

—¿Por qué se trasladaron a La Rioja? —preguntó Néstor.

—No está claro, señor.

—Es evidente, ¿no? —intervino Pedrera—. Si Acosta quería invertir en una empresa relacionada con el vino, ¿qué mejor lugar que La Rioja?

—¿Estás seguro, Miguel? ¿Se trasladó con su familia para invertir en la industria vinícola, o invirtió en una empresa relacionada con el vino porque estaba en La Rioja?

—Hablas como si nuestro único producto fuera el vino —le reclamó Remigio.

—No fue lo que dije. Sin embargo, no me negarás que se trata de uno de los principales negocios por aquí.

—De acuerdo, no sabemos qué motivó a los Acosta a establecerse en La Rioja. Tal vez eran aficionados a las patatas riojanas —dijo el comisario con sarcasmo—, así que tendremos que averiguarlo. Diji, Néstor, en cuanto el detenido se recupere, lo volveréis a interrogar. Tal vez él lo sepa.

—Sí, señor —respondió Cheick. Salazar solo asintió.

—¿Qué más puedes decirnos de la familia?

—Disponían de un capital caudaloso que les hubiera permitido vivir de las rentas. La señora Acosta no tenía ocupación conocida. Simón era técnico informático y trabajaba en una tienda especializada. Se independizó en cuanto alcanzó la mayoría de edad y no recibía ayuda económica de nadie. Carolina todavía vivía con sus padres y estudiaba Artes plásticas. David también continuaba en la casa familiar y no se le conoce ocupación.

—Un vago —afirmó Miguel.

—Salvo por la solvencia económica, parece una familia bastante normal —opinó el inspector Toro—. ¿Cómo es que terminaron así?

—No lo crea, señor —lo desmintió Cheick—. Como sospechaba el inspector Salazar, sí hay algo extraño.

—¿De qué se trata?

—A Beatriz y a mí también nos pareció que todo era demasiado normal para explicar lo que ocurrió, así que decidimos indagar más atrás en el tiempo. Queríamos comprobar cómo transcurrió la vida de los Acosta en Madrid para descartar que su traslado a Haro no fuera una huida.

—Bien pensado —lo felicitó Néstor—. ¿Qué encontrasteis?

—Nada. Eso es lo extraño. No había ni rastro del paso de la familia por la capital. Ni empadronamiento, ni registros laborales o escolares, ni cuentas bancarias. Es como si los Acosta se hubieran materializado de la nada para asentarse en Haro. En Madrid eran fantasmas.

—Eso no es posible —dijo Miguel—. ¿Habéis buscado bien? Madrid es muy grande y tiene muchos pueblos periféricos. Tal vez residieran en alguno de ellos.

—Tomamos en cuenta esa posibilidad, señor. Le aseguro que los Acosta nunca se asentaron allí.

—Ese podría ser el hilo del que debemos tirar —afirmó Salazar, después de meditar por unos segundos.

—¿A qué te refieres?

—Si la historia de la familia no es comprobable, existe una alta probabilidad de que sea falsa. ¿Qué puede obligar a un grupo familiar a

mentir al respecto?

—Se escondían de algo o de alguien —sentenció Diji. El inspector jefe asintió. Ese era su punto.

—Así que los Acosta llegaron a Haro desde un lugar, del que lo único que sabemos es que no era Madrid, y se instalaron aquí, pero sin integrarse del todo. Recordemos que sus contactos sociales eran muy restringidos. Yo diría que se escondían y por lo tanto, lo más probable es que su verdadero nombre no fuera Acosta.

—Con respecto a sus relaciones sociales, Beatriz encontró algo interesante —intervino Cheick. Néstor le prestó atención—. El señor Acosta tenía un amigo cercano. Se trataba de otro coleccionista de armas. Su nombre es Alejandro Jaso.

—¿Cómo se conocieron?

—Todavía no lo sabemos, señor.

—Debemos investigarlo.

—¿Crees que los Acosta formaban parte de algún programa de protección de testigos? —preguntó el comisario.

—No estoy seguro, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque un programa de protección los hubiera obligado a cortar cualquier nexo con su vida anterior. Y eso incluye el dinero. Sin embargo, los Acosta disponían de fondos importantes en su cuenta bancaria. Yo diría que más bien sus esfuerzos por ocultarse de lo que fuera no dependieron de ningún organismo oficial.

—Iban por su cuenta.

—Y algo salió mal.

Santiago se quedó pensativo por algunos momentos antes de exponer su opinión:

—Si estás en lo cierto, para descubrir quién los asesinó, primero debemos averiguar quiénes eran ellos.

—Yo diría que es el primer paso.

—Tal vez el detenido lo sepa —sugirió Remigio.

—Es posible —reconoció Néstor—, pero no olvidéis que era el menor de la familia y que nació en Haro. La única forma en que pudo saberlo es que alguien se lo contara, y si el asunto es tan grave como suponemos, es probable que no se mencionara en esa casa. Así que no me sorprendería que David Acosta no tenga idea de los antecedentes de su familia.

—¿Y cómo lo averiguamos?

—Los documentos. Para poder refrendar su historia y asentarse en La Rioja tuvieron que presentar una documentación que los avalara. La historia bastaba para vecinos y curiosos, pero no para las autoridades.

—Así que debieron presentar documentos falsos.

—Lo que significa que alguien tuvo que forjarlos —confirmó Salazar—. Y para que resultaran indetectables, debieron ser encargados a un falsificador local.

—Vale la pena investigarlo.

—Diji, necesito que reúnas toda la documentación que presentaron los Acosta en los organismos oficiales cuando se mudaron a Haro —ordenó el inspector jefe—. Llévala a Científica para que determinen su legitimidad. Si resulta falsa, el siguiente paso será indagar quién fue el artista y las condiciones del contrato. Si queremos avanzar en este caso, debemos averiguar quiénes eran los Acosta en realidad.

Capítulo 15.

Concluida la reunión, cada uno de los investigadores se ocupó de su tarea. A Néstor lo esperaba una pila de documentos por firmar. Detestaba el trabajo burocrático, pero venía incluido en el cargo de inspector jefe, así que no tenía alternativa. Lo peor era la sensación agobiante de que no avanzaba nunca. Leía y firmaba diez documentos y al día siguiente aparecían veinte sobre su escritorio. Tenía la desconcertante sensación de que los folios se reproducían por la noche, como si se tratara de conejos en una granja. De cualquier forma, a pesar del tedio, las actividades burocráticas formaban parte de su trabajo, así que las cumplía con la misma responsabilidad y eficiencia que empleaba en las investigaciones. Al menos hasta que encontrara una forma de escaquearse.

Cuando ya estaba medio enterrado entre papeles y luchaba por mantener los ojos abiertos, el tono de su móvil vino a salvarlo. ¡Bendita fuera la tecnología! Respondió sin siquiera mirar de quién se trataba y al otro lado de la línea escuchó la voz grave y rasposa de Casimiro Barros.

—Me alegra encontrarte, Salazar.

—¿Hay novedades, Casi?

—Estamos en pleno allanamiento de la vivienda del señor Guillermo Caro, quien por cierto os envía recuerdos a ti y a toda tu parentela. Como supondrás, no está muy contento con tener a la Policía revisando hasta el cajón de los gayumbos, así que lee y relee la orden de registro como si fuera a cambiar de tanto mirarla.

—Pero ¿habéis encontrado algo?

—Mira que eres impaciente. Te llamo porque prefiero informarte, antes de que te presentes con tus dulces y tu café a tentar mi fuerza de voluntad. Cada vez que tienes un caso importante la balanza sube, mi mujer empieza con la mosca detrás de la oreja, y se inventa una dieta peor.

—¿Qué encontrasteis?

—Una camisa y los bajos de unos pantalones con unas manchas que tienen un sospechoso parecido a la sangre. Estaban en la cesta de la ropa sucia.

—No parece un lugar creativo para esconderlos.

—Según el señor Caro, se mancharon con su propia sangre. Dice que sufrió una hemorragia nasal.

—No será difícil saber si es cierto.

—Desde luego, pero me pareció importante avisarte.

—Te lo agradezco, Casi. Lo más prudente será ordenar la vigilancia del señor Caro. Si miente, podría intentar huir antes de que averigüemos el origen de la sangre.

—De acuerdo. Yo ya cumplí.

Después de colgar, Néstor decidió que ya había rendido su cuota de sacrificio a la burocracia. Entonces llamó al hospital para interesarse por David Acosta. Le informaron que se encontraba estable y en condiciones de hablar, por lo que Néstor se comunicó con Diji para darle instrucciones.

El inspector suspiró con alivio cuando salió de su despacho. Empleó el Corsa de la comisaría para trasladarse al hospital. El subinspector Cheick lo esperaba en la puerta y lo puso al tanto de sus actividades en cuanto lo vio: Mientras Salazar hacía esfuerzos para no morir de aburrimiento sepultado entre expedientes, Cheick había localizado los documentos de los Acosta y consiguió que el juez Antúnez firmara una orden para que Científica pudiera verificar su autenticidad.

Aunque Néstor se sentía a gusto cuando trabajaba con Diji, no pudo evitar echar en falta a Sofía. Un par de respiraciones profundas lo ayudaron a superar el nudo en el pecho y convencerse a sí mismo de que todo era normal. Sofía regresaría. No había ninguna razón para dudarlo.

Subieron a la habitación de David Acosta. El agente Echevarría hacía guardia en la puerta. Después de los saludos de rigor, se disponían a entrar cuando una voz chillona a sus espaldas los detuvo.

—¡Inspector Salazar! No dé ni un paso más.

—Señora Yolanda, ¡qué alegría verla! —dijo el inspector, mientras lanzaba una mirada fugaz al techo y soltaba un suspiro—. ¿Qué hace aquí? ¿No trabaja usted en cirugía?

—Pedí traslado.

—Vaya, pues espero que le vaya bien con sus nuevas responsabilidades. Me gustaría quedarme a charlar con usted, pero debo interrogar a un

detenido.

—Si se refiere al paciente David Acosta, no puedo permitir que entre en esa habitación hasta que el doctor lo autorice.

Salazar cogió aire. Ya temía algo así cuando escuchó la voz chillona y reconocible. Si bien la señora Olmos colaboró con él en alguno de sus casos recientes, sus primeros encuentros, cuando el propio Néstor era uno de sus pacientes en recuperación, tenían el leve roce de la discordancia. Como dos *hooligans* de equipos rivales en un derbi. Por experiencia, el inspector sabía que discutir sería una pérdida de tiempo.

—¿Puedo hablar con el doctor? Como comprenderá, es importante que hagamos la entrevista.

—¿Hay vidas en peligro?

—Con un asesino suelto, siempre las hay.

—Le diré lo que haremos —murmuró la enfermera en tono de complicidad—. Bajen ustedes a la cafetería y concédanme quince minutos. Yo convenceré al doctor Mendoza de que autorice la visita.

—Gracias, señora Olmos —susurró Néstor, con el mismo tono—. Sabía que podía contar con usted.

Ambos policías bajaron a la cafetería, tal como sugirió Yolanda, ocasión que Salazar aprovechó para picar algo y engañar a su estómago con un café. Al cabo de quince minutos exactos regresaron y encontraron a una señora Olmos muy satisfecha, que les confirmó que tenían vía libre para hablar con el paciente.

David se encontraba despierto y parecía tranquilo. El tratamiento que recibía por el gotero conectado a su brazo aliviaba los dolores del síndrome de abstinencia. Unas esposas sujetaban su otra muñeca a la estructura de la cama. Miró a los policías sin cambiar la expresión de su rostro, y esa abulia causó más compasión a Salazar que si el chico hubiera estallado en ira, o en llanto, pues comprendió que era una señal de rendición.

Después de comprobar que estaba en condiciones físicas para que lo interrogaran y que era coherente en sus respuestas, Néstor se sentó junto a la cama y comenzó la entrevista. Centró sus primeras preguntas en los secretos de la familia.

—No hay mucho que pueda interesar a la Policía —afirmó el joven—. Mis padres y hermanos eran de Madrid, pero se sintieron agobiados por el bullicio de la capital. Decidieron que preferían un ambiente más tranquilo, así que después de discutirlo mucho, escogieron La Rioja. Entonces se

establecieron aquí, mi padre encontró un socio para fundar su empresa y a los pocos meses nací yo. Eso es todo.

—¿Cómo es que no hay registros de la vida de tu familia en Madrid?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? Tal vez se perdieron, o alguien los archivó mal.

—David, estamos hablando de expedientes que reposan en diferentes instituciones —intervino Diji—. Además, toda esa información está digitalizada. No hay forma de «archivarla mal».

—Estoy seguro de que hay alguna explicación sencilla.

—Tu madre era alemana. ¿No es así, David? —el joven Acosta asintió—. ¿De qué parte de Alemania?

—De… Colonia, creo. Sí, de Colonia.

—¿No estás seguro?

El detenido encogió un hombro.

—No hablaba mucho de eso, pero recuerdo que en una ocasión se lo pregunté para una tarea escolar y fue lo que me dijo.

—Ya veo. ¿Conociste a tus abuelos?

—Ya habían muerto cuando yo nací.

—¿Nunca viajaron a la ciudad de nacimiento de tu madre?

—No.

—¿Ella no sentía nostalgia por visitarla? ¿No tenía parientes allí?

Acosta negó con la cabeza.

—¿Y tu padre? ¿Era de Madrid, o nació en algún otro lugar?

—De Madrid, creo. En casa no se hablaba mucho de eso. Y menos mi padre.

—¿No mencionaban tus hermanos la época en que vivieron en la capital? ¿Tú no les preguntaste sobre eso?

—No querían tocar el tema. En una ocasión, mi hermana me dijo que era mejor que mi padre no nos pillara hablando sobre Madrid, porque se enfurecería. Y mi padre cabreado era terrible.

—¿Os maltrataba?

—Nunca nos golpeó, si es a eso a lo que se refiere, pero conseguía que te sintieras peor que un gusano.

—Comprendo. David, ya sabes que eres el principal sospechoso del asesinato de toda tu familia, pero yo estoy dispuesto a darte el beneficio de la duda. Sin embargo, necesito indicios que me permitan descubrir otras

alternativas. ¿Estás seguro de que no recuerdas nada que pueda orientarnos acerca del pasado de tu familia?

David fijó la mirada en Salazar con los ojos húmedos. Después de meditar por unos segundos hizo una inspiración profunda y se secó las lágrimas con la palma de la mano libre, antes de hablar.

—Recuerdo algo extraño, pero no sé si tendrá importancia —Salazar se enderezó y Diji se acercó un paso—. Yo tendría unos seis años. Mi padre abroncaba a mi madre como era costumbre. Le gritaba algo sobre que su inutilidad hacía que todo fuera más difícil. Después de esas palabras él siguió gritándole, pero yo no pude comprenderlo más.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que mi padre comenzó a hablar en otro idioma. Uno que yo no conocía. Entonces me vio y me gritó que me fuera a mi habitación. Unos minutos después subió para ordenarme que no mencionara nunca lo que había presenciado.

—¿Tienes idea de cuál era el idioma en el que habló tu padre? —David negó con la cabeza—. ¿Sería alemán?

—No estoy seguro. Yo era muy pequeño y todos los idiomas extranjeros me sonaban igual.

—¿Os habló vuestra madre en alemán en alguna ocasión?

—Nunca.

—¿Ni siquiera alguna palabra suelta?

—Ella decía que como no lo practicaba, se le hacía cada vez más difícil recordarlo.

—¿Qué edad tenía tu madre cuando salió de Alemania?

—Era joven, pero ya adulta. Por eso tenía un acento muy fuerte.

Néstor y Diji intercambiaron una mirada. No era creíble que Diana hubiera olvidado su lengua materna si la habló hasta hacerse adulta. Además, olvidar el idioma, pero conservar el acento resultaba todavía más extraño. Era evidente que algo no encajaba.

—Quiero que me hables de la colección de armas de tu padre.

—Era su mayor orgullo. Pasaba horas en esa habitación.

—¿Cuántos juegos de llaves de las vitrinas existían?

—Uno solo. El suyo.

—¿Nadie más tenía copia? —David negó con la cabeza—. ¿Dónde guardaba esas llaves?

—Siempre las llevaba encima. Era muy celoso cuando se trataba de sus joyas, como él las llamaba.

—Esas llaves no aparecieron durante el registro de tu casa. ¿Alguna idea de dónde podrían estar?

—Supongo que las cogió el asesino.

—¿Sabes de alguien a quien tu padre se las hubiera entregado?

—No se me ocurre nadie. Aunque tenía un amigo, tal vez el único que le conocí. Era también coleccionista y conversaban mucho sobre el tema. Veo posible que le enseñara su colección, pero encuentro difícil que le diera las llaves de las vitrinas. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tal vez le confió a alguien las llaves, o la propia *Beretta* —sugirió Salazar—. Pueden existir mil excusas: Una reparación, la inscripción en algún concurso, tomarle una fotografía para una revista sobre el tema. El orgullo puede hacer perder la perspectiva. ¿Recuerdas el nombre de ese amigo?

—Se llama Alejandro. No sé el apellido.

Diji asintió. Ese era uno de los nombres que surgió en las indagaciones que hicieron sobre las relaciones de la familia Acosta.

Capítulo 16.

Conforme avanzaba el invierno, los días eran cada vez más cortos y las noches más frías, así que la oscuridad avanzaba cuando los policías terminaron el interrogatorio y salieron del hospital. Salazar le dijo a Diji que se fuera a casa. También le encargó una tarea para el día siguiente: debía investigar los orígenes de Diana en su país natal. Néstor quería saber todo lo que se pudiera acerca de la familia Kolbe.

El inspector recibió una llamada en su móvil antes de llegar al Corsa, Respondió sin mirar de quién se trataba y escuchó la voz de Toni. Después de saludarse, el informático entró en materia.

—¿Estás muy ocupado, colega? Creo que te conviene hacernos una visita.

—¿Habéis encontrado algo interesante?

—Tú tendrás la última palabra, pero Beatriz está muy entusiasmada con lo que descubrimos.

—¿De qué se trata?

—Será mejor que lo veas por ti mismo.

—De acuerdo. Voy para allá.

Los atascos de la hora punta impidieron que Salazar llegara con la premura que hubiera querido, así que se armó de paciencia y se aseguró de que Toni y Beatriz lo iban a esperar. Cuando por fin llegó a la Jefatura Superior, ya la noche cubría la ciudad y una leve bruma enturbiaba el brillo de las farolas de la calle. Néstor se estremeció por el frío. Cruzó el aparcamiento y entró al edificio a paso apurado. Después de saludar al agente de la recepción e identificarse, se encaminó al laboratorio de informática y lamentó de nuevo la ligereza de su abrigo. Con las bajas temperaturas de esa noche, no sería suficiente para protegerlo del frío que debía hacer en los predios de Toni, pero no tenía alternativa.

En efecto, en cuanto el informático le abrió, Salazar sintió el bajón del termómetro y se estremeció. Hizo lo posible para que no se le notara la incomodidad mientras cruzaba la habitación plagada de ordenadores que mostraban sus entrañas de cables y circuitos.

En el fondo, Beatriz mantenía la mirada fija en una pantalla y de vez en cuando pulsaba en el ratón. Al escuchar la voz del inspector jefe, le lanzó una rápida ojeada para corroborar su presencia y volvió a lo suyo, después de murmurar un saludo. ¿Era idea de Néstor, o había un sutil cambio en el comportamiento de la subinspectora? La voz de Toni lo sacó de sus reflexiones.

—Tenías razón con respecto al dinero de los Acosta. No se trataba de una herencia.

—¿Descubristeis el origen del dinero?

—Para comenzar, déjame decirte que aquí estamos hablando de varios millones de euros.

—¿Te refieres al capital de los Acosta, o a la inversión en la fábrica?

—A ambos —sentenció Toni. Salazar enarcó las cejas—. Erasmo Acosta invirtió varios millones de euros en Vincomar Haro, pero eso solo representaba una fracción de su capital.

—¿Y el origen?

—Una transferencia de un banco británico —le informó Beatriz, que por fin apartó su atención de la pantalla—. Depósito que a su vez tuvo su origen en varias transferencias de tres bancos europeos: Uno suizo, uno ruso y uno italiano.

Salazar se sintió confundido.

—Pero el asunto no queda allí. Aunque no fue fácil, conseguimos determinar de dónde salieron los fondos de esas tres cuentas. Para no aburrirte, seguimos el rastro por cuatro bancos más para llegar al que parece ser el originario.

—¿Dónde?

—En Hungría.

—¿Los fondos provienen de Hungría?

—Tal vez haya más entidades financieras en la cadena —explicó la subinspectora—, pero el rastro llega hasta Hungría.

—¿Alguna evidencia que nos permita descubrir el origen de los fondos?

—Lo siento, pero nos hemos topado con una pared de ladrillos —confesó Toni—. Sin embargo, nadie pasea millones de euros de banco en

banco con la consecuente pérdida por comisiones por moverlos. Estoy seguro de que ese dinero no proviene de una herencia.

—Estamos de acuerdo —dijo Salazar—. Supongo que necesitaremos la colaboración de las autoridades húngaras para llegar hasta el fondo de este asunto. Habéis hecho un gran trabajo.

Toni y Beatriz intercambiaron una mirada y una sonrisa, que no le dejó dudas a Néstor de que los frutos de ese día de trabajo en equipo no involucraban solo descubrimientos financieros. Saltaban chispas entre esos dos. Salazar decidió dejar a los tórtolos solos, así que después de agradecerles su esfuerzo y despedirse, se marchó, contento por dejar atrás las bajas temperaturas del laboratorio.

El inspector dejó el Corsa frente a la comisaría y cruzó la plaza de la iglesia. Por suerte, esa noche no era ventosa pese al frío. Aun así apuró el paso para entrar en calor. Al momento en que llegó a su portal, uno de los vecinos salía del bar de Gyula. Llevaba las mejillas sonrosadas y la sonrisa bobalicona de quien carga más de un vaso de vino entre pecho y espalda. El andar un tanto inestable del parroquiano se lo confirmó.

Néstor se olvidó de la temperatura y se quedó plantado frente al bar. La iluminación del interior contrastaba con la oscuridad de la calle, y el murmullo de las conversaciones llegaba hasta los oídos del inspector como si fuera el canto de las sirenas. Sintió un vacío en el pecho y sin pensar en lo que hacía se acercó a «La Callecita». Al llegar al umbral, al runrún de fondo de los diálogos ininteligibles se sumó el tintineo de los vasos, las tazas y los platos, así como los olores a los extraordinarios guisos de Dika y el aroma de la salmuera del jamón de Jabugo, que tentaba a los clientes desde un soporte sobre la barra, y de los chorizos que colgaban en un rincón estratégico junto a la entrada a la cocina.

Sin embargo, lo que más removió la nostalgia de Néstor fue ver a su amigo trasteando detrás de la barra. Dika no estaba a la vista. A esa hora, era seguro que se encontraría en la cocina, ocupada en preparar tapas y comandas. El camarero, que sorteaba las mesas con eficiencia y ligereza, fue el primero que notó la presencia de Néstor. Se frenó, lo miró con descaro y enarcó las cejas. Al notar la reacción de su empleado, Gyula siguió su mirada y vio a Salazar, quien estaba plantado como un pasmarote a pocos pasos de la barra con expresión distraída. El tabernero detuvo en seco el movimiento circular del trapo con el que limpiaba la barra, y se encaró a su examigo.

—¿Quieres algo, Néstor? —le preguntó con voz cortante.

No fueron las palabras, sino la entonación lo que sacó a Salazar de su ensimismamiento. ¿Cómo era posible que hubieran llegado a esto? Ellos, que crecieron juntos y se querían como hermanos. ¿En realidad valía la pena mantener el orgullo a cambio de un distanciamiento que los lastimaba a los dos?

—Solo… Quería hablar contigo, Gyula. Por nuestra amistad. ¿No crees que deberíamos hacer las paces?

—Si quieres cenar, puedo prepararte un táper. La conversación no está incluida en la carta. Como puedes ver por ti mismo, estoy muy ocupado.

—Sí, ya lo veo —respondió Néstor con desaliento, al tiempo que se preguntaba qué hacía allí—. No es necesario que te molestes con el táper. No tengo apetito.

Con el ánimo en los pies, Salazar le dio la espalda a Gyula y salió del bar. El tabernero continuó puliendo la madera de la barra hasta que tuvo la sensación de que alguien lo observaba. Giró la cabeza en dirección a la cocina y vio a Dika, que lo miraba con el ceño fruncido, los brazos cruzados y los puños cerrados. Gyula adivinó que le esperaba una noche en el sofá.

El inspector subió hasta la buhardilla con paso lento. Sentía el peso del mundo sobre él, así que el encorvamiento de sus hombros no era una pose estudiada, sino el reflejo de su ánimo. Cuando entró en su casa, Paca no salió a recibirlo. Al contrario, saltó del sofá para refugiarse debajo de una silla, desde donde le bufó con las orejas pegadas al cráneo y con un movimiento del rabo tan violento, que Néstor temió que se lo pudiera fracturar contra las patas de la silla.

Salazar entró arrastrando los pies y cerró la puerta a sus espaldas. Con la animosidad que la gata demostraba contra él, era capaz de marcharse y declarar su independencia. Después de todo, antes de llegar a su vida, Paca era callejera.

—¿Qué te ha dicho esa bruja sobre mí para que reacciones así?

La pequeña felina negra, con las pupilas dilatadas y todos los músculos en tensión emitió extraños sonidos, que él supuso que tenían el objetivo de atemorizarlo. Con movimientos lentos para que Paca no se sintiera amenazada, Néstor se quitó el gabán y sacó el móvil del bolsillo. Solo entonces vio la nota sobre la mesa. La cogió y la leyó con atención. Se trataba de una serie de ejercicios que debía realizar con la gata, descritos

con una letra redondeada y pulcra. Al final había una cifra y un número de cuenta. Los honorarios de la etóloga.

—¡Setenta y cinco euros! —exclamó escandalizado—. ¿Qué hicieron, Paca? ¿Una sesión de psicoanálisis felino? Joder, qué caro me está saliendo tu enfado.

Bufido y maullido enojado.

—A ver. Aquí dice que debo jugar contigo. Que use algo que pueda estimular tus instintos de cazadora, pero con lo que te sientas segura. Como si me quedara ánimo para jugar con la que está cayendo. ¿Tú qué opinas?

Sonido extraño y orejas pegadas al cráneo.

—¡Ja! Esta me gusta. Dice que no te alimente, y que tampoco te premie con galletas mientras muestres una actitud hostil, porque entonces estaría premiándote un comportamiento inadecuado. ¿Qué te parece?

—Rauraurau.

—Luego escribe una larga explicación donde sugiere que utilice la comida y los premios para reforzar una conducta relajada, y que te demuestre indiferencia mientras mantengas una actitud agresiva.

Silencio tenso.

Salazar se sentó y abrió el ordenador para realizar la transferencia con la que pagaría a la bru… a la etóloga. Al mismo tiempo, se preguntó cómo iba a cumplir con las instrucciones que le dejó, pues con la pasta que le habían costado, tampoco era cuestión de ignorarlas. Con esa idea en la cabeza, Néstor se fue a buscar lo que necesitaba. Olvidó sus preocupaciones mientras ataba una galleta para gatos con sabor a sardina a un largo hilo doble. Paca lo observaba con la desconfianza pintada en la mirada.

Salazar arrojó la galleta lo bastante cerca de la gata para que le llegara su olor. Paca no se movió y Salazar aguardó con paciencia. Como supuso, su pequeña gata no se resistió a semejante tentación y sin bajar la guardia se acercó al apetitoso tentempié. Cuando ya casi lo había alcanzado, el inspector tiró del hilo, con lo que Paca se vio obligada a dar otro paso. El movimiento inesperado de la galleta la convirtió en una presa y aumentó la motivación de la felina, así que fue perdiendo el interés por vigilar a su humano, para concentrarse en el elusivo premio, que no se dejaba atrapar.

Néstor mantuvo el juego por algunos minutos, tiempo en el cual él también se relajó. Tal vez contratar a la etóloga no había sido tan mala idea. Hasta llegó a pensar que los setenta y cinco euros que invirtió podrían haber valido la pena.

Cuando por fin el inspector permitió que Paca atrapara a su presa, la gata se veía un poco más tranquila. Al menos ya no mostraba esa actitud agresiva con la cual lo recibió.

Cansado por el largo día, y un poco más animado al notar que Paca se había relajado un poco. Néstor se fue a la cama sin hacer el intento de acercársele. Fue lo que Isabel le aconsejó en la nota y era evidente que sabía lo que decía.

Capítulo 17.

Al día siguiente, Salazar decidió hacerle una visita a Casimiro antes de ir a la comisaría. El comentario de Remigio acerca de los sobornos gastronómicos al jefe de Científica le hizo comprender que sería imprudente presentarse con los acostumbrados dulces. Además, el propio Barros le había expresado la inconveniencia de que lo tentara a romper la dieta. Así que por primera vez desde que lo conocía, Salazar se fue al laboratorio sin llevar nada. Cuando Casimiro lo vio llegar, puso los ojos en blanco y de inmediato enfocó la mirada en sus manos.

—¿Dónde está mi desayuno?

—Hoy no te traje nada, Casi. Después de lo que me dijiste ayer…

—Ayer fue ayer y hoy es hoy. Esta mañana mi mujer me despachó con un té de hierbas sin azúcar y una de esas galletas de arroz inflado con sabor a papel de estraza. Tengo un hambre que muerdo. ¿Y tú tienes la desfachatez de presentarte con las manos vacías? Además, estoy seguro de que vienes a pedirme algo.

—Se han desatado rumores sobre los regalos que te suelo hacer. Desde luego que mi única intención es agradecerte tu colaboración, sin ningún ánimo de presionarte —aseguró el inspector con su cara de inocente vilipendiado. Esa que Paca celebró con un «marramiau» el día que consiguió que le saliera bien—. Sin embargo, ya sabes que la gente es mala y comenta. No quisiera que te vieras perjudicado.

—¡La gente que comenta se puede ir al carajo! Yo tengo hambre, así que si quieres que le dé caña, anda a buscarme un buen desayuno.

—¡Dame cinco minutos! —exclamó el inspector, y sin decir ni una palabra más, salió por la puerta por la que acababa de entrar y corrió al bar más cercano.

En lugar de cinco minutos fueron quince, pero cuando Salazar regresó al laboratorio, llevaba la bolsa con rosquillas y el habitual vaso de café.

Casimiro casi se lo arrancó de las manos, atacó la primera rosquilla y se quemó la lengua con la infusión.

—«¡Mmmmm!» Esto ya es otra cosa. ¿Ves? Ahora sí estoy de humor para escucharte. Como le vuelvas a hacer caso a los gilipollas que se quejan de tus gestos de amabilidad conmigo, te escribo los informes en lenguaje técnico y te juro que no los entiendes, ni que contrates un traductor.

—No te preocupes, Casi, que no volverá a ocurrir —le prometió Salazar, un poco asustado con la amenaza, pues ya se veía consultando Google cada tres palabras.

—Eso, que los dulces que me traes son un simple gesto de amabilidad y agradecimiento que es del todo espontáneo. ¿No es así?

—Por supuesto.

Ya el perito iba por la tercera rosquilla y del café no quedaba ni el aroma.

—Ahora dime qué quieres.

—Cuanto más avanzamos en las investigaciones, más me convenzo de que el chico Acosta es inocente, pero necesito algo concreto. ¿Han concluido las pruebas de ADN de la sangre en su ropa?

—Le di prioridad por tratarse de ti y porque el crimen fue brutal, así que si no llegaron, debe faltarles poco. Déjame que lo compruebe. ¡Que cada día te presentas más temprano, joder! —Néstor encogió un hombro para disculparse—. ¿Te sigue obligando a madrugar tu gata neurótica?

—Para ser honesto, en los últimos días no lo hace porque está enfadada conmigo.

—¿Quieres decir que te deja dormir porque se enfadó contigo? —Salazar asintió—. Pues me vas a dar la fórmula para aplicársela a mi mujer.

—Hice que el veterinario la esterilizara.

—En ese caso tu método no me va a servir. Que si lo intento, mi mujer me capa. Vamos a ver si llegaron esos informes que me pides.

Barros encendió el ordenador y después de algunos clics, hizo una mueca de disgusto.

—¿No han llegado?

—Al contrario. Están listos. Lo cual significa que no tendrás que regresar por ellos.

—¿Qué es lo que reportan?

—Para decírtelo en pocas palabras. La camisa del chico tenía manchas de sangre de las tres víctimas, lo cual es bastante extraño.

—¿Por qué?

—Porque Simón y Carolina Acosta recibieron los disparos a cuatro metros de distancia, así que las salpicaduras de sangre no debieron alcanzar al asesino, y mucho menos en el patrón que mostraba la camisa.

—De manera que solo la sangre de Erasmo pudo alcanzar las ropas del criminal.

—Sería lo lógico.

—¿Te parecería más razonable si se tratara de una puesta en escena?

—Explícate.

—Digamos que el asesino comete el crimen y luego sube a la habitación donde David duerme bajo los efectos de la heroína. Entonces deja caer gotas de sangre de las tres víctimas sobre la ropa del chico.

—Según estos resultados, esa es una explicación más adecuada.

—¿Lo jurarías ante el juez?

—No puedo asegurar que ocurrió así, pero estaría dispuesto a testificar que las manchas no son producto de las salpicaduras en el momento de los disparos.

—De acuerdo, gracias Casi. Hay algo más que me gustaría comprobar si ya lo tenemos.

—¡Qué pesado eres! Más que un collar hecho con bolas de petanca. ¿Qué más quieres saber?

—Los rastros en las uñas de Diana Acosta. ¿Consiguió arañar a su asesino?

—Espera, que creo que también lo enviaron.

Unos segundos después, Barros comprobó el informe y se enderezó.

—Me temo que no hubo suerte. Encontramos restos de sangre y piel debajo de las uñas de la señora Acosta, pero el ADN es compatible con ella misma.

—Así que se arañó el cuello mientras la estrangulaban.

—Es comprensible, ¿no crees? Trató de apartar la cuerda que le cerraba la entrada al aire a como diera lugar. Supongo que cualquiera reaccionaría del mismo modo.

—Sí, pero cualquiera también haría lo posible por arañar o golpear al agresor. Si Diana no lo hizo fue porque no pudo.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que el asesino debía ir protegido. Si estás sentado y trato de estrangularte, tú intentas apartarme. La parte de mi cuerpo más expuesta

serían los brazos, pero la víctima no consiguió llegar a ellos, lo que me hace pensar que la vestimenta del asesino impidió que Diana lo arañara. El joven Acosta estaba en mangas de camisa cuando lo encontraron.

—Tal vez se quitó la chaqueta, o lo que fuera que cubría sus brazos después de cometer los crímenes.

—¿Entonces cómo llegaron las manchas de sangre a su camisa?

—¡Cómo te gusta complicar las cosas que parecen sencillas! Sin embargo, tienes razón. En todo esto hay algo que no encaja —reconoció Barros.

—Yo diría que nada encaja, a menos que la implicación de David Acosta sea parte de la escena montada por el asesino.

—¿Le pedirás al juez que reconsidere la acusación contra el chico?

—Todavía no.

—¿Por qué no? Lo que has planteado es muy razonable, y demuestra que es inocente.

—David Acosta se encuentra en el hospital, donde lo someten a un tratamiento de desintoxicación. Estoy seguro de que es lo mejor que le ha pasado hasta ahora. Por otro lado, es evidente que el asesino se tomó muchas molestias para incriminarlo, así que él también es uno de sus objetivos. Si se entera de que descubrimos el montaje, podría atentar contra el único sobreviviente de la familia.

—Vas a resultar tú más maquiavélico que el propio criminal.

—Solo intento ir un paso por delante de él.

El móvil de Salazar interrumpió la conversación. Él miró la pantalla con el ceño fruncido y se excusó con el jefe de Científica, quien regresó a sus actividades, ya más contento con el estómago lleno. Néstor respondió, mientras salía del laboratorio y buscaba un taxi.

—Señora Zabala, me sorprende que me llame. ¿Hay algún problema? ¿No recibió sus honorarios?

—Por supuesto que los recibí, inspector, pero yo no trabajo por el dinero, sino por el bienestar del espécimen.

—¿Con el término «espécimen» se refiere a Paca?

—Por supuesto. Es un animal que sufre por culpa de un dueño que no está preparado para satisfacer sus necesidades. Mi obligación es procurar que esa situación cambie en beneficio de la felina.

La idea que Néstor tenía de la etóloga mejoró cuando sus consejos comenzaron a funcionar, pero con su acusación acababa de recuperar el

calificativo de «bruja».

—¿Qué quiere decir con eso? —replicó ofendido—. Trato a Paca lo mejor que puedo.

—No es suficiente.

—¿Y qué quiere que haga?

—La gata necesita que atienda sus necesidades básicas, pero también debe ser estimulada en sus sentidos y respetada como ser vivo. Debe dedicarle al menos dos horas de atención al día en actividades que le resulten estimulantes. También debería ser usted quien la alimentara y no delegar esa obligación en una extraña…

—Esa extraña es la pareja de mi mejor amigo, más que un hermano —sentenció Salazar, y cada palabra le dolió como si le hubieran clavado un puñal—. Es probable que Paca esté mejor con ella que conmigo.

—No lo dudo —se atrevió a confirmar la arpía—, pero eso no lo justifica a usted.

—Señora Zabala. ¿Es usted consciente de las horas de dedicación que implica mi trabajo?

—Como el de cualquiera. Esa no es una buena excusa, inspector. Tiene una responsabilidad con la felina desde el momento en que decidió adoptarla. Si no la puede atender como merece, debería entregarla al refugio donde…

Salazar sintió que perdía la paciencia. Algunos meses atrás, una trabajadora social lo consideró apto para hacerse cargo de un niño de ocho años. ¿Y esta mujer pretendía decirle que no podía cuidar de una gata?

—¡Alto ahí! —exclamó con un tono tan cortante, que lo sorprendió a él mismo—. Tal vez no se ha dado cuenta, señora Zabala, pero usted siempre se refiere a mi gata como «el animal», «la felina», o «*Felis catus*», lo que quiera que eso sea. Para usted se trata de un espécimen, para mí es Paca, única e irrepetible. Y eso, señora etóloga, es todo lo que ella necesita.

Capítulo 18.

Todavía con el mal sabor de boca que le dejó la discusión con la impertinente etóloga, Néstor llegó a «San Miguel», saludó a García sin detenerse y subió las escaleras. A su paso por el primer piso se cruzó con Santiago, que en ese momento salía de su despacho. Su hermano se veía preocupado y eso alertó al inspector. Después de comprobar que su cuñada y sus sobrinos se encontraban bien, Néstor indagó acerca del motivo por el cual el comisario parecía tan contrariado.

—¿Qué ocurre, Santiago? Y no me digas que nada, porque traes una cara, que de balde es cara.

—Eh… no es nada. Es solo algo que me comentó Carmela, y que me puso a pensar. Dime la verdad ¿tú estás bien? Quiero decir… todo está bien contigo.

—¿Qué fue lo que te comentó Carmela para que me hagas esa pregunta?

—Es que ayer Sofía la llamó para pedirle un consejo y me preguntaba si teníais problemas. No me malentiendas. Mi intención no es entrometerme, pero quiero que sepas que estoy aquí para apoyarte si lo necesitas. Como hermano, por supuesto.

Las palabras de Santiago causaron un vuelco en el corazón de Néstor y un extraño vacío en su estómago. Tuvo claro que era miedo en estado puro. Aun así, preguntó.

—¿Qué le dijo Sofía para que me ofrezcas solidaridad?

—Debo reconocer que no lo sé, Néstor. Carmela no me lo quiso decir porque prometió ser discreta, pero sí me pidió que estuviera pendiente de ti y que te apoyara si lo necesitabas.

«¡Ay, que Sofía me deja!», pensó el inspector, al mismo tiempo que se recrudecía el vacío en su estómago. Si Salazar se había sentido inseguro, ahora tenía la certeza de que el viaje a Madrid tendría consecuencias

nefastas para su relación con Sofía. Pese a que sometió a su hermano al tercer grado, este no sabía mucho más de lo que ya le había dicho. Como él, tenía más suposiciones que certezas, y las conclusiones a las que llegó no eran más optimistas que las de Salazar.

—¿Entonces tú y Sofía no habéis hablado?

—No, desde que se fue —reconoció el inspector—. Solo me envió un mensaje el primer día para confirmarme que llegó bien. Supuse que estaba muy ocupada para comunicarse, pero si tuvo tiempo de llamar a Carmela…

—No adelantemos escenarios que todavía no son realidad, Néstor. Lamento que mis palabras te preocuparan. Es posible que estemos haciendo una tormenta en un vaso de agua. Lo mejor será que esperes y no te mortifiques sin necesidad. Sofía debe llamarte en cualquier momento.

—Sí, supongo que tienes razón —admitió Salazar, sin mucha convicción—. Lo mejor será ponernos manos a la obra con el caso.

Ambos estuvieron conformes con aparcar el tema, pero Néstor todavía sentía cómo el miedo le reconcomía las entrañas. Tal vez el trabajo ayudara a dejar a un lado sus problemas personales. Subieron al segundo piso, donde el resto del equipo ya se encontraba reunido. Beatriz también ocupaba su lugar habitual. Salazar notó que los ojos le brillaban y en general se veía radiante. Era sorprendente lo que conseguía el amor en pocas horas.

Suspiro de autocompasión.

—Muy bien. Ya que estamos todos, comencemos la reunión. Tú primero, Néstor.

Salazar agradeció la oportunidad de exponer sus descubrimientos, porque eso lo obligaba a concentrarse y dejar de pensar en Sofía. Relató lo que descubrieron en la entrevista con David Acosta, así como las conclusiones a las que llegó Científica sobre las manchas de sangre. Luego le dio la palabra a Araya para que expusiera sus descubrimientos sobre el dinero de los Acosta y su dudoso origen.

—Es evidente que tenías razón y la familia guardaba secretos que podrían ser la causa de lo que les ocurrió —reconoció el comisario.

—El primer secreto que debemos develar es quiénes eran en realidad —aseveró el inspector—, porque de lo que estoy seguro es de que su apellido no era Acosta y no provenían de Madrid. Diji ¿pudiste averiguar algo con las autoridades alemanas?

—Sí, señor. Al principio no fue fácil, hasta que encontraron a un comisario que hablaba inglés con fluidez. Entonces pude explicarle lo que quería. Deben enviarme los resultados de sus indagaciones en cualquier momento. Sin embargo, sí hay algo interesante que puedo informar… —Diji hizo una pausa hasta que comprobó que sus compañeros y jefes tenían la mirada centrada en él y los músculos tensos por la expectativa. Entonces sonrió. Salazar pensó que el chaval aprendía rápido.

—¿Quieres decirnos de una vez de qué se trata? —estalló por fin el comisario.

El subinspector mantuvo la sonrisa y se echó atrás en el asiento antes de responder.

—Esta mañana llegaron los resultados de los peritos con respecto a los documentos de la familia Acosta. Todos son falsos, con excepción de los que pertenecen al detenido.

—El único que nació en Haro y que no formó parte del pasado misterioso de la familia —puntualizó Néstor.

—Como nota al margen, los expertos señalaron que se trata de falsificaciones excelentes.

—Debemos localizar a quien las hizo —afirmó Salazar.

—¿Qué te hace pensar que es posible? —preguntó Pedrera—. Los Acosta podrían ser originarios de cualquier parte del mundo y no sabemos dónde forjaron los documentos. ¿Qué tal si se trató de un falsificador en Hungría, por ejemplo? Sería una pérdida de tiempo tratar de encontrarlo.

—No creo que el «artista» se encuentre tan lejos —le refutó el inspector jefe—. Para conseguir una falsificación de calidad, quien la realiza debe conocer muy bien los detalles del correspondiente documento original, así que es más probable que se trate de alguien que «trabaja» aquí en Haro. ¿Dispones de copias de esos papeles, Diji?

—Sí, señor.

—Al terminar la reunión me las vas a entregar. Estos falsificadores se consideran a sí mismos «artistas» y su trabajo suele tener un estilo reconocible. Con un poco de suerte, tal vez demos con él y nos pueda dar alguna pista sobre quiénes eran los Acosta en realidad.

—Me parece una buena idea —lo respaldó Santiago—. Miguel, ¿qué has averiguado sobre Rondón y las drogas?

—Confirmé nuestras sospechas, señor. El cliente especial para quien Mateo conseguía la heroína era David Acosta.

—Eso es ser cabrón con mayúscula —opinó Remigio.

—¿Y a ti qué tal te fue con el socio y la empresa?

—Bustillos está demasiado limpio para mi gusto —reconoció el inspector Toro—. Proviene de una familia de arraigo en La Rioja, aunque la mayoría de ellos viven en Logroño. Llevan «el vino en las venas». Y no me refiero a las pruebas de alcoholemia, sino a que son productores desde los años del señorío de los López de Haro. Si bien la inyección de capital permitió la creación de Vincomar Haro, fueron los contactos y el nombre de Bustillos los que la convirtieron en una empresa rentable.

—Así que el socio puso el prestigio de su familia, los contactos y el trabajo, mientras Acosta, que se limitó a invertir, se llevaba la mejor tajada —dijo Pedrera—. Eso puede causar resentimiento en cualquiera.

—También era un buen motivo para quitar del medio a quienes lo separaban de los frutos de su esfuerzo —lo apoyó Remigio—. A mí el señor Bustillos me parece un buen candidato a sospechoso.

—Sin embargo, tiene coartada —les recordó Salazar—, aunque todavía debemos corroborarla, pero según él, pasó la noche en su casa en compañía de su mujer, y también cuenta con el testimonio de la asistenta.

—Me ocuparé de interrogarlos —se ofreció el inspector Toro.

—Yo no lo excluiría como sospechoso solo por la coartada —opinó Miguel—. Alguien como Bustillos podría contratar a un tercero para hacer el trabajo sucio.

—Es posible —reconoció Néstor—, pero eso dejaría huellas. Un rastro que podemos seguir.

—¿Te puedes encargar tú de averiguarlo? —le preguntó el comisario a Salazar.

—No todos mis informantes están activos en este momento —reconoció el inspector jefe, mientras pensaba para sus adentros lo mucho que lo solía ayudar Gyula con respecto a la información que rodaba en la calle—. Creo que seré más útil si me ocupo de los documentos falsificados y encargas esta tarea a Remigio, o a Miguel.

—Como quieras —respondió Santiago con sorpresa y preocupación. Era la primera vez que Néstor rechazaba un encargo—. Miguel…

—Yo lo averiguo, jefe.

El timbre agudo del teléfono de Diji atrajo la atención de todos. El subinspector se excusó. Si la llamada entraba por esa vía ya habría pasado el filtro de Lali y debía ser oficial. Diji respondió de inmediato y le pidió a

la secretaria que permitiera la comunicación. Enseguida el subinspector inició su diálogo en un inglés fluido, con un acento peculiar. Entonces Néstor recordó que los Cheick eran nigerianos, así que lo más probable era que el tímido subinspector fuera bilingüe. Terminada la conversación, que solo algunos de los presentes pudieron seguir sin dificultad, Diji colgó y miró en dirección a Salazar, como si hablara solo con él.

—Era el comisario de la Policía alemana. Según me informa, buscaron hasta debajo de las piedras, pero en Colonia no existe, ni ha existido ninguna familia Kolbe.

—Así que los Acosta no eran Acosta y la señora Kolbe no era Kolbe — dijo Beatriz, quien pareció despertar de su ensueño por un momento, para soltar una afirmación tan obvia que no parecía de ella. ¡Ah, el amor!

—También es probable que los Acosta no fueran españoles, ni la señora Kolbe alemana —opinó Salazar.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Remigio.

—La entrevista con David. En su momento lo pasé por alto, pero ahora cobra sentido la discusión que presenció, donde su padre le gritaba a su madre en un idioma desconocido para él.

—Eso explicaría el acento de la madre y por qué se hacía pasar por alemana —razonó el comisario.

—Pero nadie ha comentado que Erasmo hablara con acento. Ni tampoco los hijos.

—Tal vez deberíamos hacer la pregunta directa —sugirió Néstor—. Es posible que nuestros testigos no le den importancia a ese detalle.

—Llamaré a Araceli y a Bustillos para comprobarlo —anunció Beatriz, mientras levantaba el auricular. Por suerte, ya había aterrizado en la realidad.

Después de un par de minutos y de consultar con los testigos, la subinspectora informó los resultados de su pesquisa.

—Ni Erasmo, ni sus hijos tenían ningún acento extraño. En cambio, la pronunciación gutural en la señora Acosta era muy evidente.

—Eso tira por tierra tu teoría —dijo Pedrera con cierta satisfacción.

—No lo creas. Los chicos debieron llegar a Haro siendo muy pequeños, así que les hubiera sido fácil adoptar nuestra forma de hablar. Los niños suelen ser una esponja para esas cosas. Es evidente que a la señora Acosta le resultó mucho más difícil, así que conocía bien el español, pero no fue capaz de ocultar su acento, lo cual explica las palabras de Erasmo acerca de

su inutilidad, que hacía todo más difícil. Ella representaba el eslabón débil de la cadena con respecto al camuflaje de la familia. Así que le adjudicaron una nacionalidad que explicara el acento gutural. Se comprende entonces que nunca le hablara de su «país de origen» al menor de sus hijos.

—¿Y cómo explicas el caso de Erasmo? —preguntó Remigio desafiante. Algunas veces le tocaba las narices que Salazar casi siempre acertara con sus razonamientos—. El «señor Acosta», o como se llamara, era adulto cuando llegó a Haro y no tenía acento alguno.

—Pudo tener entrenamiento.

—¿De qué estás hablando?

—El acento, o la falta de él también se puede aprender. Es común el estudio del acento en personas que realizan doblajes, así como en los actores…

—¿Crees que Erasmo provenía del mundo de la actuación?

—Existen otros profesionales que también reciben este tipo de entrenamiento…

—¿Quiénes?

—Los agentes infiltrados y los que realizan labores de campo en el área de inteligencia. Lo que me hace pensar… Hemos descuidado un elemento importante en la investigación.

—A ver listillo, ¿en qué fallamos esta vez? —preguntó Remigio, y se ganó una mirada de advertencia por parte del comisario, a quien no le gustó el tono irrespetuoso con el que se dirigió al inspector jefe.

Salazar ni siquiera se dio cuenta, así que respondió con naturalidad.

—No hemos investigado las llamadas telefónicas del señor Erasmo Acosta. Podrían aportar información muy útil. Diji.

—Me ocuparé enseguida, señor.

Capítulo 19.

El crimen de los Acosta comenzaba a perfilarse como algo más complejo que el arrebato de locura de un hijo drogadicto. Era evidente que la familia llegó a La Rioja para huir de algo, o alguien. Y al final su perseguidor los alcanzó. Ahora les tocaba a los policías de «San Miguel» hurgar en el pasado de las víctimas para encontrar las razones por las que se ocultaban, y así identificar al asesino.

—¿Creéis que alguien fuera de la familia conocía sus secretos? —preguntó Remigio.

—Tendría que ser una persona muy cercana, de su completa confianza.

—¿Cómo alguna de las parejas de los hijos? —sugirió Pedrera.

Néstor acompañó su respuesta con un asentimiento.

—Es posible. Después de todo, cuando trajeron a los chicos a Haro, ellos eran niños, de manera que cualquiera fuera el motivo por el que huían, no les concernía en forma directa, sino por ser hijos de sus padres. Si llegaron a confiar en sus parejas lo suficiente, tal vez les confesaron la verdad.

—Tienes razón —lo apoyó Santiago—. La persecución debió ser contra uno de los padres.

—¿Él o ella? —quiso precisar Remigio.

—¿No es evidente que el perseguido era él? —preguntó Beatriz con timidez.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por lo que cuentan los vecinos, la señora Acosta era más pasiva. Y según todos los que conocieron a la familia, el más conflictivo era Erasmo.

—Tal vez la pasividad de ella era como consecuencia de los remordimientos por haber metido a la familia en un brete —dijo Pedrera.

—Es una posibilidad —reconoció Néstor—, pero estoy con Beatriz. Por lo que sabemos, Erasmo no era el tipo de persona que se inmola por los

demás. Sin embargo, hubiera encontrado natural que toda la familia se sacrificara por él. Y hasta se convencería de que los protegía. Yo también creo que el principal objetivo era el señor Acosta.

—¿Por qué entonces el asesino utilizó un arma homicida diferente contra Diana? —insistió Miguel—. Pudo dispararle como a los demás, pero prefirió soltar la pistola y estrangularla. Escogió para ella un método mucho más complicado, lento y cruel.

—Ese es un buen punto —reconoció el inspector jefe—, pero recuerda el ensañamiento contra Erasmo. Le disparó al estómago, una de las heridas más dolorosas que se pueden infligir, luego al corazón y por último le destrozó la cabeza. Ni el segundo, ni el tercer disparo habrían sido necesarios para matarlo. Eso implica ensañamiento.

—¿Y por qué tendría que ser un solo objetivo? —intervino Remigio—. Es posible que el asesino fuera a por los dos.

—Tienes razón. Es lo que sugieren las evidencias.

—¿Qué pudo tener el criminal contra los dos Acosta? ¿Se os ocurre algún motivo que explique semejante odio? —preguntó el comisario.

—Un odio que se extiende a los hijos, pues aunque los despachó con un solo disparo al corazón, tampoco les perdonó la vida. No buscamos a un asesino común, sino a un exterminador.

—Está claro que el objetivo era toda la familia, aunque los padres enardecían más la ira del criminal, pero concretemos ¿cuál será nuestro siguiente paso para averiguar qué ocultaban los Acosta? ¿Alguna sugerencia?

—Creo que lo que plantea Miguel es buena idea —opinó Néstor y su reconocimiento sorprendió a Pedrera—. Las parejas de los hijos podrían saber algo.

—Sí. Al menos es una posibilidad que tenemos la obligación de explorar —dijo Santiago—. Miguel, encargaos Beatriz y tú de interrogar de nuevo a las parejas de los chicos Acosta.

—Y al exnovio —agregó Salazar—. Recordad que la relación con Rondón solo tenía seis meses. Siempre existe la posibilidad de que Carolina se sincerara con su ex.

El comisario asintió para respaldar a su inspector jefe.

—Muy bien. Así que, para concretar, vosotros os ocuparéis de los interrogatorios, Remigio tiene pendiente la investigación de las finanzas de

la empresa y corroborar la coartada del socio; Diji va a investigar las llamadas telefónicas del señor Acosta...

—Yo me ocuparé de entrevistar al amigo de Erasmo; el coleccionista de armas —afirmó Néstor, antes de que Santiago le asignara una tarea—. Lo hemos descuidado y por lo que dicen los demás testigos, es la única persona con la cual Erasmo se sentía cómodo. Podría disponer de información privilegiada.

—Me parece bien —dijo Santiago—. Yo me comunicaré con las autoridades húngaras para precisar el origen del dinero de los Acosta.

El comisario dio por concluida la reunión y los detectives se dispusieron a cumplir sus asignaciones. Salazar le pidió a Lali la dirección del amigo de Erasmo. Al cabo de una hora, Néstor se vio frente a un supermercado de grandes dimensiones que todavía estaba cerrado al público, pero que sería inaugurado en pocos días. Según el expediente, Alejandro Jaso era el gerente de la enorme tienda.

Antes de salir de la comisaría, el inspector jefe le pidió a Lali que avisara de que los iba a visitar para que se le facilitara el acceso al testigo. En cuanto llegó a la puerta, el segurata lo tomó por un cliente y le impidió el paso hasta que Néstor le mostró su identificación.

—¿No le avisaron de que venía? —le preguntó Salazar, un poco incómodo.

—Me avisaron de que vendría un detective de la policía —reconoció el empleado—, pero no me esperaba alguien tan… En fin, sígame por favor, que lo llevo con el señor Jaso.

Néstor prefirió no preguntar qué era lo que esperaba el segurata en el «detective». Tal vez lentes oscuros, un sombrero Fedora y un gabán, al mejor estilo de Humphrey Bogart en «El halcón maltés». Aunque el gabán ya lo tenía, pero debía reconocer que a Bogart le quedaba mejor.

El empleado lo condujo por el interior de la tienda, ya repleta por los productos que ofrecerían a sus clientes. En cuanto entró en el espacio amplio pero cerrado, lo invadieron olores tan variados, que no hubiera podido reconocer su origen. Cruzó los pasillos anchos y pulidos. Solo la mitad de las luces se encontraban encendidas y ya la iluminación era suficiente. Los aromas resultaban más definidos conforme avanzaban: naranjas aquí, piñas allá. Cuando pasaron junto a las manzanas, Néstor cogió una y la guardó en el bolsillo del gabán, al mismo tiempo que dejaba

una moneda de un euro en el borde del expositor. El segurata lo miró con extrañeza.

—Nunca me puedo resistir a una buena manzana —le confesó, y continuó avanzando.

El empleado sacudió la cabeza. Había cada loco en este mundo…

Por fin llegaron a la zona de los empleados, que se abría a un pasillo más estrecho. Siguieron hasta el fondo, donde el acompañante de Néstor llamó a la puerta y después de informar que allí estaba el policía que esperaban, abrió y le cedió el paso al inspector.

La oficina era de dimensiones medianas, sencilla, pero cómoda. Al fondo estaba el escritorio donde trabajaba el señor Jaso, el gerente, quien recibió a Salazar de pie y le tendió la mano. No hizo ningún gesto de extrañeza ante la apariencia desastrada de Néstor. El inspector correspondió al saludo, se presentó con formalidad y le agradeció que le dedicara unos minutos de su tiempo.

A cambio, el aspecto físico del gerente sorprendió un poco al policía, pues según el expediente debía tener treinta y cinco años, pero tanto su cabello como su barba eran grises y se le advertían algunas arrugas en las comisuras de los ojos.

—Usted dirá en qué puedo ayudarlo, inspector. Todo este asunto de la familia Acosta me causó una enorme impresión.

Salazar inclinó un poco la cabeza a un lado. A pesar de sus palabras, el señor Jaso parecía cualquier cosa, menos impresionado.

—Sí, es un crimen muy extraño.

—Y brutal. Es inconcebible que uno de sus propios hijos los asesinara a sangre fría. Todavía no lo comprendo.

—No se ha comprobado que fuera el hijo —disparó el inspector sin anestesia.

—¿Ah, no?

Jaso reaccionó con evidente sorpresa a las palabras del policía. También había algo de… ¿preocupación?

—Todavía es pronto para afirmar que David Acosta cometió los crímenes.

—Comprendo —afirmó Alejandro, con evidente alivio—. Deben ser prudentes en sus acusaciones, basarse en pruebas… Un trabajo profesional.

—Es por eso por lo que estoy aquí, señor Jaso. Según otros testigos, usted mantenía una amistad con el señor Acosta, a causa de su afición

común.

—Sí, es cierto. Erasmo era un coleccionista de armas entusiasta y yo me precio de poseer un par de piezas interesantes. Es una afición que pocos compartimos, así que no es fácil encontrar alguien con quien hablar del tema.

—¿Cómo conoció al señor Acosta?

—En un foro de internet. Como le dije, teníamos intereses en común; hablábamos de armas. Mi colección no es tan completa como la suya, claro, pero me precio de poseer alguna pieza interesante.

—¿Puede darme un ejemplo?

—¿También es coleccionista? ¿Le interesa el tema?

—No, pero mi interés se centra en conocer mejor a la víctima para llegar a su asesino. Así que me gustaría saber cuál de las piezas que usted posee, despertó el interés de Acosta.

—Comprendo. ¿Por qué asume que él se interesó por una de mis piezas y no al contrario?

—Porque según nuestras investigaciones, Erasmo era muy reservado. No hubiera cultivado una amistad con usted sin que mediara un interés.

Alejandro se echó atrás en el asiento y detalló al policía sentado frente a él: tenía los ojos vivaces y profundos, ocultos detrás de unas gafas poco favorecedoras, sus hombros estaban un poco encorvados; usaba la ropa arrugada, pero limpia. Su actitud era desenfadada, aunque cada gesto estaba bien estudiado. Se fijó en sus manos: tenía las uñas limpias y cortas, aunque la del pulgar derecho era solo unos milímetros más larga que las demás. Así que el policía era guitarrista, músico, y por lo tanto dotado de sensibilidad. En conclusión: un hombre muy peligroso.

—Está usted en lo cierto, inspector —reconoció Jaso—. Aunque me gustaría pensar que la amistad de Erasmo era desinteresada, la verdad era que él perseguía un objetivo. Insistía en que le vendiera la joya de mi colección: una *Colt 1911A1* de la Segunda Guerra Mundial, fabricada por *Singer*. Existen muy pocas en el mundo. Como adivinará, eso la convierte en una pieza muy valiosa para cualquier coleccionista.

—¿Erasmo quiso comprársela?

—Me ofreció cien mil euros por ella. Una oferta muy generosa, debo admitirlo, pero además de su valor intrínseco, esta pistola perteneció a mi abuelo, así que no deseo desprenderme de ella.

Salazar asintió. Los argumentos del gerente eran muy lógicos, pero había algo que no terminaba de convencer al inspector con respecto a Jaso, aunque no era capaz de descifrar de qué se trataba.

—¿El señor Acosta le habló en alguna ocasión de su pasado?

—¿De su pasado? No. Nuestras conversaciones siempre giraban alrededor de nuestra afición común.

—Así que no tiene idea de quién podría odiar tanto a los Acosta como para asesinarlos.

—Como le dije al comienzo de esta conversación, estaba seguro de que el culpable era el hijo drogadicto, pero si ustedes que son la autoridad dicen que no… ¿Tienen algún otro sospechoso en mente?

La pregunta disparó las alarmas de Néstor, en especial por el tono inocente en que Jaso la formuló. La sensación de desasosiego del inspector se incrementó.

—Es muy pronto para señalar a nadie. Todavía estamos en la fase de recoger testimonios y evidencias.

—Claro, por supuesto —dijo Alejandro, aunque era evidente que no le creía.

—¿Podría decirme dónde se encontraba la noche en que ocurrieron los hechos?

—¿Me está pidiendo una coartada? ¿Soy sospechoso? —preguntó Jaso, con la incredulidad pintada en el rostro.

—Es rutina. Debemos preguntárselo a todas las personas relacionadas con las víctimas.

—Por supuesto, discúlpeme inspector. Es que la idea me parece tan ridícula —Alejandro desplegó una sonrisa que no fue correspondida. Suspiró y sin perder su actitud relajada, respondió—. Esa noche estuve en el cine, con mi novia.

—¿Qué película fueron a ver?

—«Kursk».

—¿Qué le pareció?

—Claustrofóbica, pero estuvo bien. Si te gusta el cine belga. ¿Es usted aficionado al cine, inspector?

—No —respondió Néstor en tono cortante. Por alguna razón, este testigo lo ponía de los nervios, algo que nunca antes le había ocurrido. Ni siquiera con asesinos brutales—. Es todo por el momento, señor Jaso. Le agradezco que me haya concedido unos minutos de su ocupada agenda.

Salazar se despidió del gerente, quien llamó al segurata para que lo acompañara a la salida. En cuanto llegó al Corsa, Néstor hizo una llamada con el móvil.

—Hola, Diji. Sé que ya tienes bastante trabajo, pero quiero que averigües todo lo que puedas sobre el amigo de Acosta. Sí, sobre Alejandro Jaso.

Capítulo 20.

Durante el trayecto hacia su siguiente destino, Néstor echó de menos a Sofía. Si ella hubiera estado allí, era seguro que lo habría acribillado a preguntas sobre la entrevista que acababa de realizar y sobre lo que pensaba hacer a continuación. La curiosidad innata de su compañera y su deseo de aprender lo obligaban a poner en orden sus ideas, pero ella se encontraba a miles de kilómetros ocupada en labrarse un futuro, uno en el que era casi seguro que él no tendría cabida.

Con esos pensamientos lúgubres en la cabeza llegó a la calle Conde de Haro. Los atascos lo retrasaron, así que el sol comenzaba a ponerse y la oscuridad a apoderarse de la ciudad, aunque el reloj apenas marcaba las cinco y cuarenta de la tarde.

Aprovechó la salida de un vecino despistado para colarse en el portal, y subió hasta la oficina del detective Quintero. Como siempre, Evelia puso los ojos en blanco en cuanto lo vio.

—¡Ah, es usted!

—Temí que ya no los pillaría.

—Nos encontró por poco —confesó la secretaria—. Mala suerte que tenemos.

—¿Está don Braulio?

—No se haga el tonto. Ya sabe que sí. Está en su oficina con un cliente —Néstor enarcó las cejas—. Como se lo digo, un cliente de verdad, de los que contribuyen a pagar las cuentas. Aunque también es amigo de don Braulio, así que espero que no se le ocurra trabajar sin cobrarle honorarios.

—¿Lo ha hecho antes?

Evelia soltó un suspiro de resignación.

—Siempre encuentra alguna excusa para no cobrar. Este hombre parece que vive del aire que respira. Con los pocos clientes que tiene, y encima se da el lujo de trabajar gratis. Solo espero que este no sea el caso, porque si

no pagamos mañana la factura de electricidad, nos quedaremos a oscuras. Con eso le digo todo.

Salazar miró en dirección al despacho de Quintero un poco ansioso. En circunstancias normales, a esas alturas ya el detective habría abierto la puerta para preguntar quién era el visitante, pero claro, si tenía un cliente le daría prioridad. Néstor decidió sentarse en la sala de espera. Ignoró las miradas desaprobatorias de Evelia como le fue posible, y simuló concentrarse en los papeles que llevaba en la carpeta. Pasaron quince minutos antes de que la puerta de la oficina del detective se abriera y diera paso a un jubilado que debía tener la edad aproximada de don Braulio, y que se veía pálido y ojeroso.

—No te preocupes, Pedro, te prometo que la encontraré y la regresaré a casa a salvo.

—Gracias, Braulio. Me dejas más tranquilo, porque sé que puedo confiar en ti.

El detective despidió a su amigo con una palmada en el hombro y le dijo a Evelia que no le cobrara, a lo cual la secretaria respondió desviando la mirada hacia el techo, pero no pronunció ni una queja hasta que el cliente salió de la oficina. Entonces se encaró a su jefe.

—¿Me quiere decir con qué vamos a pagar la cuenta de la electricidad, si no cobra honorarios por su trabajo?

—Pedro Armendáriz es mi amigo desde el bachillerato. ¡No podría cobrarle! —Evelia iba a responder cuando don Braulio se percató de la presencia de Salazar—. ¡Néstor, hijo! ¿Qué te trae por aquí? No te había visto. Pasa, anda, pasa.

El inspector y su gabán pasaron por delante de la secretaria para alcanzar el despacho de Quintero. Ella murmuró entre dientes. Néstor se sonrojó porque le pareció escuchar algo como «y este tampoco paga». Simulando «sordera aguda por conveniencia» consiguió llegar junto al detective sin mayores consecuencias.

Don Braulio le ordenó a Evelia que les preparara café. Ella obedeció sin dejar de refunfuñar. Néstor se preguntó si le convendría inventar una excusa para no beberlo. Por aquello de que era muy fácil confundir el azúcar con el laxante en polvo. Hasta don Braulio, que siempre lo recibía con alegría parecía distraído, como si el inspector hubiera interrumpido algo importante. En las últimas semanas, Salazar llevaba una racha en la que se sentía como un apestado.

—Don Braulio, si es un mal momento…

—No digas tonterías, chaval. Es solo que el encargo de mi amigo me dejó preocupado.

—No debería preguntar, porque sé que usted debe guardar el secreto profesional, pero si hay algo en lo que pueda ayudar…

—No hay ningún secreto que guardar en esta ocasión. Y quién sabe, tal vez sí puedas ayudarme. La nieta de Pedro cumplió dieciocho años la semana pasada. Es una chiquilla muy inquieta. Siempre lo ha sido. Lo sé porque la conozco desde pequeña. Es mi ahijada ¿sabes?

—¿Le ocurrió algo?

—Desapareció. El día de su cumpleaños metió su ropa en una mochila sin decirle nada a nadie y se marchó. Desde entonces no reciben noticias de ella. Pusieron la denuncia, pero no prosperó

—Si se fue por voluntad propia y es adulta…

—Lo sé. Todo hace pensar que decidió marcharse con su novio y siendo adulta, eso no es asunto de la Policía, pero mi alarma es porque esa no es su forma de actuar. La creo capaz de recorrer medio mundo como mochilera por el puro gusto de la aventura, pero estoy seguro de que llamaría a su madre en cuanto estuviera fuera de su alcance. Vero tiene buen corazón y no haría sufrir a sus padres, o a su abuelo.

—¿El señor que salió lo contrató para que la encuentre?

Don Braulio asintió antes de responder.

—Respetarán su deseo, por supuesto. Solo quieren asegurarse de que está bien, pero tú no viniste hasta aquí para escuchar los problemas de mis clientes. Dime ¿en qué te puedo ayudar?

Salazar le contó a don Braulio todo lo que sabía acerca del caso. El detective se enteró de la matanza por las noticias, pero no conocía los detalles. Escuchó a Néstor con atención y asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Lo más probable es que contrataran al falsificador en España y si eran muy cuidadosos, lo buscarían en el propio Haro. De esa forma se asegurarían que el timador conocía bien todos los detalles de los documentos que tendría que forjar. ¿Puedo verlos?

El inspector le entregó la carpeta que recibió de Diji. El detective la abrió y los ojeó por encima, luego encendió la lámpara, al mismo tiempo que sacaba una lupa de uno de los cajones de su escritorio. Se detuvo largos segundos en cada uno de los sellos. Néstor se sentía impaciente, pero se esforzó en que no se le notara.

—Un trabajo de primera —reconoció don Braulio.

—No soy experto, pero fue lo que me pareció. Sin embargo, no consiguieron engañar a los muchachos de la Científica.

—Es que Casimiro cuenta con un gran equipo y él mismo es un fenómeno. Barros todavía está activo ¿no es así?

—Sí, señor —respondió Néstor, mientras sonreía por primera vez desde que llegó—. Un poco más refunfuñón cada día, pero allí está, en el tajo.

—Bien. Por supuesto que Barros tiene razón. Toma, observa bien estos sellos —le ordenó el detective, mientras le entregaba los documentos, la lupa, y enfocaba la luz hacia el policía.

Salazar miró y volvió a mirar, pero no vio nada extraño, así que se dio por vencido.

—Lo siento, don Braulio, no encuentro nada que me alerte sobre la autenticidad de estos documentos.

—En la corona de la parte superior del escudo, si te fijas bien podrás ver que en una de sus líneas hay un tramo un poco más grueso.

Salazar enarcó las cejas y volvió a mirar. Identificó enseguida el ensanchamiento de la línea, gracias a que Quintero se lo señaló.

—Me sorprende usted don Braulio. Yo nunca lo hubiera notado.

—No tiene tanto mérito, chaval. Cuando me mostraste los documentos y comprendí lo buena que era la falsificación, supe enseguida quién los hizo. Es un viejo truhan con el que me crucé en más de una oportunidad durante mi servicio activo. Sabía lo que tenía que buscar.

—¿Quiere decir que puede identificar al falsificador por ese detalle?

—Verás: ese detalle es deliberado. Los falsificadores se consideran a sí mismos artistas, y se enorgullecen de su obra, pero como no pueden firmarla recurren a estas argucias para satisfacer su ego. Este es un trabajo de Teófilo Rosales. Estoy seguro.

—¿Puede compartir conmigo la información sobre este sujeto?

—No solo eso. Te daré una nota que te servirá de salvoconducto. Lo saqué de más de un atolladero en el pasado, así que me debe algunos favores.

—¿Era informante?

El detective asintió, al mismo tiempo que garabateaba una nota y se la entregaba a Salazar.

—Puedes encontrarlo en esta dirección a cualquier hora del día, o de la noche. Es su taller, pero también su vivienda.

—Iré ahora mismo.
—Debo advertirte que seas cuidadoso. Es un barrio muy peligroso, donde no les gustan los extraños y son ligeros de puñal. ¿Me explico?
—Por supuesto, don Braulio —respondió Salazar, al mismo tiempo que se ponía de pie y le estrechaba la mano.
El inspector salió del despacho, animado por la nueva pista. Se despidió de Evelia y su mueca de amargura sin siquiera mirarla, y bajó las escaleras a toda prisa. Era la hora punta, así que tardó más de una hora en llegar a su destino. Aparcó el Corsa cerca de la calle Padre Risco y se adentró en las callejuelas más estrechas. La oscuridad prevalecía en ese barrio, después de que algunos de sus habitantes menos probos «apagaron las luces» de las farolas a pedradas. Salazar se preguntó si no sería un imprudente al adentrarse en esa zona de noche sin ningún apoyo, y sin que nadie supiera dónde estaba, pero qué más podía esperarse de un cenutrio cabezota como él. Quería resolver el asuntillo de la identidad de los Acosta, así que no lo iba a detener la posibilidad de recibir una puñalada de nada.
Mientras se insultaba a sí mismo por lo que hacía, llegó a una construcción que ya debía estar desvencijada en la época de los Reyes Católicos. Llamó a la puerta con temor de que se deshiciera con sus golpes y esperó. El viento frío lo atravesó a traición y lo hizo estremecerse. Escuchó un ruido a sus espaldas y se giró con la mano en su arma de reglamento. Fue lo bastante rápido para sorprender a cualquiera que quisiera atacarlo por la espalda desde la calle, pero no lo suficiente para no sentir el frío de un cañón en su nuca, acompañado por una voz rasposa que provenía del umbral de la casa.
—Muévete un centímetro y será lo último que hagas. ¿Quién eres y qué quieres? Responde de inmediato.
—Vengo de parte de don Braulio —dijo Salazar, haciendo un esfuerzo para que no se le notara el temblor en la voz.
—¿El excomisario?
—Eh… sí —Salazar se preguntó a sí mismo cómo se le ocurría confirmarle a ese tío que venía de parte de la «pasma», cuando con toda seguridad se trataba de un delincuente, que además le apuntaba a la cabeza. No, si en definitiva debió llegar tarde a la repartición de sentido común.
—¿Eres policía?
Néstor se quedó mudo. Si le decía la verdad, el sujeto le volaría la cabeza, pero si mentía y le encontraban la identificación, terminaría

haciéndole una visita improvisada a San Pedro esa misma noche. Optó por lo único que podía hacer.

—Soy policía, pero solo quiero información. Tengo una nota de don Braulio.

El tío que lo amenazaba se relajó un poco y separó el cañón del arma sin dejar de apuntarle.

—Quiero verte la cara.

Néstor se giró hasta quedar frente al sujeto, que era pequeño y esmirriado, pero lo compensaba con el tamaño de la pistola.

—No vine a causar problemas. Solo quiero hablar.

Teófilo hizo un gesto a alguien que se encontraba detrás del inspector y que de inmediato comenzó a registrarlo. Néstor lo dejó hacer. La pistola tenía un poder de convencimiento sorprendente. Cuando terminó, el amigo de Rosales le entregó el arma de Salazar, así como su identificación y la nota que le dio Quintero. Luego lo empujó al interior de la vivienda. Antes de seguirlos, Teófilo miró a ambos lados de la calle para comprobar que nadie los había visto secuestrar al poli.

Capítulo 21.

Salazar se encontró en medio de un salón oscuro y frío. Era evidente que allí no se gastaba mucho en calefacción. El sujeto que tenía a la espalda lo condujo a empujones hasta una silla, donde le ordenó que se sentara. El inspector se sentía de lo más obediente esa noche. Teófilo le dio la pistola a su compinche.

El falsificador encendió la luz y la habitación se iluminó como si fuera un estadio. Néstor comprobó que se encontraba en un taller tipográfico con los últimos avances de la tecnología. Teófilo, después de poner el respaldo de otra silla al revés, se sentó a horcajadas frente a Néstor. Al policía el gesto le pareció melodramático y artificial. Comprendió que Rosales adoptaba esa pose para impresionarlo, pero consiguió lo contrario.

—Dame una buena razón por la que no deba meterte una bala entre los ojos y tirarte en el primer basurero que encuentre.

—Te daré más de una razón. En primer lugar, dispararme no te traerá ningún beneficio y sí muchos problemas. Mis compañeros y el excomisario Quintero saben que vine a hablar contigo. Si no me reporto, tendrás a la mitad de la Policía aquí antes del amanecer, y no será para invitarte al próximo partido del Club Haro Deportivo.

Teófilo meditó por un momento. Luego desplegó una sonrisa que erizó la piel de Néstor.

—Mientes más de lo que hablas. Si tus compañeros supieran que venías, no te hubieras presentado solo. Los polis no trabajáis así. No, tú viniste aquí por un impulso, sin decírselo a nadie.

—¿Estás seguro de que estoy solo? —alardeó Salazar, mientras se tragaba el miedo—. Mi compañero podría estar pidiendo refuerzos en este momento.

Teófilo negó con la cabeza.

—No. Tú has venido solo. Dijiste que había más de un motivo. Tienes veinte segundos para convencerme. A la cuenta de veinte, Borona… —el delincuente miró su reloj— Uno…

—Está bien, tienes razón. Mis compañeros no saben que estoy aquí porque decidí venir por un impulso. Sin embargo, don Braulio sí está enterado. La prueba la tienes en la nota que tu amigo me sacó del bolsillo.

—Quintero pudo darte esa nota hace una semana. Será mejor que te esfuerces un poco más, chaval —Volvió a mirar el reloj—. Diez…

—No me interesan tus trapicheos —se apuró en decir Salazar, al mismo tiempo que tragaba saliva—. No es lo que investigo, sino el asesinato brutal de una familia. Nadie se preocupa por tu negocio ahora, pero si me matas, pondrás una lupa sobre él.

—No me investigas a mí, pero has dado conmigo. Si te dejo ir, tu próximo caso podría ser yo —Vuelta al reloj—. Catorce…

—Estoy más interesado en que trabajes para mí como lo hacías para Quintero que en detenerte por tus «trabajillos». Vivirías mucho más tranquilo, ¿no crees?

—Si trabajo para ti, no podría seguir haciendo esos «trabajillos», como tú los llamas. Dieciséis…

—Por supuesto que no, pero tendrías la oportunidad de firmar trabajos honestos como artista, sin que nadie hurgara en el pasado.

Teófilo apartó la mirada del reloj, lo cual fue una suerte, porque el segundero había llegado a los veinte segundos.

—Los artistas ganan una mierda. ¿Por qué crees que me metí en este negocio?

—Podrías continuar haciendo pequeños trabajos, siempre que nos mantuvieras al día sobre ellos. Además, se podría arreglar darte un pequeño estipendio como «colaborador».

—Así que estás decidido a que sea tu informante.

—Lo eras de don Braulio. ¿No es así?

—Cuando Quintero estaba en activo, confiaba en él.

—Puedes confiar en mí también. Como tú mismo has dicho, nadie sabe que estoy aquí. ¿Por qué no lees la nota?

Teófilo se quedó pensativo por unos segundos. Se hacía viejo, y aunque seguía siendo el mejor en su campo, los más jóvenes llegaban pisando fuerte, mucho más hábiles con las nuevas tecnologías. Pronto sería un triste

fósil que vivía de las glorias del pasado. Extendió la mano para recibir la nota que mencionaba el poli. Borona frunció el ceño.

—No pensarás escuchar a este pelagatos —lo increpó su socio.

—No escucho a nadie. En quien confío es en Quintero. En cuarenta años, nunca me falló. Déjame leer la nota.

Borona obedeció a regañadientes y Rosales se concentró en el escrito.

—Parece que Quintero te tiene en mucha estima.

—Colabora conmigo y no te arrepentirás.

Teófilo se quedó pensativo por unos instantes. Entonces se levantó.

—Baja el arma, Borona.

—¡No estarás hablando en serio! Te dejaste engatusar. No confío en este tío, Teo.

—¡Que bajes el arma, te digo! Sepan o no que está aquí, si lo liquidamos terminarán por dar con nosotros y no volveremos a ver la luz de la calle. Además, según Quintero, es un tío legal.

—Te fías demasiado de ese viejo. ¿Se te olvida que también fue policía?

—¡Y qué! Por supuesto que me fio. Nunca me falló. Ahora baja la pistola y vete a prepararnos café.

Aunque de mala gana, Borona obedeció y se guardó el arma en el cinto. Sin decir una palabra más salió del salón, lo cual proporcionó un enorme alivio al inspector. No sabía por qué, pero las pistolas que lo apuntaban a menos de un metro lo ponían nervioso.

—¿Qué es lo que quieres?

—Entre los papeles que me quitó tu colega hay un trabajo tuyo. Necesito averiguar quién hizo el encargo.

Rosales asintió sin decir nada, mientras sacó del bolsillo una cajetilla de tabaco negro y con movimientos lentos cogió un cigarrillo, se lo puso en los labios y lo encendió. Luego le dio una larga calada y se relajó, como si se hubiera metido el chute de una droga. El humo inundó el aire del salón, tanto como los pulmones de Teófilo.

—Antes de que te diga nada, quiero que precisemos nuestro acuerdo.

—Los términos serían los mismos que con Quintero.

—No es suficiente. El comisario me dejaba trabajar tranquilo a cambio de información, siempre que mis «obras» no representaran un riesgo para nadie, pero las cosas han cambiado. Cada día es más difícil mantenerse en el tapete. Estos malditos *millennials*, con sus contactos internacionales y su tecnología de punta, han puesto el negocio de cabeza. Ya no importa si eres

mejor, o peor artista, sino si manejas bien cualquiera de esos programas creados por los «cerebritos».

—Supongo que para hacer un buen trabajo con esos programas, también es necesario ser un gran artista —opinó Néstor.

—¡No me contradigas! Te repito que este negocio se fue al carajo. Si quieres que te ayude tendrás que incluir el fulano estipendio que mencionaste.

—A ver, Teo. ¿Puedo llamarte Teo? —el aludido asintió—. Comprende que eso lo dije cuando me apuntabas con una pistola a la cabeza. Que hay que ver las pijotadas que se pueden soltar en esa situación, pero comprende que si quieres un ingreso fijo, tendrás que ganártelo. No bastará con informarme acerca de los documentos que te traje.

Después de una larga calada, Rosales cogió el cigarrillo entre dos dedos amarillentos por la nicotina. Usó el pitillo para señalar a Néstor.

—Eres honesto y no tratas de engañarme. Eso me gusta en un poli. La verdad es que me interesa tu propuesta. ¿Qué tendría que hacer para ganarme esos eurillos extras?

—Deberías estar dispuesto a trabajar para nosotros como infiltrado. Informarnos, no solo de los trabajos que te encarguen, sino de todo aquello de lo que te enteres en las calles. Por otro lado, sumarte a nuestras filas no me compete. Yo solo podría elaborar un informe sobre esta conversación y recomendar que se te contrate. Por supuesto que si me ayudas con el caso que llevo, me proporcionarás argumentos para convencer a mis jefes.

—Si os informo acerca de todos mis encargos y de lo que me entere, alguien se dará cuenta tarde o temprano y el que terminará en el basurero más cercano seré yo.

—Usaríamos esa información con mucho criterio. Nuestros informantes son valiosos y los cuidamos.

—¿Tú serías mi contacto?

—No lo decido yo, pero es muy probable que sí.

—Sería una condición. No me arriesgaré con un poli desconocido.

—Lo dejaré claro en el informe —prometió Salazar, y extendió la mano hacia el falsificador. Teófilo se colocó el cigarrillo entre los labios, miró a Néstor a los ojos como si calibrara por última vez si podía confiar en él, y por fin le estrechó la mano.

Rosales se puso de pie, al mismo tiempo que volvía a colocar la silla en su lugar. La pose de mafioso ya no era necesaria. Tampoco había servido de

mucho.

—Muy bien, veamos de qué se tratan esos papeles que traes.

Néstor lo acompañó a la mesa en la que reposaban sus pertenencias. Le picaba la mano para recuperar su identificación y su arma, pero hubiera sido una imprudencia muy peligrosa, así que se limitó a esperar, mientras Rosales observaba su propio trabajo y hacía memoria.

—Sí, recuerdo este encargo. Documentación para una familia: padre, chico y chica. Me lo pagaron bien. Los documentos incluían literal de nacimiento y pasaporte. También había una literal de matrimonio del padre con una mujer alemana, o que figuraría como alemana.

—¿Tú no hiciste los papeles de la madre?

Teófilo negó con la cabeza.

—En el caso de ella se trataba de certificado de nacimiento y pasaporte alemanes. Yo no acepto trabajar documentación que no sea local. Existe demasiado riesgo de pifiarla si no conoces bien los detalles.

—Así que la documentación de Diana Acosta, o Kolbe, habría sido forjada por un falsificador alemán.

Rosales se encogió de hombros.

—Así debió ser.

—Encargar la documentación a dos falsificadores en países diferentes exigiría mucho dinero y esfuerzo. ¿Recuerdas quién te hizo el encargo?

—Era un hombre. Tenía un acento marcado. Parecía rumano, o algo así.

—¿Se trataría de este hombre? —le preguntó Salazar, al mismo tiempo que sacaba una fotografía de Erasmo, que llevaba en un sobre dentro de la misma carpeta.

—No, no se parecía a este.

—¿Te acuerdas lo suficiente para hacer un retrato robot?

—Si crees que voy a ir a la comisaría por voluntad propia, para colaborar con vosotros lo tienes crudo, poli.

—No era en eso en lo que pensaba —reconoció el inspector—. Y puedes llamarme Néstor.

—¿Y en qué pensabas, chico listo? ¿En enviar al dibujante a hacerme una visita?

—No. Eso sería exponer a un compañero a las veleidades de tu amigo Borona.

—Borona es mi sobrino y hará lo que yo le diga.

—En realidad, en lo que pensaba era en arrestarte.

Teófilo lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿No te has dado cuenta de que todavía te puedo meter esa bala en la cabeza?

—Tú mismo admitiste que si sospechan que eres informante podrías terminar mal, pero piénsalo bien, si hago que te arresten porque «no quisiste colaborar» y eso te convierte en cómplice, alejaría cualquier duda sobre ti, que es lo que al final quieres.

—Pero terminaría en la trena, listo.

—Solo sería por algunas horas. Después de todo, un informe chapucero puede hacerlo cualquiera.

—¿Mencionarías que te amenazamos con un arma?

—Por supuesto que no.

—¿Arrestarías también a Borona? Le prometí a su padre que lo protegería.

—Y lo haces muy bien cuando lo conviertes en cómplice de retener a un policía contra su voluntad a punta de pistola —ironizó Salazar—, pero no. A Borona es mejor dejarlo por fuera de este asunto.

—Si es así, tal vez no sea tan mala idea.

—Muy bien. Entonces yo no vine esta noche. Mañana me presentaré con un compañero y toda la parafernalia del caso. Manda a Borona a dar un paseo, porque si se le ocurre apuntarle a un oficial, aunque sea con el dedo, no tendré más remedio que meterlo en la jaula. Tú, por supuesto, te mostrarás muy digno y te negarás a proporcionar cualquier información. Lo haremos ruidoso. Eso te dará prestigio entre tus vecinos.

—Me gusta.

—De acuerdo, entonces lo haremos así, pero ahora cuéntame todo lo que sepas acerca de estos documentos.

—Fue hace unos diez años. Lo recuerdo porque el cliente no era de por aquí y me sentí inflado al saber que mi prestigio traspasaba fronteras. Esas cosas levantan el ego. Me encargó los documentos de toda la familia, pero yo le aconsejé que buscara a alguien más para que hiciera los papeles de la mujer, porque yo no podía garantizar que quedaran perfectos…

—¡Cuánta honestidad para un falsificador!

—Valoro mi trabajo —respondió Teófilo, ofendido—. No me importa colársela a los mandamases, pero sí lo que se diga acerca de mis documentos en ciertos círculos. Si entregas un trabajo mediocre, tu reputación se va a la mierda.

—Comprendido. Dime más.

—No hay mucho más que contar. Cumplí con el encargo y me pagaron una buena pasta en efectivo, con la que viví a cuerpo de rey por más de seis meses.

—¿Cuál era la nacionalidad de tus clientes?

—Ya te dije que nunca los conocí. Tampoco me enteré de sus verdaderos nombres. Todo se hizo a través de este sujeto, que tampoco se identificó, ni me contó su vida. El acento era parecido al de los rumanos.

—¿De Europa del Este?

Rosales encogió un hombro.

—Podría ser.

Salazar se quedó en silencio por unos segundos.

—Si vamos a llegar a un acuerdo, tienes que ser honesto conmigo, Teófilo. Solo así puede funcionar.

—Soy sincero.

—No me puedo creer que hicieras un trabajo como este a un perfecto desconocido, del que no tuvieras ninguna referencia. Debía existir alguien que diera la cara por él.

—De acuerdo. En aquellos años trabajaba para un pez gordo relacionado con el contrabando. Él fue quien me lo envió.

—¿Qué tipo de contrabando? ¿Droga?

El falsificador negó con un gesto.

—Algo más inocente: marcas. Debes recordarlo porque ya vosotros desmontasteis la banda y el tío murió en chirona. Era Mihai Balan. Traía de China y Europa del Este todo tipo de ropa, calzado, accesorios y hasta artefactos electrónicos de marcas falsas para inundar los mercadillos y venderles a los manteros. Como supondrás, con él tenía mucho trabajo.

—¿Él te envió al intermediario? —Rosales asintió—. ¿Cómo se identificó?

—Como «Glasnik», pero dudo que se tratara de su verdadero nombre.

—Cuando te lleve a la comisaría, además de trabajar con el dibujante, quiero que mires los archivos de todos los ciudadanos de Europa del Este que tienen antecedentes en La Rioja.

—Tú no hablas en serio. ¿Sabes el tiempo que llevará eso? Debo terminar un encargo para un cliente.

—Ya hablaremos después de ese encargo, cualquiera que sea. Quieres que te contratemos, ¿no es así? Pues tienes que demostrar que vale la pena.

—De acuerdo. Lo haré.

—En ese caso, nos vemos mañana. Ha sido un placer conocerte, Teo.

Salazar recogió sus cosas y salió del taller, muy satisfecho por haber salvado el pellejo, además de conseguir información que podía ser valiosa. Atrás quedaba Rosales, quien se preguntó si había hecho un buen trato, o cometido el peor error de su vida. Borona, por supuesto, nunca se presentó con el café que le enviaron a buscar.

Capítulo 22.

Ya era casi medianoche cuando Salazar llegó a su portal. Después del miedo que pasó en el taller de Rosales y el alivio que le proporcionó salir bien librado, estaba tan cansado, que temía quedarse dormido mientras caminaba. Al ver las luces en el bar de Gyula recordó que ni siquiera había cenado, pero lo último que le apetecía en ese momento era comer. Solo quería llegar a su cama. Sus deseos se vieron frustrados cuando Dika salió de «La Callecita» a toda prisa con la evidente intención de alcanzarlo. ¿Cómo supo…? Claro, el mesonero lo vio pasar y debió avisarle.

—Hola, Néstor, me alegra que por fin llegaras. Ya temía que te quedaras toda la noche por ahí. Que te estoy esperando desde las cinco de la tarde. ¿Cómo está Sofía? ¿Le va bien en Madrid? Claro, por supuesto que sí. A una chica lista y guapa como ella no le puede ir mal…

—Sí, supongo que está bien, Dika. No quiero ser antipático, pero ¿necesitas algo? Es que tuve un día terrible y no veo la hora de llegar a mi casa para acostarme.

—Sí, tienes razón, disculpa. Es que esta tarde vino la chica esa…

—¿Qué chica?

—Sí, ya sabes, la que trabaja con Paca. Esa que contrataste…

—¿La etóloga?

—¡Esa! Bueno, es que vino y me contó que la pobre Paca lo está pasando muy mal, y como yo soy quien le llena su comedero cuando tú no estás… Y entonces cuando estábamos allí conversando y ella se comía una ración de boquerones en vinagre, que no sabes cómo me los alabó, porque resulta que ella también es de Málaga y su abuela los hacía con una receta muy parecida y…

—Dika, perdóname, pero podrías ir al grano —le suplicó el inspector, a quien se le estaban cerrando los ojos con la verborrea de su amiga.

—Sí, claro, que estarás cansado a esta hora. ¿Ya cenaste?

—No, pero no tengo apetito.

—¡Cómo que no! Si estás más flaco que la sombra de un alambre, si seguro que tampoco almorzaste.

—Pues ahora que lo dices… Creo que no.

—¿Lo ves? Pasa, anda, entra al bar, que te pongo yo una merluza a la gallega que te vas a chupar los dedos.

—No creo que sea buena idea. Supongo que a Gyula no le gustaría verme en su negocio.

—El Gyula no está. Se fue a casa porque tenía una de esas migrañas que le dan a veces, así que entra tranquilo, que yo te invito, que vaya tontería esa de que estáis enfadados. Una amistad como la vuestra, tan bonita. Que no hay derecho. Y no te lo digo a ti, Néstor, que yo sé que el otro día viniste a hacer las paces y el cenutrio del Gyula se comportó como un crío. Que ya se lo dije, que las cosas no se hacen así…

—Dika…

—Sí, sí, entra, anda, entra mientras te preparo un táper y te cuento lo que me dijo la chica esa, que es muy maja. ¡Qué chavala más maja! Si vieras el cariño con el que trata a la Paca…

—A la Paca es posible, pero lo que es a mí, me ha puesto a parir.

—Ya será menos. Venga, Néstor. No te hagas de rogar.

Salazar suspiró. Aunque lo último que quería era entrar en el bar para esperar que le empacaran una cena que no pensaba comer, no quiso menospreciar la buena voluntad de Dika, así que hizo un esfuerzo y la siguió. El camarero lo recibió con una sonrisa tímida. Néstor esperó frente a la barra, mientras Dika rellenaba el táper con un pescado cuyo olor hizo tambalear la determinación del inspector de irse a la cama sin cenar.

Salazar sentía los párpados pesados, pero Dika lo espabiló al reanudar su conversación mientras se ocupaba de la merluza.

—Como te contaba. Que esta chica…

—Zabala.

—Esa. Pues que me contó que la Paca sufre mucho y te ha cogido miedo porque la llevaste a esterilizar, que no es culpa tuya, pero qué sabrá ella, pobrecita mía. Y entonces me dijo que tenemos que conseguir que deje de asociarte con malos recuerdos, porque si no tendrás que dársela a alguien más. Y eso sí que no, que yo sé cómo quieres tú a esa gata. Y ella a ti. Entonces hablamos y le conté sobre la Lolita, y cómo tú no dejaste que se llevaran a la pequeña, porque la Paca se encariñó con su cría. Y entonces

ella me dijo que dejara a la Lolita en la buhardilla un par de días, para que la Paca se sienta más cómoda y acompañada. Y te dejó dicho que hicieras los ejercicios con las dos…

—¡Para ejercicios estoy yo ahora! —protestó el inspector.

—Yo solo te cuento lo que me dijo —se defendió Dika, un poco compungida por la reacción de su amigo.

—Claro, Dika. Te agradezco mucho tu interés —respondió Néstor, arrepentido por su exabrupto—. Yo sé que tú también quieres mucho a Paca y solo tratas de ayudar. Descuida, seguiré las instrucciones de Zabala y ya te contaré.

—Pues hala —dijo ella con una sonrisa, mientras le entregaba el táper con su cena—. Anda y vete a casa, que se ve que no puedes ni con el gabán.

Salazar cogió el recipiente y subió las escaleras. En efecto, una gata negra salió a recibirlo, pero no era Paca, sino la cría de la última camada que él le regaló a Dika. Paca corrió, pero a esconderse en el rincón más alejado del salón.

—Lo que me faltaba, ahora no tengo que preocuparme por una *Felis catus* tirana, sino por dos.

La gata de Dika se le enredó entre las piernas, bastante interesada en el recipiente que llevaba en la mano. Paca, sin embargo, lo ignoró por completo. Salazar se quitó el gabán y la corbata antes de dejar su móvil a buen resguardo, entonces abrió el táper.

Lolita, que fue como Dika bautizó a la hija de Paca, saltó sobre la mesa dispuesta a exigir su ración de pescado.

—Hijo de gato, caza ratón —murmuró él, antes de echar el contenido del táper en el comedero de Paca.

Lolita perdió el interés en él y se lanzó en pos del celestial olor. Paca miró de reojo al traidor de su humano y después de asegurarse de que él estaba a una distancia prudente, se unió a su hija.

El inspector encontró sobre la mesa la nota con las instrucciones de los ejercicios que debía hacer con Paca, pero no sería esa noche cuando los cumpliera, así que dejó a las gatas disfrutando su cena y se fue a la cama.

Al día siguiente, en cuanto el sol asomó por la ventana, a Néstor lo despertó un concierto de maullidos lastimeros. Se entusiasmó cuando creyó que Paca era la solista, pero enseguida se decepcionó al comprender que se trataba de Lolita. Paca lo observaba en silencio desde lo alto de un estante.

El inspector se estiró y después de llenarles el tazón de leche, al cual Paca no le hizo ascos pese a su enfado, se metió en la ducha, se rasuró y se arriesgó a prepararse un café él mismo. Aquello sabía a agua sucia, pero era lo que había. Paca no se le acercó, así que para seguir los consejos de Zabala, él ni la miró. Salió de la buhardilla con el sentimiento de haberle fallado a alguien por no haber cumplido la tarea de la etóloga en beneficio de Paca, pero después reconoció que no hubiera sido capaz con el cansancio que soportaba en ese momento.

Néstor se detuvo en un bar de la plaza de la iglesia y se comió un par de magdalenas con otro café. Luego se fue directo a la comisaría. Tenía mucho trabajo pendiente.

Saludó al guardia de la puerta, que ese día no era García y subió al segundo piso. La sala estaba sola, así que usó el ordenador de Sofía para redactar el informe con el que solicitaría el allanamiento de la tipografía de Rosales, lo firmó y llamó a Lali para entregárselo, con la orden precisa de que usara al agente Echevarría como correo. Entretanto, sus compañeros llegaron de uno en uno, mientras él los saludaba con un gesto de la mano y un murmullo. Cuando por fin entró el último, uno de ellos llamó a Lali, quien a su vez avisó al comisario.

En cuanto Santiago se reunió con ellos, Salazar les informó sobre la entrevista con Jaso y les relató su aventura en el taller del falsificador.

—Espero que no vuelvas a hacer algo así —lo reprendió Ortiz—. Al presentarte en ese lugar solo y sin avisar a nadie corriste un gran riesgo. Te saltaste todos los procedimientos de seguridad.

—De acuerdo, reconozco que fue una imprudencia, pero salió bien. Ya sabéis chicos, no intentéis hacerlo en casa.

—Deja de hacerte el gracioso —insistió Santiago con el ceño fruncido. Una imagen más intimidante que el cañón de la pistola en su cabeza—. Hablo en serio. Corres muchos riesgos y un día de estos se te acabará la suerte.

—Espero que no, pero lo importante ahora es lo que descubrí. Según Teófilo, su contacto fue un sujeto con acento rumano que dijo llamarse Glasnik, aunque es probable que se trate de un nombre falso.

—Seguro que es falso —intervino Beatriz, mientras tecleaba en su ordenador—. Según Google, Glasnik significa «Mensajero» en croata.

—Eso no quiere decir que no pueda ser un apellido —discrepó Miguel.

—Sea apodo o apellido, nos lleva de nuevo a Europa del Este —opinó el inspector jefe—. Así que lo más probable es que los Acosta fueran originarios de alguno de esos países.

—¿De cuál? —preguntó Remigio. Néstor se encogió de hombros.

—Hasta ahora han salido a relucir Hungría como origen probable del dinero de los Acosta —dijo Diji, al tiempo que usaba su bolígrafo para señalar sus propios dedos y enumerar las opciones—, Rumanía, por el acento del cliente de Rosales y Croacia, por el origen de su nombre.

—Yo excluiría a Rumanía —opinó Néstor—, después de todo, no es difícil que Teófilo confundiera el acento.

—Además, determinar el idioma no nos garantiza la nacionalidad —les informó Beatriz, con la mirada fija en la pantalla. Todos esperaron que se explicara. La subinspectora se sonrojó y les informó lo que había consultado mientras ellos hablaban—: el húngaro, o magiar, además de en Hungría, se habla en varios países cercanos. Eso incluye Rumanía, Serbia y Croacia.

—Así que lo único seguro es que venían de Europa del Este —dijo Remigio—. Si la lengua materna de los Acosta era el húngaro, o el croata, no es extraño que escogieran la nacionalidad alemana para justificar el acento de la esposa de Erasmo.

—También es evidente que el señor Acosta se esforzó mucho en ocultar su origen y hacerse pasar por español —señaló Salazar—. ¿Qué más tenemos acerca de la familia?

—Por lo pronto, Barros ya envió las conclusiones sobre la escena del crimen —les informó el comisario—. Me temo que no encontraron mucho más de lo que ya sabemos. Las únicas huellas en el lugar pertenecían a los Acosta, y nos confirman que la cerradura de la vitrina donde se guardaba la *Beretta* estaba intacta.

—Así que quien la usó tenía la llave —señaló Remigio.

—O fue el propio Erasmo quien se la entregó al asesino —dijo Néstor, mientras la imagen de Jaso acudía a su cabeza.

—Como fuera, la conclusión lógica es que Erasmo Acosta confiaba en su verdugo. ¿Qué puedes decirnos del socio, Remigio? ¿Comprobaste su coartada?

—Es auténtica. Tanto su esposa como la asistenta la confirmaron. Así que no pudo ser Rogelio, a menos que lo hiciera mediante un tercero.

—En la calle no se sabe nada acerca de ningún contrato relacionado con Bustillos, ni con los Acosta —afirmó Miguel—. Este asunto los tiene a todos muy nerviosos. En especial porque nadie parece saber nada.

—En ese caso están igual que nosotros —se lamentó el comisario—. ¿Qué dijeron las parejas de los hijos?

—Los tres niegan saber algo acerca del pasado de la familia. Parece que los chicos Acosta no confiaban lo suficiente en ellos, o le tenían demasiado miedo a su padre.

—¿Los tres?

—Beatriz y yo hablamos con la novia de Simón, con el novio de Carolina y también con el ex. Ninguno sabe nada.

—¿Y sobre el dinero?

—A todos les contaron la misma trola: que era una herencia.

—¿Qué opinión te mereció el exnovio? —preguntó Salazar—. ¿Se parece a Mateo?

—Que va, es todo lo contrario. Un chico formal que estudia y trabaja. Es mensajero en una empresa de reparto y estudia en la universidad de Logroño.

—¿Cómo es que la chica lo dejó para juntarse con una calamidad como Rondón? —preguntó Remigio.

—Tal vez era muy aburrido —sugirió Beatriz.

—Según Huerta, fue él quien terminó la relación.

—¿Te dijo por qué?

—Al parecer la chica era estrecha —Beatriz frunció el ceño ante el calificativo. Miguel se encogió de hombros—. Por decirlo de otra forma: quería llegar virgen al matrimonio para no contrariar a su familia, pero él no estaba dispuesto a esperar tanto.

—¿Y lo cambió por un tío como Rondón? —preguntó Remigio en tono irónico.

—No estamos aquí para valorar las conductas sexuales de las víctimas —intervino Santiago, antes de que sus hombres se fueran por las ramas—, a menos que tengan relación con la investigación y como nada hace pensar que ese sea el caso, volvamos a lo que nos concierne.

—Sí, señor —respondieron todos a coro, menos Néstor, que parecía distraído.

—Hay un detalle que sí me interesa conocer —dijo Salazar—. ¿Por qué ninguna de las parejas de los chicos Acosta acudió al cumpleaños de su

suegra, y dónde estuvieron esa noche?

Capítulo 23.

Miguel volvió a tomar la palabra para responder la pregunta de Salazar. Los demás escuchaban con atención.

—La señorita Esquivel nos relató que nunca visitaba a los Acosta, pues a pesar de apreciar a doña Diana, se llevaba muy mal con su suegro. Nos dijo que él era misógino, autoritario y déspota. Que casi nadie lo soportaba porque se atribuía el derecho de tratar mal a todos. El propio Simón pasaba meses sin acercarse a la finca de su familia para evitar encontrarse con su padre.

—¿Cuándo se fue de la casa paterna?

—Se emancipó el día que cumplió dieciocho años. Y según Araceli, no lo hizo antes porque su padre no otorgó el permiso, pero Simón quería irse de casa desde los dieciséis años, o antes.

—¿Te explicó por qué?

—Ya te lo dije. Por el mal carácter del señor Acosta.

—¿Estás seguro? Un paso como ese no es fácil. Quiénes se emancipan suelen tener una fuerte motivación.

—Néstor tiene razón —lo apoyó Santiago.

—Si existía otra razón, Araceli no lo sabe.

—¿Adónde quieres llegar, Salazar? —preguntó Remigio.

—Veámoslo así: Simón era un chico que vivía bajo la protección de una familia con suficiente dinero para garantizarle estudios y capital para emprender si quería ser su propio jefe. En pocas palabras, una vida cómoda. Sin embargo, de la noche a la mañana decidió romper con todo y lanzarse solo al mundo. ¿No os parece extraño?

—No me lo parece si no soportaba vivir con su padre —opinó Miguel —. Es posible que no le compensara.

—Es cierto, pero además de enfrentarse a su padre, emanciparse significaba distanciarse de su madre y perder el apoyo económico de su

familia. Además de tener que salir de un entorno protegido para valerse por sí mismo. Es previsible que Simón tuviera razones de peso para tomar una decisión como esa.

—¿Una razón como enterarse del secreto de la familia? —sugirió Diji.

—Y tal vez incluso del origen del dinero de los Acosta —aseveró Néstor.

Antes de que Salazar terminara de plantear su idea, Pedrera ya negaba con la cabeza.

—Creo que le estás atribuyendo demasiadas virtudes al chico. Vamos a suponer que estás en lo cierto y que la familia se escondía porque su dinero era mal habido. Simón era un niño para entonces, así que no tenía responsabilidad sobre lo que hubiera hecho su padre para conseguir ese capital. ¿Por qué no disfrutarlo?

—Simón era un niño cuando Erasmo consiguió esos fondos y huyó con toda su familia a España, pero desde el momento en que llegó a la mayoría de edad, si hubiera gastado un solo euro de ese dinero habría sido partícipe del delito, tanto desde el punto de vista moral como frente a la Ley —replicó Salazar.

—Así que piensas que el capital de los Acosta tiene un origen ilícito, que Simón se enteró y por eso se negó a recibir beneficios de su padre, porque así no se hacía cómplice de lo que fuera que hizo Erasmo.

—Ese es el punto. Aunque el hijo no tuviera nada que ver con lo que hizo su padre, desde el momento en que alcanzó la edad adulta comenzaba a tener responsabilidad criminal si tocaba el dinero.

—Así que usaría la excusa del mal carácter de su padre para distanciarse —dijo Diji para precisar la idea.

—Es correcto.

—¿Y los otros hijos? Sabrían lo que ocurría.

—Es posible que no, o tal vez sí, pero preferían correr el riesgo y vivir con mayor comodidad.

—Muy bien. Necesitamos saber quién era Erasmo Acosta y qué fue lo que hizo para reunir su capital —sentenció el comisario.

—¿La señorita Esquivel tiene coartada? —preguntó Salazar.

—Vamos Néstor, es absurdo pensar que ella lo hizo —le refutó Remigio—. El asesino debió mover tres cadáveres para sentarlos a la mesa, además de ser lo bastante fuerte para estrangular a la señora Acosta.

—No tenemos la certeza de que se trate de un solo asesino —argumentó Salazar—. Podría ser obra de un grupo, y en ese caso no sería descabellado pensar en la novia de Simón como cómplice.

—Lamento derribar tu teoría —afirmó Pedrera con una sonrisa de satisfacción—, pero Araceli tiene coartada. Esa noche se fue a cenar con un grupo de amigas. Tengo aquí sus nombres y al terminar la reunión las llamaré para corroborarlo, pero dudo que sea mentira.

—Muy bien, en ese caso pasemos al novio.

—Ese ya me gusta más como sospechoso —afirmó Toro—. El tío es distribuidor de drogas, delincuente de poca monta y lo que es más importante, tiene antecedentes violentos. Es propenso a sacar la navaja.

—Sin embargo, en este caso no hubo navajas de por medio —le refutó el inspector jefe.

—¿Y qué? Si tuvo acceso a la *Beretta*, pudo encontrarla más práctica para asesinar a sus suegros.

—¿Por qué haría algo así?

—Quizá tenía intenciones de robar —opinó Miguel, para apoyar la tesis de Remigio—. O tal vez discutió con Erasmo y decidió resolver la diatriba a balazos.

—¿Cómo se llevaba con su suegro? —quiso saber Santiago.

—Muy mal, según me confesó él mismo. Para el señor Acosta, Mateo era poco más que una sabandija, y lo dejaba claro cada vez que lo veía.

—Entonces es posible que Rondón se cansara de que lo humillara y decidiera resolver el asunto de una vez —sugirió Remigio.

—Recordad que Erasmo no fue la única víctima. El asesino también se llevó por delante a Simón, a Carolina y a Diana. ¿Creéis que Rondón llegaría hasta el extremo de matar a toda la familia, incluida su propia novia?

—No parece muy afectado por la muerte de la chica —opinó Toro—. Y si me lo preguntas a mí, un tío como ese es capaz de matar a su propia madre para que no lo delate.

Salazar se quedó pensativo por un momento. No era que descartara a Rondón como sospechoso, pero le parecía una solución demasiado fácil para ser cierta.

—Muy bien, aceptaré la hipótesis de que Mateo discutió con su suegro, lo asesinó y después fue a por el resto de la familia para eliminar testigos,

pero ¿cuál sería el motivo de montar la escenificación que encontramos y comerse la tarta?

—Tal vez desviar nuestra atención.

—A ver, que me entere. ¿Me habláis de un tío primario que responde a impulsos de ira, pero que después de cometer el crimen demuestra una sangre fría impresionante y monta una escena digna de Hitchcock, solo para despistarnos? Creo que hay algo que no encaja en esa teoría.

—Pues a mí me parece un sospechoso muy probable —insistió Miguel—. Además, no tiene coartada.

—Muy bien, en ese caso lo tendremos en cuenta —sentenció el comisario—. Volveremos a él si aparecen nuevas evidencias en su contra. Ahora habladme del exnovio.

—Maximiliano Huerta —les informó Pedrera, mientras leía sus notas—. Tiene veintidós años, vive solo, trabaja en una empresa de mensajería y es estudiante de la universidad de Logroño durante los cursos de verano. Comenzó su noviazgo con Carolina Acosta hace tres años y lo dejaron en junio. Según su versión, él decidió terminar con ella, porque la señorita Acosta se negaba a algo más que una relación platónica.

—¿Qué opinó de eso el señor Acosta?

—Según Max, no tenía problemas con su suegro, al menos mientras duró el noviazgo. Como es de esperarse, al terminar la relación con Carolina, también cortó nexos con su familia, de manera que no sabe cómo se lo tomó Erasmo.

—¿Estamos seguros de que fue él quien terminó con ella y no al revés? —preguntó Salazar—. Tal vez el joven Huerta se sintió despechado cuando apareció Rondón en escena.

—Ya consideré esa posibilidad —aclaró Miguel, contento por habérsele adelantado a Salazar—. Hablé con la chica que sale con el exnovio. Reconoció que están juntos desde antes de que Huerta terminara con Carolina.

—¿El ex tiene coartada?

—Hacía una entrega en el otro extremo de la ciudad cuando ocurrieron los hechos,.

—¿A esa hora?

—Según su jefe, la entrega fue acordada con el cliente como una concesión especial, porque a causa de su trabajo llegaba a su casa al anochecer. Hablé por teléfono con el destinatario del paquete. Se lo

entregaron a las nueve treinta de la noche, luego Huerta regresó a la empresa y marcó la entrega del vehículo a las once, mientras que la señora Noguera descubrió los cadáveres a las once y diez.

—De acuerdo, uno menos —afirmó Ortiz—. Así que todos pueden demostrar que estaban en otro lugar, con excepción de Mateo Rondón y del propio David Acosta.

—Pese a la coartada, yo no perdería de vista a Bustillos —opinó Remigio—. No es difícil que su esposa mienta por él, o por los millones de euros que representa la empresa. Por otro lado, la asistenta podría ser sobornable.

—¿Qué sugieres?

—Indagar un poco más. Por lo pronto, ya los chicos del departamento de finanzas de Científica le están echando una ojeada a los libros de contabilidad de Vincomar Haro.

—¿Ordenaste una auditoría? —preguntó Santiago. Toro asintió—. Me parece una buena idea.

—Apoderarse de la empresa podría ser un motivo para que Bustillos eliminara a la familia —afirmó Beatriz con timidez—, pero…

—¿Pero?

—¿Por qué elaborar la escena que encontramos? ¿Qué sentido tendría?

—Me pareció que Bustillos no tenía en muy buen concepto a su socio. Es posible que se hubiera sentido humillado en algún momento y quisiera vengarse.

—¿Y si no se trató solo de Bustillos? —sugirió Miguel—. No nos olvidemos de Caro. Erasmo lo despidió contra la voluntad de su socio, que salió en su defensa. Tal vez Bustillos y Caro se pusieron de acuerdo y decidieron que el señor Acosta era inconveniente para la empresa. El exempleado no tiene coartada y encontramos ropas manchadas con sangre en su casa.

—¿Ya enviaron los resultados del peritaje de esas ropas? —preguntó Santiago.

—No, señor —respondió Beatriz.

—De acuerdo, vamos a poner orden a todo esto. Diji.

A un gesto del comisario, Cheick se levantó y comenzó a hacer anotaciones acerca de los sospechosos, los motivos y las coartadas en un pizarrón blanco.

—¿Conseguiste alguna información acerca de Alejandro Jaso? —le preguntó Néstor, en cuanto el subinspector terminó de escribir la última anotación.

—Sí, señor, pero debo reconocer que nada de lo que encontré me pareció interesante. Alejandro Jaso es oriundo de Haro, tiene treinta y cinco años y lo único relevante en su vida es su afición a las armas de colección. Es administrativo, graduado en la universidad de Logroño. Trabaja en cargos ejecutivos desde que se licenció y desde hace tres meses se ocupa de la gerencia de un Supermercado que pronto abrirá sus puertas en Haro. Es soltero, sin hijos.

—¿Y sus padres?

—Ambos fallecidos. Él trabajaba en una bodega y ella se ocupaba de la casa. Lo habitual para la época.

—Una vida anodina para alguien que no lo es.

—Parece que este sujeto te impresionó, Néstor —observó Santiago—. ¿Por alguna razón en particular?

—No sabría decirlo… sus posturas, sus gestos, hasta la entonación de su voz, todo me pareció estudiado al detalle. Como un actor que representara un papel. Uno muy bueno, todo hay que decirlo.

—Pues parece que es un ciudadano de lo más normal —concluyó el comisario—. Tal vez te impresionó porque estabas susceptible. A todos nos puede pasar.

Aunque a Néstor no le gustaba admitirlo, sabía que su hermano tenía razón. Se sentía desconcertado por el viaje de Sofía y el enfado de Gyula. Su estado de ánimo podía afectar su percepción. Era posible que viera fantasmas donde no los había. Decidió pasar a otro asunto.

—Dime Diji, ¿qué te informaron en la compañía telefónica acerca de los contactos de Erasmo?

Capítulo 24.

Diji regresó a su escritorio y consultó sus notas antes de responder al inspector jefe.

—El señor Acosta no tenía una vida social muy activa. Solo encontramos llamadas a la empresa, a su amigo Jaso y a un número oculto.

—¿Tenemos alguna información sobre ese teléfono? —preguntó Santiago con interés.

—Me temo que no, señor, pero acabo de redactar el informe para tramitar una orden con el fin de averiguarlo.

—¿Cuándo hizo la última llamada a ese número?

—Hace seis semanas.

—Es una pista prometedora —afirmó Salazar—. En una persona tan asocial como Ernesto, la simple existencia de un destinatario no identificado de sus llamadas telefónicas da que pensar.

Santiago se acercó al pizarrón donde se encontraba esquematizado todo lo que sabían hasta ese momento, cruzó los brazos y se quedó pensativo. Luego habló en murmullos, como si lo hiciera para sí mismo.

—Una familia que parece normal, pero cuyos miembros usan identidades falsas para ocultar un secreto. Se hacen pasar por españoles y la mujer por alemana, cuando provienen de Europa del Este. Alguien los asesina a sangre fría y se ensaña con los padres, elabora una escena escalofriante y luego se come un trozo de tarta. Por Dios, esto no tiene ni pies, ni cabeza.

—Tal vez lo tendría si hacemos una reconstrucción del crimen —sugirió Néstor.

—¿Crees que podría ayudar?

—Es posible que nos aporte algún detalle que se nos pasara por alto.

—Me parece buena idea —lo respaldó el comisario—. No perdemos nada con intentarlo. Me ocuparé del papeleo y os aviso.

—Lo más recomendable sería que reprodujéramos lo que ocurrió de la forma más fidedigna —opinó Salazar—. Si es posible, trata de que se realice a la misma hora del crimen.

—De acuerdo.

Néstor señaló a Remigio y a Miguel.

—Vosotros me acompañaréis al taller de Teófilo. Haremos bastante ruido.

—De acuerdo —respondió Toro.

Miguel solo se encogió de hombros.

El inspector jefe se quedó pensativo por un momento, mientras miraba el pizarrón. Entonces se dirigió a Araya.

—Beatriz, contacta a Europol y envíales las fotografías de los Acosta. A ver si alguno de ellos figura en sus archivos. Recomiéndales que se centren en los alertas provenientes de los países de Europa del Este. Es posible que tengamos una respuesta que nos acerque a sus verdaderas identidades.

—Sí, señor.

El equipo se dispersó al terminar la reunión, cada uno a cumplir con su tarea. Antes de salir, Néstor llamó a Lali, quien le llevó la orden de allanamiento para el taller de Rosales firmada por el juez. El inspector se sintió satisfecho por la eficiencia de su equipo, además de que cuando se trataba de velocidad, siempre podían contar con Echevarría. Salazar organizó una partida con dos patrullas y dos motoristas. Después de darles instrucciones precisas, se encaminaron a la calle Padre Risco. El despliegue policial causó curiosidad entre los vecinos que los veían. Se trataba de un procedimiento ruidoso que no pasaría desapercibido. La comitiva aparcó lo más cerca posible del taller y los agentes se desplegaron con todas las medidas de seguridad, como si fueran a atacar un refugio de terroristas. Néstor esperaba que no se le estuviera pasando la mano con la dramatización.

Salazar comprobó que la callejuela donde se encontraba el taller no era tan intimidatoria durante el día. En especial porque ahora venía bien acompañado. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar la noche anterior.

Llamaron a la puerta con golpes firmes y el inspector temió que se desmoronara, pero resistió. Rosales les abrió con el ceño fruncido. Orden en mano, los policías se desplegaron en el interior y comenzaron el registro. Como Teófilo prometió, se había librado de Borona. Detuvieron al

falsificador y lo enviaron a la comisaría, mientras él gritaba insultos, maldiciones y amenazas.

—No te pases —le murmuró Néstor en voz baja.

El falsificador hizo caso omiso de la advertencia del policía y continuó desgañitándose a gusto. Que una oportunidad como esa para desahogarse no se tenía todos los días.

Al llegar a la comisaría, Salazar llevo a Rosales a su despacho para que revisara las fotos de expedientes de criminales provenientes de países de Europa del Este, mientras él adelantaba trabajo burocrático sin dejar de vigilarlo. Un par de horas después, Teófilo identificó al hombre que lo contactó. Se trataba de Rusbel Zec, un matón que trabajaba para el mejor postor en cualquier grupo mafioso de origen eslavo.

—¿Estás seguro de que este es el sujeto?

—¿Por quién me tomas? Para hacer mi trabajo debo recordar las caras y fijarme en los detalles. Este fue el hombre que me contrató para que hiciera los documentos de la familia.

Néstor leyó la ficha. Zec pasó seis años en prisión por contrabando y al cumplir su condena lo deportaron a Serbia. No sería posible interrogarlo, pero tal vez la Policía de su país pudiera encontrarlo.

—De acuerdo, Teo. Te reconozco que has hecho un buen trabajo —lo felicitó Néstor—. Ordenaré que te traigan el almuerzo. Yo invito. Con el informe que elaboré, tu abogado te sacará pronto, regresarás a tu taller y esperarás instrucciones. El comisario ya está tramitando tu reclutamiento como informante, así que pronto te confirmaremos si pasaste a la plantilla.

Rosales se mostró de acuerdo y se dejó conducir a una celda, mientras Salazar subía a la sala común para sumar la foto de Glasnik a la solicitud de información que se enviaría a Europol.

Después de entregarle la copia del expediente de Zec a Beatriz, Néstor consultó su reloj y comprendió que debía hacer una pausa para almorzar. El día iba a ser largo y necesitaba reponer energía. Descartó visitar «La Callecita», así que se encaminó al bar cercano a la iglesia, que no era malo, pero tampoco era el de sus amigos. Comió sin ganas, como quien cumple con un trámite necesario, y regresó a «San Miguel».

Cuando pasó junto al despacho de Ortiz, Lali le avisó que el comisario quería hablar con él. Como suponía, Santiago había conseguido la autorización para realizar la reconstrucción del crimen, así que pasaron la

siguiente hora precisando los detalles. La llevarían a cabo a las once de esa misma noche.

Después de que terminaron la planificación, el comisario se echó hacia atrás en el asiento y observó a su hermano, quien se veía cansado y desanimado. Ortiz adivinó cuál era la razón.

—¿Te ha llamado Sofía?

—No. Supongo que debe estar muy ocupada —respondió Néstor sin convicción—. ¿Volvió a comunicarse con Carmela?

—No, que yo sepa. No debes preocuparte, Néstor. Como tú mismo dices, Sofía tiene un reto por delante y sabes cómo es. Dará lo mejor de sí. Seguro que te llamará en cuanto disponga de tiempo libre.

—Tal vez.

—Vamos, confía en ella.

—No, si en ella confío, pero la distancia juega malas pasadas. Y no sería la primera vez que una mujer me abandona por mi falta de ambición.

—Si te refieres a Sara, Sofía es diferente.

Néstor suspiró. Los argumentos de su hermano no lo convencieron.

—En cualquier caso, Sofía tiene la capacidad y el derecho de ascender en su carrera y yo no debo, ni quiero impedírselo, pero me temo que en su futuro no haya un lugar para mí.

—No digas tonterías. Garay aprendió más contigo en este año, que muchos policías en una década. Ella hará su curso, presentará sus oposiciones, ascenderá a inspectora y regresará con nosotros.

—Ojalá.

El ordenador de Santiago avisó la entrada de un correo y el comisario lo leyó con detenimiento.

—Es de Científica. La sangre que encontraron en las ropas de Guillermo Caro era suya. Nos dijo la verdad con respecto al sangramiento nasal.

—Otra evidencia que se va al garete.

—De cualquier manera, eso no lo exime de tener un motivo, de haber amenazado a Erasmo y de no disponer de coartada.

Terminada la conversación, Salazar se retiró a su despacho y por primera vez se alegró de tener trabajo burocrático pendiente. Solo lo interrumpió Beatriz para informarle de que ya había contactado con Europol y que las investigaciones estaban en marcha. Les informarían en cuanto tuvieran algo.

Alrededor de las diez de la noche, Néstor cerró la última carpeta de documentos por firmar. ¡Increíble! Nunca hubiera pensado que llegaría el día en que conseguiría terminar con toda la burocracia pendiente. De cualquier forma, no se hacía muchas ilusiones. Seguro que al día siguiente amanecía otra pila para amargarle el día.

El inspector se encontró con su equipo en la recepción de la comisaría y se encaminaron hacia la casa de los Acosta. La noche era fría y la oscuridad penetrante, como correspondía al invierno. El perímetro de la propiedad continuaba precintado como escena del crimen. Los policías entraron con cuidado. En el interior de la casa hacía casi tanto frío como en el exterior, como si la muerte se hubiera enseñoreado de la propiedad. Néstor le asignó un papel a cada uno de sus subalternos y él se reservó el del asesino.

Beatriz ocupó la silla donde murió Diana sin poder evitar un estremecimiento. A una joven agente de apellido Burgos, le tocó el papel de Carolina. Diji debía actuar como Simón. Remigio sería David, así que subió hasta la habitación del chico y esperó allí. A Miguel le correspondió representar a Erasmo.

«Los Acosta» se reunieron en el comedor alrededor de la mesa. Néstor entró al salón desde la puerta principal y se encontró con el primer obstáculo que debió enfrentar el asesino: si no le abrió alguien de la familia, era porque tenía llave. En el primer caso, cualquiera de los Acosta le hubiera impedido llegar hasta la *Beretta*, pero aun cuando el asesino hubiera entrado a hurtadillas, tendría que haber pasado por delante del comedor para alcanzar la habitación donde estaban las armas.

—Ya tenía la *Beretta* consigo cuando llegó a la casa —murmuró Salazar para sí mismo.

El asesinato de Erasmo tuvo lugar en el salón, así que fue allí donde se encontraron el dueño de la casa y el criminal. Siguiendo las instrucciones de Néstor, Miguel se paró junto a la mancha de sangre que estaba frente a la chimenea. Salazar simuló que le disparaba.

—Muy bien. Erasmo se encontró aquí con el asesino. El sujeto lo hirió primero en el estómago. A esta distancia hasta yo daría en el blanco —aseveró el inspector jefe, haciendo referencia a su mala puntería—. Pudo acertarle en el corazón de una vez, pero prefirió que su víctima sufriera una muerte más dolorosa. Túmbate en el suelo, Pedrera.

Miguel obedeció y se acostó junto a la mancha. Salazar dio dos pasos y apuntó primero al pecho y luego a la cabeza de su compañero, para simular

los movimientos del asesino. A un gesto suyo, el agente Echevarría avisó a los que se encontraban en el comedor. Diji avanzó hacia el salón y cuando llegó junto a la segunda mancha, el inspector le apuntó.

—De acuerdo, mató a Simón a una distancia de cuatro metros.

El subinspector se tendió en el suelo cuan largo era. Salazar avanzó hacia el comedor. La agente Burgos ya se había levantado del asiento, así como Beatriz.

—Aquí le disparó a Carolina, también desde una prudente distancia, y amenazó a Diana para que se sentara de nuevo a la mesa.

La agente se tendió en el suelo y Beatriz retrocedió hasta la silla. Salazar se puso detrás de ella y simuló rodearle el cuello con una cuerda.

—Para cuando Diana quiso defenderse, ya el asesino la tenía dominada —concluyó.

Después de remedar al asesino en todos sus movimientos, Salazar subió a la habitación donde lo esperaba Remigio. Midió el tiempo que le hubiera llevado al homicida manchar las ropas de David y dejarle la pistola en la mano. Entonces bajó y arrastró a Miguel hasta el comedor. Le costó lo suyo, pero pudo hacerlo. Con Diji, ni lo intentó. Ya había probado su punto: El crimen pudo ser cometido por una sola persona. Con todos los «muertos» alrededor de la mesa, se sentó en la silla que debió ocupar el asesino. Entonces tuvo una sensación extraña y comprendió mejor lo que sintió el criminal, pero no fue capaz de ponerlo en palabras, o precisarlo en forma concreta.

Una vez completada la reconstrucción, dio las gracias a la agente Burgos y reunió a todo su equipo.

—Muy bonita la obra de teatro —ironizó Remigio—. ¿Qué querías probar con esto?

—En primer lugar, que el crimen pudo cometerlo una sola persona sin ninguna ayuda, aunque debió tratarse de alguien muy fuerte.

—Un hombre.

—En excelente condición física. Además, tenemos más claro cuánto tiempo pasó desde que el criminal llegó, hasta que terminó su ritual. Todo el proceso debió tardar alrededor de dos horas.

—Es demasiado tiempo para que un homicida permanezca en la escena del crimen —reconoció Miguel.

—Lo cual significa que se sentía confiado. Sabía que nadie lo interrumpiría.

—Pero si no llega a retrasarse la señora Noguera, seguro que lo hubiera sorprendido —discrepó Remigio.

—Una sola persona. Estoy seguro de que en ese caso, no le hubiera importado cometer un homicidio más. La vecina tuvo mucha suerte.

—A ver, ¿qué más? Tengo la impresión de que guardas lo mejor para el final.

—La *Beretta*. No es posible que el asesino pasara por delante del comedor para alcanzarla sin que Erasmo y Simón lo hubieran interceptado. Así que solo hay dos opciones: fue el propio Acosta quien se la entregó, tal vez para mostrársela, o ya el homicida la tenía en su poder.

—¿Cómo? —preguntó Miguel con incredulidad—. Erasmo era coleccionista. Si una de sus armas hubiera desaparecido, lo habría denunciado.

—A menos que fuera él mismo quien la entregó.

—Eso es imposible.

—No lo es —insistió Néstor—, pero sí nos permite deducir que el hombre que asesinó a la familia Acosta gozaba de toda la confianza de su principal víctima.

Capítulo 25.

Cuando Néstor llegó a la buhardilla estaba derrengado y no veía la hora de alcanzar su cama. Ya «La Callecita» estaba cerrada al público, pero todavía se filtraba un halo de luz por debajo de la puerta. Salazar admiraba la capacidad de trabajo de Gyula y Dika. Siempre se lo había comentado a su amigo, o más bien examigo.

La tristeza se sumó al cansancio, y el inspector se sintió todavía más miserable, estado de ánimo que le duró hasta que abrió la puerta de su casa. Era como si un huracán innominado se hubiera detenido en su piso para arrasar con todo a su paso. Floreros, portarretratos, y hasta el plato y la taza del desayuno yacían en el suelo en añicos. Ni siquiera el televisor se salvó de las fuerzas naturales desatadas en la humilde buhardilla.

Policía al fin, Salazar no necesitó pensar mucho para identificar al culpable, o más bien, las culpables. Paca y su hija se acurrucaban juntas en la cesta, desde donde le lanzaron una mirada de falsa inocencia, que era mejor a cualquiera de las que el inspector tanto había ensayado.

—Miaaaauuuu —dijo Lolita, con un tono final agudo en do mayor destinado a causar lástima.

—Mieu —agregó Paca, en tono frío y cortante.

Salazar cogió aire para responder, pero no le salió ninguna palabra. Esas miradas lo neutralizaban. ¡Condenadas gatas! Al final recuperó el habla.

—¿Se puede saber qué significa todo esto?

Ninguna respondió. La visitante se acurrucó, y Paca estiró las patas con descaro, como si le aburriera la pregunta de su humano.

Con un suspiro de resignación, Néstor recogió los cristales regados. No quería que ninguna de las «felonas», perdón, felinas, se lastimara una pata con algún cristal. Media hora después, el inspector podía asegurar que no quedaba ningún fragmento cortante en el piso. Para entonces, ya las gatas se

habían quedado dormidas. Salazar supuso que aquella había sido una tarde de diversión gatuna. Y su casa, el patio de juegos.

Refunfuñando acerca de las gatas neuróticas y desagradecidas, Salazar se acostó y enseguida se durmió. Lo despertó el maullido lastimero de la hija de Paca.

Néstor medio abrió un ojo y comprobó que todavía no amanecía. Quiso hacerse el dormido, pero no es fácil engañar a un gato en esos menesteres, así que la pequeña manipuladora no paró de maullar hasta que él, resignado, se sentó en la cama.

—Supongo que queréis vuestro tazón de leche.

—Mieuuu. Mauuu —respondieron a coro.

Era la primera vez que Paca le dirigía el maullido desde que regresaron de la esterilización, y aunque fuera por un claro interés, el inspector se animó. Tal vez Isabel tuviera razón y la compañía de la gata de Dika era beneficiosa para Paca.

Con esa esperanza, Néstor saltó de la cama y corrió a la cocina para servir el acostumbrado desayuno tempranero a las tiránicas felinas. Allí las dejó, con los bigotes metidos en la leche, mientras él se preparaba para comenzar el día.

Cuando se disponía a salir, se dio cuenta de la hora.

—¡Las seis de la mañana! Pero si todavía no han puesto ni las calles —se quejó. Esta cría era peor que Paca, quien al menos lo dejaba dormir hasta las seis treinta.

Ya el tazón de leche estaba vacío y ambas gatas lo miraron mientras se relamían. Contraviniendo los consejos de la etóloga, Néstor se les acercó con la mayor lentitud de la que fue capaz, e hizo el intento de acariciar a Paca detrás de las orejas, que era lo que más le gustaba.

La felina sacó garras y carácter, y le puso límites a su osadía con un bufido y un arañazo, después de lo cual se apresuró a esconderse debajo de una silla.

—¿Es que nunca me vas a perdonar, Paca?

—Bffff.

Con el ánimo en los pies, el inspector salió de la buhardilla, pasó de largo frente a «La Callecita» y caminó hasta la plaza de la iglesia, donde entró al bar en el que había desayunado los últimos días. Aunque no tenía apetito, no sabía cuándo tendría oportunidad de volver a comer, así que lo más prudente sería no quedarse en ayunas.

Era demasiado temprano cuando Néstor llegó a «San Miguel». Por lo general se ocupaba del papeleo durante las primeras dos horas de la mañana para dar tiempo a que el resto del mundo, que no vivía bajo el yugo de una felina tiránica, despertara y se incorporara a sus labores, pero eso era en circunstancias normales. El inspector consideraba que recibía un trato injusto por parte de Gyula, de Sofía y hasta de su gata, así que cogió el teléfono y se desquitó con el primer cristiano vulnerable que encontró: el psiquiatra de la Policía.

Como estaba seguro de que todavía no había llegado a su despacho, lo llamó al móvil. Escuchó con claridad la maldición murmurada por el doctor.

—Debí suponer que era usted, inspector.

—Perdone. ¿Lo desperté, doctor?

La voz de Néstor era tan falsa, que el médico estuvo a punto de colgarle.

—¿Qué quiere, Salazar?

—Lamento la hora —le dijo con descaro, aunque lo había hecho adrede—, pero anoche hicimos una reconstrucción del crimen de los Acosta, y es importante que determinemos ciertas características del asesino.

Néstor le explicó lo que descubrió y sintió durante la reconstrucción del múltiple asesinato con todo lujo de detalles. El psiquiatra escuchó con paciencia.

—Es evidente que todo el ritual tiene una carga simbólica importante para el asesino —sentenció el doctor—. Eso, o es muy retorcido y se trata de una forma de desviar la atención de las autoridades.

—Comprendo. Me gustaría saber cuál es su opinión.

—Bien, no estoy tan seguro como usted de que el asesino fuera conocido de la familia y confiaran en él. Si llegó a la casa con el arma en la mano, es seguro que los Acosta hubieran sido colaboradores. Una pistola apuntándote impone mucho.

—Lo sé —dijo Salazar, al mismo tiempo que recordaba su reciente experiencia con Teófilo. Mientras el falsificador le apuntaba a la cabeza, si le hubiera ordenado que bailara la danza de la lluvia en calzoncillos y calcetines, todavía estaría cayendo agua del cielo.

—Por otro lado, la forma en que asesinó a los padres de la familia pone a pensar. Se trata de un crimen personal. No debemos olvidar que fue más piadoso con los chicos.

—¿Los consideraba menos responsables de la ofensa que quería vengar?

—Es posible, pero ¿por qué está seguro de que el motivo del asesino era la venganza?

—Yo ahora no estoy seguro de nada, pero más allá de que se tratara de una *vendetta* o no, requirió mucha sangre fría y organización.

—Desde luego, este no fue un crimen improvisado.

—¿Qué otra motivación consideraría probable en este caso, doctor Ocampo?

—¿Qué le parece la envidia? Es un fuerte incentivo para cometer un crimen. Y encaja con el «trastorno de personalidad antisocial».

—¿Quiere decir que este sujeto es un psicópata?

—No podría afirmarlo. Lo que sí está claro es que se trata de un delincuente.

—¿A quién busco, doctor?

—A alguien centrado en sí mismo, con baja tolerancia a la frustración, que considera que recibió un trato injusto, que envidiaba lo que tenían los Acosta, o que él creía que tenían. Por eso los escogió y se ensañó con ellos.

—Esa descripción podría encajar en todos nuestros sospechosos.

—En ese caso, parte de su trabajo será filtrar la información para llegar a una conclusión que se aproxime a la verdad.

—Con los datos con los que contamos, esa sería una tarea hercúlea.

—Pues tendrá que agudizar su intuición, que según me han dicho, es bastante certera.

—De acuerdo, buscaré a un sujeto centrado en sí mismo y que sea capaz de actuar por codicia y por envidia.

—Eso es. Y mientras tanto…

—¿Qué? Usted dirá.

—Aguante su curiosidad, espere hasta la hora laboral, y no me vuelva a despertar. ¡Qué no son horas, joder!

Antes de que Salazar pudiera replicar, ya el psiquiatra había colgado. Otro más para su colección de cabreados. Que como siguiera así, no se iba a hablar ni él mismo.

Como sospechó el día anterior, durante la noche creció una pila de carpetas con documentos para revisar y firmar. Parecían champiñones. Con un suspiro de resignación autocompasiva, el inspector se ocupó de

despachar los expedientes hasta que el reloj de la pared marcó la hora de entrada del personal.

Consideró que ya había cumplido con el sacrificio diario al dios de la burocracia, así que salió de su despacho y subió hasta el segundo piso. Como supuso, ya Beatriz estaba atornillada a su escritorio. Después de los saludos de cortesía, Néstor le preguntó si había llegado alguna respuesta de Europol.

—Anoche nos enviaron un correo, señor —respondió la subinspectora con un asentimiento—. Me disponía a elaborar el informe para la próxima reunión.

—¿Tan pronto? —preguntó Diji, que entró en la sala en ese momento y se sumó a la conversación.

—Bosnia se mostró muy interesada en Erasmo Acosta. De hecho, nos solicitan que lo arrestemos y procedamos a la extradición.

—¿Bosnia? —Antes de que Beatriz respondiera, las piezas comenzaron a encajar en el cerebro de Salazar—. ¿Acosta era un criminal de guerra?

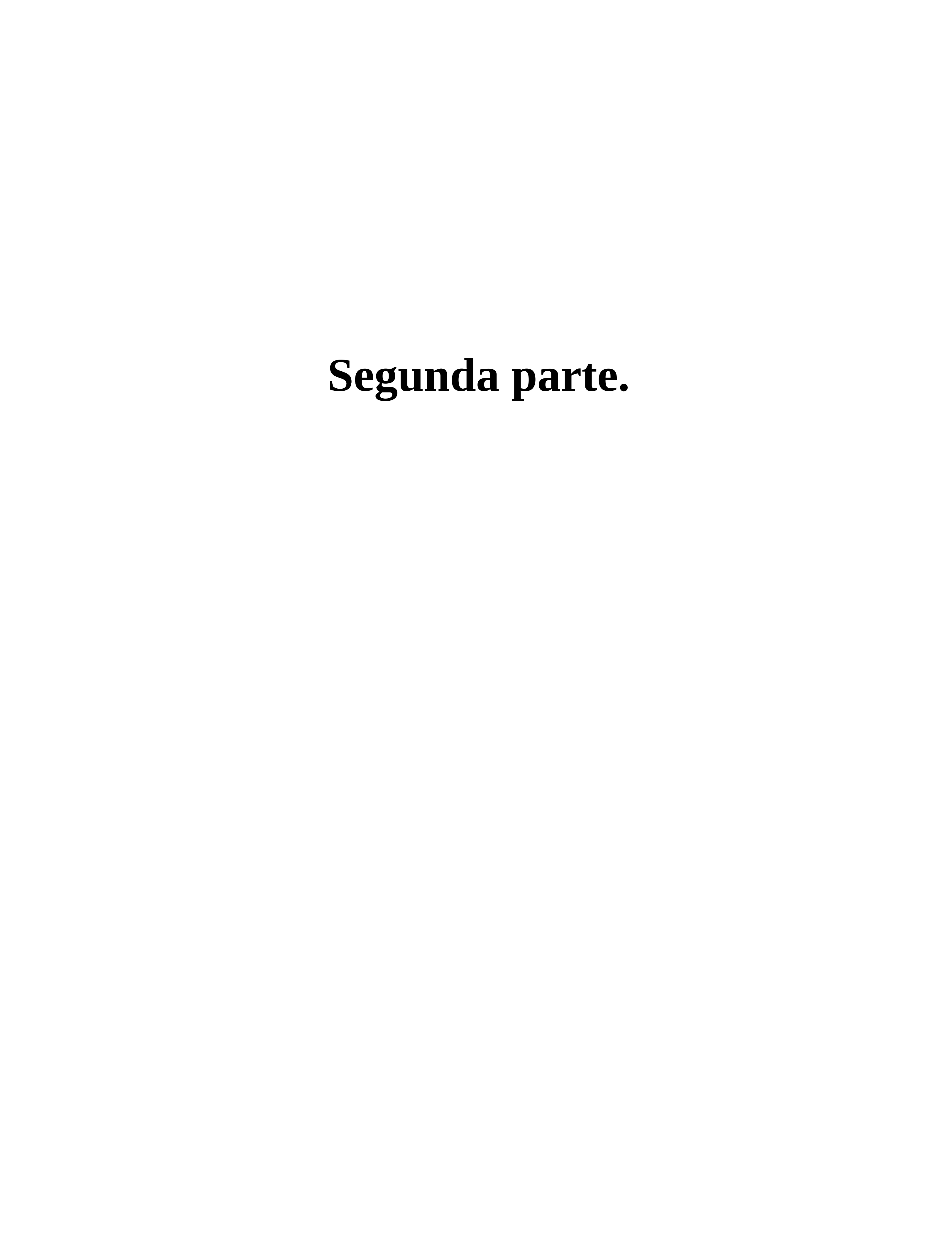
—Su verdadero nombre era Goran Vukovic, y se trataba de uno de los comandantes de las fuerzas serbias que perpetraron la matanza de Srebrenica en 1995. Desde entonces se le buscaba por crímenes de guerra.

—Y supongo que la fortuna de los Acosta está relacionada con lo que ocurrió entonces.

—Muchas de las pertenencias de las víctimas nunca se recuperaron. Además de que Radovan Karadžić, quien era presidente de Serbia en ese momento, sobornaba con fuertes sumas de dinero a sus más fieles seguidores para garantizar su lealtad por criminales que fueran sus órdenes.

—Siendo así, el señor Acosta tendría muchos enemigos —concluyó Cheick.

—Demasiados —reconoció Néstor—. Toda una nación. Diji, encárgate tú de explicarle a la Policía bosnia que no podemos enviarle a Vukovic porque está muerto, y que te proporcionen toda la información posible acerca de él y su familia.



Segunda parte.

Capítulo 1.

Don Braulio sintió claustrofobia en cuanto cruzó el umbral de los Fajardo. El piso, ubicado en la tercera planta de una vieja construcción de la calle Linares Rivas, además de pequeño y oscuro, olía a madera podrida y a humedad. Gerónimo le abrió la puerta y lo invitó a entrar, mientras hacía un esfuerzo por disimular las lágrimas que destellaban en sus ojos, y que resultaban más conmovedoras en un hombre de aspecto tan tosco.

El visitante se vio en un pasillo largo que conducía a las diferentes dependencias del apartamento. De una de ellas salió una mujer de mediana edad, con el rostro redondeado y una papada incipiente, que se enjugaba las lágrimas sin disimulo. El ambiente era tan opresivo, que don Braulio tuvo la impresión de que el oxígeno resultaba insuficiente. Hubiera dado cualquier cosa por salir de allí cuanto antes, pero era un hombre de palabra, así que cumpliría la promesa que le hizo a su amigo Armendáriz. Sin embargo, la visita a la casa de los Fajardo inclinó la balanza en favor de la Policía. La chica debió marcharse porque se sintió asfixiada por el ambiente. No imaginaba un adolescente que creciera en ese lugar y quisiera quedarse más de lo necesario, cuando fuera de esas cuatro paredes existía un mundo repleto de nuevas experiencias. Después de rechazar el café que le ofreció la señora Fajardo, el detective entró en materia.

—Por favor, cuéntenme todo lo que ocurrió el día que Verónica desapareció.

—Era su cumpleaños —señaló Rosamaría, mientras volvía a secarse las lágrimas—, así que le teníamos preparada una pequeña celebración. Ya sabe, nada extraordinario. Cociné una cena especial y le hice una tarta. Su padre, que trabaja en el transporte de mercancías, regresó de su última entrega a tiempo para acompañarnos, y me aseguré de que su hermano no hiciera planes para quedarse en casa de ningún amigo.

—¿Tienen otro hijo?

—Jaime —respondió Gerónimo—. Tiene doce años. Ahora está en la escuela.

—De acuerdo, ¿qué más ocurrió?

—Verónica nunca se presentó a la cena —respondió Rosamaría con el ceño fruncido—. Cuando comprendimos que la demora no era normal, le preguntamos a su hermano si sabía algo.

—Al principio el chico negó tener idea de dónde estaba su hermana —intervino Fajardo—, pero después de insistirle mucho, al final confesó que Verónica se marchó de casa y le obligó a prometerle que no la delataría.

—¿Hubo alguna discusión que justificara esa conducta?

Gerónimo negó con la cabeza, y Rosamaría soltó un bufido, digno de un miura.

—La culpa es de ese joven, que le metió mariposas en la cabeza a la chiquilla.

—¿Hay un chico de por medio?

—Verónica tiene un novio —le informó Gerónimo—. El hijo de un amigo mío que conoció durante una fiesta organizada por la empresa transportista para la que trabajo.

—Te advertí que ese muchacho era una mala influencia para tu hija —le recriminó la señora Fajardo a su esposo—, pero tú, erre que erre, que la familia era gente decente, que él era un buen chico, que Vero sabía lo que hacía…

—¿Por qué piensan que este joven…

—Damián. Damián Munguía.

Don Braulio asintió y escribió el nombre en su libreta *Moleskine*.

—Muy bien, ¿por qué piensan que Damián está relacionado con la desaparición de Verónica?

—Desde que comenzó el noviazgo, Vero no dejaba de hablar de viajar y conocer mundo —respondió Rosamaría, en un tono que dejaba claro lo que ella pensaba acerca de «conocer mundo».

—Así que no es descabellado pensar que al llegar a la mayoría de edad, su hija decidiera cumplir su deseo de viajar en compañía de su pareja —concluyó Quintero—. Comprendo que para un padre puede ser muy duro, y que esta no es la forma en que se hacen las cosas, pero si Verónica se marchó por voluntad propia y tiene más de dieciocho años, es poco lo que puede hacer la Policía, o yo mismo.

—Sabemos que se marchó por su propia voluntad con Damián, porque el chiquillo nos lo confesó —reconoció Gerónimo, al tiempo que fijaba la mirada en las baldosas del suelo y soltaba un suspiro.

—Además de que se llevó su mochila, así como alguna ropa y enseres personales —refrendó la señora Fajardo—, pero eso no es lo que más nos preocupa, ni la razón de que le pidiéramos a mi padre que se pusiera en contacto con usted. Si solo fuera porque se marchó sin despedirse, estaríamos enfadados, pero no tan angustiados.

—¿Qué es lo que les preocupa?

—Verónica es una buena chica —explicó Rosamaría—. Sin embargo, desde que se fue no se ha puesto en contacto con nosotros, ni con mi padre, a quien quiere mucho. Y de eso hace ya más de dos semanas.

—Tal vez tiene problemas para comunicarse, o miedo de que la localicen si los llama —argumentó don Braulio.

—No —intervino la madre—. Se llevó su móvil y nosotros no hemos suspendido el pago de la línea, para que pueda llamarnos. Algo le pasó. Estoy segura, una madre lo sabe. Lo siento aquí.

Rosamaría apoyó el puño en el pecho en un gesto melodramático, y rompió a llorar de nuevo.

—Cálmate, mujer, que con lágrimas no vamos a resolver nada.

—¡Tú, cállate! —gritó la señora Fajardo, y de un empujón apartó la mano que su marido le había colocado sobre el antebrazo para consolarla—. ¡Tú tienes la culpa! Si no hubieras sido tan consentidor y permisivo con ella, Verónica nunca se hubiera atrevido a fugarse.

—¡La culpa la tienes tú! —replicó Gerónimo—. Tú no dejabas vivir en paz a la pobre chica. Siempre con tus órdenes, queriéndo controlarla y mangonearle la vida.

—Señores, haya paz, por favor —los interrumpió don Braulio, bastante incómodo por verse inmerso en medio de una pelea familiar—. Acusarse uno al otro no ayudará a encontrar a Verónica.

—¿Entonces aceptará el caso? ¿La buscará? —preguntó Rosamaría, esperanzada.

—Haré lo posible para dar con su hija, pero solo para asegurarnos de que está bien. Una vez que la encuentre, si ella no quiere volver, o decide que no revele su paradero, ustedes respetarán sus deseos. Solo así aceptaré el encargo.

Gerónimo asintió antes de hablar.

—Lo único que necesitamos saber es que nuestra niña está a salvo.

La señora Fajardo también asintió y encogió un hombro, no muy conforme con las condiciones del detective, pero no tenía otra alternativa que aceptar.

—¿Verónica le contó algo más a su hermano? Adónde quería ir, qué medio de transporte usaría. Cualquier cosa que nos ayude a localizarla.

—No le contó hacia dónde se dirigía —le dijo Gerónimo—. El chiquillo ni siquiera sabía si pensaban salir de España, pero dondequiera que fueran, iban a hacer autoestop, o algo parecido.

—¿Puede creerlo? —se quejó Rosamaría.

—En ese caso, lo primero que debemos hacer es comprobar si su hija nos dejó alguna pista de su destino. ¿Podría ver su habitación?

—Por supuesto.

Gerónimo lo condujo por el largo pasillo hasta el final, donde Fajardo le mostró dos habitaciones minúsculas con una cama cada una. Era el único mueble que cabía, así que no había nada más. Ni siquiera una ventana. Dormir allí debía ser peor que hacerlo en una caja de cartón. Gerónimo señaló la puerta de la derecha y don Braulio entró en el dormitorio de Verónica. Su acompañante se quedó afuera, pues no cabían los dos.

El registro no llevó mucho tiempo. El colchón y la plataforma que lo sostenía, se levantaban para dar acceso a un armario. Muy ingenioso, pero era el único espacio del que la joven disponía para guardar sus cosas. Para sus adentros, el detective le dio la razón a la chica. El hacinamiento de esa casa era agobiante. Y si la madre era tan controladora como parecía…

Don Braulio encontró algunos libros de bolsillo dentro de una caja de plástico. Estaban bastante gastados, como si los hubieran leído una y otra vez. Casi todos eran novelas de aventuras y románticas. Quintero las ojeó sin mucha esperanza. Dentro de una de ellas encontró la fotografía de un paisaje. Cuando la detalló, se dio cuenta de que era una postal que se usó como marcapáginas. No había nada manuscrito en el reverso, pero sí tenía impreso el lugar al que correspondía la postal.

—Capralba —dijo don Braulio en voz alta—. ¿Les dice algo este nombre?

Ambos padres negaron con la cabeza, sin ocultar su perplejidad.

—Es la primera vez que lo escucho —confesó Gerónimo—. ¿Dónde queda?

—En Italia.

—¿Cree usted que ese es el lugar donde pudo ir Vero?

—No lo sé, pero es la única pista que tenemos. ¿Los padres del chico no saben nada?

—Damián ya se emancipó. Trabajaba en un Supermercado. Su padre se llevó un disgusto cuando supo que renunció algunos días antes de desaparecer con Verónica. Me temo que los Munguía tampoco saben nada.

—Muy bien. Tal vez los chicos decidieron ir en sentido contrario, pero esto es lo único que tenemos para empezar. El primer paso será averiguar si su intención es llegar a Italia. Si no les importa, me llevaré esta postal —los Fajardo gesticularon para mostrar su conformidad—. Si recuerdan algo que pueda servir de ayuda, por favor llámenme a cualquier hora del día, o de la noche. Los mantendré informados si hay algún avance.

—No sabe cuánto le agradecemos que nos ayude.

Don Braulio asintió, aunque no estaba muy seguro de ser capaz de complacer a sus clientes.

Capítulo 2.

Al mismo tiempo que Quintero visitaba a los Fajardo, en «San Miguel» Néstor y sus colegas recibían la información sobre los Vukovic que envió Europol. Ya el resto del equipo estaba allí, así que en cuanto la corpulenta figura del comisario se asomó por la puerta, comenzaron a la reunión. Salazar les informó acerca de su conversación con el psiquiatra y la respuesta que recibió Beatriz.

—De manera que el señor Erasmo tenía más esqueletos en el armario que un paleontólogo —dijo Remigio.

—Eso explica el nombre falso, el paseo del dinero por toda Europa y el hermetismo de su familia.

—También permite comprender por qué Simón se separó de la familia en cuanto tuvo oportunidad —señaló el inspector jefe—. No querría que lo relacionaran con un criminal de guerra, si alguien identificaba y detenía a su padre.

—Por cierto —intervino el comisario—, las autoridades húngaras respondieron y se mostraron dispuestas a llegar al fondo de este asunto. Tienen a sus expertos en finanzas hurgando en las cuentas de los Acosta. Harán lo posible por determinar cuál es el origen del dinero con el que Erasmo abrió la cuenta. Supongo que la nueva información acerca de la verdadera identidad de los Acosta les ahorrará bastante tiempo.

—Es importante que corroboremos que provenía de Serbia y estaba relacionada con el antiguo gobierno de Karadžić, sobre todo para que los bosnios puedan cerrar el caso.

—No me sorprendería que hubiera una reclamación por parte de las víctimas —señaló el comisario—. Es probable que el capital y los bienes sean usados en indemnizaciones. En cualquier caso, no creo que el señor Bustillos pueda recibir la herencia que espera.

—¿Y si el socio actuó de buena fe? —preguntó Araya—. Es probable que no supiera nada de todo esto y que lo pierda todo, cuando no tiene nada que ver con los crímenes de Vukovic.

—Bustillos no es tan inocente como crees, Beatriz —le refutó el inspector jefe—. Antes de aceptar asociarse con Acosta debió indagar acerca del origen del dinero, y no tragarse la trola de que provenía de una herencia. Es muy probable que Rogelio sospechara que ese capital tenía un origen ilícito, pero prefirió ignorarlo. Ahora tendrá que pagar por su desidia.

—Aun así, no me parece justo.

—No está en nuestras manos cambiar la suerte de Bustillos —sentenció Ortiz, en tono tajante—. Nuestro trabajo es resolver el múltiple homicidio, no entrar en consideraciones morales acerca de lo que es justo y lo que no. Tomando en cuenta la nueva información, escucho vuestros análisis.

—Tal vez los asesinó el familiar de alguna de sus víctimas —sugirió Miguel.

—Podría ser —lo respaldó el comisario—. Miguel, averigua los nombres de todas las personas provenientes de Europa Oriental: serbios, bosnios, croatas, y cualquiera que pudiera tener relación con Srebrenica. Llama a todas las pensiones y hoteles para indagar si alguno de estos viajeros se encontraba de visita en La Rioja en el momento del crimen.

—Sí, señor.

—Así que a los sospechosos que ya teníamos, ahora deberemos agregar a los familiares de los ocho mil muertos de una matanza.

—Yo no lo limitaría a los familiares —señaló Remigio—. Cualquiera que tenga algún nexo con las víctimas bosnias pudo sentirse lo bastante indignado para querer hacer justicia por su propia mano.

—Eso podría ser cierto, pero yo no estaría tan seguro —dijo Salazar.

—¿Lo que quieres decir es que estás, o que no estás de acuerdo?

—Muchas personas sentirán que se hizo justicia cuando se enteren del destino de Vukovic, pero ello no implica que serían capaces de ejecutarlo por su mano. Además, el ritual que llevó a cabo el asesino después de que cometió el crimen tiene un carácter más personal.

—¿Te parece poco personal vengar la muerte de un familiar cercano, y dar caza al criminal que lo asesinó a sangre fría? —inquirió Miguel.

—Eso no explicaría el homicidio de toda la familia. Recordad que Simón y Carolina apenas eran unos niños cuando se cometió la matanza. No

tendrían ninguna responsabilidad directa.

—No lo sé —intervino Toro—. Vukovic participó en el asesinato de niños y ancianos. Si alguien con una fuerte carga de odio quería vengarse, podría considerar equitativo que la familia del genocida sufriera la misma suerte.

—¿Y cómo explicáis el ritual posterior? Volver a poner la mesa, comer un trozo de tarta. ¿Qué sentido tendría?

—Tal vez matar le dio hambre —respondió Remigio encogiendo un hombro. El comisario lo miró con el ceño fruncido.

Néstor negó con la cabeza.

—Hay algo que chirría en esa teoría. El asesino se arriesgó mucho al permanecer casi dos horas en la escena del crimen después de cometer los homicidios, por más aislada que estuviera la finca de los Acosta. El ritual debía ser importante para él por alguna razón.

—Quizá el psiquiatra tenga razón, y lo único que buscaba era desviar nuestra atención y confundirnos —sugirió Remigio.

—Pues si es así, te aseguro que lo consiguió, porque yo no le encuentro sentido a ese comportamiento —reconoció Néstor—. Y mira que le he dado vueltas a la cabeza.

El comisario se cruzó de brazos frente al pizarrón, se quedó pensando por un momento y luego les dijo lo que tenía en mente.

—Así que además de David Acosta, Rondón, Bustillos y Caro, también debemos incluir a un serbio o bosnio desconocido, como sospechoso.

—Yo no me olvidaría de Jaso —sugirió Néstor.

—¿Por alguna razón en especial? Creí entender que tiene coartada, además de que era el único que podría considerarse amigo del occiso y no tenía ningún motivo para cometer el crimen.

—Digamos que es una corazonada —admitió Salazar, aunque no solía sacar conclusiones con argumentos tan poco concretos. Sin embargo, la sensación era demasiado fuerte como para dejarla pasar en el caso de Jaso —. Su coartada se basa en su novia, que podría estar dispuesta a mentir por él, pudo buscar la amistad con Erasmo en forma deliberada para conseguir un objetivo. También podría tener un motivo que todavía no descubrimos.

—Ya Cheick investigó a Alejandro Jaso y no encontró nada reseñable —le recordó el comisario a Néstor—. ¿No crees que sería una pérdida de tiempo volver sobre él?

—Estoy seguro de que Diji hizo un excelente trabajo, pero creo que merece la pena una comprobación de lo que encontró sobre él.

—De acuerdo, confiaremos en tu intuición —admitió Santiago—. Remigio, ocúpate de volver a investigar a Jaso, esta vez como sospechoso.

—Sí, señor.

Ortiz se quedó en silencio por unos momentos mientras ordenaba sus ideas.

—Bien, la información que enviaron los bosnios nos proporciona respuestas por un lado y nuevas interrogantes por otro. En resumen. Goran Vukovic, un criminal de guerra que participó en una matanza y colaboró con el asesinato de más de ocho mil personas con fines genocidas, cogió parte del dinero que le proporcionaron sus jefes, así como del botín que consiguió de sus víctimas y los usó para crear una nueva identidad que les permitiera a él y su familia evadirse de la Justicia, y comenzar de nuevo.

—Si Goran era serbio, ¿cómo es que nadie en su entorno se dio cuenta? —preguntó Beatriz—. Ni siquiera tenía acento.

—El acento se puede aprender —insistió Néstor—. Y si Vukovic pertenecía a fuerzas militares especiales, es posible que ya tuviera entrenamiento al respecto. Con los chicos no habría problema, porque se adaptan con mucha facilidad. Diana era la única a quien le resultaría difícil disimular su origen, por eso le atribuyeron una nacionalidad que justificara una pronunciación gutural.

—Los Vukovic consiguieron mimetizarse y mantenerse ocultos de las autoridades que perseguían a Goran por sus crímenes —señaló Santiago—. La pregunta que me hago es si el asesino sabía todo esto.

—Esta es una nueva línea de investigación que debemos abrir —opinó Salazar—, pero no podemos descuidar las demás. Todavía no descartaría a ninguno de los sospechosos anteriores, por los motivos que veníamos considerando.

El ordenador de Toro avisó la entrada de un mensaje. Como nunca empleaba el correo electrónico para asuntos personales, tuvo la certeza de que el aviso tenía relación con lo que hablaban, así que se ocupó de abrirlo de inmediato.

—Es del departamento de Finanzas de la Policía Científica. Al parecer ya concluyeron la auditoría.

—¿Qué encontraron?

Remigio hizo un escaneo rápido del texto y se detuvo en las conclusiones, las cuales sí leyó con cuidado.

—Vincomar Haro es una empresa rentable, pero encontraron pequeñas discrepancias en los libros, que se remontan al último año.

—¿Qué tipo de discrepancias? —preguntó Néstor.

—Hay una serie de gastos que no tienen respaldo en las facturas. Son cantidades pequeñas, pero se repiten cada semana.

—Alguien estaba cometiendo un desfalco —concluyó Salazar.

—¿El socio? —preguntó Diji.

—Tendría lógica. Y ese sería otro buen motivo para cometer el asesinato —opinó Pedrera—. Tal vez Erasmo descubrió que le robaban y no creo que un hombre como él lo dejara pasar, por pequeños que fueran los montos.

—Si descubrió que Rogelio le robaba y lo encaró, pudo poner al socio entre la espada y la pared —dijo Remigio.

—Bustillos era socio minoritario y podía ser sustituido —argumentó Pedrera—. Después de todo, ya Erasmo llevaba varios años viviendo en La Rioja y es previsible que tuviera más contactos que a su llegada. Además, si denunciaba a su socio podría enviarlo a la cárcel, y desprestigiarlo de por vida. Parece que Rogelio tenía más motivos de los que creíamos.

—¿Estamos seguros de que fue Bustillos quien cometió los desfalcos? —preguntó el comisario.

—Todavía no, señor.

—Beatriz, haz un seguimiento del dinero que falta en la empresa. Colabora con los peritos de Científica para conseguirlo. Si es necesario, pide una orden al juez Antúnez para que os permita acceder a las cuentas bancarias de los sospechosos.

—Sí, señor.

—Muy bien, mañana nos reuniremos para analizar los avances de las nuevas indagaciones. Así que, a trabajar.

Santiago dio por concluida la reunión y regresó a su oficina. Los demás se concentraron en sus tareas, mientras Néstor se encaminó a su despacho con la carpeta que contenía todos los expedientes referentes a la matanza de la familia Acosta. Estaba decidido a estudiar el caso hasta encontrar una lógica que les permitiera estrechar el cerco sobre el asesino.

Capítulo 3.

Cuando terminó la entrevista con los Fajardo, don Braulio por fin pudo salir del asfixiante ambiente del piso. Se sintió liberado al llegar a la calle. Volvió a mirar la fotografía. Sería una tarea ardua dar con los chicos si ellos no querían que los encontraran. Entonces sacó su móvil del bolsillo. Detestaba todo tipo de tecnología, pero no era fácil encontrar un teléfono público hoy en día, así que transigía llevar un modelo viejo, de los que solo permitían hacer y recibir llamadas. Y aun así, el «aparatejo» le parecía un portento. Evelia le enseñó a usarlo y desde entonces se sentía muy orgulloso de sí mismo cuando conseguía hacer, o recibir una llamada. Localizó el número que le interesaba y presionó la tecla verde. La respuesta llegó al tercer timbrazo.

—¡Don Braulio! ¡Qué sorpresa!

—Me alegra encontrarte, chaval. ¿Estás muy ocupado?

—Como un pulpo trabajando de chef, pero dígame usted, ¿en qué puedo ayudarlo?

Quintero le hizo un resumen a Salazar de su visita a los Fajardo. El inspector lo escuchó con atención, guardó silencio por algunos segundos mientras pensaba, y luego respondió.

—Debo reconocer que estamos hasta las cejas con el caso de los Acosta, pero nunca le negaría mi ayuda, don Braulio. Antes de llamar a las autoridades italianas para saber si los chicos están allí, déjeme hablar con las nuestras, que ni siquiera tenemos la certeza de que salieron del país. Eso nos dará la medida del radio de búsqueda.

—Me parece buena idea. Esperaré a que me des noticias, y si averiguo algo más que nos permita ubicarlos, te llamaré.

—De acuerdo. ¿Cuál será su siguiente paso?

—Visitaré a los padres del chico; los Munguía. Tal vez tengan más información que los Fajardo.

—Buena idea, don Braulio. Cuente conmigo, y buena suerte.

Pese a que Néstor consideraba que la desaparición de la chica Fajardo era solo el gesto de rebeldía de una adolescente que recién llegaba a la edad adulta, el inspector se sentía en deuda con don Braulio, así que lo ayudaría en lo que pudiera. Miró el reloj. La reunión no le permitió darse cuenta del paso del tiempo y era mucho más tarde de lo que había creído.

Antes de encerrarse en su despacho, el inspector le pidió a Lali que le mandara a buscar un bocadillo para engañar al estómago. En cuanto se sentó detrás del escritorio comenzó a hacer llamadas. Se comunicó con los compañeros encargados del control migratorio y comprobó que los jóvenes no salieron de España. Después llamó a puertos, aeropuertos, y a todos los medios de transporte posibles, hasta que consiguió una respuesta positiva con una joven que ofrecía sus servicios por una página de vehículo compartido, y que después de que él se identificó como policía, reconoció que llevó a Damián y Verónica en su coche hacía dos semanas.

—Los dejé en el Camino Número 4. Se dirigían a Madrid, pero yo no estaba dispuesta a alejarme más de la ciudad.

—¿Madrid era su destino final?

—No lo creo. Hablaban muy animados de conocer Italia. Ese creo que era su destino. Les pregunté si pensaban hacer todo el viaje mediante autoestop y vehículo compartido. Me dijeron que esa era su intención, pues no tenían prisa en llegar. En un primer momento tuve mis dudas en aceptar llevarlos pues la chica me pareció muy joven, pero me juraron que ambos eran mayores de edad. Ahora usted, que es policía, me pregunta por ellos. Dígame, ¿me mintieron?

—No. Le dijeron la verdad. Es solo que todavía no han contactado con sus familias, y queremos comprobar que se encuentran bien.

—Lo estaban cuando los dejé frente al polideportivo.

Después de agradecer a la joven por su colaboración, Salazar analizó la situación. Era evidente que los jóvenes fugados se dirigían al noreste, y todavía no cruzaban la frontera pirenaica. Ya habían tenido suficiente tiempo para salir de España, aún con la forma tan improvisada de viajar que escogieron, pero también era posible que se hubieran detenido algunos días en una o varias ciudades que cruzaron en su camino. El principal problema era que no tenía idea de dónde podrían estar y requeriría demasiados recursos dar con ellos mientras estuvieran en tránsito. Su capacidad de respuesta estaba limitada por tratarse de una investigación extraoficial, así

que decidió pedirles a las autoridades fronterizas que le avisaran cuando los chicos se dispusieran a cruzar a Francia.

Una vez que estableció los contactos necesarios para encontrar a los jóvenes fugados, Salazar se ocupó de releer todos los informes sobre el caso Acosta. Tenía la certeza de que David era inocente, pero era muy probable que el joven terminara en prisión y con el estigma de parricida y fratricida por el resto de su vida si Néstor no era capaz de demostrar que el chico había sido incriminado.

Algunas horas después, don Braulio abandonaba la vivienda de los Munguía con un regusto a fracaso en el paladar. Los padres del joven Damián no sabían nada, o casi nada. El chico ya era mayor de edad y vivía en una habitación alquilada cercana a su trabajo en la calle Rioja Palomar. El señor Munguía no se enteró de la renuncia de su hijo hasta que su amigo Gerónimo le contó acerca de la fuga. Por supuesto que la conducta de Damián causó un profundo disgusto a sus progenitores, pero eso no ayudaba a Quintero. Lo único que sacó en claro fue que el chico contaba con cuenta bancaria y tarjeta de crédito, aunque tampoco serviría de mucho. Sin una orden judicial no podrían rastrear sus movimientos bancarios, y ningún juez firmaría una orden, pues el joven Munguía no cometió ningún delito.

La mayor ventaja de Quintero era su red de contactos, fruto de más de cuatro décadas de trabajo como investigador en la Policía Nacional. Sin pensarlo más, localizó un segundo número en el teléfono y marcó la tecla verde. Si Evelia lo viera, seguro que se enorgullecería de él.

La voz profunda y rasposa de su antiguo subalterno respondió al primer timbrazo. Después de los saludos habituales, el detective entró en materia y le contó su predicamento a Souza.

—No le envidio la encomienda, don Braulio. Encontrar a esos chavales será muy difícil. Además, si ambos son mayores de edad y se marcharon por su propia voluntad, no hay nada que hacer. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Bien, he pensado que dos chicos en plan aventurero que hacen autoestop son susceptibles de tener problemas. Me gustaría que comprobaras si sus nombres están relacionados con alguna denuncia reciente.

—Eso sí lo puedo hacer, pero no le prometo la respuesta para hoy, pues tengo tres casos abiertos, a cual más complicado. Que me pregunto yo,

¿dónde quedaron aquellos homicidios donde encontrabas al tío con la escopeta humeante junto al cadáver, dispuesto a entregarse y confesar?

—Eran otros tiempos, Anselmo.

—Ahora los delincuentes saben más de procedimientos de criminalística que nosotros, y nos cuadriculan la vida.

—Tú, tómate tu tiempo, que yo comprendo.

—De cualquier forma, no se preocupe don Braulio, que yo le aviso si encuentro algo. Y si no lo encuentro, también.

El detective aceptó la espera con resignación, mientras dirigía sus pasos a su despacho en la calle Conde de Haro.

A esa hora, mientras daba cuenta de un mal café en su despacho, Néstor terminó de releer todo el expediente Acosta/Vukovic. Ya la oscuridad de la tarde invernal caía sobre la ciudad. El inspector estiró los músculos entumecidos y se preguntó si debía llamar a don Braulio para darle un parte de lo que averiguó, pero luego decidió que no tenía mucho que decirle. Esperaría a disponer de información más concreta. No estaría mal llegar a casa temprano para variar, mientras esperaba las respuestas de las indagaciones que estaban en marcha, y que les permitirían avanzar. Se puso el gabán y salió de la comisaría. Sintió un escalofrío en cuanto pisó la calle, y comprendió que debería cambiar el gabán por un abrigo.

Salazar comenzó a andar en dirección a su casa. Las bajas temperaturas mantenían a los jarreros bajo techo, bien fuera en sus viviendas, o en los bares, así que las calles estaban casi vacías.

Cuando Néstor giró en la esquina de la iglesia, todo ocurrió muy rápido: las manos que lo sujetaron eran como tenazas que inmovilizaron sus muñecas sin darle oportunidad a defenderse, pese a lo cual se sacudió con todas sus fuerzas para tratar de librarse de ellas, pero quien lo sostenía debía ser mucho más corpulento que él, o tal vez era más de uno. Quiso gritar, pero en cuanto abrió la boca los sonidos que salieron de ella quedaron apagados por una mordaza. Antes de que tuviera oportunidad de rebelarse frente a semejante atropello lo rodeó la más absoluta oscuridad, cuando un grueso tejido se interpuso entre sus ojos y la escasa luz. Apenas tuvo tiempo de notar el vacío en el estómago y las palpitaciones con las que su cuerpo reaccionaba al peligro inminente. Se enfadó mucho por el pinchazo en el brazo, y estaba dispuesto a protestar cuando la conciencia lo abandonó. Lo último que notó fue el olor afrutado del saco que le cubría la cabeza.

Capítulo 4.

El frío penetrante fue lo primero que sintió Salazar cuando comenzó a recuperar la conciencia. Lo siguiente fue la vibración del coche. Le dolía la cabeza y se sentía aturdido, lo que no le permitía una evaluación objetiva de su situación. No veía nada y el aire enrarecido inundaba sus fosas nasales con un olor desagradable a fruta pasada. Todavía tenía la cabeza cubierta por el saco que usaron para cegarlo. Hubiera querido quitárselo, pero sus manos estaban atadas con firmeza a la espalda y en la medida en que cedía la confusión por la droga que usaron sus secuestradores, Néstor comprendió que se encontraba en una situación bastante comprometida. Estaba atado de pies y manos, con un saco en la cabeza y amordazado. Se encontraba tendido de costado en posición fetal y por la sensación de desplazamiento y las vibraciones, dedujo que lo transportaban en el maletero de un coche. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Salazar se preguntó quiénes serían sus secuestradores. Debía tratarse de más de una persona por la forma en que lo capturaron. Por la coordinación con la que actuaron y su preparación previa comprendió que debían ser profesionales, pero quiénes y por qué. ¿Estaría relacionado su predicamento con el caso Acosta, o alguna de las personas que lo amenazó en el pasado venía a cobrar la factura? Debía reconocer que tenía un talento especial para cabrear a la gente, pero en ese momento no se le ocurría quién podría ser tan osado y estúpido como para secuestrar a un policía.

Tampoco tenía idea de cuáles serían las intenciones del rapto. ¿Asesinarlo? O tal vez darle una lección. De lo que sí estaba seguro era que no estaba allí para tomarse unas cañas con ellos. ¿Qué querrían de él? La imaginación comenzó a jugarle malas pasadas y el miedo lo invadió. No tenía caso negarlo, estaba aterrorizado. No tanto por lo que pudieran hacerle, bueno eso también, sino por la sensación de indefensión. Era

aterrador estar en manos de sujetos por completo desconocidos, que podían hacerle lo que quisieran.

En la medida en que transcurrían los minutos y se pasaba el efecto del sedante que le suministraron, la imaginación del inspector se encargó de torturarlo con imágenes a cuál más desagradable. Llegó a preguntarse a sí mismo si había dejado resueltos sus asuntos. ¿Qué asuntos? Entonces se deprimió al comprender que lo único que era de su propiedad era su gata, y aun en este caso tenía sus dudas, pues siendo objetivos, a veces le parecía que era la gata quien lo tenía a él. Estaba seguro de que sí no regresaba, Dika se haría cargo de Paca. Esa convicción lo tranquilizó. Con respecto a lo demás, su casero volvería a alquilar la buhardilla, así que no creía que lamentara mucho su desaparición.

En la medida en que se sumergía en esos lúgubres pensamientos, su ánimo decaía. Sofía quedaría en libertad para rehacer su vida sin remordimientos. Luego pensó en Gyula. Su amigo ya no le dirigía la palabra, así que supuso que no le importaría mucho lo que le pasara. ¿Y su familia? Estaba seguro de que Santiago, Carmela y los niños sí lo llorarían, pero también superarían el duelo y tal vez hasta regresaran a Tenerife.

El coche cruzó por un bache, y la sacudida hizo que algo que había en el maletero se le clavara en un costado. Néstor soltó una maldición a través de la mordaza y el cabreo superó a la autocompasión. ¡Que no había derecho a que le hicieran eso! Entonces comprendió que cometía un error al permitir que lo dominaran pensamientos derrotistas y autocompasivos. ¡Que esos cabrones le clavaron una aguja! ¡Una aguja! Les podía perdonar todo lo demás, que un secuestro es un secuestro, pero la aguja no. ¡Eso sí que no!

Reanimado por el enfado, pues no se puede estar deprimido y cabreado a la vez, Salazar se propuso recanalizar sus pensamientos. Después de unos minutos concluyó que por donde lo viera estaba jodido, así que se concentró en no pensar.

Por alguna misteriosa razón esotérica, cuanto más se esforzaba en dejar la mente en blanco, más se le ocurrían ideas absurdas. Era como tratar de mantener una pared blanca e inmaculada en un parvulario repleto de chavales con las manos embadurnadas de pintura fresca. Tarea imposible.

Así que el inspector decidió que lo mejor sería analizar su situación de la forma más objetiva posible. No fue buena idea. En la medida en que se hacía más consciente de su realidad, el miedo se apoderaba más de su ánimo. Tampoco se le ocurría ninguna idea genial para engañar a sus

raptores y salir airoso. Ni siquiera sabía quiénes eran, cuántos, o cuáles serían sus intenciones. Y lo más probable era que estuvieran armados. Eso por descontado.

Cuando por fin el coche se detuvo, ya su corazón parecía un potro al galope y sentía las piernas como gelatina, al punto que dudaba que pudiera sostenerse en pie. No recordaba haber sentido tanto miedo en toda su vida. Ni siquiera cuando iba de paquete en la moto de Echevarría. Supo que abrieron la tapa del maletero por el bajón de temperatura. Protestó a través de la mordaza, pero no le sirvió de mucho.

Lo sujetaron por los brazos y lo sacaron del coche sin ninguna contemplación. Como temió, las piernas no lo sostuvieron y cayó al suelo como un saco de patatas. Alguien debió cortar las amarras que sujetaban sus tobillos porque al fin pudo separar los pies. Al mismo tiempo, lo alzaron tirando de él por cada brazo. Debieron ser dos individuos, que lo llevaron casi en volandas.

—Mmmmmm. Mmmmm.

La mordaza apagó las preguntas y protestas. Y fue una suerte, porque con el cabreo que tenía, a Salazar se le ocurrieron calificativos que no usaba desde que vivía en el Centro de Acogida. Y hay que ver lo creativos que pueden ser los chavales con los insultos.

Poco a poco, Salazar se recuperó del entumecimiento de las piernas, así que pudo dar unos primeros pasos, como un chiquillo que aprende a andar. De cualquier manera, sus «amables» anfitriones no lo soltaron, sino que al notar que se recuperaba sujetaron a su presa con mayor fuerza. Como si se le pudiera ocurrir intentar escapar: con las manos atadas a la espalda, la capacidad para respirar restringida por una mordaza y un saco de fruta podrida que lo cegaba. Eso le dio la medida de lo cenutrios que eran los tíos que lo retenían.

Por los cambios de temperatura comprendió que lo trasladaron bajo techo. Un cobertizo, una cabaña, o algo parecido. Muy aislado, a juzgar por el tiempo que tardaron en llegar allí y por los baches que sufrió en el maletero. Era evidente que el último tramo debieron recorrerlo en un camino de tierra.

Con la misma delicadeza que los caracterizaba lo sentaron de sopetón. Él seguía lanzando maldiciones a través de la mordaza con la tranquilidad de que no le entendían, pero al menos aprovechó la oportunidad para desahogarse y acordarse de todos los muertos y por qué no, también de los

vivos que tuvieran cualquier parentesco con sus «anfitriones». Con especial énfasis en sus madres, por supuesto. Que una madre siempre tiene que ocupar un lugar de honor en cualquier situación. Hasta para ser insultada a cuenta de su vástago.

Los secuestradores no le hicieron ni puñetero caso. Porque no le entendieron, claro, que si lo hubieran entendido, seguro que lo inflaban a hostias. Después de amarrarlo bien a la silla lo dejaron solo, o al menos eso fue lo que dedujo el inspector por el silencio sepulcral que se apoderó del lugar.

Hacía frío, o el frío estaba dentro de él. El resultado era el mismo. Salazar se concentró. No podía ver nada, pero hizo un esfuerzo para que el resto de sus sentidos le proporcionaran algo de información. Si conseguía salir vivo de esta… prometió que no volvería a colarle a Santiago parte de los documentos que Lali le dejaba a él para que firmara… Lo pensó mejor. Tal vez alguno que otro de vez en cuando, que para eso estaban los hermanos mayores. En fin, que si salía vivo de esta, toda información que pudiera recordar resultaría útil en la investigación del secuestro.

¿A qué olía? ¡A qué iba a oler, al maldito saco de frutas que le cubría la cabeza, que así no había manera! De la humedad sí estuvo seguro, porque la sintió en los huesos. Grandioso. Solo tenía que encontrar un lugar apartado en La Rioja o sus cercanías donde hiciera frío y humedad. Algo así como encontrar a un cura en el Vaticano. ¿Y los sonidos? Al menos no le taparon los oídos. Vaya consuelo. Nada, silencio absoluto. Si debían estar a kilómetros de cualquier lugar habitado. Después de mucho agudizar sus sentidos, concentrarse y elucubrar, llegó a una sola conclusión: que no tenía ni puñetera idea de dónde estaba.

Su imaginación volvió a tomar el control de su mente y a hacerle pasar un mal rato. Lo esperaron a la salida de la comisaría, así que estaba claro que sabían dónde trabajaba y lo más probable era que el motivo del secuestro estuviera relacionado con alguno de sus casos. Porque de lo que sí estaba seguro era de que no lo querían para pedir un rescate. Sus cuentas bancarias casi tocaban fondo, así que por ahí no era. ¿Quién se atrevería a secuestrar a un policía, un hombre entrenado en seguridad? ¡Para lo que le sirvió! Si parte de los insultos de la noche se los reservó para sí mismo por ser tan pazguato y dejarse atrapar como un pardillo.

El tiempo transcurría sin que nada ocurriera, y Salazar, que era un interrogador entrenado, comprendió que lo habían «dejado en remojo» para

que bajara la guardia y fuera más comunicativo. No tenía forma de saber cuántas horas o minutos transcurrían, pero debieron pasar más de dos horas antes de que escuchara los pasos que se le acercaban. Eran sonoros y marcaban un ritmo, como si marcharan.

—Mmmmm —volvió a protestar el prisionero.

Néstor escuchó una conversación en un idioma que no supo identificar. Lo que sí le resultó claro fue el tono. El que habló, lo hizo para dar órdenes y la respuesta fue un acatamiento obediente, así que el inspector llegó a la conclusión de que lo secuestró un grupo organizado, con una jerarquía muy definida. Ya lo sospechaba por la forma en que lo neutralizaron.

Por fin, una mano le retiró el saco de la cabeza y con ello se atenuó el desagradable olor que ya comenzaba a causarle náuseas. No podía decir que hubiera desaparecido del todo, pues tenía la impresión de que lo llevaría incrustado en sus fosas nasales durante mucho tiempo. La habitación tenía una iluminación escasa, lo cual Salazar agradeció, porque una luz intensa le hubiera resultado incómoda después de tantas horas con los ojos tapados. Parpadeó para enfocar mejor y hacerse una idea más clara de su situación. Mientras se adaptaba, el jefe le quitó la mordaza. Salazar estuvo a punto de decirle lo que pensaba, pero se contuvo por motivos de salud.

Se encontraba en un almacén y a su alrededor se apilaban cajas de madera para transporte de frutas, que en ese momento estaban vacías. Un bombillo de pocos vatios colgaba del techo y era la única iluminación. Al observarlo con mayor detenimiento comprendió que era del tipo que lleva incorporada una batería, como los que se usaban en las acampadas. Así que era probable que el lugar no contara con electricidad. No vio ninguna ventana, al menos, no desde su limitada perspectiva. La puerta estaba frente a él y tenía un aspecto tan frágil, que Salazar comprendió que el almacén debía llevar mucho tiempo abandonado.

Después de detallar el lugar, el inspector centró su atención en el jefe de los secuestradores. Era un hombre tan alto y corpulento como Goliat, con un rostro de rasgos angulosos y duros. La arruga en el entrecejo le hizo comprender a Néstor que el hombre que tenía frente a él era más propenso a fruncir el ceño que a sonreír. No le gustó la forma en que lo miraba. Parecía dudar entre meterle una bala en la cabeza o darle un par de collejas. Cuando habló, lo hizo con un fuerte acento.

—Así que usted es el famoso inspector Salazar.

—Eso depende.

—¿De qué depende? —preguntó el sujeto, como si la respuesta lo hubiera cogido desprevenido.

—De las intenciones que tenga con «el inspector Salazar». Que si son desagradables, para usted puedo ser otro. Yo no soy muy tiquismiquis con respecto al nombre.

El sujeto sonrió, y el efecto fue peor que cuando se mantenía serio. Tenía sonrisa de piraña.

—Tiene usted sentido del humor. Hay que ser valiente para bromear en una situación como la suya.

—Hay que ser valiente, o muy imbécil. Usted no parece de por aquí, pero supongo que sabrá que nos tomamos muy mal eso de secuestrar policías. No es nada personal, pero sienta mal precedente.

—Ya. Ahora comprendo por qué Dragan se preocupó tanto cuando lo conoció.

—¿Quién?

—Mi jefe.

—Creo que se equivocaron de poli. No conozco a ningún Dragan.

—Por supuesto que lo conoce. Él fue quien ordenó que lo trajéramos aquí.

Néstor negó con la cabeza.

—Con un nombre así, lo recordaría.

—Es que usted lo conoció como Alejandro Jaso.

Capítulo 5.

El nombre del gerente del Supermercado consiguió que las piezas comenzaran a encajar en la cabeza de Salazar. Así que después de todo, el secuestro estaba relacionado con el caso Acosta. Debió adivinarlo cuando escuchó el acento del tío que tenía frente a él. Piraña lo observaba como si calibrara el efecto que le causaba la revelación. Néstor se esforzó en recordar los detalles de su entrevista con Jaso y comprendió que lo que le molestó del «amigo» de Erasmo fue que encajaba a la perfección en el papel. Cada movimiento y gesto durante la conversación que sostuvieron fue preciso y correcto. Demasiado predecible para ser verdad. Así que Jaso era un agente con entrenamiento en arte escénico que representaba un papel; un infiltrado.

Piraña permanecía en silencio y se limitaba a mirarlo, como si le diera tiempo de asimilar sus palabras y sacar conclusiones. En cierto modo parecía que le divirtiera la situación, lo que consiguió que al inspector se le pusiera la piel de gallina. El acento de su secuestrador y su lengua nativa podían ser de algún país de Europa Oriental, así que era previsible que ese también fuera el origen del falso gerente. Y si este grupo estaba en España y rondaba a los Acosta/Vukovic no era para contemporizar con ellos. Salazar sabía que no debía hacer preguntas comprometedoras. No tenía forma de defenderse. Si recibía demasiada información acabaría en un descampado como carne de morgue. Así que lo más prudente era guardar silencio y esperar.

—¿Ustedes asesinaron a los Acosta?

¿En verdad dijo eso? ¡Vas a conseguir que te maten, tarugo! Piraña desplegó una amplia sonrisa, mientras Néstor continuaba lanzándose improperios a sí mismo por dejarse llevar por la curiosidad de policía antes que por el sentido común. El secuestrador metió las manos en los bolsillos y se paseó frente a él.

—Es la razón por la que está aquí, inspector.

—Pues como no se explique mejor…

—Lo comprenderá en un momento. Somos un grupo élite con una misión especial. Como ya habrá adivinado, somos bosnios.

—¿Un grupo élite? ¿De qué organización? ¿Y cómo es que no tenemos noticias de ustedes? Si su actividad fuera legal, trabajarían en colaboración con nosotros y no a nuestras espaldas —se quejó Salazar, indignado—. Y está claro que entre sus atributos no estaría secuestrar policías.

—Digamos que nuestros objetivos exigen cierta discreción.

—Supongo que su objetivo era encontrar a los Vukovic y cobrar venganza.

—Sí, pero no en los términos que usted cree… Nuestra misión era ubicar a Goran Vukovic, contactarlo, asegurarnos de su identidad y arrestarlo para que fuera juzgado por crímenes de guerra.

—Por eso Jaso cultivó su amistad.

—El comandante Dragan Kazac, a quien usted conoce como Alejandro Jaso, es uno de nuestros agentes más valiosos en los trabajos de infiltración. Habla varios idiomas con fluidez, entre ellos el castellano, y es un excelente actor. Teníamos noticias de la afición de Vukovic por las armas de colección, y así fue como Kazac consiguió acercarse a él sin que sospechara.

—Investigamos a su jefe y no encontramos ninguna grieta en su historia. ¿Cómo lo consiguieron?

—Disponemos de un equipo de informáticos y especialistas que construyeron un pasado para el comandante.

—¿Cuánto tiempo llevan en esto?

—Recibimos la misión hace cinco años.

—Debían estar muy motivados.

—Vukovic fue el responsable del asesinato directo de más de trescientas personas, de las ocho mil que murieron en Srebrenica. Entre ellas había niños y ancianos. Sus bienes de fortuna estaban bañados en sangre. No podíamos permitir que viviera el resto de sus días con tranquilidad y comodidad, mientras disfrutaba del fruto de sus crímenes.

—Por eso los asesinaron a él y a su familia.

—Tal vez no nos crea, inspector. No lo culparía si no lo hace, pero nosotros no asesinamos a los Vukovic. Nuestra misión era encontrar a Goran y llevarlo a juicio. No le niego que el secuestro estuviera entre las

opciones para sacarlo de España, pero nunca tuvimos la intención de hacer justicia por nuestra propia mano.

—¿Puede asegurar lo mismo de cada uno de sus hombres?

—Son profesionales. Y cuando se les escogió para esta misión, nuestros superiores se aseguraron que no tuvieran relación directa con Srebrenica, ni con ninguna de sus víctimas.

—Aun así.

—Puedo asegurarle que el asesino no está entre nosotros.

—¿Puede probarlo?

—Tendrá que confiar en nuestra palabra, pero comprenda que cumplimos una misión. Secreta, sí. Encubierta, también, pero dentro de los límites de la legalidad de los tribunales de mi país. Si cometiéramos un crimen como el que se perpetró contra la familia de Goran seríamos iguales que aquellos a quienes perseguimos, así que perderíamos la razón moral para cumplir con nuestra tarea.

—Y supongo que tampoco tienen idea de quién podría ser el asesino.

—Vukovic tenía muchos enemigos, pero supo esconderse bien. Si para nosotros fue difícil dar con él, con todos los recursos que empleamos… —Piraña negó con la cabeza—. Debe haber ofendido a alguien en España.

—Todavía no me convencen sus argumentos —reconoció Néstor, que olvidó por un momento que era prisionero del hombre a quien acusaba de múltiple homicidio—. Se tomaron muchas molestias para ubicar e identificar a su objetivo. ¿Cuándo pensaban arrestarlo? ¿O debería decir secuestrarlo?

—Era cuestión de días.

—Y por pura casualidad, alguien lo asesinó junto con toda su familia. ¿Y debo creer que ustedes no tienen nada que ver?

—Puede creer lo que quiera, inspector. Eso ya no importa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Salazar al escuchar esas palabras. ¡Que me rellenan de plomo por bocazas! Hizo un esfuerzo para recomponerse del miedo.

—¿Por qué no importa? ¿Qué van a hacer conmigo?

—Goran Vukovic está muerto. Nuestra misión en España ya concluyó, así que es hora de marcharnos —sentenció Piraña, evadiendo la pregunta.

—Aunque sean un grupo de élite, han violado más leyes de las que puedo enumerar. Uno de mis hombres ya se ocupa de revisar de nuevo los

antecedentes de Jaso. Es un buen policía, así que estoy seguro de que si existe una grieta, la encontrará.

—Eso ya no importa. Kazac ya cruzó la frontera y se encuentra en otro territorio. Usa otra identidad, tiene otro aspecto y un nuevo pasado. Prepara el terreno para nuestra próxima misión. Yo me quedé con algunos hombres para atar los cabos que pudieron quedar sueltos, pero pronto nos reuniremos con nuestro comandante.

—Y supongo que yo soy uno de esos cabos sueltos.

—Tal vez el más importante.

Salazar se quedó en silencio por algunos segundos, mientras meditaba. Ahora sabía que estaba en manos de un grupo armado, organizado y entrenado, que se dedicaba a la caza de criminales de guerra evadidos. No tenía muchas esperanzas de que cometieran un error que le permitiera escapar. Y estaba seguro de que no le darían la oportunidad de levantar la liebre y avisar a sus compañeros para que pudieran detenerlos. Cuando conoció a Jaso intuyó que no era lo que parecía, y que se trataba de alguien peligroso. Se insultó a sí mismo por no seguir su corazonada. Debió ocuparse de indagar en persona todo lo relacionado con el falso «amigo» de Erasmo. Diji era un buen policía, pero no asistió a la entrevista con Jaso, así que no tenía razones para profundizar en sus hallazgos. Néstor decidió que merecía saber la verdad.

—Si van a librarse de mí, al menos dígame por qué.

—Cuando Kazac lo conoció quedó impresionado, y eso no es algo que ocurra con frecuencia, así que lo investigamos: sus antecedentes nos sorprendieron. Le confieso que si hubiera sido bosnio habríamos intentado sumarlo a nuestras filas, pero nuestra tarea es demasiado… visceral. Exige un nivel de compromiso que solo se puede adquirir cuando has sido víctima, o testigo de las injusticias que acompañan a la violación de los derechos humanos. Por esa razón decidimos que no podíamos marcharnos y dejarlo atrás sin tomar alguna medida.

—Una medida como secuestrarme y hacerme desaparecer.

—Usted no desaparecerá, inspector. Estoy seguro de que sus compañeros lo encontrarán pronto, pero para entonces, nosotros ya estaremos muy lejos. Además, tendremos la certeza de que no nos seguirá. No queremos un sabueso como usted detrás de nuestra pista. Podría perjudicar nuestra siguiente misión.

—Atentar contra un policía no es la mejor forma de defender la moralidad de su caso.

—Actuamos por una buena causa.

—El principio de que «el fin justifica los medios» ha sido la excusa de los peores crímenes de la historia.

Piraña sacó la mano derecha del bolsillo y Salazar sintió un escalofrío cuando vio que tenía una jeringa en la mano.

—Esta conversación ya se alargó demasiado. Mis hombres y yo debemos marcharnos sin demora. Créalo o no, para mí ha sido un placer conocerlo, inspector. De antemano le pido disculpas por lo que le vamos a hacer.

¡Ah, no! ¡Otra aguja, no! Mientras Piraña se acercaba con la jeringa en la mano, Néstor se sacudió en un esfuerzo inútil por aflojar sus amarras. No tuvo tiempo de protestar al sentir el pinchazo en el brazo y lanzó una maldición cuando el contenido de la jeringa entró de golpe entre sus músculos. La inconsciencia lo alcanzó en cuestión de segundos.

Capítulo 6.

El frío era intenso y desagradable porque salía desde los huesos hacia la piel. El entumecimiento tampoco ayudaba. Los primeros movimientos fueron torpes y descoordinados. Escuchó un gemido y tardó unos segundos en comprender que salía de su propia garganta. Una luz mortecina se filtraba a través de sus párpados cerrados, pero no tenía ningún deseo de abrirlos. La oscuridad no estaba tan mal. Su conciencia se recuperaba con lentitud, como si avanzara a través de una sustancia espesa y pegajosa. Lo que más le incomodaba era la resequedad en la boca, como si hubiera hecho buches con arena.

Después de alcanzar cierto nivel de conciencia, Salazar abrió los ojos y tardó unos segundos en enfocar. La cabeza le latía, como si en su interior estuviera «Manolo» tocando el bombo. Cuando recordó la causa de su predicamento refunfuñó una sarta de maldiciones dedicadas a sus secuestradores, sus madres y todos sus muertos. ¡Que no había derecho que hubieran usado agujas de nuevo! Con lo que las detestaba.

Pese a todo, celebró que estaba vivo. Porque lo estaba, ¿no? Su mayor temor había sido terminar cadáver en un descampado. Y en un descampado estaba, pero por lo menos no era cadáver, todavía. Hizo un recuento de su propia anatomía. Todo parecía estar en su lugar y sin mayores daños. Salvo por el brazo dolorido donde lo pincharon. Que ya podían haberse guardado sus agujitas en el bolsillo.

Ya un poco más despierto, Salazar se sentó en el suelo y analizó su situación. No reconocía el lugar donde lo dejaron. Era un campo yermo y no se veía nada más hasta donde alcanzaba la vista, que tomando en cuenta que se trataba de un terreno plano, debían ser kilómetros a la redonda. Por lo menos le quitaron las ataduras, que ya era ganancia.

Hizo el intento de ponerse de pie, pero un mareo lo convenció de que debía darse un poco más de tiempo. ¿Qué diablos le inyectaron que lo dejó

frito en segundos? Prefería no pensar en ello. Por la posición del sol, debía ser media mañana, lo que significaba que el efecto de la droga duró varias horas.

Después de superar los primeros momentos de confusión, y alegrarse por haber salido vivo y en una pieza de la experiencia, Salazar recordó la conversación con Piraña. Era evidente que su intención nunca fue asesinarlo como él temía, sino retrasar su capacidad de reacción. Ya habían transcurrido varias horas desde su encuentro, y era previsible que los bosnios estuvieran muy lejos. Sin embargo, Néstor no descartaba la posibilidad de detenerlos a tiempo. Que todavía tenía muchas preguntas que hacerles y lo de las agujas no tenía perdón de Dios, ni de él.

Por fin el inspector consiguió ponerse de pie, aunque con cierta torpeza, se sacudió la tierra de la ropa y estiró los músculos. Después de pasar la noche inconsciente y a la intemperie necesitaba moverse para superar el entumecimiento. Debía comunicarse con la comisaría y avisar lo antes posible para que se pusiera en marcha un operativo que impidiera que Piraña y sus hombres cruzaran las fronteras.

Hurgó en el bolsillo del gabán. Su móvil no estaba. Debió suponerlo, pero eso no impidió que soltara otra maldición. Por suerte, le dejaron la billetera. Si se acercaba a algún lugar habitado y pedía un teléfono en nombre de la Policía, resolvería su problema.

Abrió la billetera y los tacos que soltó, ni él mismo los había escuchado nunca. Le habían birlado su identificación, sus tarjetas bancarias y lo dejaron sin un euro. Ni siquiera se molestó en comprobar si conservaba su arma reglamentaria. Era evidente que fue lo primero que le quitaron.

Néstor suspiró. No le quedaría más remedio que alcanzar la civilización a pie. Y «Manolo» que no dejaba de tocar el bombo en su cabeza. Al concierto se sumaron sus tripas. Era previsible, pues hacía muchas horas que no comía nada, así que el hambre hizo su aparición triunfal y de vez en cuando, su cerebro lo traicionaba con la imagen de un plato de paella, o unas chuletillas al sarmiento. Hasta un café le hubiera servido, pero nada, que tocaba caminar con la boca seca y en ayunas.

Lo primero sería orientarse. La única forma que tenía de hacerlo era el sol. Por suerte, en la lejanía pudo ver algunos campos cultivados. Dedujo que se encontraba algunos kilómetros al noreste de la ciudad. Así que encaminó sus pasos al suroeste.

El frío dejó de ser un problema en la medida en que caminaba. También sus músculos se desentumecieron y hasta «Manolo» se apiadó de él y dejó de tocar el bombo. En cambio, sus tripas protestaban cada vez con mayor energía. Al cabo de una hora más o menos, dio con una carretera de tierra y la siguió. Tal vez corriera la suerte de que pasara un coche y lo devolviera a la civilización. La idea lo animó, pero pronto se desilusionó. Los bosnios lo habían dejado en el quinto pino.

El sol cruzó la verticalidad y dio paso a las horas de la tarde. Solo entonces, el inspector vislumbró una construcción, a la cual identificó como una bodega en la medida en que se acercaba. Ya las piernas le dolían por el ejercicio, pero se negaba a detenerse para descansar, porque sabía que si lo hacía no habría quien lo volviera a poner en marcha. Así que confió en la inercia y continuó. Comprobar que existía un objetivo a la vista lo animó a seguir, pero estaba más lejos de lo que calculó en un principio y le costó cuarenta y cinco minutos más llegar a su destino.

Los viñedos estaban desnudos y podados. Como supuso, no encontró actividad en la bodega, pues sus empleados estarían de asueto, pero tampoco se equivocó cuando calculó que habría un segurata de guardia en las instalaciones.

Antes de llegar a la entrada, Salazar se sacudió de nuevo el gabán y los pantalones, se peinó con los dedos y acarició su barba incipiente. Sobre eso no podía hacer nada, pero esperaba que el vigilante no fuera de los que se deja llevar por las apariencias. Su deseo se vio frustrado. De la garita salió un orondo segurata con el uniforme más limpio y mejor planchado que el de un general. Por instinto, Néstor se fijó en sus zapatos. Estaban tan brillantes, que cegaban. Así que era de los que juzgan a un pasajero por la maleta. Mala señal.

En cuanto el celador vio a Salazar y sus pintas frunció el ceño y aguzó la mirada. Le habló cortante y de malos modos.

—¡La bodega está cerrada! Regrese el lunes, pero solo aceptamos grupos turísticos.

—Oiga amigo, soy policía. Inspector. Tuve un contratiempo y necesito comunicarme con la comisaría de «San Miguel». ¿Podría usar su teléfono? Es urgente.

—¿Policía, con esa facha? Anda a burlarte de tu madre.

Salazar hizo acopio de paciencia.

—Comprendo que debo tener muy mal aspecto, pero como le dije antes, se debe a que tuve problemas…

—¿Qué clase de problemas? ¿Con la botella?

Néstor se disponía a explicarle, pero se detuvo a tiempo. Si le decía que lo secuestró un grupo de élite bosnio que se dedicaba a la caza de criminales de guerra para contarle que ellos no fueron los que asesinaron a un tío que se escondía bajo un nombre falso junto con toda su familia en pleno Rioja, el segurata lo mandaría a «freír morcillas».

—Tuve un accidente —mintió Salazar.

—¿Y dónde está el coche?

—Está… —Néstor se quedó en blanco. Todavía estaba espeso por las drogas que le suministraron la noche anterior. Por fin reaccionó, pero ya era tarde para no perder la credibilidad del guarda— Está bastante lejos. Tuve que caminar mucho. Solo serán unos minutos.

—No le creo. Usted ni es policía, ni es «ná»… Lo que quiere es confundirme para que le deje pasar y después, quién sabe qué intención tendrá. Nada, que al Nemesio no se lo cuelan tan fácil. Si es policía, tendrá una identificación que lo acredite. Usted me la muestra y yo le dejo usar el teléfono.

—La tenía, pero me la robaron.

—¿Es policía y se dejó robar su identificación? Pues sí que estamos buenos. Que no, que no cuela. Aire, o saco la porra y verá usted si sigue de largo o no.

—¿Seguir de largo a dónde? Si esto es peor que el desierto de Gobi. No hay nada en kilómetros a la redonda.

—Pues tengo entendido que caminar es muy bueno para la salud, así que andando —sentenció Nemesio, al tiempo que confirmaba sus palabras con un gesto de la mano.

Salazar se sintió frustrado. No estaba dispuesto a caminar por quién sabía cuántos kilómetros más. Así que decidió que a grandes males, grandes remedios. Se agachó en un remedo de atarse las trenzas de los zapatos, cogió una piedra y antes de que el segurata comprendiera sus intenciones, la lanzó con acierto a la ventana más cercana de la garita. Por una vez, la puntería no le falló.

Los ojos se le salieron de las órbitas al segurata y sin pensarlo dos veces sacó el arma que le entregaron cuando lo contrataron, y que nunca había usado.

—¡La madre que te parió, qué descansada quedó! ¡Quieto ahí! —le gritó Nemesio, mientras le apuntaba.

Eso de apuntarle con un arma a la cabeza, ya se estaba volviendo demasiado habitual para el gusto del inspector, pero en esta ocasión sonrió, pues era la reacción que quería provocar.

—¿En qué quedamos? ¿Me voy, o me quedo quieto?

—Tú te quedas ahí. Entra a la cabina y no muevas ni un dedo, que te dejo tieso.

Néstor encogió un hombro y obedeció. Nemesio lo vigilaba como si fuera un terrorista.

—¿Y ahora qué?

—Te sientas en esa banqueta y quietecito, que voy a llamar a la policía. ¿Te enteras?

El inspector asintió y siguió las instrucciones del vigilante. Después de andar durante horas bajo el sol, poder sentarse a la sombra fue un alivio. El segurata sacó su móvil y con voz indignada llamó a la policía. Entonces colgó y se quedó de pie frente a su prisionero sin dejar de apuntarle. ¿Tenía balas el revólver? Salazar se lo tomó con calma. Por fin los acontecimientos avanzaban en la dirección correcta.

—¿Y qué hacemos mientras esperamos?

—¿De qué hablas? ¿Qué quieres? ¿Que bailemos una sevillana? —preguntó el segurata.

A Nemesio la calma del tío estrafalario que tenía delante lo ponía de los nervios. Nadie se muestra tan tranquilo con un arma apuntando a su cabeza. ¿Tendría cómplices en los alrededores dispuestos a caer sobre la garita por sorpresa? Que el muy cabrón ni se inmutaba.

—Dime, Nemesio. ¿Ya almorzaste?

Capítulo 7.

La patrulla se demoró en llegar. Según le dijeron a Nemesio cuando se quejó, la comisaría más cercana se encontraba en medio de una emergencia y tuvieron que reorganizarse para prescindir de dos de sus patrulleros y enviarlos a atender la llamada. Aunque no lo expresaron con palabras, era evidente que el asunto que los mantenía ocupados era más importante que arrestar a un gamberro que se cargó una ventana.

Por fin apareció la Policía y dos oficiales descendieron del coche. Nemesio salió a recibirlos con un bocadillo en una mano y el revólver en la otra.

—Pues sí que se lo tomaron con calma —se quejó el segurata—, que menos mal que el gamberro este es majo, que si resulta uno de esos terroristas, si es por ustedes…

—Lamentamos la tardanza, señor Rodríguez, pero tenemos una crisis en la comisaría y todo el personal estaba ocupado. Según nos informaron, el ciudadano al cual retiene rompió el cristal de una ventana.

—Con una piedra —confirmó Nemesio, al mismo tiempo que asentía.

—¿Es un chaval? Porque si se trata de un menor de edad, tendremos que localizar a sus padres y…

—Que va, si este ya está bastante crecidito —lo interrumpió el celador.

—¿Es un adulto? —preguntó el compañero de Ander enarcando las cejas—. ¿Por qué querría un adulto romper una ventana con una piedra?

—Pues según él, porque quería que los llamara a ustedes, pero yo no sé qué pensar. Dice que es policía, inspector, pero que le robaron la identificación. Para mí que todo es una trola y que lo que quería era tener un pretexto para robar en la bodega. No sé, quizá birlar una botella de vino, o algo así, porque pinta de borrachín si tiene. Solo hay que ver el gabán que lleva, que seguro que el muerto era más grande.

—¿Gabán? —preguntó Ander con repentino interés—. ¿Dice que el gamberro usa un gabán demasiado grande?

—Y bastante arrugado. Lo que sí debo reconocer es que el tío es simpático. Si hasta consiguió convencerme de compartir mi almuerzo con él. Que no vean ustedes la labia que tiene.

Echevarría no esperó más referencias y se acercó con prisa a la cabina. Lo siguieron su compañero y Nemesio. Cuando entró al habitáculo soltó un suspiro que mezclaba sorpresa y alivio. Salazar estaba sentado en una banqueta, y daba buena cuenta de un bocadillo similar al que el segurata tenía en la mano. Néstor sonrió cuando lo vio y se apresuró a masticar y tragar. Luego bebió un sorbo de gaseosa.

—¡Inspector! Que alegría encontrarlo aquí. En la comisaría nos preocupamos mucho cuando supimos que nadie tenía noticias suyas desde anoche. En especial el comisario, que está que se sube por las paredes. ¿Se encuentra usted bien? ¿Está herido?

—Estoy bien, Ander —respondió Nèstor sin inmutarse—. Un poco hambriento, nada más. Además de avergonzado.

—¿Pero dónde se había metido? Desde esta mañana, cuando nos dimos cuenta de su desaparición removimos Roma con Santiago, pero nadie sabía nada de usted.

—Es una larga historia. Os la cuento cuando me termine este bocadillo de merluza rebozada, que es lo mejor que he comido en mucho tiempo —respondió Salazar, dando otro generoso mordisco al pan.

—¡A que sí! —confirmó el segurata, con orgullo.

—¿Quién te los prepara, Nemesio? ¿Tu esposa?

—Que va, si mi mujer no sabe ni freír un huevo. Ni se acerca a la cocina porque dice que a mí me queda mejor. Los hago yo mismo. Para el rebozado uso una receta que es secreto de familia, y que me enseñó mi abuela. ¿A que están buenos?

—¡Inmejorables!

—¿No os dije que después de todo, el chaval era simpático? ¿Y decís que es verdad que es inspector?

—Que sí, hombre, que cómo iba a engañar yo a un amigo —respondió Salazar, después de tragar el último trozo de bocadillo—. Y no te preocupes por la ventana, que ya pago yo los daños. Luego hablamos con más calma de esos bocadillos. Que con esa habilidad que tienes para cocinar, te estás desperdiciando aquí.

—¿Tú crees? Eso me dice también mi mujer —respondió Nemesio con orgullo—. Con respecto al cristal, no tardes mucho por favor, ¿eh? Mira que como mi jefe se dé cuenta de que hubo daños a la propiedad durante mi guardia, me crujen.

—Tranquilo. Hoy mismo la mando a reparar y ya verás que ni siquiera se dan cuenta —lo tranquilizó Néstor, mientras se levantaba de la banqueta, le daba una palmada afectuosa en el hombro y se encaminaba a la salida, donde lo esperaba Echevarría.

Ander no ocultó la sonrisa de satisfacción. Su compañero ya estaba junto a la patrulla para avisar la novedad.

—Me alegra mucho haberlo encontrado y que esté a salvo, jefe.

—Gracias, Ander. Supongo que me echasteis de menos esta mañana.

—Pues sí, señor. A los detectives les sorprendió que no hubiera llegado el primero a la comisaría como siempre, pero asumieron que se quedó dormido. Cuando la mañana avanzó y vieron que no había noticias suyas, ni respondía al móvil, el comisario comenzó a preocuparse, así que ordenó localizarlo. Lo buscaron en los tribunales, llamaron al falsificador ese que detuvimos hace unos días, y hasta fueron a preguntar al bar de sus amigos. Ellos dijeron que también les sorprendió no verlo pasar anoche, pero pensaron que tal vez usted cruzó por delante de la puerta mientras estaban ocupados. Entonces la señora, la dueña del bar, le dijo al subinspector Cheick que ella tenía llave de su casa, así que subieron y confirmaron que no pasó la noche allí.

—¿Cómo lo supieron? Yo siempre dejo la cama hecha y la buhardilla recogida antes de salir. Y Dika lo sabe.

—Por el tazón de la gata. La señora dijo que usted siempre le pone una ración de leche a su gata antes de marcharse, sin importar la prisa que tenga. Pero el tazón estaba limpio y eso era muy extraño.

Salazar enarcó las cejas. Era evidente que Paca era más determinante en sus hábitos de lo que él hubiera creído nunca. Ya estaban junto a la patrulla. Herrera, el compañero de Echevarría, los interrumpió.

—Acabo de hablar con Lali. Ya le transmitió la buena noticia al comisario y él ordenó que lo llevemos directo al hospital, inspector.

—¿Al hospital? No, hombre, no es necesario. Si yo estoy bien. Lo único que necesitaba era comer algo, que ya lo hice gracias a Nemesio. Y darme una ducha, eso sí. Llevadme a casa, que yo después de acicalarme un poco, regreso a la comisaría por mis propios pies.

Bartolo lo miró como si no fuera capaz de creer que Salazar se hubiera acicalado en toda su vida. Así que no se dejó convencer.

—Lo siento, señor, pero son órdenes del comisario. Y como usted sabe, la jerarquía es la jerarquía.

—Ya, pero es que yo detesto los hospitales. Están llenos de agujas. Y de gente dispuesta a clavártelas con cualquier pretexto.

—Pues tendrá que estar vigilante para que no se le acerque nadie con ninguna —bromeó Ander—, porque si el comisario dijo que tenemos que llevarlo allí, no seré yo quien lo contradiga. ¿Ha visto usted el tamaño que se gasta nuestro jefe?

—Sí, bueno, te reconozco que parece un tren de cercanías con esteroides, pero si me apuras un poco, yo prefiero enfrentarlo a él, que a las agujas.

—Yo no —sentenció Echevarría.

—Además, el comisario confirmó que lo esperaría allí —les dijo Bartolo—. Como para llevarle la contraria.

Salazar suspiró con resignación. Si convencía a los chicos de desobedecer las órdenes de Santiago los expondría a sanciones y no sería justo. Por otra parte, estaba seguro de que en el hospital lo esperaban las agujas. Se resignó, al mismo tiempo que volvía a maldecir a los bosnios. Antes de subir a la patrulla hizo un gesto con la mano para despedirse de Nemesio. El segurata le correspondió con una sonrisa y levantando lo que quedaba de su propio bocadillo con expresión triunfal. Que había que ver lo majo que resultó el inspector gamberro. Al mismo tiempo, Ander encendió el coche y enfiló en dirección al hospital.

Capítulo 8.

Salazar no se equivocó en sus predicciones. Santiago lo esperaba en la puerta del hospital como prometió, y se hizo acompañar nada menos que por Diji. Así que quedaba descartada la opción de evadirse con un esprint. Goliat era alto y fuerte, pero también lento. Diji en cambio, era otra historia. Tan grande como el comisario, se mantenía bien entrenado, así que su corpulencia no le restaba velocidad. Néstor no hubiera sido capaz de dejarlo atrás.

Bajó del coche resignado. La expresión del rostro de Santiago era un poema de preocupación y alivio. ¿Desde cuándo despertaba esos sentimientos de amor fraterno en Goliat? Nunca los experimentó cuando era niño, pero la paternidad cambió mucho a su adusto medio hermano. Y fue para bien. En cuanto Néstor se apeó del coche patrulla, Santiago acudió a su encuentro y sin decir palabra le dio un abrazo que casi lo desencuaderna. Había afecto, preocupación y alivio en el apretón, así que el inspector no se quejó. Al contrario, cuando Goliat por fin lo liberó, tuvo que carraspear y respirar hondo, para que la emoción no lo traicionara con el brillo delator de unos ojos demasiado húmedos.

—¿Estás bien, Néstor? ¿Qué te pasó? Nos preocupamos mucho cuando desapareciste de esa forma.

Salazar soltó el aire por la boca y volvió a llenar sus pulmones, mientras miraba al cielo vespertino de Haro. Después de la racha de los últimos días, la preocupación de Goliat consiguió conmoverlo. Apoyó una mano en el hombro de su hermano, le juró que se encontraba en perfecto estado de salud y le relató su aventura con Piraña y los bosnios.

—Lo que me cuentas es muy grave. Esa gente actuó por su cuenta en nuestra jurisdicción, bajo nuestras narices. Y además tuvieron la osadía de secuestrarte. Daré la alerta enseguida.

—No te molestes, Santiago. Son un grupo organizado bajo la protección de un Estado y hace más de doce horas que me soltaron. Estoy seguro de que ya se encuentran muy lejos y fuera del territorio español.

—Redactaremos un informe para levantar una queja al gobierno bosnio. Debemos dejar claro que las cosas no se hacen así.

—Sí, tienes razón. Hazlo, pero no esperes muchos resultados. Lo más probable es que las autoridades bosnias nieguen cualquier conocimiento sobre el asunto. Dirán que son un grupo delictivo organizado que miente acerca de sus objetivos. Y no tenemos forma de demostrar lo contrario.

—¿Por qué los defiendes?

—Si no los defiendo. Más bien estoy bastante cabreado con ellos por la forma en que me secuestraron, pero me dijeron algo que me hizo pensar.

—¿Qué?

—Que para realizar su labor se necesita un compromiso que solo podía tener quien hubiera sido víctima, o testigo presencial de la violación de derechos humanos. Y ellos lo eran. Si te soy honesto, no sé cómo reaccionaría en una situación así, pero te aseguro que haría todo lo que estuviera en mi mano para que se hiciera justicia, así que aunque no les perdono el procedimiento, tampoco me siento capaz de juzgarlos.

—¿Y qué hacemos? ¿Lo dejamos pasar? —preguntó Ortiz con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no. Escribe esos informes y presenta la queja. Lo más probable es que ya cuenten con ello. Me advirtieron que cambiarían de identidad y de apariencia. Así que haz lo que tengas que hacer, pero no esperes muchos resultados.

—¿Y si fueron ellos quienes asesinaron a los Acosta? Tuvieron el motivo, los medios y la oportunidad.

—Eso por sí solo no los convierte en culpables.

—¿Tú les crees?

—No lo sé. Supongo que no debemos perder de vista que Jaso y su equipo pudieron cometer la matanza, pero continuaría adelante con el resto de la investigación. Hay algo en todo este caso que me parece demasiado personal.

—El pastel.

Salazar asintió.

—El pastel, la escenificación con los cadáveres, la implicación del menor de los Acosta. Pudieron asesinarlo con facilidad. ¿Por qué no lo

hicieron?

—Porque necesitaban un chivo expiatorio.

—Sí, supongo que esa es una buena razón, pero no puedo imaginar a Jaso, Piraña y su equipo montando ese teatro. ¿Para qué?

—Tienes razón, pero esa conducta no tiene lógica, sin importar quién haya cometido el crimen. Sin embargo, ya tendremos tiempo de hablar de eso. Ahora lo más importante es que te vea un médico.

—No es necesario, Santiago. Ya te digo que estoy bien.

—¿Te has visto en un espejo? Pareces recién salido de un calabozo medieval. No me quedaré tranquilo hasta que el médico compruebe que te encuentras bien. Ni siquiera tenemos idea de cuál fue la droga que te suministraron.

—Vaaalee —aceptó el inspector con resignación. Con Goliat decidido y Diji respaldándolo, eran capaces de meterlo en Urgencias cargándolo por los pies y los hombros como si fuera un saco de patatas. Y tampoco quería pasar por semejante humillación.

Así que refunfuñando entre dientes, Néstor entró en Urgencias por sus propios pies. La doctora que lo recibió le confirmó que lo encontraba bien, pero quiso asegurarse mediante una analítica. Ya estaba otra vez la manía de usar agujas. ¿Es que no enseñaban otra cosa en la Escuela de Medicina?

Para colmo, quien acudió a cumplir con la tarea de extraerle la sangre fue su amiga y antagonista, la enfermera Olmos.

—¿Usted? ¿Qué nuevo enredo lo trae esta vez, inspector?

—¡Señora Olmos! ¡Qué gusto verla por aquí!

—¿Y dónde esperaba verme, si trabajo aquí? —le preguntó ella con voz cortante—. Ahora escúcheme bien: tengo orden de extraerle una muestra de sangre, así que se va a quedar quietecito y no me va a dar problemas. ¿Estamos de acuerdo?

Salazar tragó saliva. Yolanda Olmos era la jefa de enfermeras cuando él estuvo ingresado por cortesía de un asesino que lo quiso despachar al otro mundo. Sus discusiones fueron épicas, aunque en alguna que otra ocasión, la colaboración de Yolanda demostró ser de mucha utilidad. Sin embargo, aunque ya habían enterrado el hacha de guerra, la veterana enfermera sabía que no podía flaquear en el cumplimiento de su deber frente al astuto inspector, así que se mostró profesional, decidida, e intransigente.

Derrotado, Salazar entregó su brazo, con un suspiro y cara de mártir. Esa no la tenía muy ensayada, porque le salía natural desde niño. Yolanda

bufó ante el fútil intento de manipulación y clavó la temida aguja sin piedad.

—¡Auuuch!

—No sea crío. Si eso ni se siente.

—No lo sentirá usted, que no fue a quien pincharon.

—Tiene razón, yo no sentí nada —respondió la enfermera con una sonrisa malévola.

Salazar hizo el intento de levantarse para largarse de allí cuanto antes, pero doña Yolanda se lo impidió.

—La orden de la doctora es que lo tengamos en observación por algunas horas. Hasta que estemos seguros de que pasó por completo el efecto de la droga que le aplicaron.

—¿Y cuándo será eso?

—Al menos hasta mañana.

—¡No hablará en serio! Tengo un caso que resolver. No me puedo quedar aquí. Ya tienen mi sangre —agregó en tono melodramático—. ¿Qué más quieren de mí?

—No exagere, inspector. Su caso puede esperar unas horas. Su salud, no. Se quedará y más le vale no tratar de emplear uno de sus trucos conmigo.

Ningún argumento, ni expresión ensayada valió para hacer cambiar de opinión a la enfermera. Y Salazar hizo gala de todos sus recursos, pero nada. Si lo pusieran a elegir, no sabía si escogería el hospital, o a los bosnios. Después de todo, ambos empleaban agujas. Después de un par de horas, Ander se presentó con un maletín de ropa limpia, su rasuradora y algunos enseres personales. Al menos le permitieron ducharse y rasurarse, con lo cual se sintió mucho mejor. Se disponía a reanudar sus protestas para que lo dejaran marchar antes de que a algún otro doctor se le ocurriera volver a pincharlo, pero en cuanto recostó la cabeza en la almohada se quedó frito, y hasta el día siguiente.

Capítulo 9.

Era temprano por la mañana cuando Souza llamó al detective. No tenía buenas noticias para él, pero al menos la información le resultaría útil para encontrar a los chicos que buscaba. Después de saludar a Evelia, esperó a que le pasaran la llamada a don Braulio.

—Anselmo, me alegra escucharte, chaval. ¿Tienes algo para mí?

Souza sonrió ante las palabras del excomisario. ¿Chaval? Hacía muchos años que había dejado de serlo, pero suponía que desde la perspectiva del septuagenario detective, cualquiera que tuviera menos de cincuenta años merecía ese calificativo.

—Pues sí, don Braulio. Hice lo que me pidió con respecto a los chicos por los que me preguntó. Sus nombres aparecieron en un incidente que ocurrió la semana pasada.

—¿De qué se trató? —preguntó Quintero con preocupación.

—Pues según el reporte, hubo una riña en un bar de mala reputación en las afueras de la ciudad. Salieron a relucir navajas y uno de los clientes llamó a la Policía. Entre los que cayeron en la redada estaban los chavales que usted busca.

—¿Aún están detenidos?

—El arresto solo duró algunas horas porque no hubo heridos. El asunto no pasó de las amenazas. Es todo lo que puedo decirle.

—¿Tienes la dirección de esa comisaría?

—Por supuesto. ¿Quiere que se la pase por el correo, o por wasap?

—Quita, quita. Tú, díctamela, que yo la anoto.

Souza sonrió al recordar la alergia que le tenía Quintero a la tecnología. El viejo excomisario no cambiaba. Le dio la información y se puso a la orden para cualquier otra averiguación.

El detective llegó a la dirección que le proporcionó Souza, gracias a su fiel Renault 5. El coche era una reliquia digna de un museo, pero él no lo

cambiaría por nada. Casi nunca lo usaba, y lo mantenía en perfecto estado.

Se apeó del coche en la comisaría de «San Idelfonso», donde detuvieron a los chicos, según Anselmo. Se identificó en la recepción y al cabo de algunos minutos lo condujeron con el comisario. Se encontró frente a un cincuentón corpulento que parecía un maestro de escuela y que se presentó como el inspector Lemus. Cuando don Braulio se identificó, el policía lo invitó a sentarse frente a él.

—Sí, recuerdo la redada. Fue una suerte que uno de los clientes que se encontraba en el bar nos llamara a tiempo. Todo quedó en bravuconadas y amenazas, pero ya los involucrados tenían las navajas en la mano y el incidente pudo terminar con heridos, o muertos.

—¿Por qué fue la riña?

—Por una chica. Es más, por la joven que usted busca. Según las declaraciones, ella y su acompañante entraron al bar para comer algo, o tomarse una copa. Tal vez ambas cosas. No conocían el barrio, así que no sabían que no se trataba del tipo de lugar donde sirven tapas. Usted me entiende. El caso es que uno de los proxenetas que frecuenta el lugar le hizo proposiciones a la joven para que trabajara con él y le ofreció pagarle con drogas. El novio intervino, se cruzaron palabras, amenazas y salieron las navajas de los bolsillos. Por suerte, uno de los clientes presentes reaccionó a tiempo y nos llamó. Entre él, el dueño del bar y un empleado los mantuvieron separados hasta que llegamos, y después nosotros nos hicimos cargo.

—Los detuvieron a todos.

Humberto sacó el expediente, que todavía estaba en su escritorio debajo de una pila de carpetas. Lo abrió y leyó la información. Luego le respondió al detective:

—Por supuesto. A ese proxeneta lo conocemos bien. Su nombre es Vito Fuentes, y en las calles lo apodan El Lagartija. A él lo dejamos en la trena, pero su abogado consiguió sacarlo a los pocos días. Con respecto a Damián Munguía y Verónica Fajardo, pasaron la noche en una celda y los soltamos al día siguiente.

—Comprendo que acusaran al chico si participó en la riña y sacó un arma blanca, pero ¿cuál fue la razón para detener a la señorita Fajardo?

Lemus suspiró antes de responder.

—Si le soy honesto, no había un verdadero motivo, pero ya era más de medianoche, la chiquilla estaba muy asustada, se iba a quedar sola, y nos

confesó que no tenía cómo pagar una habitación de hotel, así que decidimos que estaría más segura aquí, que en la calle.

—¿Quiere decir que la arrestó para que no durmiera en la calle?

Humberto encogió un hombro.

—Reconozco que me dio lástima. Sé que no debí hacerlo. Esto no es un hotel y la celda de una comisaría no es el lugar apropiado para una joven como ella, pero creímos que era lo mejor para la chica. Después de todo, solo serían unas horas. A la mañana siguiente los dejamos marchar a ambos, pero ya era de día y la acompañaba su novio.

—Habla en plural.

—Mi compañero, el subinspector Vanegas me acompañó durante todo el procedimiento.

—Supongo que hicieron lo que creyeron que era lo mejor para los muchachos —admitió Quintero—. ¿Sabe hacia dónde fueron al salir de aquí?

—No tengo la menor idea. Les recomendé que evitaran acercarse al bar que visitaron la noche anterior, pero no sé lo que hicieron cuando se marcharon.

—Comprendo —afirmó el detective, mientras se ponía de pie y extendía la mano al inspector—. Le agradezco mucho que me atendiera y no le quito más tiempo.

Don Braulio salió de la comisaría con la sensación de que no consiguió mucho con esa visita. Había pasado una semana desde el incidente, así que para esa hora ya podían estar en Francia, o haber llegado a Italia. Le sorprendía que Salazar no diera señales de vida, pero él estaba seguro de que cumpliría su promesa y averiguaría si ya estaban del otro lado de la frontera.

Decidió conocer al Lagartija mientras esperaba noticias. El nombre le resultaba familiar y esa no era una buena señal. Llegó frente al bar, gracias a las indicaciones de Lemus. El lugar estaba cerrado. Según le explicó el comisario, no iniciaba sus actividades hasta bien entrada la noche.

Don Braulio miró a su alrededor con disgusto. Era un bar cutre de carretera, donde la salubridad brillaba por su ausencia. Tuvo que insistir mucho para conseguir que le abrieran la puerta. Al final apareció una mujer que había dejado la juventud muy atrás, pero que trataba de disimularlo con capas de maquillaje. Tal vez surtiera efecto bajo las luces mortecinas del

local durante la noche, pero no en pleno día. Su cabello estaba en desorden y era evidente que acababa de levantarse de la cama.

—¿Qué quiere? No abrimos antes de las once de la noche. Vuelva más tarde.

Antes de que la mujer le estampara la puerta en las narices, Quintero explicó las razones de su visita y dejó muy claro que no era cliente del bar, ni quería solicitar ningún servicio.

—¿Una pareja de chicos, dice? Sí, lo recuerdo, fue hace algunos días. El Lagar se pasó de copas y la chica le gustó. Trató de convencerla de entrar en el negocio y quiso probar suerte él mismo. Ella se resistió, pero Vito es muy cazurro cuando bebe, así que se puso pesado. El joven que la acompañaba se enfadó mucho y empujó a Lagartija. Entonces las navajas salieron de los bolsillos, lo que hizo que uno de los clientes llamara a la Policía. El dueño lo ayudó a evitar la pelea. Dijo que no quería que le mancharan el suelo del bar con sangre. Que luego costaba mucho limpiarla.

—¡Qué detalle!

—Así son las cosas por aquí. Supongo que esos chavales se creían que este era uno de esos bares donde sus madres compran la tortilla de patatas cuando no tienen ganas de cocinar.

—Sí, es posible, en cualquier caso, me gustaría hablar con el señor Fuentes, señorita...

La mujer, que en ese momento encendía un cigarrillo, se echó a reír y acarició la mejilla de don Braulio, quien tuvo que contenerse para no dar un paso atrás.

—Qué gracioso eres, guapo. Mira que llamar a Vito, señor. O a mí, señorita.

—Tendrá usted un nombre, supongo —dijo el detective, muy respetuoso y envarado.

—Pues claro que lo tengo, el que mi madre me puso, pero de ese ya ni me acuerdo. Por aquí todos me llaman La Gripe. Ya te imaginarás por qué —afirmó insinuante—. Con respecto al Lagartija, creo que lo escuché por ahí, aunque no sé si querrá hablar contigo. Los polis y similares le caen muy mal.

—No importa. Lo convenceré. Supongo que usted no sabrá dónde podrían estar los chicos ahora.

—Ni idea. De lo que sí estoy segura es que no es aquí.

El grito desgarrador de una mujer interrumpió la conversación. La Gripe no disimuló su sorpresa, miró hacia el área privada del bar y luego al detective con evidente preocupación. Don Braulio se envaró y dio un paso adelante. La mujer quiso interponerse, pero él la hizo a un lado con suavidad sujetándola por los hombros, y avanzó con paso firme en la dirección de la cual provino el espantoso alarido.

Capítulo 10.

Salazar no veía la hora de salir del hospital, pero los médicos se empeñaron en volver a hacerle evaluaciones y otra analítica. ¡Más agujas, la madre que los parió! Que ya lo tenían harto. A media mañana recibió por fin el alta y salió de allí lo más rápido que pudo, antes de que cambiaran de opinión. Después de considerar sus opciones, decidió presentarse de una vez en la comisaría, pues no se sentía con ánimo de enfrentar el desprecio de Paca y ya los bosnios habían retrasado demasiado la resolución del caso.

Una vez que convenció a Santiago por teléfono de que estaba bien y que no necesitaba el día para descansar, cogió la maleta que le llevó Diji y se subió a un taxi que lo dejó frente a «San Miguel».

No pudo quejarse del recibimiento. En cuanto llegó, tanto García como Lali, le manifestaron su satisfacción por verlo regresar sano y salvo. Hasta sus compañeros le devolvieron el saludo cuando entró en la sala común. En circunstancias normales aquello lo hubiera preocupado, pero comprendió que se sentían aliviados por no verse obligados a asistir a su funeral. Después de todo, eran chicos majos.

Lali debió avisar a Santiago de su llegada, porque al cabo de pocos minutos, el comisario se reunió con ellos. Después de darle la bienvenida a Néstor y asegurarle que todos se alegraban mucho de su regreso, decidieron entrar en materia.

—Así que tenías razón y el tal Jaso era un pieza —afirmó Remigio—. Pues me temo que me engañaron, porque mira que después de Diji yo también revisé su pasado y no encontré nada que me llamara la atención.

—No te culpes, Remigio —lo consoló Néstor—. Me confesaron que disponían de todo un equipo de informáticos y falsificadores que elaboraron los antecedentes de Kazac. Además de que tuvieron cinco años para prepararse.

—Da escalofríos pensar que esta gente realizaba operaciones encubiertas bajo nuestras narices, sin que tuviéramos idea —confesó Toro—. Me pregunto si no habrá más grupos como este.

—De momento necesitamos concentrarnos en resolver el caso que tenemos por delante —sentenció el comisario—. La detección de este tipo de actividades no nos corresponde a nosotros. De cualquier manera envié un informe a los mandos para que canalicen una queja oficial a las autoridades bosnias por llevar a cabo un procedimiento encubierto sin solicitar nuestro permiso, ni colaboración. Además, ya lancé una alerta nacional para que los localicen y los detengan donde los encuentren.

—Lo más probable es que a estas horas se encuentren muy lejos de España.

—Tienes razón —reconoció Ortiz—. Beatriz, comunícate con el juez y pon en marcha los trámites para que nos ayude Europol.

—Yo diría que Jaso y sus colegas son nuestros mejores sospechosos —opinó Pedrera—. Después de todo, tenían buenos motivos para querer ver muerto a Vukovic, o como se llamara.

—¿Y para qué iban a matar también a la familia? —discrepó Salazar.

—Es posible que para satisfacer su venganza no fuera suficiente con eliminar a Acosta, sino que querían acabar con todos sus relacionados —insistió Miguel—. Además, dentro del grupo pudo haber alguien más entusiasta que se salió del carril.

—No te quito la razón de que sea posible, pero no lo encuentro probable. Yo vi a estos hombres: son profesionales y no creo que se dejen llevar por impulsos emocionales. Tampoco creo que correrían el riesgo de que los descubrieran en la casa de los Acosta mientras preparaban el escenario con los cadáveres. No tendría sentido. Este es un asesinato demasiado personal, mientras que Jaso y sus hombres no dejan de ser agentes entrenados que cumplen una misión.

—¿Quién cometió el crimen, entonces?

—Todavía no descartamos por completo a ninguno de los sospechosos —les recordó Salazar.

—Por mi parte os puedo decir que las autoridades húngaras confirmaron que el dinero de los Acosta provenía de fondos estatales de Serbia durante el mandato de Karadžić.

—Eso nos confirma que el dinero de los Acosta no tenía su origen en una herencia, sino en sus actividades criminales durante la guerra.

—Es una noticia que no le agradará al señor Bustillos —afirmó Pedrera.

—Tal vez comprenda que debió ser más cuidadoso acerca del origen de los fondos que su socio invirtió en su negocio —sentenció el inspector jefe—. Diji, ¿la policía bosnia te proporcionó algún nuevo dato sobre Goran Vukovic?

—Le aseguro que no lamentaron su muerte. Nos enviarán su expediente completo, pero la información que me proporcionaron coincide con la de Beatriz: Vukovic fue uno de los comandantes involucrados en la matanza de Srebrenica. Se evadió de Bosnia antes de la caída de Karadžić. Se dice que preparó su huida y la de su familia con mucha anticipación.

—¿Alguna información personal que nos pueda resultar útil?

—No sé si tendrá algo que ver en nuestro caso, pero en su expediente reseñan algunas infidelidades matrimoniales.

—¿Tenía una amante?

—Al parecer más de una —confirmó el subinspector—, pero las ocultaba bien. No hay información oficial acerca de sus identidades.

—Puede ser un detalle importante —señaló Remigio—. Tal vez ofendió a alguna de sus amantes, o la abandonó, y ella lo buscó para cobrar venganza. Eso explicaría el ensañamiento con la señora Acosta, pues la consideraría su rival.

—Sería una reacción exagerada para un despecho amoroso —discrepó el comisario—. Además, si a los bosnios les resultó difícil encontrar a Vukovic, para un particular sería una tarea casi imposible.

—Toma en consideración también la escena del crimen. El asesino movió tres cadáveres. Es poco probable que una mujer pueda hacer algo así. No tendría la fuerza física —argumentó Pedrera.

—Como se ve que no conoces a mi mujer —se quejó Remigio con un resoplido—. Si tiene más fuerza que yo. Existen damas que pueden dejar como alfeñiques a la mayoría de los hombres. Además, quién dice que hubo un solo asesino. De acuerdo, sé que la reconstrucción del crimen determinó que una sola persona pudo hacerlo, pero hasta ahora no hay pruebas de que haya sido así.

—Tu razonamiento complica bastante la situación, pero tienes toda la razón —reconoció Néstor—. No perdamos de vista la opción de que el crimen lo cometiera una mujer fuerte, o que haya más de un asesino. Diji, pídele a la Policía bosnia que traten de averiguar la identidad de las

amantes, o si alguna de ellas recibía atención especial por parte de Goran. Beatriz, ¿tuviste suerte en la localización de Glasnik?

—Sí y no, señor.

—Araya, ¿qué te he dicho acerca de esas respuestas contradictorias? —le recriminó el comisario.

La subinspectora se ruborizó, y después de disculparse explicó lo que quería decir.

—Europol ubicó a Rusbel Zec, alias Glasnik, pero alguien lo asesinó hace dos años a causa de un ajuste de cuentas, así que no será posible que nos proporcione ninguna información.

—Otro callejón sin salida —se quejó Pedrera, mientras tiraba el bolígrafo sobre el escritorio para descargar su frustración.

—Cuando menos tenemos la certeza de que Zec actuaba como intermediario de Vukovic con los falsificadores que contrató.

—¿Y de qué nos sirve eso? —preguntó Miguel—. Nada de lo que sabemos nos acerca a la identidad del asesino. Todavía podría ser cualquiera.

Salazar comprendía la frustración de Pedrera y en cierto modo la compartía, pero no podían darse por vencidos. Debían encontrar el hilo por el cual se deshilachara el tejido.

—¿Y tú, averiguaste algo sobre los turistas o emigrantes de Europa del Este que pudieran tener relación con Srebrenica?

—Como si no tuviéramos suficientes sospechosos. Sí. Encontré una docena de personas. Más inmigrantes que turistas.

—¿Cuántos de ellos estuvieron en La Rioja, o cerca, alrededor de la fecha del crimen?

—Solo uno: es trabajador en la construcción y su nombre es Ahmed Kazun. Llegó a España hace siete años y se encuentra en La Rioja desde hace dos. En su país natal era maestro de escuela, pero aquí trabaja como obrero de construcción.

—¿Qué relación tenía con Acosta? —preguntó el comisario.

—Con Acosta ninguna, señor —reconoció Miguel—, pero el grupo que comandaba Vukovic asesinó a sus padres en Srebrenica cuando él todavía era un niño.

Capítulo 11.

Terminada la reunión, Salazar decidió encerrarse en su despacho a pensar en el caso, mientras cumplía con su sacrificio burocrático. No quería ni pensar en los expedientes que habría acumulado Lali en su ausencia. No se equivocó. La maquinaria que creaba la documentación oficial nunca se detenía y no había piedad para los humanos en general. Ni siquiera para un sufrido inspector como él, que acababa de pasar por la experiencia más traumática de su vida, en aras del cumplimiento del deber. Así que se enfrentó a la pila de carpetas con ánimo de mártir. Tal vez si Santiago se marchaba a casa temprano, tendría oportunidad de colarle unas cuantas. Que para eso estaban los hermanos mayores. ¿O no?

En fin, enfrentó los expedientes con estoica resignación. Al menos era un trabajo mecánico que le daba la oportunidad de mantener la mente ocupada en otros asuntos. Así que mientras su mano firmaba en piloto automático, su cerebro analizaba el caso Acosta desde todos los ángulos posibles. Concluyó que el problema más difícil que enfrentaban era la abundancia de sospechosos. Había demasiadas personas que tenían buenos motivos para querer ver muerto a Goran Vukovic.

Salazar comprendió que les convenía enfocar el asunto desde otro ángulo. Sería un error centrarse solo en Erasmo. Debían ver el crimen como lo que era: una matanza. ¿Cuántos de los sospechosos recibirían beneficios con la muerte de Diana y sus hijos? ¿Y quiénes serían capaces de asesinar a sangre fría a toda una familia?

En esas elucubraciones estaba, cuando Lali llamó a la puerta.

—Inspector jefe. Lamento interrumpirlo, pero acaban de traer un detenido que pide hablar con usted. Se niega a decir una palabra y no quiere un abogado. Dice que solo colaborará en su presencia.

Salazar frunció el ceño. ¿De quién se trataría? ¿Alguno de sus informantes, tal vez? Pensó en Teófilo. Quizá el falsificador se metió en

algún lío y quería hacer uso de sus nuevas influencias. Tendría que dejarle claro que el acuerdo no incluía impunidad.

—¿Sabes por qué lo detuvieron?

—Por agresiones y alterar el orden público.

Néstor se alegró de tener una excusa para abandonar el trabajo con los folios. Se puso de pie y siguió a Lali, quien le indicó que el detenido estaba en la sala de interrogatorios.

Salazar alcanzó el tercer piso, curioso por saber de quién se trataba. Cuando entró a la habitación se llevó la sorpresa de su vida al ver a don Braulio, cabizbajo y con los hombros caídos. Entonces el detective levantó la cabeza y se enderezó en la silla. Néstor se asustó, pues Quintero tenía la cara como un mapa. ¿Lo habrían maltratado al arrestarlo? No lo creía. Sus hombres no serían capaces, pero si se enteraba que alguno de ellos era el responsable del estado del excomisario, él se encargaría en persona de enseñarle buenos modales y procedimientos policiales apropiados.

—¡Don Braulio! ¿Qué le ocurrió? ¿Quién le hizo esto?

—Néstor, hijo. Perdona que te distrajera de tus ocupaciones, que sé que serán muchas, pero ya ves el trance en el que me encuentro y no se me ocurrió nadie mejor para pedirle ayuda.

—Por supuesto. ¿Está usted bien? No debería estar aquí, sino en un hospital. ¿Eso se lo hicieron durante el arresto? Que le juro que si es así, se le va a caer el pelo al responsable.

—No, no, tranquilízate. Los oficiales que me arrestaron fueron muy correctos. Querían llevarme a un hospital, pero yo me negué. Esto es consecuencia de la pelea por la que me detuvieron.

—¿Usted peleó a puñetazos con alguien? ¿Con quién? ¿Por qué?

—Con un proxeneta al que llaman el Lagartija, y fue por una chica.

Néstor enarcó las cejas, incapaz de creer las palabras de Quintero. Era la última persona a la que hubiera imaginado en una situación así.

—¿Una chica? ¿Una prostituta?

El detective asintió, cogió aire y lo soltó con lentitud. Luego cambió su actitud derrotista por su prestancia habitual.

—Debo explicarme: investigaba la fuga de la nieta de mi amigo. La misma por la que hace unos días te pedí el favor de preguntar si salió del país con su novio.

—Lo recuerdo, don Braulio. Y lamento haberme demorado en darle una respuesta. Todavía no los localizo, pero sé que están en España y me

avisarán si salen por cualquier vía.

—Gracias. Sabía que podía contar contigo. El caso es que mientras seguía su rastro llegué hasta un bar de alterne. Estaba cerrado, pero escuché un grito espantoso mientras interrogaba a una de las mujeres que trabajan allí. Entonces entré y encontré a este sujeto al que llaman el Lagartija que golpeaba sin piedad a una jovencita. Lo aparté de la chiquilla por las malas y por supuesto que eso lo enfureció. Sacó una navaja, pero por suerte yo no he olvidado mi entrenamiento, y aunque mis reflejos no son los de antes, conseguí desarmarlo. A cambio le di una paliza para enseñarle modales. El tío se defendió, claro, pero puedo asegurarte que él quedó peor —dijo don Braulio con orgullo—. Al menos acabó inconsciente y con la nariz rota, pero mientras intercambiábamos opiniones con los puños, la mujer que me abrió la puerta llamó a la Policía... Y aquí estamos.

—¿Dónde está el Lagartija?

—A ese sí lo llevaron al hospital. Lamento el espectáculo, hijo. No suelo resolver mis diferencias de esta forma, pero cuando vi a ese… individuo que golpeaba a la chavala, me pudo la indignación y se me cerró el entendimiento.

—Lo comprendo, don Braulio.

—Lo único que lamento es que esto se convertirá en una mancha en una hoja de vida impecable, pero te confieso que no me arrepiento. No podía dejar que ese malnacido machacara de esa forma a su víctima, que no tenía cómo defenderse.

—Lo cual habla muy bien de usted —Salazar se quedó callado por un momento, mientras meditaba—. Ahora quiero que me escuche; daré la orden de que lo lleven al hospital…

—No es necesario, yo…

Salazar levantó la mano para interrumpirlo.

—En el hospital le curarán las heridas y solicitaremos un informe médico que deje constancia de su estado. Mientras tanto, no hable con nadie. No diga ni una palabra acerca de lo que ocurrió.

—¿Ni siquiera a tus compañeros?

—En especial, no a mis compañeros. Del hospital lo traerán aquí de vuelta, por supuesto, pero espero que no sea por mucho tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—Déjelo de mi cuenta, don Braulio. ¿Sabe el nombre de la mujer que llamó a la Policía?

—No me lo quiso decir, pero la llaman la Gripe.

—¿Y tiene algún dato sobre la chica a la que golpeaban?

—Lo único que puedo decirte es que era muy joven.

—¿Podría ser menor de edad?

—Tal vez.

—¿Tenía algún rasgo que nos permita reconocerla?

—No recuerdo nada distintivo en su rostro, pero ese desgraciado la golpeaba con una manguera en los muslos y la espalda, así que todavía debe tener las marcas.

Néstor tomó nota mental de la información que le proporcionó don Braulio, dio las órdenes pertinentes para que lo trasladaran al hospital, y le pidió a Lali que le dijera a Beatriz que se encontrara con él en la puerta de la comisaría. Mientras esperaba, se comunicó con Diji y también le giró instrucciones.

La subinspectora bajó a toda prisa las escaleras y todavía jadeaba un poco cuando llegó a su lado. Mientras cogían el Corsa, el inspector jefe la puso al día acerca de su misión. Por instrucciones de Salazar, Echevarría y Herrera los siguieron en una patrulla.

Llegaron al bar al cabo de media hora. Néstor y Beatriz encabezaban la comitiva, seguidos por los uniformados. El inspector llamó a la puerta y le abrió la misma mujer que atendió más temprano a Quintero.

—¿Es usted la persona a quien llaman la Gripe?

—Así me conocen por aquí.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Salazar, tan cortante, que su propia compañera se sorprendió.

—Ya ni me acuerdo, guapo.

—No soy «Guapo». Soy el inspector jefe Salazar. Y si no recuerda su nombre, tal vez podamos refrescarle la memoria en la comisaría. Estoy seguro de que tenemos un expediente de usted, que podremos encontrar gracias a sus huellas dactilares.

Salazar habló en tono seco y con una autoridad que sus subalternos no le conocían. No tenía nada que ver con el investigador afable, informal y un poco despistado al que estaban acostumbrados. Este se parecía más al comisario Ortiz.

—Estrella Madrigal —murmuró la prostituta, un poco intimidada—. ¿Qué quieren? Ya estuvo aquí una patrulla que yo misma llamé porque un

borracho golpeó a uno de nuestros empleados. Quería sobrepasarse con una chica y Vito se lo impidió.

—No es lo que tenemos entendido. Queremos hablar con la chica.

—No está —se apresuró a responder la mujer—. La envié a casa porque se encontraba muy afectada.

—En ese caso, díganos la dirección. Debemos hablar con ella lo antes posible.

—No sé dónde vive.

—¿No tiene un expediente laboral? ¿Qué trabajo realiza aquí?

—Es camarera, pero no fija. Le pedimos que venga a ayudarnos cuando tenemos mucho trabajo.

—En ese caso, llámela para que venga, nos diga su dirección, o se presente en comisaría. Lo que ella prefiera.

Estrella se quedó en silencio, como si buscara una solución a un problema que la acorralaba.

—Déjenla en paz. Ya tuvo suficiente con el mal rato que pasó con el viejo ese que se quiso sobrepasar con ella, que si no es por Vito… Así que lárguense de aquí, que ya no tienen nada que buscar.

—No nos iremos sin hablar con esta joven —sentenció Néstor, mientras avanzaba al interior del bar. Estrella trató de detenerlo, pero los demás policías lo siguieron y se vio desbordada.

—¡No pueden entrar! ¿Tienen una orden?

—Tenemos la denuncia de que retienen a una persona contra su voluntad —le informó Salazar—. En ese caso, no necesitamos ninguna orden.

La mujer se quedó plantada sin disimular su angustia, mientras balbucía una protesta. El inspector dio las órdenes necesarias para llevar a cabo un registro del local. Se abrieron puertas, se levantaron colchones, pero no encontraron nada. Entonces, Madrigal recuperó su aplomo y los encaró. Salazar se limitó a observarla sin perder detalle.

—Como pueden comprobar, aquí no retenemos a nadie contra su voluntad. Esto es un atropello y sabrán de mí. ¿Dijo que era el inspector Salazar? Denunciaré su abuso de autoridad y terminará controlando el tráfico migratorio de las ballenas jorobadas.

Néstor no pudo sino esbozar una sonrisa. Era una amenaza original, todo había que decirlo, así que le gustó para sumarla a su colección de trabajos alternativos sugeridos por jefes y sospechosos disgustados por

igual. Estrella se envaró cuando vio al policía sonreír. Como bien sabía Néstor, las reacciones inconscientes son traicioneras. La mirada de la Gripe se desvió una milésima de segundo en dirección a la puerta que daba al sótano, antes de volver a centrarse en el inspector.

—¡A la bodega! —ordenó Salazar.

Repitieron el registro en el sótano del bar. Solo había cuatro barricas y docenas de cajas repletas de botellas con todo tipo de licor. Néstor dio instrucciones precisas, así que se golpearon paredes, se taconeó el suelo y se rodaron cajas y barricas.

—¡Aquí, señor! —gritó Ander, después de apartar varias cajas con botellas llenas de cerveza.

Salazar se acercó y vio lo que llamó la atención del oficial. En el suelo había una argolla de metal, y después de despejar el área, vieron las bisagras debajo de la barrica que las ocultaba. Entre los dos tiraron de la anilla hasta que consiguieron abrir la pesada trampilla de madera. El interior estaba oscuro, así que Ander enfocó la linterna en el agujero.

Lo primero que impactó a los policías fue el olor que inundó sus fosas nasales: Era una mezcla de sudor viejo, orina, y perfume barato, que los obligó a retroceder un paso. Los gemidos se mezclaron con las palabras de varios idiomas, además de los sollozos y risas nerviosas. Gracias a la linterna de Echevarría vieron a las prisioneras: un grupo de jovencitas, entre las cuales algunas todavía no alcanzaban la pubertad, o estaban muy cerca de ella.

Estrella les dio la espalda y quiso escapar, pero la subinspectora Araya estaba atenta y la retuvo con la ayuda de Herrera. Entre ambos la obligaron a acostarse en el suelo bocabajo, y la esposaron para llevársela detenida. Salazar ayudó a Ander a sacar a las chicas del zulo donde las mantenían prisioneras, luego se agachó junto al agujero y se quedó en silencio por un momento, mientras lo observaba. Entonces miró a Araya.

—Beatriz, por favor, llama a la comisaría. Que envíen al menos un par de ambulancias. Debemos trasladar a estas jóvenes al hospital.

Capítulo 12.

Salazar se comunicó con Diji en cuanto se aseguró de que la última chica iba camino del hospital. Le explicó lo ocurrido y le ordenó que arrestara al Lagartija y lo interrogara. El inspector estaba seguro de que tanto el proxeneta como la Gripe eran solo los pringados de la organización. En el camino de regreso le pidió a Beatriz que condujera, mientras él llamaba al juez Aristigueta para solicitarle orden de arresto contra todas las personas relacionadas con el bar. Era evidente que el dueño también estaba involucrado y el inspector tenía muchas ganas de hablar con él.

Cuando por fin llegaron a la comisaría, Néstor redactó en persona los informes correspondientes al caso. Dejó constancia de que el rescate de las chicas y el arresto de los criminales no habrían sido posibles sin la intervención del excomisario Quintero, quien a riesgo de su integridad física impidió que golpearan a una de las jóvenes prisioneras. En fin, que el policía dejó claro que don Braulio era un buen candidato para recibir las llaves de la ciudad de manos del alcalde, o al menos para una condecoración.

Antes de que pudiera interrogar a Madrigal, Ortiz lo llamó a su despacho. Mala señal. Apenas cruzó la puerta, Salazar comprendió que el comisario le tenía malas noticias.

—Siéntate, por favor, Néstor. Tengo algo importante que decirte.

—¿Qué ocurre?

—Antes que nada, quiero felicitarte porque hiciste un estupendo trabajo. Desmantelaste el brazo ejecutor de una red de trata de blancas que operaba con impunidad desde hace mucho tiempo, y además conseguiste rescatar a las víctimas sin que corrieran ningún peligro.

—A ver, ¿qué es lo que quieres decirme que no me va a gustar?

—Nos quitan el caso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque un equipo de detectives de la Jefatura Superior ya investigaba a la organización antes de nuestra intervención. De hecho, no están muy contentos de que no les advirtiéramos acerca del operativo.

—¡Qué no les advirtiéramos! ¿Y cómo demonios íbamos a saber que ya tenían al proxeneta y la *madame* en la mira? Las circunstancias nos situaron en ese lugar, encontramos a las víctimas y las rescatamos sanas y salvas. ¿Qué esperaban, que las dejáramos allí hasta que ellos decidieran que era un buen momento? ¿Tienes idea de la situación en la que retenían a esas pobres chicas? ¿Qué querían en la Jefatura Superior, que alguna terminara muerta?

—Por supuesto que no. Ellos sabían que las llevaban a algún bar de la zona, pero no tenían la certeza de cuál era el correcto. Según me informaron, las jóvenes no proporcionaban sus servicios en ese local, sino que las trasladaban a un lugar neutral, donde las reunían con los clientes.

—Así que el bar funcionaba solo como calabozo. Muy bien, ya les resolvimos lo más difícil, que era el rescate. Ahora tienen luz verde para perseguir a los responsables como las ratas que son. Y todo gracias a don Braulio.

—¿Te refieres al excomisario que está detenido en una de nuestras celdas?

—Al mismo.

—Conversé con él en tu ausencia. Es… una persona interesante. Comprendo que es tu amigo —Salazar asintió—. Me informaron que después de lo que se descubrió en el bar y la implicación del sujeto con el que peleó, el juez retirará los cargos. Así que si lo que te preocupa es su situación, te puedes quedar tranquilo. Lo liberarán en corto tiempo y su reputación no sufrirá. Al contrario. Sin embargo, la posición de los jefes es firme con respecto a la asignación del caso. Seguirá en manos de los investigadores originales y tenemos órdenes de enviarles todos los informes y evidencias relacionados.

—¿Quiénes se encargan? ¿Los conocemos?

—Yo no —admitió Santiago, mientras consultaba la comunicación que tenía impresa sobre el escritorio—. Se trata de un inspector de nombre Anselmo Souza y su compañero, el subinspector Prieto. ¿Los conoces?

Néstor asintió, un poco más relajado.

—Cuando menos, sabemos que está en buenas manos. Y estoy seguro de que Souza nos mantendrá informados de los avances si se lo pido.

Además, también es amigo de don Braulio, así que es seguro que no le causará problemas.

—Pues me alegra que te lo tomes tan bien. Ya me había preparado para enfrentarme contigo en una batalla campal de argumentos.

—¡Ni que yo fuera tan cabezota! —se quejó Néstor. Ortiz lo miró por encima de las gafas—. Bueno, reconozco que sí soy un poco terco.

—¿Un poco? Las mulas cogen turno para aprender terquedad contigo.

—¡Hala, qué exagerado! —exclamó Néstor, con cara de víctima—. Pues para que veas que te equivocas, no pondré ningún reparo en ceder la información que Beatriz, Diji y yo conseguimos con tanto esfuerzo, para dárselas a dos detectives de la Jefatura Superior que no tenían la menor idea de dónde escondían a las víctimas.

—Creí que Souza era tu amigo.

—Eso no significa que no tenga derecho a protestar.

—¿No crees que ya tenemos bastante trabajo con encontrar al asesino de los Acosta?

—Ya, pero no sé, me hacía ilusión machacar a estos tíos.

—No te preocupes, que van a quedar bien machacados. Les va a caer todo el peso de la Ley.

—Por eso me conformo. ¿Se sabe algo más sobre nuestro caso?

—Los jefes elevaron una queja a través del Ministerio de Asuntos Exteriores contra el gobierno bosnio. Respondieron como me advertiste, que ellos no realizaban ese tipo de operaciones y que no tenían ninguna relación con el grupo que te secuestró. Que lamentaban que hubiera ciudadanos bosnios involucrados, pero que lo que ocurrió no tenía nada que ver con ellos.

—Mienten, por supuesto. Sin embargo, no tenemos forma de probarlo, ni tampoco creo que nos serviría de nada hacerlo.

—¿Todavía crees que te dijeron la verdad y no fueron ellos?

—Cada vez estoy más convencido de ello.

—Pues entonces te tengo otra mala noticia. Los jefes temen que la demora en resolver la matanza de la familia perjudique la imagen de la Policía, así que me están presionando para que cierre el caso y culpe a los bosnios.

—¿Eso no traería problemas diplomáticos?

—Quieren que acepte la explicación oficial y concluya que se trata de un grupo de vengadores que actúa por cuenta propia.

—Supongo que no vas a hacer eso.

—A menos que se demuestre que es lo que en verdad ocurrió.

El inspector negó con la cabeza.

—Te aseguro que nadie está más cabreado con Jaso y sus hombres que yo. Que hay que ver el mal rato que me hicieron pasar, pero no voy a forzar la situación para que encaje en mis conveniencias. Cuando encontremos al verdadero asesino, nos tiene que quedar claro el motivo de la escenificación con los cadáveres.

—De acuerdo. Les informaré a los mandos que las evidencias no nos convencen para acusar a los bosnios. Al menos de momento. Y ahora vete a casa, que llevas dos días por fuera, y esa gata neurótica tuya ya te debe echar de menos.

Salazar suspiró. Por desgracia, Paca tal vez hasta se hubiera alegrado de su ausencia. El inspector abandonó la oficina de su hermano y después de atar los cabos sueltos del día, subió al tercer piso, donde el detective todavía ocupaba una de las celdas. Conversó con él unos minutos para explicarle lo que ocurrió durante el allanamiento del bar, así como para decirle que pronto quedaría libre y con su reputación intacta.

Don Braulio se sintió satisfecho y no le importó tener que pasar la noche en la comisaría. El inspector se despidió y se encaminó a su casa. Cuando pasó frente a «La Callecita», el camarero, que parecía estar de guardia en la puerta le hizo un gesto a su jefe. Gyula salió corriendo al encuentro de Néstor. Salazar se quedó plantado en medio de la calle sin saber qué esperar. Sin decir una palabra, su amigo lo abrazó. No tenía la fuerza de Santiago, pero tampoco se quedaba muy atrás. Cuando aflojó el apretón y el inspector pudo respirar de nuevo, dio un paso atrás con precaución.

—¿Esto significa que me perdonas? —preguntó Salazar con timidez.

—Esto significa que soy un imbécil y que nunca debí enfadarme contigo, Néstor. Tú tenías razón. Si mi pariente se metió en problemas, debía afrontar las consecuencias y no era correcto que tú le resolvieras la papeleta.

—Me alegra que me comprendas, amigo. Porque seguimos siendo amigos, ¿no?

—¡Por supuesto! Cuando Diji vino a preguntar por ti y supe que habías desaparecido… No sé, me entró una congoja al recordar lo mal que te traté y que tal vez no… —una lágrima traicionó a Gyula cuando se asomó sin

permiso. El duro tabernero tragó saliva para contenerse—. Que Dika tiene razón. Una amistad como la nuestra no se puede terminar por un malentendido, que además no tiene que ver con ninguno de nosotros.

—Pues me alegra mucho que cambiaras de opinión. Ya te echaba de menos.

—Yo también te eché mucho de menos, liante. ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto.

—¿Dónde estuviste?

—Es una larga historia. Otro día te la cuento con calma, que el asunto tiene miga.

—¿Quieres llevarte un táper con la cena? Dika hizo unas salchichas con pimientos asados que nos las quitan de las manos.

—Gracias, Gyula, pero será en otro momento.

Con mejor ánimo por la reconciliación con su amigo, Néstor subió a la buhardilla. Se preguntaba qué nuevas instrucciones le habría dejado Isabel para ayudar a Paca a superar su fobia hacia él.

En cuanto abrió la puerta, su optimismo se renovó. Paca saltó desde el sillón donde reposaba y corrió para enredarse entre sus piernas y darle la bienvenida. Él le acarició detrás de las orejas y ella ni siquiera intentó apartarse.

—¡Paca, tú también me echaste de menos!

—Maaauuu.

Capítulo 13.

Néstor se sentía tan aliviado por el cambio de conducta de Paca que lo primero que hizo fue recompensarla con una de sus galletas favoritas. Que un día es un día. Luego se preparó un bocadillo para la cena y compartió parte del relleno con la gata. A la cría no se la veía por ninguna parte. Se la habría llevado Dika.

Ya con el estómago lleno y el espíritu reconfortado por las reconciliaciones del día, Salazar se recostó en el sofá con la nota de la etóloga en la mano. Isabel escribió una serie de instrucciones con una letra pulcra y redondeada. Le decía que mantuviera las distancias con la gata y no la forzara a interactuar con él. Que debían conseguir vencer su reticencia poco a poco. El inspector, sonrió, mientras sentía el calor del cuerpecillo de Paca en su costado y acariciaba su lomo. Como siempre, la pequeña felina los sorprendió a todos reaccionando a su modo y no como se suponía que debía hacerlo.

—Maaauuu.

—No abuses, Paca. Me alegra que te reconciliaras conmigo, pero no es razón para darte más galletas.

—Mieu.

—Yo también echaba mucho de menos nuestras conversaciones. Por cierto, no te he contado todavía acerca del caso Acosta, ¿verdad?

—Brrrr —dijo la gata, y se acomodó para que su humano la acariciara un poco más abajo.

En los siguientes minutos, el inspector hizo un resumen detallado de los hechos y las evidencias del caso Acosta. Paca, por supuesto, se limitó a ronronear y acomodarse mejor en el hueco que quedaba entre Salazar y el respaldo.

—Y así estamos. Erasmo terminó siendo un criminal de guerra que se escondía, además de un sujeto muy desagradable. Tenemos tantos

sospechosos que parece que no hay forma de abarcarlos a todos.

—Mau.

—Sí, ya sé que es cuestión de organizarse, pero no creas que es tan sencillo. Por un lado están los bosnios. Son sospechosos como grupo, pero alguno de ellos pudo tener un soplo de inspiración y actuar por su cuenta. Y salvo por Jaso y Piraña, no tenemos ni idea de quiénes son los demás. Aunque debo reconocer que de estos dos tampoco sabemos demasiado.

—Mieeuuu.

—Es verdad. Yo opino igual que tú. Los bosnios tenían buenas razones para eliminar a Erasmo, o Goran, si lo prefieres, pero no había ningún motivo para que asesinaran al resto de la familia. No, aquí hay algo más.

—Brrr.

Protesta y acomodo.

—Luego está el hombre que identificó Miguel; Ahmed Kazun. Vukovic fue responsable del asesinato de sus padres cuando él todavía era un chiquillo. Tal vez identificó a Goran, lo siguió y decidió cobrar venganza. Veamos qué surge del interrogatorio.

—Mieeeuuu.

—¿Quién más? Pues también debemos tomar en cuenta al socio, que heredará la empresa. Y al empleado despedido. Aunque no es descabellado pensar que ambos pudieron ponerse de acuerdo. El problema que le veo a esta teoría es el mismo que con los bosnios. Explicaría el asesinato de Diana y sus hijos, pero no la escenificación.

—Mirrreeeeuuu.

—Sí, es verdad. El asesino pudo montar la escena para despistarnos, pero no estoy seguro… al hacerlo corrió demasiados riesgos. No creo que le compensara. Tengo la certeza de que tenía otro motivo más importante. Y volvemos a lo mismo… ¿por qué asesinar a la familia completa? Si la única intención era vengarse de Goran, pudieron emboscarlo cuando estaba solo. No, yo creo que la señora Acosta y sus hijos eran objetivos por sí mismos y no que los eliminaron por presenciar el crimen. ¿Tú qué opinas?

—Miaaauuu.

—Por eso me gusta conversar contigo. Siempre tienes las ideas muy claras.

—Mieu.

—De nada, pero ahí no termina el asunto; también debemos tomar en cuenta al novio de Carolina. Es un delincuente de medio pelo y toda la

familia lo despreciaba. Quizá quiso desquitarse.

—Mieeeuuu.

—Sí, a mí también me parecería una reacción excesiva. A menos que el sujeto no esté bien de la azotea. Luego tenemos a Araceli, la novia de Simón y Max, el exnovio de Carolina.

—Mau.

—Tienes razón: la señorita Esquivel no pudo hacerlo sola. Hubiera sido imposible con su constitución física. En cuanto a Max, tiene coartada y ya no pertenecía a la familia. Su relación con Carolina terminó, así que no parece que tuviera un buen motivo.

—Miaauuu.

—¿Despecho? Entiendo que muchos crímenes se cometen por despecho y celos, pero si los humanos nos asesináramos cada vez que tenemos un desengaño amoroso, la humanidad ya se hubiera extinguido y a lo mejor el mundo lo dominarían los felinos.

—Meu. Meu.

—Te gustó la idea, ¿verdad? Pues no te emociones, que todavía falta mucho para eso.

El timbre interrumpió la conversación. ¿Quién sería a esa hora?

—¿Esperas a alguien, Paca?

—Fzzz —protestó la gata, porque él detuvo las caricias en el lomo para levantarse del sofá.

Cuando abrió la puerta, Néstor se quedó de una pieza.

—¡Sofía! ¿Qué haces aquí? No te esperaba tan pronto. ¿Ya terminó el curso?

Por toda respuesta, la subinspectora le plantó un beso en la boca que lo dejó más desorientado que la droga que usaron los bosnios. ¡Y sin agujas!

—¿Estás bien? El comisario me avisó lo que ocurrió. Estaba muy preocupada por ti. ¿Te hicieron algo?

—Me clavaron agujas —se quejó el inspector, con cara de acontecido —. Lo demás se los perdono.

A Sofía le alegró comprobar que él conservaba su sentido del humor de siempre, así que la experiencia no lo afectó demasiado, que era lo que más temía. Paca comprendió que con la llegada de la hembra humana ella perdía protagonismo, así que lanzó al aire un bufido de protesta y bajó del sofá para acomodarse en su cesta.

Sofía quiso preguntarle a Salazar acerca del secuestro, pero él no le dio oportunidad. No, después de ese beso. Antes de que ella pudiera decir palabra, él la llevó entre caricias, besos y abrazos hasta la habitación, donde concluyeron lo que comenzaron en el umbral.

El regreso de Sofía era el colofón de un día maravilloso donde todos sus problemas personales se solucionaron por sí solos. De haber sabido que un secuestro tendría ese efecto, lo habría organizado él mismo. No, que eso era delito. En fin, de cualquier forma no hacía falta, los bosnios le hicieron el favor después de todo. Aunque seguía sin perdonarles que usaran agujas, que había otras formas: una pistola apuntándole, un cachiporrazo en la calabaza… Ya podían haber sido más creativos.

Después de celebrar el regreso de Sofía, ambos se quedaron dormidos como niños de pecho.

A la mañana siguiente, Salazar se despertó cuando un rayo de luz se filtró por una hendidura de la contraventana y le acertó en plena cara. Se sorprendió de que Paca lo dejara dormir hasta después del amanecer, y temió que hubiera vuelto a su actitud fóbica contra él. Entonces se dio cuenta de que Sofía ya no estaba a su lado, y comprendió que ella debió levantarse temprano para darle el desayuno a la tiránica gata. Solo así.

Todavía adormilado, Néstor se levantó de la cama y llegó hasta el salón arrastrando los pies. Allí encontró a su compañera ocupada en la preparación del desayuno. Paca dormía en su cesta y el tazón de leche era la prueba de que sus exigencias ya habían quedado satisfechas.

—Hola, Néstor. El comisario llamó hace unos minutos. Se adelantará la reunión por el caso. Dijo que hay mucha presión por parte de los mandos. ¿Por qué no te duchas, mientras preparo el desayuno? ¿Te importa si te acompaño? Pedí algunos días de permiso en el curso y me gustaría incorporarme a la investigación.

—Estoy de acuerdo. Te eché mucho de menos —Sofía respondió con una sonrisa sin dejar de trastear en la cocina. ¿Tenía la mirada huidiza? No, Néstor pensó que sería su imaginación—. ¿Cuándo tienes que regresar?

—Pronto, pero mientras tanto, quisiera incorporarme al trabajo.

Salazar no preguntó nada más. Entró en su habitación para asearse y vestirse. Después de desayunar, ambos recorrieron a pie el trayecto que los separaba de «San Miguel». Pese a que pasaron juntos la noche y no solo durmiendo, Salazar la notaba extraña.

El inspector trató de que le contara algo acerca de los últimos días en Madrid, pero si él era buen interrogador, ella se conocía todos sus trucos, así que lo evadió sin despeinarse. Salazar decidió dejarse de rodeos y preguntar si había conocido a alguien más, pero en ese momento llegaron a la puerta y García recibió a la subinspectora con efusivas palabras de bienvenida. Para cuando dejaron atrás al oficial, Néstor comprendió que había dejado pasar su oportunidad, y el coraje lo abandonó.

Al llegar al tercer piso, tres cuartos de lo mismo. Saludos, congratulaciones y menudencias varias. La tertulia se terminó en el momento en que la corpulenta figura de Ortiz se asomó por la puerta. Santiago estuvo de acuerdo con la reincorporación temporal de Sofía. Harían falta todos los cerebros disponibles para resolver el acertijo que representaba la muerte de los Acosta. Así que después de unas pocas palabras de bienvenida, el comisario comenzó la reunión:

—Muy bien, ya que estamos todos aquí, veamos qué novedades hay desde ayer.

Capítulo 14.

Miguel fue el primero en tomar la palabra. La tarde anterior, mientras Salazar arrestaba a la Gripe, Pedrera entrevistaba a Kazun.

—No sabría decir si fue él, pero creo que debemos incluirlo entre los sospechosos. Hablé con Ahmed como testigo cuando terminó su turno en la obra donde trabaja. Nos reunimos en una cafetería cercana y se mostró muy colaborador. Cuando le dije que la razón del encuentro era la investigación del asesinato de Goran Vukovic, me confesó que le había alegrado el día.

—¿En serio?

—Reconoció que era la mejor noticia que recibía en mucho tiempo, que odiaba a Goran con todas sus fuerzas y que la muerte de su mujer y sus hijos no le inspiraba ninguna compasión. Que Vukovic exterminó a familias completas en Srebrenica, así que consideraba que lo que le ocurrió fue una retribución justa; «Castigo de Alá».

—Os lo dije —intervino Remigio—. El asesinato de Diana y sus hijos no excluye la venganza contra Vukovic. Si este, que es un maestro de escuela reacciona así, qué podemos esperar de un grupo élite con la misión de cazar criminales de guerra. Yo sigo apostando por los bosnios.

—Dejemos que Miguel presente su informe completo antes de llegar a conclusiones —le recriminó Santiago—. Por favor, continúa.

—Muy bien. Aunque admite su regocijo por la muerte de los Vukovic, también afirma que él no tuvo nada que ver. Dice que no tenía idea de que Goran estuviera en La Rioja, o lo hubiera confrontado él mismo. Que se hubiera sentido muy satisfecho de haber podido partirle la cara.

—¿No equivale eso a una confesión? —preguntó Sofía—. No podemos estar seguros de que no lo haya visto en la calle, o en una tienda. ¿Tiene coartada?

—No. Según él, estuvo solo en casa.

—¿Cuál es su historia? —preguntó Néstor—. ¿Odiaba por igual a todos los que participaron en la matanza de Srebrenica, o sentía una inquina especial por Vukovic?

—Por Goran en particular —respondió Miguel—. Él fue quien ordenó el fusilamiento de los padres de Kazun. Ahmed tenía ocho años. Su padre los escondió a él y a su hermana en la mina de sal donde trabajaba. El nombre de ella es Hana, y para la fecha de la matanza solo tenía cinco años. Según Kazun, los yacimientos eran un laberinto, pero él los conocía bien porque solía acompañar a su padre en ocasiones. Eso les permitió esconderse de las tropas que arrasaron con la ciudad y así salvaron la vida.

—Tuvo un buen motivo y también la oportunidad —afirmó Remigio—. Yo digo que vayamos a por él.

—¿Y qué pasa con los medios? —preguntó Néstor—. Antes de complicarle la vida a este hombre, debemos analizar bien la situación. Si Ahmed Kazun asesinó a Goran y su familia, ¿cómo consiguió que la *Beretta* llegara a sus manos? Recordad que Erasmo la mantenía bajo llave y no se la habría entregado a un desconocido.

Sofía meditó por un momento y planteó su teoría:

—Tal vez Kazun llegó a la casa, amenazó a Acosta y él cogió la *Beretta* para defenderse, Ahmed se la arrebató y la usó contra Erasmo y sus hijos.

—¿Cómo se la arrebató? —preguntó Salazar—. No hay señales de lucha en la escena del crimen.

—Es un punto interesante —intervino Remigio en apoyo a Sofía—. Imagina por un momento que Ahmed se presenta en la casa de los Vukovic con un arma en la mano, y a punta de pistola obliga a Goran a abrir la vitrina y entregarle la *Beretta*. Entonces comete los homicidios con el arma de su propia víctima, con lo cual nos deja sin esa pista.

Néstor se quedó en silencio por unos momentos para meditar la idea de sus compañeros, e imaginar el desarrollo de la escena. Algo chirriaba.

—Veámoslo así: vamos a suponer por un momento que ocurrió como proponéis. Kazun llega a la finca de los Acosta empuñando un arma, Erasmo le abre la puerta. ¿Cómo supo Ahmed que en esa casa había una colección de armas, y que en ella encontraría una pistola que podía utilizar?

—Tal vez hizo una investigación sobre el sujeto que tanto odiaba y averiguó sus hábitos.

—No lo sé —dijo Salazar—. Hablamos de una persona que no cuenta con los recursos de investigación de las autoridades. Nosotros supimos que

Acosta era coleccionista de armas cuando registramos su casa. No es un dato que aparezca en ningún expediente oficial. No creo que un ciudadano común estuviera en capacidad de tener esa información sobre Goran Vukovic.

—Tu razonamiento es válido, Néstor —intervino Santiago—, pero creo que tampoco sería conveniente descartar a Kazun como sospechoso. Miguel, investígalo. Quiero saber si tiene antecedentes en Bosnia, todo lo referente a su carácter. Si es tranquilo o agresivo. También cómo ha sido su comportamiento desde que llegó a España.

—Sí, señor.

—¿Tenemos alguna otra novedad? —preguntó el comisario.

Esta vez intervino Diji:

—Ayer conseguí una orden del juez Antúnez para investigar el número oculto al que llamaba Erasmo. Ya la compañía telefónica lo está triangulando. En cualquier momento deben proporcionarnos su ubicación.

—Bien, puede resultar muy interesante descubrir con quién se comunicaba Vukovic y cuál era la razón de tanto secreto.

Santiago mantenía los brazos cruzados, mientras observaba el pizarrón donde estaban expuestos los detalles del caso.

—Es evidente que Goran Vukovic era proclive a hacer enemigos y resulta muy tentador buscar a su homicida en su pasado criminal, pero no perdamos de vista que el asesino podría encontrarse entre quienes lo conocieron como Erasmo Acosta.

—Como el socio, o el yerno, por ejemplo —sugirió Remigio.

—En ellos mismos pensaba. Beatriz, ¿cómo avanza la auditoría de la empresa?

—Los peritos financieros enviaron un informe esta mañana, señor. Concluyeron que hay un desfalco por sobrefacturación de materiales, pero el responsable no sería el señor Bustillos, sino uno de los administradores. Su nombre es Raúl Alonso.

—¿Otro sospechoso?

La subinspectora se encogió de hombros.

—No podría decirle, señor.

—Muy bien, si hay suficientes evidencias de delito financiero, arrestadlo. Ocupaos Remigio y tú de interrogarlo para saber si estuvo involucrado en la muerte de los Acosta. Es posible que Erasmo descubriera el desfalco y amenazara con denunciarlo.

—Sí, señor.

—¿Qué sabemos de Jaso y su equipo?

—Las autoridades de Europol tratan de localizarlos —respondió la subinspectora Araya.

—Si me permite, comisario —intervino Remigio—, creo que no debemos olvidar al novio de Carolina. Es un delincuente, es agresivo y los Acosta lo veían con desprecio. Tal vez decidió darles una lección.

—Estoy de acuerdo con Remigio —dijo Néstor—. Creo que vale la pena volver a interrogarlo con lo que sabemos ahora. Sofía y yo podríamos encargarnos.

—Me parece bien. ¿Alguna otra sugerencia?

El silencio se apoderó del salón, así que el comisario dio por terminada la reunión.

Néstor y Sofía tomaron nota de la dirección de Rondón y le pidieron a una patrulla que los acercara. La presencia de los uniformados les permitió evadir temas personales. Llegaron a la calle Taranco. Rondón vivía en un viejo edificio de piedra muy bien conservado. Les abrieron el portal sin preguntarles quiénes eran. Subieron al tercer piso y llegaron frente a la casa del sospechoso. Antes de que pudieran llamar, la puerta se abrió y por ella salió una mujer muy acicalada que rondaba los cincuenta años. Cuando los vio, no pudo esconder su sorpresa.

—¿Puedo ayudarles en algo?

Salazar se identificó con su nuevo carné, e hizo lo propio por su compañera.

—Buscamos a Mateo Rondón. Necesitamos hablar con él.

—Es mi hijo. ¿Está en problemas otra vez?

—Debemos hacerle algunas preguntas acerca del asesinato de los Acosta.

—¡Qué crimen tan terrible! Pobre familia, y pobre chica.

—¿Conoció usted a Carolina Acosta?

—En realidad, no. Mateo no es de los que le presentan su novia a la familia, pero sí me lo contó después de que se hizo pública la tragedia. Me alegra que estén aquí por eso, y no porque el chico se metió en otro lío. Se encuentra adentro, todavía dormido. Es que llegó en la madrugada —lo justificó la señora Rondón—. Debo irme porque llego tarde al trabajo, pero pueden pasar, yo lo despierto y me voy.

—Le agradecemos mucho por su colaboración.

—Es lo menos que puedo hacer. Espero que pronto agarren al loco que hizo eso. Pobre familia. ¿Se trató de un robo?

—Perdónenos, pero no podemos comentar el caso. Ya sabe, secreto de sumario.

—Por supuesto. Pasen, que ya le aviso a Mateo.

Los policías entraron en un piso bastante grande. La señora Rondón los condujo hasta el salón y los invitó a sentarse. Luego desapareció. Al cabo de un par de minutos se asomó para informarles de que ya venía su hijo, y que la disculparan porque ella tenía que irse a trabajar. Quince minutos después entraba Mateo, en chándal y despeinado. Era evidente que se acababa de despertar. Miró a sus visitantes con aburrimiento y bostezó sin disimulo.

—¿Qué queréis? Me habéis despertado en lo mejor del sueño.

—Siéntate, Mateo. Debemos hablar.

—Yo no sé nada, así que dejadme en paz.

—¿No quieres ayudarnos a atrapar al que le hizo esto a tu novia?

—Mi novia —dijo Rondón con un resoplido—. Carolina estaba bien. Era divertida y eso, pero de ahí a que me enlute de por vida va un abismo. Lamento lo que le pasó, pero la vida sigue. Claro que quiero que atrapen al malparido que le hizo esto, pero eso no significa que me guste ver a la Policía en mi casa. Y menos a esta hora.

—Son más de las doce.

—Para mí es como la madrugada. Cada quien tiene su horario. Repito, ¿qué queréis?

—Que nos hables de Carolina y de su familia —dijo Salazar—. ¿Tenías problemas con los Acosta?

—Alto ahí, tronco. Vamos a aclarar algo. Me llevaba fatal con los carcamales, y el hermano era un imbécil. Creía que tenía superioridad moral sobre el resto de la humanidad. Quién sabe por qué, pero eso no significa que yo me cargara a la familia. Tengo mejores cosas que hacer y Carol estaba bien, pero no era para tanto.

—No parece que la quisieras mucho.

—Lo justo para pasar un buen rato.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Sofía.

—Que follábamos a gusto.

—Tenía entendido que ella quería llegar virgen al matrimonio —planteó Salazar, quien había leído tantas veces los expedientes, que casi se los sabía

de memoria.

—¿Carolina? ¿De dónde sacas esa estupidez? Nunca antes estuve con una tía tan imaginativa, ni que lo disfrutara tanto. ¿Virgen? Sería por las orejas.

—Así que Carolina Acosta mantenía una vida sexual activa —precisó el inspector.

—Activísima.

—No es lo que afirma su novio anterior.

—Tal vez el tío era un muermo.

—¿Los Acosta te humillaron en alguna ocasión?

—¿A mí? Nunca me acerqué lo suficiente para que tuvieran la oportunidad. No, yo sabía lo que pensaban por lo que me contaba la propia Carolina. Al único que me presentó fue al hermano mayor. Y eso porque nos tropezamos con él en un bar.

—¿No llegaste a conocer a sus padres en persona?

—Ni falta que me hacía.

—¿Entonces por qué te rechazaban? —preguntó Sofía.

—Porque querían que su niña terminara en el altar con el otro tío. Parece que les hacía la pelota a los suegros. Les molestó mucho que rompieran. Supongo que esperaban una reconciliación.

—¿Dónde estuviste la noche del crimen?

—Aquí, en mi cama durmiendo. Ya me lo preguntó el otro poli. El viejo.

—Pues ahora te lo preguntamos nosotros. ¿Tu madre puede corroborarlo?

—Por esos días estaba fuera de la ciudad. Visitaba a una hermana suya que vive en Vitoria, y estaba enferma.

—Así que no tienes coartada.

—No. ¿Y qué? Seguro que el asesino tampoco la tiene. Si creen que me van a cargar con los muertos, van listos.

Capítulo 15.

Al salir de la casa de Rondón, Néstor y Sofía subieron a la patrulla que los esperaba en el portal para llevarlos de vuelta a la comisaría. El inspector se sumió en sus pensamientos para desmenuzar la entrevista y analizar cada palabra que pronunció el sospechoso.

Salazar llegó a la conclusión de que Mateo Rondón era un imbécil, y no le resultaba difícil imaginarlo cometiendo un crimen como el que investigaban. Hacía gala de una amoralidad absoluta y una indiferencia hacia el sufrimiento de los demás que era desconcertante. Néstor comprendió mejor la animadversión que Remigio le tenía al joven desde que lo interrogó como testigo. Él mismo lo hubiera catalogado como un psicópata, de no haber conocido a más de uno a lo largo de su vida profesional. Por lo general, los verdaderos psicópatas no lo parecían. Sabían ocultarse bajo una máscara carismática, de la cual carecía Mateo. Así que concluyó que tal vez la actitud del sospechoso era una pose.

Néstor iba a compartir su conclusión con Sofía, pero comprendió que ella estaba muy lejos. Miraba por la ventana a un punto en la distancia. Su actitud preocupó a su compañero.

—¿Todo está bien, Sofía?

—¿Eh…? Sí, por supuesto.

—¿Te preocupa algo?

—Eh… No. Pensaba en el caso.

—¿Y llegaste a alguna conclusión?

—Rondón es un buen sospechoso. ¿No te parece? No siente ninguna empatía. Ni siquiera por su novia. Lo creo capaz de cometer un crimen como este.

—Sí, tienes razón, pero…

—¿Qué?

—¿Por qué? ¿Qué pudo motivarlo a exterminar a todos los Acosta?

—Tal vez miente con respecto a su indiferencia por el trato que le daban. Un sujeto como este debe tener un ego inflado y no toleraría el desprecio de la familia de su novia.

—¿Hasta el punto de asesinarla a ella también?

—No querría dejar testigos.

—¿Y la movilización de los cadáveres, la mesa puesta, la tarta que comió el asesino… Cómo lo explicas?

—¿Una forma de despistarnos?

—Veamos, el sujeto acababa de cometer un asesinato múltiple a sangre fría. Si lo pillaban in fraganti no tendría escapatoria, pero aun así dilapidó dos horas en elaborar un complicado escenario con los cadáveres. Se trataba de un tiempo que pudo aprovechar para distanciarse de la escena del crimen, pero corrió un riesgo enorme y se quedó. Además, no olvidemos que había una persona viva en la casa. ¿Quién le aseguraba al criminal que David Acosta no se recuperaría de los efectos de la droga antes de tiempo?

—¿Cuál es tu punto?

—Que los motivos del asesino iban mucho más allá de confundirnos. Las razones por las que actuó como lo hizo debían ser perentorias para él.

—Tal vez no está bien de la cabeza.

—Eso sin duda, pero los locos actúan según su propia lógica, aunque solo ellos sean capaces de comprenderla.

—¿Y qué explicación puede haber para que hiciera todo eso? Si te soy honesta no se me ocurre ningún motivo.

—Ese es mi punto. Creo que si descubrimos por qué el asesino actuó como lo hizo, lo habremos identificado.

El oficial que conducía detuvo el coche cuando llegaron a «San Miguel». Ambos se apearon de la patrulla y entraron a la comisaría. García esperaba a Néstor con un mensaje: el subinspector Cheick quería hablar con él. Salazar se dirigió a su despacho y desde allí le avisó a Diji que ya había llegado. Sofía subió hasta el segundo piso para ocuparse de redactar el informe del interrogatorio que le hicieron a Rondón.

Un par de minutos después, el enorme subsahariano entró a la oficina del inspector jefe.

—¿Querías hablar conmigo, Diji?

—Sí, señor. No tuve oportunidad de informarle acerca de la conversación que sostuve con el proxeneta que arrestamos ayer.

—¿El Lagartija? Bien, ese caso ya no nos compete, pero debo admitir que tengo curiosidad.

—El comisario me informó que debía redactar un informe y enviarlo a la Jefatura Superior. Reconozco que no me gustó la idea, pero órdenes son órdenes.

—Te comprendo, pero tal vez sea lo mejor. Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza con el caso Acosta, como para meternos también en ese brete. Souza es un excelente policía. Estoy seguro de que hará un buen trabajo. ¿Qué te dijo el reptil?

—El Lagartija y la mujer son parte de una red de trata de blancas bastante grande. Traen a las chicas de casi cualquier parte del mundo desde donde la vulnerabilidad de su población se los permite —Diji hizo una pausa, apretó los dientes y los puños. Salazar comprendió que el asunto le tocaba la fibra—. Se especializan en jovencitas.

—¿Qué tan jovencitas?

—Entre nueve y dieciséis años.

—Entonces hablamos de pederastia.

—Así es, señor —le confirmó el subinspector, con los músculos tan tensos, que parecían cuerdas de guitarra—, pero eso no es lo único.

—¿Qué más averiguaste?

—Ese bar es solo uno de los lugares de reclusión. Existen más.

—¿Dónde?

—El proxeneta no lo sabía.

—¿Estás seguro?

—Se mostró bastante comunicativo.

Salazar miró a su subalterno con preocupación. ¿Habría caído en la tentación de actuar con brutalidad? El inspector no podía imaginar a nadie con más autocontrol que Cheick, pero un asunto como ese podía despertar los demonios interiores de cualquiera.

—Diji, dime que no recibiré una queja por tu conducta a la hora de interrogar al proxeneta.

—Puede estar tranquilo, señor. Aunque no me resultó fácil, conseguí contenerme. No le puse un dedo encima, si eso es lo que le preocupa.

Salazar se quedó en silencio un momento, mientras se preguntaba si podía creerle. Desde luego. Cheick nunca le mentiría en algo así. Entonces imaginó al sujeto al que apodaban el Lagartija tendido en la cama del hospital por la paliza que acababa de propinarle un detective privado

septuagenario, mientras un policía subsahariano con más músculos que un toro miura lo interrogaba con muy mala leche.

—Diji, comprendo que un asunto como este puede sacar de sus casillas al más ecuánime de los policías, pero tengo la impresión de que para ti tiene un carácter personal.

—Usted me conoce bien, señor. Tiene razón. Me toca muy de cerca.

—¿Puedo saber por qué?

—Tengo una hermana menor. Su nombre es Siara y tiene doce años.

—No me dirás que ella…

—¡No! Tanto ella como yo, tuvimos la fortuna de nacer en La Rioja, gracias a que nuestros padres emigraron desde Nigeria siendo muy jóvenes, pero aun así… no puedo evitar pensar en ella cuando sé lo que les hicieron a esas chicas.

—Te comprendo. Tal vez fue una suerte que los mandos nos quitaran el caso.

—Me gustaría colaborar con el equipo que investiga a esa red.

—Lamento no poder complacerte, Diji. Te necesitamos aquí para la investigación sobre los Acosta.

—Pero Sofía regresó y no contábamos con ella…

—Aun así. Este asunto se ha complicado bastante, y el comisario recibe presiones de arriba para que lo resuelva pronto a como dé lugar. Ortiz no dejará que se le escape uno de sus mejores hombres en este momento. De cualquier manera, te prometo que me mantendré informado de lo que descubran Souza y su equipo, lo compartiré contigo y si se presenta la oportunidad de que colabores con ellos, haré lo posible para que te incorpores a su equipo.

—Gracias, señor. Sabía que me comprendería.

Cheick abandonó el despacho del inspector jefe, más o menos conforme. Salazar apoyó la espalda en el respaldo de la silla, se quedó mirando al techo y trató de recordar los rostros de las chicas que sacó del zulo. Ninguna le pareció menor de edad, pero comprendió que su confusión podía ser efecto de la escasa iluminación y el exceso de maquillaje. La confesión del Lagartija llevaba el asunto a otra dimensión. Cogió el teléfono y llamó a su colega de la Jefatura Superior.

—¡Salazar! Ya me parecía que tardabas mucho en comunicarte conmigo.

—Imaginarás la razón.

—Por supuesto. Y aunque por aquí hay alguno con resquemores porque encontraste a las chicas antes que nosotros y casi sin proponértelo, yo te estoy muy agradecido. Tanto el proxeneta como la *madame* se pelean entre sí por proporcionarnos información y mostrarse colaboradores. Son conscientes del brete en el que se metieron.

—¿Sabías que se trataba de una red de pederastia?

—Teníamos nuestras sospechas, aunque lo manejábamos más bien como una organización de trata de blancas, que también.

—¿Vais adelantados?

—Pues te confieso que estábamos un poco atorados, pero tu intervención de ayer metió una antorcha en el avispero. Entre los traficantes saltaron las alarmas, y se están moviendo con prisas. Al actuar más por salvar el pellejo que por estrategia se delatan ellos mismos. Ya cogimos a uno de los financistas y descubrimos otro zulo —Souza se escuchaba optimista—. Esos malnacidos están cayendo como moscas, así que lo menos que puedo hacer es invitarte a unas copas. Vino, sidra, o mosto, lo que quieras, yo pago.

—Te tomaré la palabra, pero cuando ambos estemos menos liados. Aunque sí quiero pedirte un favor.

—Pues pide, pide, que hoy me siento generoso.

—Me gustaría que me mantengas informado de cómo avanza el caso.

—Cuenta con ello. No lo haré por las vías oficiales, por supuesto, que se me cabrean los jefes, pero entre tú y yo hay suficiente confianza. Por cierto, nuestro amigo común está más feliz que piojo de rasta. Aunque todavía anda algo preocupado por los chicos que se le perdieron. Si me preguntas a mí, seguro que andan por ahí, libres y contentos. Que los padres nos preocupamos demasiado, pero a los polluelos hay que dejarles volar cuando les salen las plumas.

—¿No crees que don Braulio merece un reconocimiento por su colaboración?

—Pues ahora que lo dices, haré la sugerencia. A ver qué se les ocurre a los mandos, que a él por aquí se le aprecia mucho y es cierto, fue Quintero quien levantó la liebre.

—Pues ahí te queda algo en qué pensar. Y ahora cuelgo, que tengo que currar.

Más tranquilo al saber que el arresto de los pederastas avanzaba y que no se olvidarían de don Braulio a la hora de reconocer méritos, Salazar

decidió volver a su propio caso. Le pidió a Lali que le averiguara el teléfono de la empresa donde trabajaba Maximiliano Huerta y llamó.

El encargado de turno le pidió que aguardara un momento cuando él le solicitó confirmación de la coartada del exnovio de Carolina. Dejaron la llamada en espera y amenizaron el rato con una musiquita en bucle, que al minuto comenzó a exasperar el oído musical de Salazar.

—Ya encontré lo que me preguntó, inspector. Es correcto, Maximiliano Huerta entregó un paquete en la fecha que me señaló en un chalé de la LR-203.

—Eso está al suroeste de la ciudad. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Es habitual que se realicen entregas a esa hora de la noche?

—Fue a solicitud de uno de nuestros mejores clientes, pues suele llegar tarde a casa, así que preguntamos entre los repartidores si alguno estaba dispuesto a cumplir el encargo a cambio de recibir un pago extra, por supuesto. Max lo aceptó.

—Así que se ofreció él y no fue que se lo asignaron.

—En vista de la hora en que se debía hacer la entrega, preferimos no forzar a ninguno de los chicos.

—¿Hubo algún otro voluntario?

—No, señor.

—¿Es normal que Huerta esté dispuesto a hacer horas extra, o entregas especiales?

—Sí, señor. Es uno de nuestros mejores empleados, pues casi nunca pone reparos. ¿Hay algún problema con ese paquete?

—No, ninguno —lo tranquilizó el inspector—. Todo está muy bien.

Capítulo 16.

Ya el reloj marcaba la hora de salida cuando Sofía entró al despacho de Salazar para que firmara el informe sobre la entrevista a Mateo Rondón. El inspector lo hizo sin mirar. Sabía que cualquier documento que escribiera su compañera sería preciso y estaría mejor redactado que si lo hiciera él mismo. Mientras estampaba su rúbrica, miró de reojo a la subinspectora.

—¿Te apetece cenar en «La Callecita» antes de subir a casa? Es que no he tenido tiempo de comprar víveres.

—¿Y cuándo te has preocupado tú de hacer la compra? Si no fuera por Gyula y Dika ya hubieras muerto de inanición.

—Tampoco hay que exagerar —protestó él—. Aunque sí reconozco que esos detalles hogareños no se me dan bien.

—Mejor cambiamos de tema, porque no quiero ofender. De cualquier forma, no podré acompañarte a cenar. Esta noche no puedo dormir en la buhardilla, Néstor. Tengo algunas cosas pendientes por hacer en mi piso.

—Vale, como quieras —aceptó Salazar, encogiendo un hombro—. Es solo que te eché tanto de menos, que creí que pasaríamos juntos más tiempo antes de que regreses al curso.

—Es que hoy no puedo.

—De acuerdo.

El inspector no insistió, pero sí tomó nota de la incomodidad de Sofía. Su compañera recogió el informe firmado y se despidió hasta el día siguiente. Un poco decepcionado y malhumorado, Néstor recogió su gabán y salió en dirección a su casa. Menos confiado desde la experiencia con los bosnios, se mantuvo atento a todo lo que le rodeaba mientras recorría el trayecto que separaba la comisaría de la buhardilla. Ya Jaso y sus hombres estarían muy lejos, pero una lección es una lección. Y esa la aprendió muy bien.

Salazar decidió pasar a saludar a sus amigos antes de encerrarse en su casa. Tal vez compartir una copa de sidra con Gyula le mejorara el humor. No hubo suerte. En cuanto cruzó el umbral vio a Isabel, que estaba sentada en la mesa favorita de él. La etóloga miraba con atención a la puerta del bar como si esperara a alguien, y mientras tanto daba buena cuenta de un plato de los boquerones en vinagre de Dika y de un vaso de vino. Néstor se acercó. Debía reconocer que se sentía agradecido por el cambio que experimentó su gata, aunque no estaba muy seguro de que la estrategia de Isabel tuviera algo que ver con los resultados. Que Paca era mucha Paca.

—Señora Zabala. Me alegra encontrarla aquí, quería agradecerle…

—¡Vaya, por fin llega! —lo interrumpió ella en tono de reproche—. Hace más de media hora que lo espero.

—Pues lo lamento, pero ni siquiera tenía idea —respondió él, al mismo tiempo que fruncía el ceño—. Discúlpeme usted por no abandonar mi trabajo para venir a su encuentro.

—¿Me quiere explicar qué significa el mensaje que me envió esta mañana?

—Pues yo creo que está muy claro. Le agradecí sus servicios, le informé que Paca ya se recuperó de su fobia y volvió a comportarse con normalidad. Y le cancelé sus honorarios. ¿Qué es lo que no entiende? Trataré de explicárselo con palabras sencillas.

Isabel enrojeció por la indignación.

—¡No me trate como si fuera corta de entendimiento! ¿Quién se ha creído usted que es para decidir cuándo su gata está recuperada?

—Soy su dueño. Vivo con ella y la conozco mejor que nadie. Por supuesto que sé cuándo actúa con normalidad.

—Usted no es experto en comportamiento animal —dijo Isabel, mientras dejaba sobre la mesa el pago de la consumición y se ponía de pie.

—Claro que no. Solo soy experto en el comportamiento de Paca, que es suficiente.

—¡Usted no merece a esa gata!

Eso dolió.

—Es posible que sea cierto, pero de momento soy lo único que tiene, y trato de cuidarla lo mejor que puedo. Ahora háganos un favor a Paca y a mí. Olvídese de nosotros y múdese de barrio.

Isabel abrió la boca para responder, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. No se reconocía a sí misma. Ella no solía

comportarse así, pero cuando recibió la nota del inspector en la que daba por terminados sus servicios, se sintió ofendida. Lo que no podía comprender era el motivo. Salazar tenía razón; si ya la gata se comportaba con normalidad, ella no tenía nada que hacer allí. Además de que ese encargo le venía fatal, pues desplazarse hasta «San Miguel» le restaba un tiempo precioso a su labor en el refugio animal.

El policía la miraba con la indignación pintada en el rostro, y fue entonces cuando Isabel comprendió. El problema no era el trabajo, ni siquiera la gata. No era cierto que le preocupara el bienestar de la felina, pues sabía que estaba en buenas manos. Lo que le molestaba era perder el contacto con su dueño. La sorpresa la dejó sin palabras. Después de una honda respiración que le permitió tranquilizarse, decidió tratar de recomponer la situación. Volvió a sentarse antes de hablar:

—Tal vez deberíamos calmarnos y resolverlo como adultos, inspector. Me disculpo por mis palabras y mi actitud. Es que me sorprendió mucho que me despidiera.

—No la despedí —se justificó Néstor—. Solo di por terminada su labor y elogié sus resultados.

—Y le agradezco el mérito que me atribuye. Sobre todo porque no estoy segura de merecerlo. Debo reconocer que su gata tiene un carácter… peculiar. Creo que sería conveniente que me permita hacerle una visita para evaluarla de vez en cuando. No le cobraría nada, por supuesto.

El inspector quedó sorprendido por el cambio de actitud y el ofrecimiento.

—De ninguna manera. Paca es mi responsabilidad y si viene hasta aquí para ayudarla, merece una remuneración de mi parte.

—¿Entonces acepta que monitoree su evolución?

—¿Cree que puede tener una recaída, o algo así? —quiso saber Néstor, al mismo tiempo que se sentaba frente a ella.

—Espero que no, pero… nunca se sabe. ¿Amigos?

Isabel inclinó la cabeza a un lado en un gesto encantador, y extendió la mano por encima de la mesa. Hubiera convencido a una piedra de ponerse a saltar.

—Amigos —confirmó el inspector y le estrechó la mano.

Salazar se sintió recompensado por la sonrisa que le regaló Isabel, así que la invitó a quedarse y compartir la cena con él.

Mientras el inspector iniciaba su amistad con la etóloga, Sofía cruzó el umbral de su casa. La recibió el frío de la soledad. Sentía tristeza cada vez que llegaba a su piso desde que le buscó un nuevo hogar a Fleken, el gato que le regaló Néstor. Le dolió tomar la decisión, pero comprendía que era lo mejor para el pequeño felino, pues ella no podría dedicarle las atenciones que necesitaba. Se lo dio a una familia que vivía en un chalé del barrio Estación gracias a la intermediación del veterinario. Fleken ahora tenía un hogar de verdad, donde había una chiquilla que enloqueció cuando lo vio correteando en su jardín. Ese era uno de los cambios en su vida que todavía no era capaz de confesarle a Néstor. Tendría que hacerlo. Él merecía que fuera honesta, aunque sabía que llegado el momento lo lastimaría. Así que lo retrasaba una y otra vez con cualquier excusa.

Miró a su alrededor. Ese fue su hogar durante los últimos meses, pero no lo sentía propio. Solo iba al piso a dormir. Suspiró. No percibió ningún aroma, nada que recordara que alguien vivía allí, y el silencio era abrumador. Las paredes se le echaban encima. Se sentía agobiada por la decisión que estaba a punto de tomar, pero sabía que era la correcta.

Sofía cogió el teléfono y se dispuso a hacer la llamada. Se sabía el número de memoria por la frecuencia con la que lo marcaba en los últimos días, pero eso no hacía más fácil la conversación que iba a sostener. El paso que iba a dar.

En los días previos a su llegada a Haro tuvo sus dudas. No sabía si sería capaz… si podría hacerlo, pero la noche que pasó con Néstor la ayudó a decidirse. Aunque fue maravillosa y la guardaría en su memoria como un tesoro, comprendió que debía dar el paso. De lo contrario se haría daño a sí misma y lo que era peor, lastimaría a Néstor.

Con el auricular en la oreja, Sofía escuchó el tono de la llamada. Una vez, dos… una voz masculina respondió a la tercera.

—¡Sofía! Qué alegría que me llames. ¿Qué tal Haro?

—Complicado, como siempre.

—¿Y tu jefe? ¿Lo encontraron?

—Sí, por suerte apareció sano y salvo. Gracias por comprender.

—No necesitas darme las gracias. Cómo iba a negarte algo así. ¿Cuándo regresas?

—Necesitaré unos días. Es que me incorporé a la investigación y también tengo que realizar algunos trámites aquí.

—Por supuesto. Tómate el tiempo que desees, pero recuerda que te echo de menos. Esto no es lo mismo sin ti. ¿Consideraste mi propuesta?

—Por eso te llamo. Decidí aceptar. Solo te pido un poco más de paciencia.

—Cuesta desprenderse del pasado, ¿verdad?

—No sabes cuánto.

—¿Ya se lo has dicho?

—Todavía no. No he reunido el valor.

—Pues te aconsejo que lo hagas cuanto antes. Será más fácil para todos.

—Te prometo que lo haré lo antes posible.

—Muy bien, pues te espero con impaciencia. Verás que todo sale bien.

Sofía se despidió y colgó. Había albergado la esperanza de que al comunicarse con él se sentiría mejor gracias a la seguridad que lo caracterizaba, pero ocurrió lo contrario. Un nudo en el estómago la acongojaba. ¿Por qué la decisión de cumplir con sus deseos le causaba tanto desasosiego? Porque implicaba lastimar a una persona que no lo merecía.

Se sentía miserable, pero si no lo hacía sería peor. Estaría traicionándose a sí misma y en cierto modo también a Néstor, porque no sería honesta con él. Entró a su habitación y sacó la maleta que estaba debajo de la cama. Con movimientos lentos y desganados sacó la ropa de los armarios, la dobló y comenzó a hacer el equipaje.

Ya habían pasado horas desde que Sofía terminó de hacer la maleta, cuando a pocas calles de allí, Salazar dio por terminada la jornada y subió a la buhardilla. La cena estuvo deliciosa y la conversación con Isabel resultó muy amena. Debajo de ese ceño fruncido y esos rasgos un poco extraños había una chica que podía ser simpática cuando quería. Gyula lo convenció de tocar la guitarra y pese a sus reticencias iniciales, al final Néstor aceptó puntear un par de canciones. La única que parecía malhumorada era Dika. ¿Qué le pasaría?

Ya era casi medianoche y Zabala hacía horas que se había marchado cuando Salazar se despidió de sus amigos y subió a la buhardilla. Allí lo esperaba Paca con maullidos recriminatorios por su ausencia. ¡Que se había retrasado la hora de su galleta y una gata merecía más consideración!

Después de cumplir con el deber de premiar a su exigente gata, Salazar decidió irse directo a la cama. Paca lo siguió con andares elegantes y actitud aristocrática. En cuanto entró en el dormitorio subió a la cama de un salto y cuando él se acostó, se acomodó a su lado en la estrecha cama.

—Parece que recuperamos la normalidad, Paca —le dijo el inspector mientras le acariciaba el lomo—. Tú vuelves a ser la misma, Gyula ya no está enfadado conmigo, pero lo más importante es que Sofía regresó y todos mis temores resultaron ser producto de mi imaginación.

Capítulo 17.

Al día siguiente, Salazar se sintió reconfortado cuando Paca lo despertó antes del amanecer a fuerza de lametones en la oreja. Para no perder la costumbre, refunfuñó mientras se levantaba de la cama y salía a la cocina para llenar el bol de la gata con leche fresca. Allí la dejó, con los bigotes metidos en su desayuno, mientras él se preparaba para la nueva jornada. Cuando salió de la habitación, duchado y vestido, ya el tazón estaba vacío y su gata se relamía de gusto. Néstor cogió el gabán de la cesta donde lo guardaba para que estuviera arrugado, hizo una caricia a Paca detrás de las orejas que le arrancó un «Marramiau» de placer, y salió a enfrentar al mundo.

La luz del amanecer apenas asomaba. Su gata parecía tener un reloj interno siempre adelantado. Sobre todo cuando se trataba de comida. Por suerte, ya «La Callecita» estaba abierta, así que hacia allí encaminó sus pasos. Le hacían falta un café cargado y lo que Dika hubiera preparado para desayunar.

—Néstor, buenos días. Espera, que te traigo unas rosquillas y el café —le dijo Gyula en cuanto lo vio.

El inspector se sentó a su mesa favorita y esperó. Dika se asomó, soltó un escueto «Hola» y regresó a la cocina. No era una conducta habitual en la extrovertida novia de su amigo. Al cabo de pocos minutos, el propio dueño del bar se acercó con la bandeja en la que llevaba las rosquillas, y dos tazas de café. Dejó sobre la mesa lo que traía y se sentó con Néstor.

—¿Le ocurre algo a Dika? —preguntó el inspector.

Gyula carraspeó, lanzó una mirada fugaz a la cocina para comprobar que su novia seguía allí, y solo entonces respondió a Salazar.

—Está cabreada contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Solidaridad femenina, dice. Según ella, la «psiquiatra» de Paca es una lagarta de cuidado que quiere quitarle el novio a la pobre Sofía. Y tú, como todos los hombres, eres un calzonazos que no puede ver una escoba con faldas sin dejarse llevar. Palabras textuales.

El inspector enarcó las cejas ante la descripción. Joder, cómo estaba el patio. Tomó un sorbo de café para despejarse, que bastante falta le iba a hacer.

—¿Puedes pedirle que venga?

Gyula se levantó de la mesa y fue a la cocina. Al cabo de un par de minutos regresó con una versión de Dika que Néstor no conocía. Su amiga mantenía el ceño fruncido y refunfuñaba. Se plantó junto a la mesa y cruzó los brazos. Mala señal. El inspector se armó de paciencia antes de hablar.

—Gyula me contó que estás enfadada conmigo y por qué.

—No sabía que fueras un cotilla —le recriminó ella a su novio.

La expresión del tabernero fue de pura desolación. Le esperaba un día de malas caras y una noche en el sofá.

—Es mi amigo. Por eso hizo bien en advertirme, para que podamos aclarar esto de una vez.

—Vale. Acláralo pronto, que se me queman las magdalenas que tengo en el horno.

—De acuerdo. En primer lugar, Isabel no es ninguna lagarta. Es una profesional a quien contraté para que me ayudara con el problema de comportamiento de Paca. Y lo hizo muy bien, por cierto. En segundo lugar, no quiere quitarle nada a Sofía, porque ni siquiera la conoce y yo no soy un muñeco de tarta de bodas, que una mujer pueda quitarle a otra. ¡Algo tendré que opinar al respecto, digo yo! En tercer lugar, si algo no soy, es calzonazos. Además que respeto demasiado a las mujeres para compararlas con escobas, con o sin faldas. Y por último, una etóloga no es una «psiquiatra». ¡Que Paca es una gata, por Dios! Hasta yo lo reconozco.

En la medida en que Salazar soltaba su reprimenda, Dika desfrunció el ceño y bajó la cabeza con vergüenza.

—Lo lamento mucho, Néstor. Es que cuando te vi de risas con la lag… con la señora que cenó contigo anoche, pues me acordé de Sofía y me cabreé.

—Pero bueno, mujer. ¿En qué siglo vives tú? Que la chica me acompañó a cenar y conversamos un rato. Es más, se lo puedes contar a

Sofía y te aseguro que no le dará la menor importancia. No hay nada malo en ello.

—Yo, es que soy así —respondió Dika, con un encogimiento de hombros—. Me tomo esas cosas muy a pecho. Así que a ti ni se te ocurra invitar a otra a cenar, ¿Eh? ¡Que te descalabro! —le advirtió a su novio.

—¿Yo? Si yo no tengo tiempo de invitar a nadie —El ceño de Dika se volvió a fruncir—. Ni aunque lo tuviera, cariño. Yo solo ceno contigo.

—Mejor así. Si tienes razón, Néstor. Que yo sé mejor que nadie que tú eres legal. Perdóname, te prometo que no volveré a juzgarte. Que quién soy yo para hacerlo.

—Pues me alegra que lo pudiéramos resolver. Y ahora me voy, que ya amaneció y tengo mucho trabajo.

Salazar salió del bar en dirección a la comisaría y dejó a sus amigos discutiendo entre ellos, con la convicción de que se alegraba de no estar en el pellejo de Gyula. Apenas llegó, su teléfono comenzó a sonar.

—Don Braulio, ¿qué puedo hacer por usted?

—Pues no quisiera molestarte, Néstor, porque sé que estás muy ocupado, pero este asunto de los chicos ya me preocupa. A pesar de que empleé todos mis contactos, no hay noticias de ellos. Parece que se los hubiera tragado la tierra.

—Lo único que puedo decirle es que todavía están en España. No he recibido noticia de que intentaran cruzar la frontera.

—Yo que te digo, que no es normal. Alguien debió verlos en alguna parte, pero nada. Aquí hay algo raro y me preocupa.

—Usted siga preguntando, que yo intentaré también por mi lado. En alguna parte deben estar.

—Te agradezco mucho que me ayudes, hijo. Seguiré indagando mientras espero noticias de tu parte.

Salazar se preguntó dónde se habrían metido esos chicos para que un sabueso como don Braulio no diera con ellos. Al cabo de algunos minutos llegaron todos sus colegas.

Antes de que pudiera iniciarse una tertulia entre ellos, llegó el comisario y con su vozarrón ordenó iniciar a la reunión.

—Miguel. ¿Qué puedes decirnos de Kazun?

—Pues ayer me comuniqué con la Policía bosnia. Ahmed Kazun no tiene antecedentes criminales. Ellos me pusieron en contacto con su hermana, que por suerte habla inglés con fluidez. Debo reconocer que mejor

que yo. Su historia coincide con la de su hermano. En julio del año 1995, tropas del Ejército Popular Yugoslavo, acompañadas por elementos del Ejército de los Serbios en Bosnia, y un grupo paramilitar que se hacían llamar «Los Escorpiones» fueron los responsables de la matanza. Subieron a los bosnios a autobuses con la excusa de trasladarlos a territorio seguro, pero separaron a los hombres de sus familias. Incluso adolescentes y ancianos. Luego los despojaron de sus identificaciones y pertenencias y los asesinaron. Algunas mujeres y niños corrieron la misma suerte.

—¿No había cascos azules que protegían esa ciudad? —preguntó Sofía —. Recuerdo haber leído algo al respecto en la prensa.

—Se habían retirado. La ONU declaró Srebrenica como zona segura, así que desarmó a quienes se encontraban sitiados en la ciudad y retiró a los suyos.

—Pero los serbios conservaban sus armas.

—Así es. Según me dijo Hana, su padre trabajaba en las minas de sal, así que cuando le llegaron los primeros rumores, los escondió a Ahmed y a ella en los túneles del yacimiento.

—¿Por qué no se ocultaron él y su esposa? —preguntó Remigio.

—El señor Kazun estaba entre los que organizaban a los refugiados. Su ausencia hubiera sido notoria y desmoralizante.

—¿De qué grupo formaba parte Vukovic? —preguntó Salazar.

—Era paramilitar. Uno de «Los Escorpiones».

—¿Cuántas personas fueron asesinadas? —quiso saber Diji.

—Ocho mil. Su único crimen era pertenecer a la etnia bosnia musulmana.

Un pesado silencio se apoderó de la sala.

—¿Dónde estaba el resto del mundo? —preguntó Néstor en un murmullo.

—Muy ocupado: entre discusiones sobre el conflicto y exhortaciones a la paz. Las ejecuciones se hicieron sin mucho ruido, como suelen ser los genocidios en la historia. Las respuestas diplomáticas fueron tibias hasta que se descubrió la matanza.

—Se parece mucho a lo que ocurrió en Ruanda el año anterior —comentó Beatriz.

—Solo que en Ruanda murieron ochocientas mil personas —dijo Diji, con la voz entrecortada.

El ambiente se volvió tan pesado que el aire parecía irrespirable. Resultaba inconcebible que ambas matanzas pudieran ocurrir a las puertas del siglo XXI. Lo que más aturdió a los policías no fue la brutalidad de los «criminales», que de eso ya habían visto bastante, sino la permisividad y el silencio cómplice del «lado bueno del mundo».

—Muy bien, volvamos a lo nuestro —dijo el comisario, al mismo tiempo que daba una palmada que los sacó de su ensimismamiento—. Todo esto es abominable, pero no debemos distraernos de nuestro objetivo. ¿Cuáles son tus conclusiones después de la conversación con la hermana de Kazun?

—Ahmed tiene un motivo muy poderoso y no cuenta con coartada, pero es un pacifista activo según Hana. Desde Srebrenica, Kazun aborrece cualquier tipo de arma. Ella afirma que sería incapaz de coger una pistola, ni aunque le fuera la vida en ello.

—Es su hermana —argumentó Remigio—. ¿Qué otra cosa podría decir?

—También llamé a la escuela donde trabajaba en Bosnia. La directora se refirió a él más o menos en los mismos términos. Le pareció ridícula la idea de Ahmed empuñando un arma.

Salazar pensó en su propia aversión al vino como consecuencia de relacionarlo con el asesinato de su hermano.

—Una fobia como esa no es fácil de superar.

—¿Y si la fingió para desviar la atención cuando encontrara a Vukovic? —preguntó Remigio.

—Kazun vive en España desde hace siete años —dijo Néstor—. No tenía forma de saber que Goran se escondería aquí.

—De acuerdo, no lo perderemos de vista, pero yo tampoco lo consideraría el principal sospechoso —opinó Santiago.

Antes de que el comisario le concediera la palabra a alguien más, Beatriz levantó la mano como si estuviera en el colegio. Con un gesto de la cabeza, Santiago la autorizó a hablar.

—Acaba de llegar el informe de la UNI en Canillas, señor.

Santiago frunció el ceño, pues no sabía a qué se refería Araya.

—Es la prueba de parafina —aclaró Néstor—. La solicité la noche que encontraron los cadáveres y detuvieron a David. ¿Cuál es el resultado, Beatriz?

—Negativo, señor. Según la Unidad de Investigaciones, no hay evidencias de que David Acosta hubiera disparado el arma.

—Sabéis que esa prueba no es concluyente —protestó Remigio.

—Pero nos proporciona un indicio —opinó Néstor—, y si lo sumamos al patrón de las manchas de sangre y la intoxicación del chico en el momento de su arresto, convendréis conmigo en que refuerza nuestra teoría de que hicieron lo posible por inculparlo.

Toro dio un resoplido que hizo honor a su apellido.

—Cómo me fastidia que tengas razón, Salazar. Con lo sencillo que sería todo si pudiéramos demostrar que fue el chico Acosta. Un yonqui menos en las calles.

—Y un asesino libre —le recriminó el inspector jefe—. No seas cenutrio, Remigio. No se trata de arrestar a un culpable, sino a «el culpable».

—Que sí, que sí. Ya lo sé. Es que uno ya no tiene derecho ni a quejarse.

—En lugar de protestar, ¿por qué no nos informas sobre el interrogatorio al desfalcador?

—¿Alonso? Menudo elemento. Trabaja en Vincomar desde hace cinco años y sobrefactura desde hace tres.

—Debe tener cómplices —sugirió Pedrera.

—Por supuesto. Se trata de dos sujetos entre los proveedores de material para la fabricación de las máquinas. Engordan los montos de las facturas un tres por ciento, Vincomar paga, y los tres amigos se quedan con la diferencia.

—Tres por ciento no parece mucho como para correr un riesgo así —opinó Pedrera.

—Lo es cuando las facturas son de cientos de miles de euros.

—¿Te proporcionó los nombres de sus compinches? —preguntó el comisario.

—Sí, señor. Se mostró muy colaborador.

—¿Y con respecto al homicidio? ¿Lo considerarías sospechoso?

—Pues al menos a este podemos descartarlo. En la fecha de la matanza se encontraba de viaje por motivos de trabajo.

—¿Dónde?

—En Lisboa.

—¿Lo comprobaste?

—¿Por quién me tomas? Por supuesto.

Capítulo 18.

Después de que Remigio confirmó que el desfalco no se relacionaba con el asesinato de la familia, volvieron a discutir acerca de la posibilidad de que Bustillos estuviera involucrado. Miguel era partidario de mantenerlo en la lista de sospechosos.

—Tal vez no desfalcara a la empresa, pero con casi toda la familia muerta y el único sobreviviente desheredado, el socio se convierte en el dueño absoluto de una empresa que vale millones de euros.

—Esos millones no le servirán de nada —argumentó Salazar—. Una vez descubierta la verdadera identidad de Acosta y el origen criminal de su dinero, es solo cuestión de tiempo para que algún juez incaute la empresa y las cuentas. Bustillos saldrá bien librado si no lo acusan por lavado.

—Eso está claro ahora, pero ¿lo sabía Bustillos cuando Acosta solo era un socio rico e incómodo?

Salazar se encogió de hombros.

—No creo que fuera tan ingenuo como para no sospechar que había algo turbio en el origen de ese capital. Tal vez no llegó a intuir la verdad, pero estoy seguro de que era consciente de que con Vincomar lavaban capitales, aunque no conociera con precisión de qué delito se trataba. Y en semejante situación, cualquier intervención de las autoridades sería indeseable. No creo que corriera el riesgo.

—¿Qué te hace suponer que lo sospechaba? —le preguntó Santiago.

—De la nada apareció un sujeto dispuesto a invertir una suma fabulosa para fundar una fábrica en una rama de la que no tenía la menor idea. Por si fuera poco cedió un porcentaje importante de las acciones del negocio a un don nadie, con nombre reconocible y contactos, eso sí, pero un don nadie al fin. ¿Y Bustillos lo vio normal? ¿Por qué iba Acosta a exponer su capital en una empresa tan arriesgada, a no ser que quisiera justificar el origen del dinero?

—Pero Bustillos era un buen socio —argumentó Sofía—. La empresa resultó un éxito.

—Sin embargo, no olvidemos que era la primera vez que Rogelio asumía semejante responsabilidad, así que nadie sabía cómo sería su desempeño. Erasmo invirtió casi a ciegas y le salió bien, pero es evidente que lo que más le interesaba no era la productividad de Vincomar, sino la justificación que le proporcionaba al origen de sus ingresos. Y su socio debió comprenderlo.

—¿Cuál es tu punto, Néstor? —le preguntó Miguel.

—Que Rogelio debía sospechar que el dinero de Erasmo tenía un origen turbio, así que no creo que corriera el riesgo de asesinar a la familia, y como consecuencia forzar una investigación sobre su socio. Podía terminar con las tablas en la cabeza, que es lo que ocurrirá.

—Tal vez Bustillos no es tan listo como crees, y no tenía idea de la ilegalidad del dinero.

—Yo no apostaría por ello.

—Así que tú lo descartarías como sospechoso —quiso saber Remigio.

—Lo veo menos probable que antes. Además, no olvidemos que tiene coartada.

—Una muy débil.

—La fragilidad de una coartada no implica que sea falsa —insistió Néstor.

—¿A quién ves tú entonces como el sospechoso más probable?

—Ahora mismo no lo tengo claro.

—De acuerdo, quitaremos el foco del socio —aceptó Santiago—. Todavía nos quedan Mateo Rondón, Guillermo Caro, Ahmed Kazun, Jaso y sus hombres… ¿Alguien más?

—Los parientes y amigos de las ocho mil víctimas de Srebrenica —dijo Remigio, con sarcasmo—. Con esta investigación no hay por dónde avanzar. Es como un erizo: lo mires por donde lo mires, solo encuentras obstáculos.

Antes de que el comisario pudiera reprender a Toro por el comentario, Diji tomó la palabra.

—Tal vez podamos filtrar un poco esa lista, señor. Ayer por la tarde recibí información de las autoridades serbias. Nos enviaron una copia digitalizada del expediente de Goran Vukovic. Anoche me ocupé de revisarlo.

—¿Descubriste algo interesante?

—Vukovic era comandante de una unidad dentro de «Los Escorpiones»; un grupo paramilitar de exterminio, que era parte de la Policía de Milosevic. En realidad, él pertenecía al ejército, y debido a sus «habilidades» lo destinaron a esa actividad.

—Eso nos da una medida del tipo de criminal que era Vukovic, pero no es nada que no supiéramos —se quejó Remigio.

—¿Existe algún dato acerca de sus relaciones personales? —preguntó Néstor—. Me refiero a cómplices, aliados, amigos…

—«Los Escorpiones» fueron juzgados después de la guerra. Algunos mencionaron el nombre de Vukovic, pero ninguno reconoció trato personal con él. Al parecer era mal visto hasta por el grupo de asesinos al que pertenecía. Sin embargo, en el expediente se hace mención de varias amantes.

—¿Están identificadas?

—Solo dos. Una todavía vive en Serbia y quisiera que su relación con Goran cayera en el olvido. La otra desapareció.

—¿Desapareció?

—Un día no regresó a su casa y nadie volvió a saber de ella.

—¿En qué fecha ocurrió eso?

—Pocos meses antes de que el propio Vukovic huyera con su familia.

Néstor se quedó pensativo. Con una persona tan compleja y con tantos enemigos como Goran, la desaparición de la amante podría tener una importancia capital, o nada que ver con lo que ocurrió.

—¿Sabemos su nombre?

—Vesna Stevanovic.

—¿Crees que pudo estar involucrada en el crimen de los Acosta? —preguntó Sofía.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy convencido es de que debemos investigarla.

—Ya le pedí a la Policía serbia que nos proporcionen todo lo que tengan sobre ella —les informó Diji.

—¿Qué es lo que piensan los serbios respecto a esta desaparición?

—En un principio la investigaron como delito. Temían que la señora Stevanovic hubiera terminado en una tumba anónima.

—Siendo amante de Vukovic, yo pensaría lo mismo —reconoció Sofía.

—No encontraron ninguna evidencia, ni de que estuviera viva, ni de lo contrario. Según el detective con el que hablé, fue como si se la hubiera tragado la tierra.

Salazar se mantuvo en silencio mientras su cabeza barajaba todas las hipótesis posibles. El comisario comprendió que algo le preocupaba.

—¿En qué piensas?

—En algo que dijo Remigio hace algunos días: que el asesinato pudo ser perpetrado por más de una persona, y que podía haber una amante despechada involucrada.

—¿Stevanovic?

—Vamos a suponer por un momento que Vesna huyó de Serbia antes que la familia Vukovic. Si guardaba rencor contra Goran y su esposa, eso explicaría muchas cosas.

—¿Y quién sería su cómplice? —preguntó Remigio—. Porque ya comprobamos que una mujer sola no hubiera tenido fuerza física para mover los cadáveres y montar la escena.

Salazar se encogió de hombros.

—Es posible que se aliara con alguno de los enemigos naturales de Goran.

—Lo cual nos dejaría de nuevo en la casilla de salida.

—Tal vez la Policía serbia esté en lo cierto y ella no sea la asesina, sino la víctima —sugirió Beatriz—. Vukovic era un criminal involucrado en crímenes de guerra y es posible que su amante le resultara peligrosa. Sobre todo si hubo confesiones de alcoba.

—Es un buen punto —aprobó Salazar—. Goran pudo asesinarla y hacer desaparecer su cuerpo por considerarla peligrosa, debido a lo que sabía.

—En ese caso, el asesino podría ser alguien cercano a Vesna Stevanovic, que quisiera cobrar venganza.

—Como si no tuviéramos suficiente con las ocho mil víctimas de Srebrenica —se volvió a quejar Remigio.

—¿Y si en lugar de asesinarla fue él quien la sacó de Serbia? —propuso Miguel—. No tenemos ninguna evidencia de que está muerta, más allá de que era amante de un asesino.

—Tienes razón. Es una posibilidad que debemos tener en cuenta. Goran pudo sacar a su amante antes que a su familia. Eso también le habría servido para comprobar qué tan confiables eran las falsificaciones antes de arriesgarse a usarlas él mismo.

—¿Crees que Stevanovic podría estar en España?

—Los falsificadores no se anuncian en las esquinas —argumentó Néstor—. Una vez que contactó uno, trataría de resolver todas sus falsas identidades a través de él. Así que si me preguntáis mi opinión, si Vesna no está en una zanja serbia, debe vivir en Alemania, o en España. Remigio, visita a nuestro amigo Teófilo y pregúntale si él recibió el encargo de falsificar los documentos de identidad de Vesna. Y si es así, cuál es el nombre que usa ahora.

—¿Y si le hizo el encargo al falsificador alemán? —sugirió Miguel.

—Localizar a ese sería imposible. Ni siquiera sabemos en qué lugar de Alemania lo contrataron. Esperemos que Rosales haya sido el artista que eligió Goran. ¿Hay algún otro dato importante en el expediente, Diji?

—No sé si tenga algo que ver con el caso, señor, pero cuando desapareció, Vesna Stevanovic estaba embarazada.

Capítulo 19.

El anuncio de Diji con respecto a la mujer que acababa de convertirse en el foco de atención de los policías los confundió. ¿Sabría Goran acerca del embarazo? Y si Vesna se lo dijo, ¿cómo reaccionó? Todo dependía de los sentimientos que ella despertara en Vukovic. Pudo ser el desencadenante para que la asesinara, o para que la protegiera. Cheick los sacó de sus razonamientos, al volver a tomar la palabra.

—La compañía telefónica también respondió. El número con el cual se comunicaba Erasmo está a nombre de Rusbel Zec.

—¡Glasnik!

—Pero Zec murió hace dos años en Serbia —les recordó Beatriz.

—Pues el teléfono estuvo activo hasta hace seis semanas, cuando desapareció. La última triangulación lo ubicó en Logroño.

—Es evidente que Glasnik fue el intermediario entre Goran y quien usaba el teléfono —dijo Néstor.

—Alguien con quien Erasmo se mantuvo comunicado hasta hace seis semanas —puntualizó Santiago—. ¿Otro «Escorpión»?

—O Vesna —sugirió Salazar—. Si se tomó la molestia de proporcionarle una nueva identidad a su amante, ¿por qué no mantener la comunicación con ella? Después de todo, tenían un hijo en común.

—Es un buen punto —lo apoyó el comisario—. Remigio, necesitamos que el falsificador nos diga la verdad con respecto a Stevanovic.

—Déjelo de mi cuenta, jefe.

—Colaborará —opinó Néstor—. Teófilo está muy interesado en pasar a la nómina de los informantes.

El comisario centró su atención en el pizarrón, mientras hacía un mapa mental de los siguientes pasos.

—Es preciso que eliminemos sospechosos de la lista, así que tenemos mucho trabajo por delante. Beatriz, insiste con Europol. Necesitamos

interrogar a Jaso y su equipo.

—Sí, señor.

—Miguel, a ver qué puedes averiguar en la calle acerca de Mateo Rondón. Diji, habla con los compañeros de trabajo de Guillermo Caro —Ambos detectives asintieron y murmuraron un «Sí, señor»—. Sofía, tú te encargarás de Ahmed Kazun. Quiero saber todo sobre estos sospechosos: quiénes son, como se comportan, si tienen conductas agresivas, si alguna vez mencionaron a Erasmo Acosta y en qué términos lo hicieron. Ya es hora de que aclaremos este galimatías.

Después de que el comisario les asignó sus tareas, los policías comprendieron que la reunión había terminado y se dispersaron. Beatriz fue la única que se quedó sentada ante su ordenador. Solo entonces, Santiago se concentró en su hermano, pero antes de que le diera una orden, Salazar se le adelantó.

—Yo me ocuparé de estudiar el expediente de Glasnik. Tal vez encuentre algún dato que nos permita averiguar para quién era el teléfono que estaba a su nombre.

—De acuerdo.

—Sin embargo, antes de ponerme con ello, necesito que me concedas un par de horas para resolver otro asunto.

—¿De qué se trata? No quiero que te distraigas del caso Acosta.

—Es personal. Descuida, no me llevará mucho tiempo. Luego dedicaré las horas que sean necesarias a Rusbel Zec.

—Muy bien, haz lo que tengas que hacer.

Cuando el comisario regresó a su despacho, Salazar bajó a la recepción y le dijo a García que necesitaba un vehículo que le permitiera moverse con rapidez. El oficial desplegó una sonrisa malévola.

—¿Con rapidez, inspector jefe? ¿Está usted seguro?

Néstor estuvo a punto de desdecirse, pero lo que había en juego era muy importante, así que se resignó y asintió. Cinco minutos después estaba de paquete en la motocicleta de Echevarría y veía pasar a toda velocidad el asfalto bajo sus pies y su vida delante de sus ojos. ¡Había que ver lo que le gustaba la velocidad a ese chico! Salazar se aferró con tanta fuerza a la chaqueta de Ander, que por un momento creyó que le abriría agujeros con las uñas.

Tres recuerdos a muertos y cuatro alaridos de terror después, llegaron a su destino frente a la comisaría de «San Idelfonso», donde Verónica y

Damián fueron vistos por última vez. Como siempre, el sonriente Ander le ofreció esperar para llevarlo de regreso. Con un suspiro, el inspector aceptó. Debía cumplir la promesa que le hizo a Santiago.

El paseo calle arriba y calle abajo lo ayudó a recuperar la fuerza en las piernas. Tuvo suerte en encontrar lo que buscaba. En diagonal a la comisaría había una agencia bancaria. Salazar se dirigió hacia allí, pidió hablar con el gerente y se identificó. Salió al cabo de veinte minutos, se persignó aunque no era creyente y volvió a subir a la motocicleta de Echevarría. Cuando llegó a la comisaría estaba más pálido que un vampiro con anemia.

Después de murmurar algo a García entre dientes cuando pasó a su lado, subió a su despacho y estuvo las dos horas siguientes visualizando las grabaciones captadas por las cámaras de seguridad del Banco. El frente de la comisaría se veía a la perfección. Salazar se centró en torno a la fecha en que arrestaron a los chicos.

Los reconoció gracias a las fotografías que Evelia le envió por internet. No había duda de que eran ellos. Reprodujo de nuevo la grabación. Era de día y ambos salían de la comisaría. Un hombre los abordó, pero estaba de espaldas a la cámara y no era identificable. Después de una corta conversación, los tres subieron a un coche que estaba aparcado al frente de la comisaría. Por más que Salazar se esforzó, no fue capaz de discernir la matrícula.

La grabación era de mala calidad, pero estaba seguro de que se trataba de un Seat Ibiza de color claro y no demasiado viejo. En la luna trasera tenía una pegatina, pero no era posible identificarla. Lo mismo ocurría con la matrícula. Necesitaría ayuda. Miró el reloj y comprobó que era media tarde, así que decidió comer algo y hacer una visita.

Después de un almuerzo ligero en el bar de la plaza, el inspector cogió un taxi que lo dejó en la Jefatura Superior. Unos minutos después, el jefe de criminalística lo veía entrar al laboratorio. Su mirada se enfocó en las manos del inspector, que estaban ocupadas con una bandeja de pasteles y un vaso de polipropileno que prometía café caliente.

Barros desplegó una sonrisa y la ocultó de inmediato detrás de un fruncimiento de ceño, que acompañó con un bufido de hartazgo.

—¿Ya vienes a dar la tabarra otra vez, Salazar? Hasta donde recuerdo, no hay ningún peritaje pendiente de vuestro caso.

—Lo sé, Casi. Por eso te traje estos pasteles, para agradecerte por un trabajo rápido y eficiente.

—Deja de hacerme la pelota —refunfuñó Barros, mientras le arrebataba el vaso y la bandeja de las manos a Néstor—. ¿De qué son?

—Variados.

—¿Alguno con crema y chocolate?

—Un par de ellos.

—Aunque eres más pesado que un submarino a remos, debo reconocer que cuando se trata de dulces tienes buen gusto.

—¿Tu mujer todavía te tiene a dieta? —preguntó Salazar con su cara de falsa inocencia mejor ensayada.

—¿Mi mujer? Es más pesada que tú, que no es poco —se quejó Casimiro, mientras atacaba el primer pastel y daba un sorbo al café—. Experimenta con cuanta dieta se le cruza por delante. Y no contenta con hacerla ella, me la impone. Con decirte que hoy mi almuerzo consistió en un huevo cocido y dos hojas de lechuga. Tengo más hambre que el perro de un volatinero.

—Lo lamento mucho, Casi.

—Serás hipócrita. Si a ti te viene que ni pintada la manía de mi mujer. ¿Qué quieres?

Salazar suspiró con cara de incomprendido, mientras ya Barros daba cuenta del tercer pastel. El inspector esperó a que se lo terminara. Calculó que si comía un poco más de azúcar tendría mejor humor y más disposición a ayudarlo. Casimiro envolvió el resto de los dulces y ordenó a uno de los ayudantes que se los guardara en el frigorífico del personal para comérselos un poco más tarde, pero que se cuidara de dejar una nota donde quedara claro que eran suyos.

—Os advierto que al que se le ocurra tocarlos, le doy una hostia, que palmo yo también con la onda expansiva. Y tú suéltalo de una vez, ¿cuál es ese favor que quieres que te haga?

—Me hiere en lo más profundo que me consideres tan interesado, Casi.

—No seas fariseo. Tú no das puntada sin hilo. A ver, suéltalo.

Salazar le contó en pocas palabras acerca del caso de Quintero y la última pista que tenían de los chicos.

—Esta vez si te pasaste de la raya. ¿Quieres que ocupe mi tiempo en un caso que investiga un detective privado?

—No, bueno sí, pero no porque lo investigue don Braulio, sino porque temo que los chicos pudieran estar metidos en un lío y necesitar nuestra ayuda. No es normal que después de tanto tiempo ninguna de sus familias tenga noticia de ellos. Y ese sujeto que los abordó a la salida de la comisaría me causó mala impresión. Sobre todo después de que se descubrió el asunto de la trata de blancas.

—Te confieso que yo a don Braulio también lo conozco de cuando era comisario aquí, y lo respeto mucho, pero no se… ¿Estás seguro de que los muchachos están en peligro?

—Llámalo intuición de policía.

—Tu «intuición de policía» es más peligrosa que un barbero con hipo. Está bien. Solicitaré un peritaje para estas grabaciones a ver si identificamos al individuo ese, o a su coche, pero tendrás que esperar a que el técnico termine su jornada. Puedo pedírselo como un favor fuera del horario de trabajo, pero de ninguna manera lo distraeré de sus obligaciones, ¿está claro?

—Por supuesto, Casi.

—De acuerdo, entonces ahueca el ala, que tengo trabajo. Y gracias por los pasteles.

—¿Y eso? Es la primera vez que me agradeces lo que te traigo.

—No te emociones. Es que mi mujer me comentó acerca de una nueva dieta que llaman algo así como «ayuno intermitente», y a mí la palabra «ayuno» me causa urticaria, así que quiero asegurarme de que me mantendrás bien aprovisionado.

—Cuenta con ello —le aseguró el inspector, antes de despedirse y salir de vuelta a «San Miguel».

Capítulo 20.

El sol comenzaba a ocultarse y un chaparrón caía sin misericordia cuando Néstor llegó a «San Miguel». El inspector iba dispuesto a estudiar el expediente de Glasnik. Esperaba encontrar algún dato que le permitiera deducir a quién pertenecía el teléfono que contrató el serbio. Aunque si hubiera tenido que apostar, lo habría hecho por Vesna Stevanovic.

En cuanto Salazar pisó la comisaría, García le dijo que lo esperaban en la sala común. El comisario quería reunirse con los detectives presentes, aunque la mitad del personal se ocupaba de las tareas que asignó por la mañana y ya no los esperaban. El inspector dedujo que había novedades y que eran importantes.

En efecto, cuando llegó al tercer piso encontró a Remigio echado hacia atrás en el asiento con aire satisfecho. Santiago miraba el pizarrón, como si en él pudiera leer las respuestas a los misterios de la vida, y Beatriz tecleaba sin descanso. Salazar anunció su llegada con un saludo que hizo que Toro enderezara la silla, Beatriz dejara de golpear el teclado y el comisario mirara en su dirección.

—Me alegra que ya estés aquí, Néstor —le dijo Ortiz—. Te esperábamos.

Salazar miró a Remigio.

—¿Teófilo te dijo algo interesante?

—Tenías razón. El primer encargo que Rosales recibió de Glasnik fue para una mujer que no formaba parte de la familia Vukovic.

—¿Por qué no lo mencionó cuando lo interrogamos?

—Según él, no había relacionado ambos encargos. Dice que vio a Glasnik como un intermediario que se ganaba una comisión buscando clientes entre los serbios que querían venir a España, y borrar su pasado.

—¿Y tú le crees?

—Por supuesto que no. Ya le advertí que si lo pillamos en otro renuncio como este, se puede despedir de su labor de informante.

—¿Te proporcionó el nombre que Vesna usa en España?

—Por supuesto. Vive bajo el alias de Dora Rojas. Beatriz está buscando la información sobre ella.

—De momento lo que pude averiguar es que está empadronada en Logroño —afirmó Araya—, y que no tiene antecedentes criminales.

—¿En qué trabaja?

—No lo hace. O al menos no hay ningún registro al respecto.

—Tal vez trabaja en negro —sugirió Toro.

—También es posible que Vukovic se ocupara de sus gastos.

—Remigio, encárgate de solicitar una orden al juez para indagar en las cuentas bancarias de la señora Rojas —ordenó Ortiz.

Toro asintió y tomó nota.

—Me parece conveniente entrevistar a Vesna —sugirió Néstor—. Envíame la dirección al móvil, Beatriz. Mañana temprano le haremos una visita Sofía y yo.

—Sí, señor.

—Así que Stevanovic no terminó en una zanja serbia —comentó Santiago—. Eso significa que puede estar involucrada en el asesinato de los Acosta.

Salazar se quedó pensativo antes de exponer su opinión.

—¿Pero por qué querría asesinar a su amante, si él la trajo hasta aquí y se ocupaba de ella? —preguntó Beatriz

—Sabemos que Goran la sacó de Serbia y le proporcionó una identidad falsa —reconoció Néstor—, pero es lo único de lo que tenemos constancia hasta ahora. No tenemos idea de si en realidad la protegió después de que llegó aquí, o si se desentendió de ella y su hijo. Además, Vukovic la usó como globo de ensayo para comprobar las probabilidades de éxito de su plan de escape, antes de ponerlo en práctica con su familia.

—Eso pudo motivar el resentimiento de la amante —dijo Santiago.

—Un resentimiento que se extendería a toda la familia. Explicaría el ensañamiento contra Erasmo y Diana.

—¿Y quién la ayudó? —preguntó Remigio— Porque sabemos que sola no pudo hacerlo.

—¿El hijo? —sugirió Néstor— ¿Qué edad tendría ahora?

Araya tecleó con rapidez, hizo una pausa y contempló la pantalla del ordenador antes de responder.

—Dora Rojas tuvo un hijo varón que nació en España. Su nombre es Daniel y tiene veintidós años.

—Un chico de esa edad estaría en capacidad de mover los cadáveres y preparar el escenario —señaló Ortiz, al mismo tiempo que se dirigía a la subinspectora—. Averigua todo lo que puedas sobre el joven. Necesitamos saber dónde está, si tiene antecedentes, y también interrogarlo.

—Sí, señor. Con respecto a su encargo anterior… Europol todavía busca a Jaso y sus hombres, pero me advirtieron que todo indica que ya abandonaron Europa.

—Era previsible —opinó Salazar—. Después del secuestro debían saber que trataríamos de arrestarlos, así que su próxima misión sería lo más lejos posible de nuestra jurisdicción.

—¡Pues yo los quiero en una de mis celdas! —se empecinó Santiago—. A ver si creen que pueden venir aquí, secuestrar a uno de mis hombres, e irse de rositas. Si Europol no puede con el encargo, contacta a Interpol. Ellos podrán darles caza en cualquier continente.

—Sí, señor.

Salazar enarcó las cejas y suspiró. Ortiz se sorprendió por su actitud indiferente.

—Tú fuiste el más perjudicado. ¿No te importa que escapen?

—Desde luego que me importa, pero si te soy honesto, creo que ya escaparon y que es una pérdida de tiempo perseguir fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Donde quiera que se encuentren usarán otros nombres, y estoy seguro de que tendrán otro aspecto. Es posible que se roten y que en su próxima asignación quien resulte visible no sea Jaso, ni siquiera Piraña. Podría ser cualquiera de ellos. Tal vez uno de los hombres que nunca llegué a ver. Lo que quiero decir es que se trata de un grupo de élite muy bien organizado, que sabe ocultarse a la vista.

—¿Y si ellos asesinaron a los Acosta?

—Si llegamos a esa conclusión, supongo que los mandos presionarán más a Interpol y a las autoridades bosnias a través de medios diplomáticos. ¿Dará resultado? Quién sabe. De lo que sí estoy seguro es que no será fácil.

—No parece importarte mucho que se escapen —observó Remigio.

—Todavía no creo que fueran ellos —confesó Salazar—, así que será mejor que nos centremos en los sospechosos que aún no descartamos.

—Como Vesna Stevanovic y su hijo.

—Por ejemplo.

—Tengo alguna información preliminar de Daniel Rojas —afirmó Beatriz.

—Muy bien. Adelante, dinos qué averiguaste —la autorizó Santiago.

—Daniel Rojas nació y creció en Logroño. No tiene antecedentes criminales. Al terminar el bachillerato, hace cuatro años, se mudó a Madrid para estudiar en la universidad Nebrija.

—¿Qué carrera?

—Liderazgo ejecutivo.

—¿Quién pagaba los gastos?

—Será necesaria una orden para averiguarlo —señaló Néstor—. Podrías sumar la solicitud a la de Dora Rojas, Remigio. También sería conveniente que tuviéramos una conversación con el hijo.

—Tengo una pregunta para el genio —dijo Toro—. Si Vera y Daniel asesinaron a los Acosta, ¿cómo se hicieron con la *Beretta*?

—Es evidente que el número telefónico en Logroño al que llamaba Erasmo pertenece a Vesna. Y era lo bastante importante para él como para que la arrastrara en su huida, así que es lógico suponer que mantenían un contacto personal, además de telefónico.

—¿Cree que ella continuaba recibiéndolo como amante? —preguntó Beatriz—. ¿Eso no sería muy peligroso para ambos?

—Por supuesto, y es muy probable que los primeros años guardaran las distancias, pero con el paso del tiempo, y en la medida en que Srebrenica desaparecía de los titulares para ocupar un espacio cada vez más pequeño en la historia, es posible que ganaran confianza y recuperaran el contacto.

—Muy bien, aceptemos que Erasmo tenía encuentros furtivos con su antigua amante —admitió Remigio—. Eso todavía no me explica cómo ella y su hijo tuvieron acceso a la *Beretta*.

—No olvidemos que las evidencias contra Vesna y Daniel son circunstanciales y que no encontramos nada concreto que los inculpe, pero si Stevanovic reanudó el contacto con su amante, quiere decir que él confiaba en ella. Tal vez Dora le robó la llave de la vitrina durante una de sus visitas de alcoba, o inventó alguna historia que justificara que necesitaba un arma para que él mismo se la proporcionara…

Antes de que alguien pudiera opinar sobre los argumentos de Salazar, los interrumpió el teléfono del escritorio de Remigio. Se hizo el silencio. Solo Lali estaba facultada para pasar una llamada a esa extensión y era seguro que no lo haría sin una buena razón.

Santiago levantó el auricular y escuchó. Su rostro se ensombreció, dio las gracias a la secretaria y colgó el teléfono.

—Tenemos un aviso de emergencia. Acaban de encontrar un cadáver en un descampado del sureste de la ciudad.



Tercera parte.

Capítulo 1.

En medio de la oscuridad y el frío del atardecer invernal, una lluvia calabobos acompañó a Néstor y Beatriz hasta el descampado donde se reportó el encuentro del cadáver, junto a la calle Fuenmayor. Se trasladaron en un coche oficial, y supieron que estaban en el lugar correcto por la sorprendente iluminación que proporcionaban las luces de las patrullas, y las lámparas led que Científica ubicó en posición estratégica en la escena del crimen.

El coche que los transportaba abandonó el asfalto y se adentró en un camino de tierra que la lluvia había convertido en un lodazal, así que se vieron obligados a detenerse a una distancia prudente, y recorrer los últimos metros a pie. El sirimiri los caló a los pocos minutos. Néstor agradeció la protección del gabán y miró a su compañera, que llevaba un plumífero con capucha de un color púrpura chillón. Al menos no pasaría frío.

El olor a tierra húmeda impregnó las fosas nasales del inspector y los pies se le hundieron en el barro. Salazar se estremeció. No supo si fue por el frío y la humedad, o por lo tenebroso que resultaba el hallazgo de un cadáver en semejante lugar. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que él pudo terminar así después de la aventura con los bosnios. Para sacudirse tan lúgubres pensamientos se acercó al juez, quien escuchaba con atención al forense. El equipo de Científica había extendido una lona que abarcaba varios metros cuadrados, con la finalidad de preservar las evidencias de la pertinaz lluvia. Como beneficio secundario servía de improvisado techo para quienes trabajaban expuestos a la intemperie. En el centro de la actividad había un cuerpo, que estaba cubierto con una tela impermeable. Lo enfocaban las luces de todas las lámparas.

—Me alegra que le asignaran este caso, inspector Salazar —le dijo Aristigueta, al mismo tiempo que le estrechaba la mano—. Siempre es un placer trabajar con usted.

—Néstor. Ya veo que tu jefe te reserva los casos más chungos —comentó el forense a modo de saludo—. ¿Dónde dejaste a Sofía?

—Se ocupa de otro encargo. Aunque a esta hora y con este tiempo espero que ya haya llegado a su casa.

—Hola, Beatriz. No andes mucho con este, que tiene una suerte fatal —comentó el doctor Molina, con una sonrisa burlona.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Néstor, mientras se acercaba al cuerpo.

—Varón en la veintena —respondió Javier—. Tiene un disparo a quemarropa en la cabeza.

—¿Suicidio?

—No lo creo, a menos que decidiera suicidarse colocando el cañón de la pistola en el occipital. Sería una postura un poco incómoda para apretar el gatillo —dijo Molina con sorna—. Yo diría que se trató de una ejecución.

—¿Lo asesinaron aquí?

—Es la conclusión a la que llegó Científica.

—¿Nadie escuchó el disparo? —preguntó Néstor, mientras miraba los adosados más cercanos.

—Este es un lugar muy apartado y solitario —intervino una voz a la espalda de Salazar. El inspector se giró y se encontró con un sargento de la Guardia Civil. Se saludaron con una ligera inclinación de las cabezas, y el guardia continuó su explicación—. Recibimos la llamada de uno de los vecinos de aquellos chalés para avisarnos de que encontró un cadáver semienterrado.

Néstor siguió la dirección a la que apuntaba el sargento y pudo ver algunas construcciones aisladas y un grupo de adosados, que desentonaban en ese paraje solitario, como un carro de bueyes en una carrera de Fórmula 1.

—¿Cuál es el nombre del vecino que encontró el cuerpo?

—Aníbal Prado —respondió el guardia, después de mirar su cuaderno de notas.

Vamos, me gustaría hablar con él. El sargento no se movió. En cambio, miró al juez a los ojos.

—Señor, creo que este caso entra en nuestra jurisdicción. No es un asunto que competa a la Policía Nacional.

—Se equivoca, sargento. Apenas estamos en el límite de la ciudad, pero aunque usted no lo crea, no hemos salido de Haro.

El guardia frunció el ceño, contuvo un resoplido y llevó al policía con pinta de refugiado hasta donde aguardaba Prado. No tenía sentido perder el tiempo en una discusión con el juez.

Se acercaron a un cincuentón que movía las piernas como si tuviera hormigas en los pantalones, y se pasaba la mano por la calva una y otra vez. Néstor no lo culpaba. Encontrar un cadáver a pocos metros del jardín era suficiente para enervar a cualquiera. El señor Prado miró al inspector de arriba abajo, sin ocultar su desconcierto. Bien, eso conseguiría que no lo tomara en serio y bajara la guardia si tenía algo que ocultar. La tendencia humana de subestimar a una persona solo por su aspecto físico le venía de perlas en su trabajo. En ese sentido encontraba más lista a su gata, que no se dejaba embaucar por las apariencias con tanta facilidad.

—¿Qué hacía en este lugar en una noche como esta, señor Prado? —le preguntó Néstor después de las presentaciones.

—Buscaba a mi perro. Vivo en uno de los adosados y Blacky se comporta en forma muy extraña desde hace algunos días. Cuando amainó la lluvia lo dejé salir al jardín. Entonces saltó la cerca y corrió en esta dirección. Lo seguí, y lo encontré en este lugar. Olfateaba algo. Me acerqué y vi una mano que salía de la tierra. Me asusté mucho, por supuesto. Corrí a la casa y llamé a la Policía.

Salazar le pidió a Prado que se acercara a la comisaría para que declarara. Luego regresó junto a sus colegas.

—¿Puedes calcular la hora del homicidio? —le preguntó el inspector a Molina.

—¿La hora? Este chico lleva muerto varios días.

—¿Cómo fue que no lo encontraron hasta ahora, si solo estaba medio enterrado? —quiso saber el inspector.

—Eso te lo respondo yo —intervino Casimiro, mientras se acercaba—. Por lo que apreciamos en el terreno, el asesino enterró el cuerpo, pero el agujero no era muy profundo, así que la tierra se removió con la lluvia de esta tarde y... Lo demás es evidente.

—Me gustaría verlo —le pidió Néstor al forense.

Por toda respuesta, Molina retiró la tela del rostro del cadáver y Salazar dejó escapar un suspiro.

—¿Lo conoces? —le preguntó Barros.

—Es el chico del que te hablé esta tarde, Casi. El que se fugó con su novia. Así que ya el caso es oficial y puedes darle prioridad.

—Pondré a dos de mis hombres a ver las grabaciones —anunció el jefe de Científica, mientras se alejaba del grupo.

—¿A qué grabaciones se refiere el jefe Barros? —preguntó Aristigueta — ¿Desea compartir algo con nosotros, inspector?

En pocas palabras, Néstor les informó acerca de la investigación de don Braulio, así como de la red delictiva que descubrieron gracias a él.

—¿Cree que el asesinato de este chico tenga relación con la pelea del bar?

—Podría ser, aunque el proxeneta se encuentra detenido desde ayer.

—El joven lleva muerto varios días —anunció el forense—. Ese sujeto pudo asesinarlo antes de que lo arrestaran.

—Sí. Es cierto. No es descabellado pensar que el Lagartija quisiera cobrarse la humillación.

—Pero no es lo que usted cree —asumió el juez, por el tono de voz de Salazar.

—Estaría de acuerdo con esa teoría si no hubiera visto las grabaciones de la cámara del banco, pero ese sujeto que los abordó a la salida de la comisaría y la forma en que ambos subieron al coche… Miraban a todos lados, como si esperaran que alguien los ayudara.

—¿Crees que ese hombre los obligó a acompañarlo?

—Estoy casi seguro de que fue así. Considero vital identificarlo.

—El coche debería ayudar —opinó Beatriz, con timidez.

—Lo hará si conseguimos descifrar la matrícula, o la pegatina.

Los empleados de la morgue llegaron en ese momento y le preguntaron al doctor Molina si podían llevarse el cadáver. El forense miró a Néstor y él asintió para mostrar su conformidad.

—¿Encontraron la bala o algún casquillo?

—Negativo. Tal vez se los llevó el asesino.

—¿Sabemos el tipo de arma?

—Lo que puedo decirte es que se trata de un calibre alto —respondió Molina—. Al chico le volaron la tapa de los sesos a lo bestia.

—Le daré prioridad a este asunto —le prometió Barros—. Te enviaré un informe en cuanto lo tenga.

Salazar asintió y permaneció pensativo.

—Hay algo que lo preocupa, señor —observó Araya.

—Sí, es verdad. Me preguntaba dónde estará Verónica.

Capítulo 2.

Era casi medianoche y la lluvia volvía a arreciar cuando Salazar y Araya abandonaron el descampado. Ya el cadáver iba camino de la morgue y en la escena del crimen dejaron al equipo de Científica, que con seguridad pasaría el resto de la noche ocupado con las evidencias.

El inspector envió a Beatriz a casa y se disponía a regresar él a la suya, pero la escena que presenció en el descampado lo deprimió tanto, que no se sentía con ánimos de quedarse solo. Reconoció que no se había tomado muy en serio la ayuda que le pidió don Braulio para encontrar a los chicos. Asumió que estarían disfrutando de su libertad.

Lo invadió el sentimiento de culpa. ¿Habría sido otro el resultado si él hubiera sido más eficiente para buscar a los chavales? Le atribuyó más importancia al caso Acosta, y nadie podría reprochárselo. Salvo él mismo. Debió prestar más atención a la voz de la experiencia encarnada en don Braulio. Tal vez entonces Damián Munguía estaría vivo.

La muerte del chico le dolía, pero quien más le preocupaba era Verónica. Tal vez ya estaba muerta, o en manos del sujeto del coche. Salazar comprendió que si existía la menor posibilidad de que la joven estuviera viva, era su obligación encontrarla y devolverla a su familia.

Aunque estaba muy cansado, Néstor sabía que no sería capaz de conciliar el sueño, así que entró a la comisaría. Treviño sustituía esa noche a García en la recepción de «San Miguel». Aquella misma tarde, el hospital iba a dar de alta al Lagartija, y él quería estar seguro de saber dónde podría localizarlo.

Después de una corta conversación, el oficial de la recepción indagó en el sistema acerca del destino del proxeneta.

—Está en prisión preventiva, señor. Lo trasladaron esta tarde desde el hospital.

—De acuerdo, Jeremías. Muchas gracias.

El siguiente paso fue llamar a don Braulio para darle la infausta noticia de la muerte de Damián. El detective escuchó en silencio y Néstor casi podía sentir el pesar del viejo policía a través de la línea.

—Me temía algo así desde que los chavales se cruzaron en el camino de esos impresentables del bar. Quisiera pedirte algo, Néstor.

—Usted dirá, don Braulio.

—Permíteme que sea yo quien les dé la noticia a sus padres. Creo que es lo menos que puedo hacer.

Salazar se quedó callado por unos segundos antes de responder.

—Usted sabe que este ya es un caso oficial, don Braulio, pero lo comprendo. Haremos algo. Deme la dirección de los Munguía y nos encontraremos allí. Dejaré que usted les dé la noticia, pero quiero estar presente para observar su reacción.

—No creerás que su familia…

—De momento, mi principal sospechoso es una silueta mal definida en una grabación de seguridad, pero si queremos encontrar a la joven con vida a tiempo, no debemos dejar ningún cabo suelto.

—Tienes razón, hijo. Ya Evelia está en su casa, así que no me pidas que te envíe la dirección por ninguno de esos medios tecnológicos que usáis ahora. Anota…

El inspector le hizo señas a Treviño para que le proporcionara papel y un bolígrafo. Jeremías se los entregó de inmediato.

Cuarenta minutos después, Salazar se encontró con Quintero en el portal de los Munguía. Antes de subir le hizo un breve resumen de lo que vio en el descampado, así como de la existencia de las grabaciones donde aparecían los chicos.

—De modo que ni siquiera salieron de Haro —comentó el detective con un dejo de tristeza.

—Y yo de torpe esperando que me avisaran desde la frontera.

—No debes culparte, Néstor. No tenías forma de sospechar siquiera lo que ocurrió. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser ese sujeto?

—En las grabaciones solo es una silueta. Resultaría imposible identificarlo, ni siquiera con la intervención de los expertos. Creo que tenemos más esperanzas con el coche.

—Si los esperaba frente a la comisaría…

—Es porque sabía que estaban allí, con lo cual el Lagartija y sus socios serían los principales sospechosos.

—¿Qué hubieran ganado con ello?

—No lo sé. ¿Desquitarse tal vez?

—Tal vez —reconoció don Braulio, no muy convencido.

La visita a los Munguía sería uno de los momentos más desagradables que Salazar experimentaría por mucho tiempo. En cuanto la madre de Damián los vio a él y don Braulio en la puerta a esa hora de la noche, con aquel tiempo, no se necesitaron palabras para que comprendiera. La pobre mujer rompió a llorar y sufrió una crisis nerviosa. Por más de cinco minutos solo fue capaz de gritar «mi hijo, mi hijo».

La emergencia que se desencadenó los obligó a llamar a una ambulancia, y solo cuando los técnicos de emergencias resolvieron la situación, gracias a la administración de sedantes, fue que el policía y el detective pudieron explicarle al padre de Damián que su hijo apareció muerto y mal enterrado en un descampado. Una noticia capaz de derrumbar al más fuerte. Por suerte, el señor Munguía lo era, así que después de que recuperó la compostura, les prometió que acudiría a primera hora de la mañana a reconocer el cuerpo.

Salazar se sintió aliviado cuando abandonaron el piso y salieron a la calle, a pesar de la torrencial lluvia que se empeñaba en mantener un ambiente sombrío. A esa hora no les resultó fácil conseguir transporte. Néstor le cedió el primer taxi que pasó a don Braulio, quien esa noche había perdido esa chispa que lo caracterizaba, y que a Salazar siempre le arrancaba una sonrisa.

Desprovisto de paraguas, el gabán no fue suficiente para proteger al inspector de las gotas de lluvia que se le colaban por el cuello y lo empapaban de la cabeza a los pies. Ni siquiera lo notó. Solo podía pensar en Verónica y en que no le podía fallar. Todavía se sentía incapaz de encerrarse solo en su buhardilla. En una noche tan tétrica como esa, la compañía de Paca no le parecía suficiente, así que llamó a Sofía.

—Hola, Néstor. ¿Ocurre algo?

—Nada, es solo que te extraño y me gustaría pasar la noche contigo. ¿Podría ir a tu casa?

—Eh… ¿con este tiempo?

—La lluvia es lo de menos. Es solo que necesito estar contigo y abrazarte.

—No creo que sea buena idea, Néstor. Me siento muy cansada. Es mejor que lo dejemos para otro día. ¿Estás bien? No es habitual que me

llames a esta hora.

—Estoy bien —respondió él, con tristeza—. Disculpa, solo fue una idea estúpida. Ya nos reuniremos en otro momento.

—Nos veremos mañana. Además, Lali me llamó para decirme que debemos salir temprano para Logroño.

—Por supuesto. Hasta mañana.

Salazar colgó el móvil con el corazón en un puño. Pasados diez minutos cogía un taxi, después de ofrecerle al taxista el doble de lo que marcara el taxímetro. El chófer le confesó que se detuvo por pura compasión, y refunfuñó cuando ocupó el asiento del pasajero porque le iba a dejar el coche perdido con el agua que chorreaba de su ropa.

Cuando por fin llegó a su portal, Salazar subió las escaleras a toda prisa. Sentía más frío que un náufrago del Titanic, así que en cuanto entró, se quitó la ropa mojada y se metió debajo de la ducha caliente. Hacía tiempo que no se sentía tan vulnerable. Pensó en Vukovic, un hombre sin escrúpulos, egoísta y frío, cuya conducta era posible que hubiera acarreado la desgracia sobre su propia familia. Le recordó a su padrastro, lo cual a su vez evocó a Gabriel, su hermano muerto. A él también le falló, al igual que a Damián. Los gritos de la señora Munguía los tenía incrustados en los oídos, pero lo que predominaba sobre todas aquellas emociones y le hundía el ánimo eran las palabras de Sofía. Amables, sosegadas… e indiferentes.

Las lágrimas que brotaron de los ojos de Néstor quedaron ocultas por el agua de la ducha que caía sobre su cabeza y rodaba por sus mejillas. Cuando salió, se convenció a sí mismo de que nunca existieron. Después de vestirse, se acostó. Paca saltó a la cama y se acurrucó a su lado. El inspector le acarició el lomo, lo que hizo que la gata se estirara complacida.

—¿Cómo estuvo tu día, Paca?

—Mauuu.

—El mío fue terrible. El caso Acosta no tiene avances concretos. Además, les fallé a los chavales que buscaba don Braulio y también a mi amigo.

—Meu.

—No exagero. Debí comprender que don Braulio tenía razón y los jóvenes estaban en peligro. Sobre todo después de que detuvimos al Lagartija y a la Gripe.

—Brrrr.

—¿Más arriba? Está bien. Ahora sospechamos que la amante de Goran podría ser la asesina. Con un cómplice, por supuesto. Tal vez el hijo, aunque no tiene antecedentes. ¿Tú qué opinas?

—Meeuuu.

—Sí, es cierto. No tienes elementos de juicio. Veamos que nos dice mañana Vesna cuando la interroguemos.

—Maumau.

—Sí, tienes razón. No fue el caso de los Acosta el que me entristeció. La verdad es que el día se echó a perder cuando reconocí que el cadáver que encontraron esta tarde era Damián. Siento que no hice lo suficiente para protegerlo y que Verónica está allí afuera en algún lugar. Tal vez ya muerta, o herida, y yo no tengo idea de cuál ha sido su suerte.

—Maauuuu.

—Sí, me conoces bien, hay más. No te lo había contado, Paca, pero me temo que perdí a Sofía.

Capítulo 3.

El día siguiente amaneció frío y despejado. Salazar ostentaba unas ojeras que ya querría para sí un oso panda. Se pasó toda la noche dando vueltas en la cama, siendo Sofía la principal causa de su insomnio. Ahora la tenía frente a él, tan cerca... y a la vez tan distante. Ella lo saludó y pasó a su lado sin mencionar la corta conversación que sostuvieron la noche anterior, como si nunca hubiera ocurrido. Néstor recogió las llaves del Corsa y ambos lo usaron para desplazarse hasta Logroño.

El ambiente de la cabina del coche era pesado y opresivo. Hasta el inspector llegaba el olor del perfume de su compañera. El mismo que tantas veces impregnó sus fosas nasales cuando descansaban juntos en la intimidad, y ella reposaba la cabeza en el pecho de él, después de un rato de pasión desenfrenada. Se preguntó si alguna vez volverían a compartir esos momentos de intimidad. Prefería no pensar en ello, pero sus emociones lo traicionaban.

Viajaban en silencio, hasta que Sofía no lo soportó más.

—¿Qué te hace pensar que la amante de Vukovic pudo cometer el homicidio, cuando todo parece indicar que él la protegía?

—Yo diría que más bien la utilizó. La envió por delante con la documentación falsa y así comprobó que funcionaba para cuando él y el resto de la familia tuvieran que emplearla. Si Teófilo hubiera resultado menos eficiente en su… oficio, Vesna habría terminado en una prisión. Ella debe saberlo. ¿Cómo te fue con Kazun?

—No creo que sea él —confesó la subinspectora—. Si bien tenía motivos y carece de coartada, todos los que lo conocen coinciden en que sería incapaz de coger un arma. Mucho menos dispararla.

—Existen asesinos capaces de engañar a sus vecinos, amigos y familiares.

—No creo que sea el caso… Ahmed Kazun siente una verdadera aversión por cualquier tipo de arma. No quiere ni tocarlas. No hablemos ya de usarlas.

—¿A quiénes interrogaste?

—A su novia, sus compañeros de trabajo, su jefe y los amigos de la ONG donde presta colaboración como voluntario.

—¿A qué tipo de ONG pertenece?

—Defienden la protección de los derechos humanos. Cuando mencioné la posibilidad de que Kazun estuviera relacionado con el asesinato de los Acosta, se rieron de mí. La idea les pareció ridícula. Ahmed es un pacifista convencido.

—Tal como dijo su hermana.

La subinspectora asintió. Néstor se preguntó cómo podría abordar a Sofía y preguntarle por su cambio de conducta sin parecer un desquiciado, o celoso compulsivo, que era peor, pero tuvo que dejarlo para otro momento porque llegaron a su destino.

El apartamento de Dora Rojas estaba en un edificio bien cuidado, frente a una plaza en la avenida España. Llamaron al piso de Vesna desde el portal, pero no hubo respuesta, así que Salazar pisó el botón que estaba al lado. Les abrieron sin preguntar nada. Ambos subieron por las escaleras porque no tuvieron paciencia para esperar el ascensor, y la vivienda de los Stevanovic se encontraba en el primer piso.

Tocaron el timbre, pero después de mucho insistir no consiguieron respuesta.

—¿Fueron ustedes los que llamaron desde el portal? —preguntó la voz de una mujer mayor que apareció en el pasillo sin previo aviso. Salía del piso del frente.

Mientras esperaba la respuesta presionó el botón del ascensor.

—Sí, señora, Policía —se identificó Néstor, carné en mano—. ¿Puede decirnos su nombre, por favor.

—Roldana Ávila.

—¿Sabe usted si Dora Rojas vive aquí?

—Sí, esa es su casa.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla en este momento? Nos urge hablar con ella.

—Hace mucho tiempo que no la veo.

—¿Días, semanas?

—Yo diría que un par de meses, pero no tengo idea de dónde podría estar. Tal vez se mudó. Siempre hablaba de marcharse.
—¿Sabe a dónde? —preguntó Sofía.
—Lo siento. Nunca lo dejó claro. Solo mencionaba que quería regresar a casa, pero nunca me dijo de dónde venía. Su hijo debe saberlo.
—¿Conoce usted al hijo de Dora?
—¿Daniel? Por supuesto, es un chico maravilloso. Está muy pendiente de su madre. Ya me gustaría a mí que los gandules que tengo en casa fueran como él.
—¿A él tampoco lo ha visto?
—Pues ahora que lo dice, hace algunas semanas que no lo veo. Siempre venía a visitar a Dora. Estudia en una universidad de Madrid. No recuerdo el nombre —la puerta del ascensor se abrió—. Ahora si me disculpan, debo marcharme, que mi amiga Carmelita me espera para ir a la peluquería.
Sin darles tiempo a los policías de hacerle más preguntas, la vecina usó el elevador para bajar. Salazar se quedó pensativo por un momento.
—¿Qué opinas? —le preguntó su compañera.
—Que yo no regreso a Haro sin tener una respuesta, o al menos una información más completa.
—Si nos atenemos a lo que dijo la vecina, Vesna y tal vez también su hijo, regresaron a Serbia.
—Tal vez. O podría ser la conclusión a la que quieren que lleguemos. Debemos abrir esa puerta.
—¿Cómo? No tenemos una orden, y ningún cerrajero la abrirá para nosotros sin el respaldo de un juez.
—No necesitamos ninguno de los dos —afirmó Néstor—. A la señora Rojas no la ha visto nadie en mucho tiempo. Podría estar enferma, herida, o necesitar ayuda.
—No hay indi… —Sofía se interrumpió cuando vio la sonrisa de picardía en el rostro de su jefe—. Claro. Podría necesitar ayuda. Después de todo, vive sola. Si sufrió un accidente… ¿Llamamos a un cerrajero?
—Mejor llamamos al portero.
Resultó que el edificio en lugar de un portero, tenía una portera, quien se identificó como Milagrosa Cáceres. Cuando le dijeron lo que querían, miró de arriba abajo a Salazar sin disimular su desprecio.
—¿Y dice usted que es policía?
—Sí, señora.

—¿Con esas pintas? Usted lo que necesita con urgencia es que un alma caritativa le planche la ropa, no que yo le abra la puerta de una vecina que confió en mí cuando me entregó las llaves de su casa.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la señora Rojas?

—Fue hace poco, el… —Milagrosa hizo memoria— pues ahora que lo dice, debo reconocer que hace mucho tiempo que no la veo, pero eso no es motivo para que deje entrar a nadie en su casa. Y menos alguien que quiere hacerse pasar por policía. A saber si no vienen a robar.

Salazar contó hasta diez hacia adelante y hacia atrás. Se suponía que era lo que había que hacer para conservar la calma. Cuando lo hizo por tercera vez comprobó que estaba igual de cabreado que al principio.

—Señora… Milagrosa. Acabo de mostrarle mi identificación. No nos hacemos pasar por policías. ¡Somos policías!

—A saber, si mi sobrino tiene una igualita. Le salió en una de esas cajas de cereales y no sabe usted la lata que nos da con eso. Pero él tiene la excusa de sus siete años. Usted ya está grandecito para andarse con esas historias.

Convencer a la señora Cáceres de la autenticidad de los carnés de Néstor y Sofía requirió mucha paciencia y una llamada a la Jefatura Superior para que lo confirmaran. Al final se consiguió el objetivo y Milagrosa aceptó abrirles la puerta de la señora Rojas.

El piso era amplio y estaba ordenado, por eso no esperaban la fetidez que les obligó a dar un paso atrás, e hizo que la portera se persignara. Por precaución, Néstor y Sofía se adelantaron empuñando sus armas, y le pidieron a Cáceres que se quedara en el pasillo.

La habitación de donde provenía el mal olor resultó ser la cocina. Y la justificación era mucho menos macabra que el cadáver que temían encontrar. El fregadero estaba hasta arriba de platos y ollas sucias con restos de comida podrida. Sobre la mesa había un plato con sobras en el que pululaban las cucarachas.

Néstor y Sofía intercambiaron una mirada de entendimiento. Aquello tenía muy mala pinta. El inspector sacó su pañuelo y lo usó para abrir la puerta del refrigerador, cuyo mal olor se sumó al del resto de la habitación.

—Esto debe llevar semanas aquí —comentó Salazar, mientras comprobaba la fecha de caducidad de uno de los yogures.

—Y es evidente que Dora salió con prisas.

—¿Salió, o la sacaron?

—Yo apostaría por lo segundo —opinó la subinspectora.

—Lo que me pregunto es quién, y por qué.

—¿El mismo que asesinó a los Acosta?

—Es posible. Tal vez supiera que Dora Rojas era en realidad Vesna, y decidiera comenzar su venganza por la amante de su enemigo.

—Pero ¿dónde está Stevanovic ahora? ¿Crees que la mató?

—Es lo más probable, aunque no lo sabremos con seguridad hasta que encontremos el cadáver. Lo que también me pregunto es dónde se encuentra el hijo, y por qué no reportó la desaparición de su madre.

—Es posible que también lo asesinaran —sugirió Sofía—. Tal como hicieron con los hijos de Goran.

Salazar asintió.

—Tiene sentido.

—¿Llamamos a Científica para que hagan un análisis de la escena del crimen?

Néstor sacudió la cabeza.

—Lo único que tenemos en concreto es una inquilina a quien sus vecinos no ven desde hace algunas semanas. Sin embargo, nadie reportó su desaparición. Podría haberse mudado. También tenemos un piso sucio y maloliente, del que alguien salió sin lavar los platos y no regresó. Si bien es muy sugerente, no lavar los platos todavía no es un delito, aunque si me lo preguntan, debería serlo. Ningún juez autorizaría abrir un caso con estas evidencias, por muy claras que sean para nosotros.

—¿Qué propones, entonces?

—Que encontremos a Dora y Daniel Rojas, estén vivos o muertos. Solo entonces podremos desplegar toda la maquinaria.

Salazar sacó su móvil y marcó el número de Diji. Le ordenó que investigara al hijo de Vesna. Que comenzara por la universidad de Nebrija. Era importante encontrarlo y tener una entrevista con él, lo antes posible.

—Aquí no podemos hacer mucho hasta que tengamos claro lo que le ocurrió a Stevanovic —opinó Néstor—. Le pediremos a Milagrosa que cierre a cal y canto. También que si alguien se aproxima a este piso nos avise de inmediato.

Néstor y Sofía abandonaron el apartamento de la amante de Goran con la convicción de que su ocupante ya no regresaría.

Capítulo 4.

Antes de regresar a Haro, Néstor y Sofía se desviaron en dirección al Centro Penitenciario de Logroño para visitar al Lagartija. Por el camino Salazar llamó a Souza con la intención de informarle acerca del asesinato de Munguía y la posible implicación de Vito Fuentes y sus amigos.

—¡Serán cabrones! —exclamó Anselmo indignado—. Si asesinaron al chico solo por el encontronazo que tuvieron en el bar… Desde luego que son capaces. Esa gentuza no tiene escrúpulos.

—Todavía no tengo la certeza de que fueran ellos. Solo quería que supieras que aunque debo entrevistar al proxeneta, no voy a entrometerme en tu caso.

—Pues por mí, entrométete. No sabes cuánto necesitaría un cerebro como el tuyo para desenredar esta madeja. Ni te imaginas con lo que nos hemos encontrado.

—Si te soy honesto, de momento prefiero no saberlo. Ya tengo suficiente con la investigación de la familia asesinada, y ahora con el asesinato de este chico.

—Pero no puedes ignorar la posible autoría de la gente del bar.

—Por supuesto que no. Por eso quiero hablar con Vito, pero tampoco puedo cerrarme a otras alternativas. Cualquier sesgo por mi parte podría demorar la investigación y poner en peligro a la chica. Si es que todavía continúa con vida.

—Supongo que tienes razón.

—Por favor, envíame lo que tengas de la red de prostitución. Lo estudiaré esta noche, después de que hable con el Lagartija.

—Eso ya me gusta más. Y si se te ocurre alguna de esas ideas absurdas y brillantes que sueles tener, házmela saber.

—Cuenta con ello.

Cuando llegaron a la prisión, un guardia los condujo hasta una habitación donde la mesa y las sillas se encontraban atornilladas al suelo. Allí esperaron con cierta impaciencia hasta que el mismo carcelero regresó con el larguirucho delincuente. El proxeneta palideció en cuanto los vio.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? Ya le dije todo lo que sabía al policía gordo.

Néstor sonrió con malicia.

—Le va a complacer mucho saber cómo lo llamas.

—Oye, no, tío, que me carga la mano con el juez. ¿Qué queréis?

—Anoche encontraron el cadáver de Munguía.

—¿De quién?

—Del chaval con el que te fuiste a las manos. ¿O tendría que decir a las navajas? Créeme que eso sí te va a perjudicar frente al juez.

La mandíbula de Vito bajó un par de centímetros y los ojos se le desorbitaron. La reacción duró fracciones de segundo. Enseguida se recompuso y frunció el ceño.

—Oye, no pretenderás que cargue con ese muerto. Yo no tengo nada que ver. ¿Cómo podría haberlo matado desde aquí?

—Lo asesinaron hace varios días. Para entonces, tú todavía estabas libre.

—Te juro que yo no fui, tío —le aseguró el Lagartija con desesperación —. Solo vi a ese chaval por unos minutos. Se ofendió porque le ofrecí trabajo a su novia y sacó la navaja. Yo me defendí, pero alguien llamó a la pasma y nos trincaron a todos. No volví a saber de él, ni de la chica.

—Así que él fue el primero que echó mano del arma blanca, en un lugar donde estabas rodeado de tus amigos. ¿Crees que somos estúpidos? Dinos la verdad.

—Está bien. Tal vez ese no fue el orden exacto. Se puso chulo cuando le hice la propuesta a la chavala. Entonces me encabroné. Soy un poco impulsivo. Saqué la navaja, pero solo para asustarlo. No esperaba que él hiciera lo mismo.

—¿Dónde estuviste al día siguiente de la redada?

—¿Pues dónde iba a estar? En la trena. Me soltaron dos días después.

—Tal vez decidiste desquitarte al salir.

—Ni siquiera hubiera sabido dónde encontrarlo.

—¿Alguno de tus amigos pudo tener interés en darle una lección al chico?

—¿Para qué? El asunto ya nos había traído bastantes problemas. Lo que queríamos era pasar la página y que se olvidara. No necesitábamos las narices de los polis metidas en el bar.

—De acuerdo, Vito. Investigaremos esto, y será mejor que ni tú, ni tus amigos estéis involucrados, porque si llego a descubrir lo contrario, te aseguro de que me encargaré de presentarle los detalles al juez en persona. Y te juro que no te va a gustar.

—Te lo aseguro, tío. Yo no lo maté. No fuimos nosotros.

Cuando terminaron la entrevista, Néstor le pidió a Sofía que condujera de vuelta a Haro. Él llamó a la comisaría y le ordenó a Beatriz que indagara acerca de la fecha exacta en la que liberaron a Fuentes después de la pelea. También le pidió que comprobara si alguno de los relacionados con el bar tenía un Seat Ibiza a su nombre y cuántos coches con esas características había en Haro.

Cuando llegaron a «San Miguel» ya el día estaba avanzado. Mientras subían, Salazar le pidió a Lali que le avisara a Santiago de su llegada. En la sala común encontraron a Remigio, a Diji y a Beatriz. Al cabo de pocos minutos llegó el comisario.

—¿Dónde está Miguel? —preguntó Néstor.

—Acordó un encuentro con uno de sus informantes, a quien le encargó que preguntara sobre Rondón en las calles.

—Siendo así, es seguro que tardará en regresar —afirmó el comisario —. Ya lo pondremos al día. Néstor, ¿qué puedes decirnos acerca del nuevo caso?

Salazar les refirió en pocas palabras todo lo que sabía acerca del asesinato de Damián. También les habló sobre la investigación que llevaba a cabo don Braulio, y cómo él se vio involucrado en la búsqueda de los chicos.

—¿Ese don Braulio no es un tío de cabello blanco y que va siempre como un pincel? —preguntó Remigio. Néstor asintió—. Lo conozco de mi paso por la Jefatura Superior allá por el Pleistoceno. Entonces ya tenía la cabeza como un merengue. Todos los que lo conocíamos, lo respetábamos. Era más recto que un cirio pascual.

—¿Encontraste algo sobre el Seat Ibiza? —le preguntó Salazar a Beatriz, para centrar de nuevo la atención en el caso.

—Nada, señor. Ninguno de los detenidos por el asunto de la trata de personas tiene un coche con esas características. Los vehículos a sus

nombres son todos de alta gama.

—Tal vez usaron un coche robado para llevarse a los jóvenes —sugirió Diji.

—Es una buena deducción —reconoció Néstor—. Beatriz, busca en el sistema si se ha reportado el robo de algún coche de esas características en el último mes.

La subinspectora asintió y comenzó a teclear.

—¿Y si el «Sabandija» ese dijo la verdad y ellos no tuvieron nada que ver con el asesinato del muchacho? —preguntó Toro.

—Lagartija —lo corrigió Salazar—. Es evidente que la forma de viajar que escogieron Damián y Verónica no era segura, pues quedaron expuestos a cualquier loco suelto que se les cruzara. Sin embargo, también debemos indagar en su entorno. Siempre existe la posibilidad de que alguien que los conociera los hubiera seguido.

—Entendí que se fugaron sin decírselo a nadie —señaló Santiago.

—Y así fue con respecto a sus familias, pero su deseo de viajar como mochileros no era un secreto. Tal vez lo comentaron entre sus conocidos. Diji…

—Lo averiguaré.

—¿Qué nos puedes decir de los Seat Ibiza en Haro, Beatriz?

—En total hay ciento veintiséis. Como me dijo que el coche era nuevo y de color claro, filtré la lista para eliminar los colores oscuros, y aquellos que tuvieran más de cinco años. Quedaron veintiocho.

—Todavía son demasiados. ¿Y qué encontraste con respecto a los coches robados?

—Ningún Ibiza en las últimas semanas.

—Esperemos que los expertos de Científica nos proporcionen algún dato acerca de la matrícula, o de la pegatina —dijo el comisario—. No quiero que bajemos la guardia con el asesinato de los Acosta, pero aún no sabemos si Verónica está viva, así que debemos hacer todo lo posible por encontrarla cuanto antes. Remigio, averigua si en la calle se menciona algo sobre los chicos.

—Sí, señor.

—Néstor…

—Yo también tocaré a mis informantes.

—¿Cuándo llevarán a cabo la autopsia? —preguntó Ortiz.

—Tanto Molina como Barros saben la importancia de avanzar rápido en esta investigación porque hay una vida en peligro, así que estoy seguro de que le darán prioridad y nos enviarán la información lo antes posible.

—De acuerdo —dijo el comisario—. Veamos qué novedades hay con respecto a los Acosta. Diji, ¿qué averiguaste en el entorno de Guillermo Caro?

Capítulo 5.

Cheick tomó la palabra para informar acerca de su interrogatorio a las personas cercanas al exempleado de Vincomar.

—Entrevisté a sus vecinos y compañeros de trabajo. Todos coinciden en que es una persona taciturna que no tiene muchos amigos. Aunque es impulsivo nunca agredió a nadie, Sus confrontaciones no pasan de los insultos y las amenazas.

—En pocas palabras. Es un bocazas —concluyó Remigio.

—¿Alguno de sus compañeros se tomó en serio las amenazas que le hizo a Erasmo? —preguntó Néstor.

—Se las tomaron en serio, pero en el sentido que dijo el propio Caro. Asumieron que le presentaría un pleito legal a la empresa por despido injustificado.

—Eso es muy diferente a liarse a tiros con la familia del exjefe —señaló Remigio, y se ganó un fruncimiento de ceño por parte de Ortiz. La advertencia fue suficiente para que el inspector se concentrara en las notas que tenía delante, y se abstuviera de comentarios sarcásticos.

—¿Qué nos queda contra Caro?

—La amenaza que le hizo a Erasmo, y que no dispone de coartada.

—Así que tenía el motivo y la oportunidad —dijo Salazar—, lo que ya no veo tan claro son los medios. Si él lo hizo, ¿cómo consiguió la *Beretta*?

—Tal vez empuñaba otra arma y obligó a Erasmo a entregársela bajo amenaza —sugirió Beatriz.

Néstor sacudió la cabeza.

—La escena del crimen cuenta otra cosa. Desde la reconstrucción estoy convencido de que el asesino ya traía la *Beretta* en la mano cuando entró al chalé y confrontó a Acosta.

—Eso implicaría que la robó con anterioridad —señaló el comisario.

—O que el propio Erasmo se la había entregado. Además, no forzaron la puerta. El dueño de la casa le dio acceso al asesino.

—Tiene que ser alguien en quien los Acosta confiaban.

—Más que eso. Es alguien en quien el propio Erasmo confiaba —afirmó Néstor—. Y no creo que hubiera muchas personas que cumplieran con esa característica, si tomamos en cuenta su verdadera identidad.

—En ese caso, creo que podemos descartar a Caro como sospechoso —opinó Santiago —a menos que surjan nuevas evidencias en su contra.

—¿Me he perdido de algo? —preguntó Miguel, que entraba a la sala común en ese momento.

Mientras Pedrera se sentaba en su escritorio, Remigio le hizo un resumen de las novedades, así como de las conclusiones a las que llegaron.

—¿Averiguaste algo sobre Rondón?

—Que no le confiaría ni un contenedor de basura. El tío es todo un ejemplo de mala conducta.

—¿Alguien puede relacionarlo con la matanza? —preguntó Santiago.

—No. En eso todos los informantes con los que hablé fueron categóricos. Rondón es un vividor poco amigo del trabajo, que parasita a su madre. Como tiene gustos caros que ella no puede cubrir, se las apaña con trapicheos de droga y algún que otro hurto si encuentra alguna billetera distraída.

—Un pequeño maleante —afirmó Remigio—. Son legión.

—¿Va armado? —preguntó Néstor.

—Una navaja, como casi todos. Las armas de fuego corresponden a otro nivel, que el chico Rondón todavía no alcanza.

—Lo que no significa que no pudiera usarlas.

—¿Qué es lo que se dice en la calle con respecto a su relación con la muerte de los Acosta?

—A todos les pareció ridícula la idea. No encuentran ninguna justificación para que hiciera algo así.

—¿El desprecio que los Acosta sentían por él no les parece suficiente? —preguntó Sofía.

—Les hice esa misma pregunta y se rieron de mí. Mateo Rondón es un don Juan, o al menos es lo que pretende ser. Le gusta seducir a chicas de familias de costumbres conservadoras, y está bastante acostumbrado al desprecio que causan sus relaciones a los padres de la joven de turno. Es

parte de la diversión. Por lo general, las relaciones no duran más de seis meses. No se las toma en serio.

—Así que no habría un motivo —precisó Salazar—, ni tampoco los medios. La observación que hicimos con respecto a la *Beretta* y Caro es válida también en este caso. Erasmo nunca hubiera permitido que Mateo tuviera acceso al tesoro más preciado de su colección.

—¿Y si la robó con anterioridad? —insistió Remigio—. Tal vez la chica le habló de la colección de armas de su padre y él quiso apropiarse de su pieza más valiosa. Tal vez planificó un asalto a la casa, los Acosta lo pillaron in fraganti y él decidió eliminar a los testigos.

—Veo varios agujeros en esa teoría —discrepó Néstor—. Rondón no cuenta con la preparación, ni el apoyo, para siquiera planificar un asalto como ese. Mucho menos para ejecutarlo. Además, si su única intención era eliminar testigos, ¿por qué correr el riesgo de demorarse dentro de la casa para elaborar una escena tan complicada como la que encontramos?

—¿Para despistarnos?

—Aunque me fastidia reconocerlo, en esta ocasión estoy de acuerdo con Salazar —dijo Miguel—. Mateíto es un pichón sin plumas. Demasiado inexperto e insignificante. Además, con David Acosta detenido y en proceso de rehabilitación perdió a su mejor cliente. ¿Por qué iba a destruir su principal fuente de ingresos?

—Muy bien —intervino el comisario—, aunque no me agrada este individuo y creo que será sujeto de interés para nosotros en más de una oportunidad, tampoco me parece que sea el asesino que buscamos.

—Eso nos lleva de nuevo al pasado de Erasmo como causal del homicidio —claudicó Remigio.

—¿Alguna noticia sobre los bosnios, Beatriz?

—Todavía nada, señor. Parece que se los hubiera tragado la tierra. Interpol ni siquiera tiene idea de cuál es el continente donde se esconden.

—Ya os lo dije —les recordó Salazar—. Son un grupo de élite y tienen todos los recursos a su disposición. Es muy poco probable que los encuentren, a menos que ellos quieran mostrarse. Tampoco creo que hubieran desvirtuado su objetivo de obtener justicia para su pueblo, cometiendo la matanza de una familia.

—Eso nos deja como sospechosos a Vesna y su hijo —opinó Santiago.

Néstor se quedó pensativo por un momento antes de afirmar:

—Por la forma en que lucía el apartamento de Stevanovic, yo no los descartaría como víctimas.

—¿Crees que existe algún vengador de los crímenes de Vukovic que comenzó su cruzada por la amante y el hijo ilegítimo? —preguntó Remigio.

—Es una posibilidad. ¿Hay algo interesante en las cuentas bancarias de Vesna?

—Ingresos regulares por mil euros mensuales que le llegaban desde una cuenta en Suiza.

—Goran —afirmó Sofía.

Salazar asintió. Remigio volvió a tomar la palabra.

—Las transferencias continuaron incluso después de la muerte de Acosta, pero además hay un par de movimientos interesantes.

—¿De qué se trata?

—Me remonté hasta cinco años atrás. Dora era cuidadosa en sus gastos. Vivía con poco y ahorraba todo lo que podía, pero hace cuatro años se hizo un retiro importante por cinco mil euros, que dejó la cuenta en montos mínimos.

Sofía se envaró de repente y tomó la palabra.

—Néstor, recuerda lo que dijo la vecina: que desde hace cuatro años el hijo de Dora vive en Madrid y estudia en la universidad de Nebrija. Tal vez el dinero que retiraron tiene que ver con eso y no está relacionado con ningún delito.

—Es cierto —confirmó el inspector jefe—. También es posible que la austeridad y el ahorro de Vesna tuvieran relación con su deseo de proporcionar una educación universitaria a su único hijo.

—¿Qué sentido tendría eso con un padre millonario?

—Un padre millonario que les proporcionaba apenas lo justo para vivir, y que lo más probable era que pagara por el silencio de su amante —argumentó Néstor—. ¿Qué puedes decirnos de Daniel Rojas, Diji?

—Que por más que indagué, no pude encontrarlo, señor. Lo siento.

Las palabras de Cheick encendieron las alarmas de los policías.

—¿Qué quieres decir con eso de que no pudiste encontrarlo? —preguntó el comisario.

—Eso mismo, señor. Por extraño que parezca. En efecto, Daniel Rojas solicitó plaza en la universidad de Nebrija y lo aceptaron, pero nunca se presentó. No está empadronado en Madrid. Su última dirección conocida es el piso de su madre. Tampoco encontré cuentas bancarias a su nombre, ni

declaraciones a Hacienda. No hay ningún registro de propiedad o alquiler de ninguna vivienda, ni en Madrid, ni en La Rioja. Indagué también si pudiera haber salido de España, pero no hay constancia de que abandonara el país, ni de que se encuentre registrado en ningún consulado.

—Daniel Rojas desapareció hace cuatro años —afirmó Miguel—. Eso solo deja dos opciones…

—Cambió su identidad, o está muerto —sentenció Néstor—. Y si está vivo, debemos considerarlo nuestro principal sospechoso. Beatriz, consulta el registro de propiedades. Debemos averiguar si existe algún otro inmueble a nombre de Dora Rojas o su hijo.

—Sí, señor.

El aviso del móvil de Salazar por la entrada de un mensaje desconcentró a los policías. El inspector jefe se excusó y comprobó de qué se trataba. Después de leer en silencio por algunos segundos, soltó un suspiro y les informó:

—Molina me envía los resultados de la autopsia de Damián. El chico murió hace una semana. Coincide con la fecha de las grabaciones en las que aparece subiendo al Ibiza. La causa de la muerte fue el disparo en la cabeza, con orificio de entrada en la zona occipital y salida por la órbita del ojo izquierdo. Eso significa que tenía la cabeza inclinada hacia adelante y la pistola apuntaba hacia abajo. Según el forense, el chico estaba de rodillas cuando le dispararon —Néstor levantó la mirada, y en sus ojos se leía la indignación—. Se trató de una ejecución.

Capítulo 6.

Salazar no fue el único en indignarse por el destino que sufrió Damián Munguía. El silencio se apoderó del salón y el ambiente estaba tan cargado que hubieran podido saltar chispas.

—Era un chaval —dijo por fin Remigio—. ¿Quién pudo ser así de cabrón?

—Yo apostaría por el Lagartija y sus cómplices —sugirió Miguel—. Son los sospechosos más probables.

Todos miraron a Salazar, que todavía no pronunciaba palabra. Solo contemplaba la pantalla de su móvil como si estuviera en estado de choque. Esa muerte le dolía más de lo habitual, pues estaba seguro de que si hubiera prestado más atención, la habría evitado. Cuando levantó la mirada se dio cuenta de que era el centro de atención y que todos esperaban su opinión.

—No lo sé. Lo que sí os puedo asegurar es que quien haya sido pagará por esto.

—¿Creéis que la chica todavía está viva?

—No hay forma de saberlo —reconoció Néstor—, pero hasta que no tengamos evidencia de lo contrario debemos asumir que vive, y actuar en consecuencia. Así que es necesario que averigüemos pronto quién está detrás de esto.

El comisario comprendió que la forma en la que asesinaron al chico afectó la moral de su equipo y decidió poner remedio. Dio un par de palmadas que hicieron dar un respingo a más de uno.

—Muy bien. Este caso es desde ahora nuestra prioridad.

—¿Significa eso que la matanza de los Acosta pasa a segundo plano? —preguntó Remigio.

—De ninguna manera. Significa que tendremos que trabajar mucho más para resolver ambas investigaciones con toda la celeridad posible. Remigio y Miguel reuniros con vuestros informantes. Presionadlos: con la aparición

del cadáver tal vez surja alguna información en las calles, aunque solo se trate de un rumor. Cualquier dato puede ser relevante.

—Sí, señor.

—Diji, indaga entre los amigos de los jóvenes si alguno de ellos tuvo problemas personales. No debemos descartar la posibilidad de que una persona de su entorno se enterara del viaje y los siguiera para asesinarlos.

—Sí, señor.

Ante la actitud resuelta de su hermano, Néstor salió de su estupor y se centró de nuevo en el trabajo.

—Yo me entrevistaré con la familia de Damián y contactaré a mis informantes —anunció el inspector jefe.

—De acuerdo. Sofía, ocúpate tú de interrogar a los Fajardo. Le diré a Lali que prepare café; esta será una noche muy larga.

El comisario dio por concluida la reunión y cada uno se dispuso a cumplir con la orden que recibió. Ya el reloj marcaba la medianoche, y eso significaba que levantarían de sus camas a muchas de las personas que interrogarían, pero había una vida en peligro, por lo que cada minuto contaba.

Sofía se marchó a entrevistar a los Fajardo sin siquiera intercambiar una palabra con Salazar. El inspector trató de hacer a un lado sus sentimientos y le pidió a García que arreglara que una patrulla lo acercara a la calle «Donantes de Sangre», donde vivían los Munguía. Por suerte, ya Echevarría había terminado su turno, así que el trayecto resultó tranquilo, aunque un poco aburrido, todo había que decirlo. Por el camino llamó a Gyula. El tabernero se encontraba todavía en el bar atendiendo a los últimos clientes de la noche. Néstor le explicó la situación y su amigo le prometió que se ocuparía de inmediato.

Las calles estaban casi vacías, así que no tardaron en llegar a su destino. El inspector se estremeció en cuanto abandonó el habitáculo climatizado del coche y lo asaeteó el viento frío de la noche invernal. No había niebla. No podía haberla con semejantes corrientes de aire. Salazar se arrebujó y apresuró el paso hasta el portal. Llamó al apartamento de los Munguía y le dieron paso al portal sin hacerle preguntas. Para entrar en calor decidió subir por las escaleras. La puerta se abrió al primer timbrazo. En esa casa no se dormiría esa noche y por un momento, Néstor se avergonzó de estar allí.

—No recuerdo haberlo visto antes —dijo el joven que lo observó desde el umbral sin soltar el picaporte, dispuesto a darle con la puerta en las narices a Salazar, si era necesario—. ¿Era usted amigo de Damián?

El inspector, que ya tenía el carné en la mano, se identificó.

—Debo hablar con los señores Munguía acerca de Damián.

—¿No pueden dejarlos en paz, al menos por unas horas? —preguntó una anciana mal encarada que se acercó a ellos con curiosidad—. ¡Por Dios! Acaban de perder a su único hijo. Al menos podrían esperar a que amanezca. Ni siquiera les han entregado el cuerpo todavía.

—Lamento mucho lo que ocurrió, señora, y le aseguro que no quisiera perturbar el duelo de los señores Munguía, pero no podemos esperar. ¿Podría decirme quién es usted?

—Es mi madre —afirmó el padre de Damián con los ojos enrojecidos —. Él es mi hermano menor. Pase, inspector.

La dama frunció el ceño. Néstor comprendió que se trataba de una matrona acostumbrada a que sus decisiones se acataran sin discusión.

—Pero…

—Sé lo que hago, madre. A Damián lo perdimos y no podemos hacer nada al respecto, pero me sentiré más tranquilo cuando el malnacido que le segó la vida pague por lo que hizo. Y la única forma de conseguirlo es colaborar con la Policía.

—Muy bien. Tú sabrás lo que haces —claudicó la abuela con un resoplido.

Justino condujo a Néstor al comedor, pues el salón estaba repleto de familiares y amigos que acudieron a presentar sus condolencias en cuanto se enteraron.

—Le agradezco mucho su colaboración, señor Munguía. ¿Podría llamar también a su esposa?

—En eso no podré complacerlo, inspector. Mi esposa todavía está bajo el efecto de los sedantes.

Ambos se sentaron, uno frente al otro, y Salazar se sintió como un intruso. Sin detenerse a considerar sus propios sentimientos inició la entrevista.

—En mi visita anterior no tuve oportunidad de expresarlo, pero quiero que sepa que lamento mucho lo que le ocurrió a su hijo.

—Gracias, inspector. Ya la intuición me decía que esta chiquillada de Damián podía terminar mal. Lo supe desde la primera vez que nos visitó el

detective que contrató Gerónimo, el padre de Verónica.

—Don Braulio es un viejo amigo y debo confesarle que solicitó mi ayuda para encontrar a los muchachos, pero en vista de que los dos eran mayores de edad y emprendieron el viaje por voluntad propia, no era mucho lo que podía hacer en su favor. Lo lamento.

—No necesita disculparse, inspector. Yo también creí lo mismo. De hecho, esperaba que Damián se pusiera en contacto conmigo para abroncarlo por ser tan irresponsable. ¿Tienen idea de quién le hizo esto a mi hijo, y por qué?

—Las investigaciones todavía están en sus inicios —lo eludió Néstor—. Lo que sí puedo prometerle es que no descansaremos hasta detener al asesino y averiguar qué ha sido de la señorita Fajardo.

—Verónica. ¿Todavía no hay noticias de ella?

—Aún no. Conservamos la esperanza de que continúe con vida. Por ese motivo necesitamos toda su colaboración.

—Cuente con ello, inspector.

—¿Damián tenía enemigos? ¿Alguien que pudiera haberse enterado de este viaje y aprovechado la oportunidad para… actuar contra él?

—Mi hijo era un buen chico, aunque debo reconocer que era impulsivo. No le aguantaba tonterías a nadie. Ni siquiera a mí.

—¿Mantenía usted buenas relaciones con él?

—Discutíamos, como todos los padres e hijos. Llega una edad en la que todo lo que un padre plantea es cuestionado. Yo tengo un carácter fuerte, y Damián lo heredó. Su madre era quien mediaba para calmar las aguas. Sin embargo, siempre conseguimos resolver nuestras diferencias.

—¿Sabe de alguien más que tuviera problemas con su hijo?

—No, yo…

El silencio de Justino fue revelador para el perspicaz inspector.

—¿Sí?

Munguía suspiró con resignación.

—En una ocasión lo escuché discutir a gritos con mi hermano.

—¿Con el joven que me abrió la puerta? —Justino asintió—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Un par de semanas antes de que emprendieran ese absurdo viaje.

—¿Sabe cuál fue el motivo de la discusión?

Munguía hizo una pausa. Era evidente que lamentaba haber mencionado el tema.

—No quiero que esto se malinterprete, inspector. Mi hermano Beto solo tenía cinco años más que Damián, crecieron juntos, y tenían amigos comunes. Más que tío y sobrino eran como hermanos… —Salazar permaneció impasible. Sabía que lo que mejor funcionaría para que Justino rompiera la autocensura sería el silencio, así que puso su mejor expresión ensayada de lerdo y esperó—. De acuerdo, discutieron por Verónica.

—¿Por Verónica… La chica que se encuentra desaparecida?

Justino palideció por un momento. A los pocos segundos recuperó la compostura.

—Damián era muy celoso —explicó con un ligero tartamudeo—. Durante la discusión le dijo a su tío que no quería que se acercara a Verónica. Beto tiene cierta reputación de seductor. Supongo que el chico se sentía inseguro.

—¿Tenía motivos para esa inseguridad?

—Por supuesto que no. Ya le dije que Damián era muy impulsivo. Estoy seguro de que Beto nunca se hubiera acercado a su novia.

Néstor asintió y tomó nota mental. El menor de los Munguía acababa de convertirse en persona de interés para la investigación.

—¿Cómo eran las relaciones de Damián con el resto de la familia?

—Muy buenas, por supuesto. En especial con mi madre, que lo adoraba. Esto también fue un golpe muy fuerte para ella.

—¿Y con sus compañeros de trabajo?

—Si tuvo algún problema, nunca me lo comunicó. Desde que alcanzó la mayoría de edad, Damián siempre fue muy independiente.

—Muy bien, señor Munguía. Le agradezco mucho su colaboración. Ahora me gustaría hablar con su hermano.

A regañadientes, Justino abandonó el comedor y regresó al cabo de pocos minutos con Beto. El tío de Damián se frotaba las manos y el sudor cubría su frente. Se sentó frente a Néstor en una postura tan envarada, que parecía que iba a saltar del asiento para echar a correr en cualquier momento.

—Muy bien, señor Munguía. ¿Cómo eran sus relaciones con su sobrino?

—Excelentes. Crecimos juntos, salíamos de marcha juntos. Éramos buenos amigos.

—¿Puede decirme cuál fue el motivo de la pelea que tuvo con Damián?

—¡No fue una pelea!

—¿Ah, no? ¿Qué fue entonces?

—Solo un malentendido, pero lo aclaramos enseguida.

—No es lo que se deduce de lo que cuenta su hermano. Según él, Damián lo conminó a gritos a alejarse de Verónica.

—Salimos de marcha, él con su novia y yo con una amiga. Se me pasó un poco la mano con el vino y le dije un chiste un poco pesado a Verónica. Mi sobrino no era muy tolerante cuando se trataba de ella. En el bar no reaccionó, sino que dio por terminada la velada. Cuando llegamos aquí me abroncó. Al día siguiente, cuando ya estaba sobrio le pedí perdón. Eso fue todo.

—¿Lo perdonó?

Beto encogió un hombro.

—Me exigió que no volviera a acercarme a Verónica, pero yo estaba seguro de que el tiempo lo calmaría.

—¿Se sintió usted humillado por la actitud de Damián?

—Por supuesto que no. Reconozco que metí la pata.

—¿Podría darme el nombre de la joven que lo acompañaba a usted?

—¿Para qué?

—Para corroborar su historia.

—Ella no presenció nuestra discusión —protestó Beto.

—Por favor.

El tío de Damián suspiró antes de claudicar.

—Su nombre es Ana Rosa Nevárez.

La pequeña reunión improvisada en la casa de los Munguía le permitió a Néstor entrevistar a los amigos de Damián, así que habló con Diji para que se concentrara en el entorno de Verónica.

Al concluir las entrevistas, Salazar decidió regresar a la comisaría. En el trayecto recibió la llamada de Gyula.

—Hice contacto con algunos amigos de los malos tiempos. Hay nerviosismo en la calle por la aparición del cadáver, pues nadie tiene idea de quién pudo cometer el crimen. Ni siquiera se escuchan rumores, lo cual es extraño. Pero hay algo más.

—¿De qué se trata?

—Hace seis meses apareció un detective que venía de Vitoria. También buscaba a una mujer. Espera, tengo su nombre por aquí: Gotxone Urrutia. Viajaba sola en coche por motivos de trabajo. Se mantenía en contacto con su marido por el móvil y su última comunicación fue cuando llegó a Haro.

Después, nada. Se la tragó la tierra. El detective pagaba bien por cualquier información, pero hasta donde se sabe, se fue con las manos vacías.

—¿Cómo es que no denunciaron por las vías oficiales?

—Eso no lo sé.

—¿Tienes el nombre del detective?

—Por supuesto: Ignacio Carrera. Te enviaré un mensaje con el número de su móvil.

—De acuerdo. Gracias Gyula.

Cuando Néstor llegó a la comisaría, se dirigió a su despacho. Allí lo esperaba un correo con el informe que le prometió Souza acerca de la red de prostitución. Después de imprimirlo, el inspector se dedicó a leerlo. Era posible que allí estuviera el nombre del asesino de Damián, que también sería el responsable de la desaparición de Verónica. Aunque tampoco podía descartar a Beto Munguía, cuya conducta le inspiró desconfianza. Y si sumaba la desaparición de Urrutia, la investigación resultaba mucho más complicada de lo que parecía en un principio.

El reloj marcaba las dos de la madrugada la última vez que lo consultó. Pese a que hizo su mejor esfuerzo para leer todo el informe, en algún momento lo venció el cansancio y se quedó dormido sobre el expediente que estudiaba. Soñó con Verónica, con Gotxone y con un cadáver enterrado que la lluvia dejó al descubierto.

Capítulo 7.

Salazar comenzó a despertarse cuando sintió una leve sacudida en el hombro. Todavía adormilado, no tenía muy claro por qué tenía la espalda como un nudo gordiano. Su cerebro parecía lleno de musarañas y aunque le dolía el cuello, no estaba por la labor de moverse. Tenía claro que quería seguir durmiendo.

—¡Déjame en paz, Paca! —murmuró con voz gangosa—. Ya te pondré tu tazón de leche más tarde.

—¿Quién es Paca? —preguntó Lali, al mismo tiempo que apartaba la mano del hombro del inspector jefe y miraba al comisario con curiosidad.

—Una gata neurótica que él usa como despertador. Déjame a mí, Lali.

La secretaria se hizo a un lado y Santiago la sustituyó. El zarandeo que le dio el comisario casi tira a Néstor al suelo con todo y silla. Para asegurarse, también le gritó casi al oído.

—¡Despierta, que la reunión comenzará en quince minutos!

—¡Joder! ¿Qué pasó? ¿Cuándo? —balbució Salazar, todavía no muy seguro de dónde estaba.

Después de semejante despertar, recuperó de golpe la noción de tiempo y espacio, con lo cual comprendió que se había quedado frito frente al expediente que le envió Souza.

—¿Qué hora es?

—Las siete treinta —respondió su hermano en tono jocoso—. Tienes quince minutos para adecentarte, tomarte un café y subir a la reunión.

—Ya —respondió Salazar, todavía un poco confundido mientras se frotaba el cuello.

Santiago y Lali abandonaron su despacho. La secretaria con las cejas enarcadas, mientras el comisario no pudo disimular una sonrisa de malevolencia, digna de un villano de cine. No todos los días se le presentaba la oportunidad de desquitarse de las trastadas de su hermano.

Néstor se dispuso a seguir los consejos de Goliat, sin dejar de refunfuñar. Después de estirar los músculos como un gato, que algo se aprendía cuando vivías con uno, asearse y cambiarse la camisa por una que guardaba para ocasiones como esa, se armó de valor para tomar el desagradable café que le ofreció Lali. Lo asumió como una penitencia por todos los pecados que pensaba cometer para cobrarle a Santiago la sacudida. ¡Que lo dejó descalabrado!

Cuando por fin subió al tercer piso, toda la plantilla lo esperaba en la sala común. A su saludo solo respondió Diji, quien levantó la mano sin apartar la vista del ordenador. Majo el chico. Los demás, ni puñetero caso. Todo normal hasta allí, excepto por Sofía que bajó la mirada, y simuló que no lo veía. ¡Entre las malas señales, esta era la peor!

En cuanto Néstor apareció en el umbral, Ortiz tomó la palabra.

—Muy bien, ya que estamos todos, vamos a iniciar la reunión. ¿Comienzas tú mismo, Néstor?

Con un suspiro, Salazar resumió su visita a la casa de los Munguía, así como lo que averiguó con las entrevistas.

—Entonces ninguno de los colegas de Munguía tiene idea de quién pudo cometer el crimen —puntualizó Remigio.

—Todos dicen sentirse confundidos. La teoría más aceptada es que Damián y Verónica se cruzaron con un desquiciado, pero nadie tiene una explicación racional.

—Es lo mismo que plantean las amigas de Fajardo —señaló Cheick—. Sabían acerca del viaje desde el principio y trataron de prevenirla, pues consideraban muy peligrosa la idea, pero ella estaba decidida y entusiasmada.

—El asunto de la discusión con el tío me parece un dato importante —opinó Remigio—. Los celos han sido un motivo para el homicidio desde que Caín mató a Abel.

—Aunque en este caso, quien sufrió de un ataque de celos fue Damián —puntualizó Miguel.

—No sabemos hasta qué punto el comentario de Beto Munguía tuvo importancia —insistió Toro, en defensa de su argumento—. Tal vez el tío estaba más encaprichado de la novia del sobrino de lo que quiere reconocer ahora.

—Por eso considero interesante tener una entrevista con Ana Rosa —señaló el inspector jefe—. Ella puede precisar la gravedad del altercado.

El comisario asintió y miró a Pedrera.

—Miguel, encárgate tú de interrogar a la joven. Y no la asustes. No es sospechosa.

—Descuide, señor. Conmigo se sentirá más segura que con su confesor.

—Tampoco te pases, que te conozco —le advirtió Ortiz—. Quiero que consigas información, no que ligues con ella. Diji, tú investigarás a Beto Munguía.

—Sí, señor.

—Sofía, ¿qué dijeron los Fajardo acerca de la desaparición de su hija?

—Están consternados, señor. Y como es lógico, la noticia del hallazgo del cadáver de Damián los preocupa mucho. Por eso me permitieron interrogar a su otro hijo, que fue el único que tuvo noticias de las intenciones de Verónica, pero me temo que el chiquillo tampoco sabe mucho. Los Fajardo negaron que su hija tuviera problemas con nadie. Me temo que no me proporcionaron ninguna información de interés.

Santiago asintió y centró su atención en otro asunto.

—Ahora quiero que me informéis acerca de lo que se cuenta en las calles con respecto a este caso.

Tanto Remigio como Miguel sacudieron la cabeza.

—Los quinquis están más confundidos que nosotros —reconoció Toro —. No tienen idea de quién pudo asesinar al chico o dónde puede estar la joven, pero saben que esto puede desencadenar redadas y mayor presencia de la Policía en sus predios, así que están atentos. Estoy seguro de que nos mantendrán al tanto de lo que sepan.

Salazar les contó su conversación con Gyula.

—¿Cómo es que en esta comisaría no tenemos ningún reporte acerca de la desaparición de esa mujer? —preguntó Santiago, desconcertado y ofendido.

—Mi contacto no lo sabe.

El comisario usó el teléfono que tenía más cerca para comunicarse con Lali a través de la centralita. Le hizo un par de preguntas y al cabo de pocos segundos colgó.

—Lali me confirma que no hay registro de ninguna desaparición en el último año. No lo comprendo. Sin importar en qué comisaría de la Policía Nacional pusieran la denuncia, el reporte debió distribuirse por todo el territorio nacional.

—Tal vez no lo denunciaron —sugirió Miguel.

—No lo creo —opinó Remigio—. ¿Tu mujer desaparece de un momento a otro y no notificas a las autoridades, pero sí contratas un detective privado? Es cuando menos, extraño.

—No tiene caso que lo discutamos aquí si no sabemos con exactitud lo que ocurrió —argumentó el comisario—. Beatriz, ocúpate tú de averiguar qué pasó con la denuncia de la desaparición de Urrutia. Si la hicieron o no. Y también quiero toda la información sobre el marido y sobre ese detective.

—Sí, señor.

—¿Tenemos alguna respuesta de Científica acerca de la escena del crimen?

—Todavía no, señor.

—Estoy seguro de que Casimiro hace su mejor esfuerzo para entregarnos los informes lo antes posible —dijo Néstor—. Sabe que la vida de una joven corre peligro.

—Está bien, entonces esperaremos un poco más por los resultados. ¿Algo más?

—Yo tengo novedades, señor —intervino Araya con timidez—, pero son del caso Acosta.

—Está bien. ¿Qué encontraste?

—Vesna tiene una casa de campo a su nombre en las afueras de Calahorra.

—¿Cómo es que una persona con los ingresos justos para vivir, que además ahorraba para los estudios de su hijo, puede permitirse mantener una casa de campo? —preguntó Pedrera.

—Goran —respondió Salazar. Aunque la casa estuviera a nombre de Stevanovic, estoy seguro de que él fue quien la compró. Tal vez se trataba de un lugar de encuentro seguro para los amantes.

—Vesna y su hijo podrían haberse escondido allí —sugirió Remigio.

—Vale la pena investigarlo —dijo Néstor—. Sofía, por favor contacta al juez Antúnez para que nos proporcione una orden para el allanamiento de esa finca.

—De acuerdo.

—Tú nos acompañarás, Remigio.

Dos horas después, los tres detectives y un cerrajero de la Policía que Lali localizó en tiempo récord, llegaban a una pequeña pero bien cuidada casa de campo al norte de Calahorra. No se veía ningún coche en los alrededores pese a que se encontraba bastante aislada, así que todo indicaba

que estaba vacía. Néstor llamó a la puerta con la orden en la mano. Como no hubo respuesta le ordenó al cerrajero que procediera. El olor a madera vieja y humedad los alcanzó en cuanto entraron. Todo estaba en perfecto orden, pero el polvo sobre las superficies les hizo comprender que nadie visitaba la finca desde hacía mucho tiempo.

Con las armas en la mano, Néstor, Remigio y Sofía recorrieron cada una de las habitaciones del pequeño refugio y comprobaron que estaba vacío.

—Esto es una pérdida de tiempo —sentenció Toro—. Aquí no hay nadie y no lo ha habido en mucho tiempo.

Salazar oteó el salón como si quisiera memorizar cada detalle. Algo llamó su atención. En el suelo había una figurilla de cerámica rota. Le recordó a Paca y sus travesuras, pero allí no había señales de ninguna mascota. El inspector recogió los dos fragmentos de mayor tamaño y los acopló.

—¿Piensas hacer la limpieza, Salazar? —se burló Remigio—. ¡Vámonos! Aquí no hay nada.

—Espera, que esto no llegó al suelo solo.

—¿De qué estás hablando?

—Observa bien este lugar, Remigio. Todo está en su sitio con una rigurosidad simétrica. Igual que en la casa de los Acosta.

—Goran —dijo Sofía, al comprender el razonamiento de su compañero.

Néstor asintió.

—Es evidente que lo obsesionaba el orden. Ni él, ni Diana, ni Vesna hubieran dejado una pieza de cerámica rota en el suelo. La hubieran recogido antes de marcharse.

—Lo que significa que la última persona que visitó este lugar no fue ninguno de ellos —concluyó la subinspectora.

Salazar sacó el móvil y llamó a la comisaría. Impartió algunas órdenes y colgó. Entonces se dirigió a Toro.

—El comisario se encargará de que envíen un equipo de Científica para que busque evidencias en la casa y a la unidad canina para que realicen una exploración del terreno.

—¿Qué esperas conseguir con eso?

Salazar encogió un hombro.

—Espero estar equivocado, pero tal vez encontremos a uno de los Stevanovic, o quizá a los dos.

Capítulo 8.

Los peritos de Científica llegaron casi al mismo tiempo que la unidad canina. Cuando Néstor y Sofía abandonaron la cabaña, dejaron allí a Toro para que les informara de los descubrimientos que hiciera cualquiera de las narices de ambos equipos.

Salazar aprovechó que estaban solos en el Corsa para presionar a Sofía acerca de su conducta de los últimos días.

—No sé de qué hablas —protestó ella—. Todo está como siempre.

—No es cierto: me evitas, no me miras a los ojos. Hoy ni siquiera me devolviste el saludo.

—Nadie lo hace.

—Excepto tú. Hasta hoy. Dime la verdad, Sofía, ¿conociste a alguien en Madrid?

—¿Qué…? ¡No, por supuesto que no! ¿Me crees tan poco leal?

—Esto no tiene nada que ver con la lealtad. Tiene que ver con nosotros. ¿Hay alguien más?

—¡Por favor, Néstor! No creí que fueras tan posesivo. Me fui a Madrid por motivos profesionales y tú lo sabes.

—Ese no es el punto. ¿Conociste a alguien más? Si es así lo comprenderé, pero no quiero hacerme ilusiones si lo nuestro no tiene futuro.

Sofía estaba a punto de responder cuando los interrumpió el móvil de Néstor.

—¡Dime! —respondió Salazar de mala leche.

—¡Eh! Que yo no tengo la culpa de lo que te pase. Parece que nos levantamos con el pie izquierdo, o hay movida con la parienta.

Néstor hizo una inspiración profunda para calmarse.

—Perdona, Remigio. Tienes razón. ¿Qué ocurre?

—Los perros encontraron algo. Según el entrenador, puede tratarse de un cuerpo. Ya llamamos al forense y viene en camino.

Salazar hizo gestos a Sofía para indicarle que regresaban a la cabaña. Aunque el hallazgo no le cogía por sorpresa, hubiera querido equivocarse. Recorrieron el camino de vuelta en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Néstor estaba seguro de que Sofía le ocultaba algo, y ella no sabía cómo darle una noticia que estaba segura de que lo lastimaría.

La cabaña se veía muy diferente a cuando la dejaron hacía unos minutos. Una legión de personas que se movían de un lugar a otro invadía la paz de la apartada casa de campo. Las conversaciones a media voz rompían el silencio y de vez en cuando se escuchaban los jadeos, ladridos y gemidos de los perros policías. Toro los recibió y los condujo hasta un rincón apartado del terreno.

—Es aquí donde el perro señala que hay algo —les anunció con orgullo —. Según el agente de la unidad canina, este animal está entrenado para descubrir cadáveres.

Antes de que Salazar pudiera expresar su opinión escuchó un revuelo junto a la carretera. Acababa de llegar el forense y venía acompañado por dos de sus ayudantes, quienes portaban una pala cada uno. Se presentó como Silvino Murillo y se puso manos a la obra.

Después de los saludos de rigor, los hombres de las palas comenzaron a cavar en el lugar que señaló el sabueso. El olor a descomposición impactó las fosas nasales de los presentes mucho antes de que se alcanzaran los restos mortales. Lo primero que vieron fue una tela de color blanco. Conforme desenterraron el cuerpo y aunque ya había alcanzado un avanzado estado de descomposición, todos comprendieron que se trataba de una mujer. A pesar de su evidente sobrepeso y sus dedos regordetes, Silvino se movió con agilidad y precisión mientras llevaba a cabo su tarea. Ya Antúnez estaba presente para cuando Murillo comenzó a trabajar.

—¿Sabemos de quién se trata, inspector? —le preguntó el juez a Néstor

—Todavía no hacemos una identificación oficial, señor —reconoció Salazar—, pero tengo buenas razones para creer que el cadáver pertenece a Vesna Stevanovic, alias Dora Rojas.

—El nombre me resulta familiar. Creo que firmé una orden de allanamiento para la casa de esa señora por solicitud de uno de los detectives de «San Miguel». Así que supongo que este hallazgo se relaciona con el caso Acosta. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor. Dora Rojas era la amante de Erasmo Acosta. Su verdadero nombre era Vesna Stevanovic,

—¿Tiene idea de quién es el responsable de este nuevo homicidio?

—Asumo que debe tratarse del mismo que asesinó a la familia —respondió el inspector y luego se dirigió al forense—. ¿Puede adelantarnos algo?

—Sabe que no puedo darle una respuesta definitiva hasta que termine la autopsia, pero yo diría que murió hace varias semanas.

—¿Cuántas?

—En este caso, para ser más precisos debemos esperar la opinión del entomólogo forense.

—¿Más de una semana?

—Eso seguro.

—Entonces ya hacía tiempo que estaba muerta para cuando asesinaron a los Acosta. ¿Y qué puede decirme sobre la causa de la muerte?

Silvino puso los ojos en blanco y pidió paciencia al cielo en voz alta. Salazar esperó sin inmutarse.

—De acuerdo, pero es extraoficial.

—Lo escucho.

—En la observación inicial hay indicios de que murió estrangulada.

—Al igual que Diana Acosta —señaló Sofía.

—Hay una alta probabilidad de que se trate del mismo asesino —sentenció Salazar, quien se quedó en silencio por un largo rato. Luego se dirigió de nuevo a Murillo.

—¿Cuándo tendremos los resultados de la autopsia?

—¡Con calma! La llevaremos ahora mismo a la morgue de Logroño. Ya me advirtieron que este caso es prioritario, así que haré la autopsia hoy mismo. También enviaré muestras al entomólogo para que haga una datación del estado de descomposición del cadáver.

El inspector hizo un gesto a uno de los agentes de la unidad canina para que se acercara. Junto al oficial avanzaba un lustroso *labrador retriever* negro.

—¿Ya exploraron todo el terreno?

—No, señor.

—¿Sus perros se sentirán confundidos por el olor de este cadáver? ¿Les impedirá identificar si hay más restos mortales por aquí?

—No, señor. Son perros muy bien entrenados. ¿Espera encontrar más cadáveres?

—Es una posibilidad.

—En ese caso, nos pondremos con ello, señor —dijo el agente, mientras se acercaba a sus compañeros para transmitirles las órdenes.

—¿A quién más espera encontrar aquí, inspector? —preguntó Antúnez.

—Si los restos pertenecen a Dora Rojas, todavía debemos encontrar a su hijo Daniel. Si el asesino viene del pasado de Erasmo Acosta, cuando su nombre era Goran Vukovic, es muy probable que comenzara su venganza por la amante y el hijo ilegítimo de su enemigo. En ese caso, el chico podría estar enterrado en cualquier otro rincón de este mismo terreno.

—¿Por qué enterrar a los Stevanovic y en cambio dejar a la vista los cuerpos de los Vukovic? —preguntó Sofía.

—Porque si se hubieran descubierto los asesinatos de Vesna y su hijo, eso habría alertado a Goran, con lo cual se hubiera dificultado la tarea del asesino. Esa es una de las opciones.

—¿Cuál es la otra? —preguntó Remigio.

—Que Daniel asesinara a su madre, para luego hacer lo mismo con su padre y sus hermanos.

—¿Por qué haría algo así?

Salazar se encogió de hombros.

—Existen muchas razones posibles. Eso explicaría algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—La escenificación después del asesinato, por ejemplo. Podría reflejar un deseo de pertenencia por parte del hijo rechazado. Habría sido un convidado a la celebración familiar para compartir mesa con su padre y sus hermanos, aunque fueran cadáveres.

—Es enfermizo —opinó Toro.

—Es que todo este caso lo es. Sin embargo, solo se trata de una hipótesis.

—¿Significa eso que si no encontramos el cuerpo de Daniel en este terreno, él sería el asesino que buscamos?

—Ojalá fuera tan sencillo. Daniel Rojas desapareció hace cuatro años. Podría estar muerto desde entonces, o haberse enterado de quién era su padre en realidad, haber roto sus lazos con toda su familia y encontrarse ahora muy lejos. En cualquier caso, es vital encontrarlo si queremos desentrañar esta madeja.

Capítulo 9.

Remigio se quedó en la cabaña, mientras Néstor y Sofía regresaban a la comisaría. Esta vez ambos guardaron silencio durante todo el trayecto. El viaje se les hizo largo e incómodo, pero ninguno se atrevió a iniciar una conversación que era seguro que terminaría en amarga discusión.

Al llegar a «San Miguel», los dos policías se reunieron con el comisario y lo pusieron al día acerca de los últimos acontecimientos.

—Os aseguro que en toda mi carrera policial nunca me tropecé con un caso tan espeluznante como este —confesó Ortiz—. De manera que esperas encontrar un segundo cadáver en la propiedad de Vesna, y si no está enterrado allí, hay una alta probabilidad de que nos encontremos frente a un parricida y fratricida.

—Es un buen resumen.

—El hijo de Vesna desapareció hace cuatro años, mientras que el asesinato de su madre data de algunas semanas —les recordó Sofía—. ¿Y si Daniel Rojas rompió relaciones con su madre y se marchó entonces? Tal vez quiso alejarse del estigma de los Vukovic y comenzar de nuevo con otro nombre.

—Estoy seguro de que cambió su nombre —afirmó Néstor—. Es la única explicación para su desaparición hace cuatro años…

—¿Y si está muerto desde entonces? —sugirió el comisario.

—No —respondió Salazar, categórico—. La vecina de Vesna nos contó que visitaba con frecuencia a su madre y que era muy atento con ella.

—Nadie notificó a la Policía que Vesna desapareció —señaló Sofía—. Si él estuviera vivo y no tuviera nada que ver con el asesinato…

—Tienes razón. Ante la ausencia de su madre y el estado del piso, habría puesto una denuncia, aunque fuera anónima.

—Eso quiere decir que si no lo encontramos muerto, habremos dado con el asesino —sentenció Ortiz.

—Estoy de acuerdo, pero todavía debemos resolver algunos interrogantes —señaló el inspector—. ¿Bajo qué nombre se esconde? ¿Cómo pudo acercarse a los Acosta? ¿Cómo consiguió la *Beretta*?

—Es una de las personas que conocemos y está relacionada con la familia —concluyó Sofía. Néstor asintió para señalar su conformidad—. Sigue siendo uno de nuestros sospechosos, lo cual nos deja como al principio.

—No del todo. Nos ayudaría a descartar a algunos, como Bustillos, que sería demasiado viejo.

—Son varios los que encajan en el perfil —dijo Santiago—. Podría tratarse de Mateo Rondón, de Guillermo Caro, de Huerta, o del mismo Kazun.

—No olvidemos a los hombres de Jaso —les recordó la subinspectora —. Daniel pudo unirse al grupo élite de los bosnios para llevar a cabo su venganza cuando se le presentara la oportunidad.

—Es posible —reconoció Néstor—. Aunque según Piraña seleccionaron a sus hombres entre quiénes no tenían relación directa con Srebrenica, debemos considerar que es probable que nadie conociera el parentesco entre Daniel y Erasmo.

—Veo un fallo en esta teoría —opinó el comisario—. Si Daniel se acercó a los Vukovic bajo otro nombre, ¿Erasmo no lo hubiera reconocido? Hay evidencias de que mantenía contacto con su amante.

—Con su amante, no con su hijo —sentenció Salazar—. Goran estaba en capacidad para imponer condiciones a Vesna bajo la amenaza de retirarle su apoyo. Una de ellas pudo ser que no quería saber nada de Daniel. Eso habría alimentado el resentimiento del chico contra su padre y la familia de este, así como contra su propia madre.

—¿Quieres decir que Erasmo no conocía a su hijo?

Néstor se encogió de hombros.

—Hemos visto cosas peores por aquí. Cuando Goran envió a Vesna a España, ella estaba embarazada, lo cual significa que el niño todavía no nacía. Los encuentros entre los amantes pudieron excluir al chico. Y para mantener las distancias, Goran pudo exigir que no le mostrara fotografías, ni le hablara de él…

—Con lo cual el hijo ilegítimo habría sido un perfecto desconocido para Erasmo —concluyó Santiago.

—Ese distanciamiento pudo hacer que Goran se sintiera más seguro, cuando en realidad lo hizo más vulnerable porque no le dejó conocer a su enemigo más peligroso; su propio hijo

—Me parece una excelente teoría. ¿Cuánto tiempo tardarán en registrar todo el terreno en busca del segundo cadáver?

—En un par de horas más deberíamos saber si los restos de Daniel Rojas reposaban junto a los de su madre, o si debemos identificar a un parricida.

—¿Cómo consiguió cambiar su nombre? —preguntó Sofía—. Está claro que si lo hizo, no empleó medios legales, o Diji lo hubiera encontrado durante su investigación.

—Es verdad. Su documentación actual debe ser falsificada —dijo el comisario.

—Creo que vamos a comprobar la utilidad de Teófilo. Si él no falsificó la documentación del chico, tal vez pueda decirnos quién lo hizo.

—De acuerdo, habla con él. ¿De qué otra forma podríamos identificarlo?

—La vecina de Vesna —dijo Salazar—. Ella lo conoció y puede hacernos un retrato hablado.

—Una buena idea. Sofía, ¿puedes…?

—La llamaré y le pediré que venga a comisaría.

Salazar se quedó pensativo.

—Creo que estamos cerca de identificar al asesino de los Acosta —afirmó Ortiz con satisfacción—. ¿Te preocupa algo, Néstor?

—No lo sé. Tengo la impresión de que se nos ha pasado algo importante. Que tenemos la respuesta en la punta de la nariz y no la vemos —hizo un gesto con la mano como si apartara una mosca—. No importa. Supongo que estas indagaciones deben arrojar resultados interesantes.

El ordenador del comisario y el móvil de Salazar avisaron la recepción de mensajes al mismo tiempo. Eso solo podía significar que ambos acababan de recibir información de interés para alguno de los dos casos. Consultaron sus correos al mismo tiempo. Ortiz fue el primero que habló.

—Barros ya concluyó el peritaje de la escena del crimen en el terreno donde encontraron a Damián Munguía. La lluvia borró la mayor parte de las huellas, y no encontraron casquillos, aunque sí recuperaron el proyectil. Confirma las conclusiones del forense. El chico murió de rodillas por un tiro en la nuca. Se trató de una ejecución. También afirma que hay

resultados de las pruebas de balística y del laboratorio de imágenes que prefiere informar en persona. Me solicita que envíe a uno de mis hombres a recogerlas. Sugiere que seas tú, Néstor.

—Sí, yo recibí un correo similar de Casimiro —reconoció Salazar, aunque no mencionó que en el mensaje que el jefe de Científica le dirigió a él, le pedía que no se olvidara de su merienda.

—Muy bien, entonces vete a la Jefatura Superior. Ya le encargo yo a Cheick que visite al falsificador.

Al salir del despacho de Santiago, Sofía subió al tercer piso para comunicarse con la vecina de Vesna y hacer los arreglos necesarios para que se realizara el retrato hablado de Daniel Rojas. Néstor salió en dirección contraria y bajó a la recepción, donde le pidió a García que le localizara a Echevarría para que lo llevara hasta la Jefatura Superior lo antes posible. Ante esas palabras, el oficial abrió mucho los ojos y dejó caer la mandíbula.

—¿A Echevarría? ¿Está usted seguro, inspector jefe?

—Sí, García. Es que tengo prisa.

—Pero…

Néstor enarcó las cejas. La verdad era que tenía prisa por ver los resultados que le prometió Casimiro, pero también tenía que reconocer que su último viaje en una patrulla le resultó tedioso. Le estaba cogiendo gustillo a eso de la velocidad, aunque terminara con los testículos de corbata en cada viaje. Mientras esperaba a Echevarría, Salazar envió a uno de los novatos a comprar media docena de rosquillas en el bar más cercano. Antes de salir metió la bolsa en un bolsillo interno del gabán y empleó las dos manos en aferrarse a Ander. Hizo el recorrido hasta la Jefatura Superior como paquete en la motocicleta, con todos los músculos tensos, y aprovechó los insultos varios y gritos de terror para desahogarse. Que la vida no podía ser todo «orden y concierto». De vez en cuando había que jugársela.

Llegaron a su destino en tiempo récord. Como siempre que conducía Echevarría, tenía las piernas como gelatina y necesitó algunos segundos para recuperar el control sobre ellas. Así que se alejó del vehículo con pasos inciertos, y en la medida en que se acercó al edificio recuperó la normalidad.

Casimiro, que ya lo esperaba, frunció el ceño cuando lo vio llegar con las manos vacías.

—¿Dónde están mis dulces y mi café?

Néstor hurgó en el bolsillo del gabán y sacó la abultada bolsa, lo que hizo que el jefe de Científica relajara el gesto.

—Lo siento, Casi. No pude traerte café porque vine en motocicleta, pero en cambio te traje más rosquillas.

Barros se asomó al interior de la bolsa y le ordenó al chico de los recados que le llevara un café.

—Te perdono porque me trajiste doble ración, pero que no se haga costumbre. Que los dulces sin café son como un día sin sol.

—No volverá a pasar.

Casimiro asintió para reafirmar su punto, al mismo tiempo que regresaba el chico con el café. El jefe dio un sorbo e inclinó la cabeza a ambos lados. Estaba más o menos conforme. Sin esperar más, atacó la primera rosquilla. Salazar esperó con paciencia a que terminara el ritual. Después de zamparse el dulce y darle un mordisco al segundo, por fin comenzó a hablar.

—No encontramos casquillo, pero como el tío disparó hacia abajo, la bala quedó incrustada varios metros en el suelo y no la pudo recuperar. No vimos el agujero en un principio porque la lluvia enlodó la superficie del terreno, y supongo que el asesino contaba con ello. No tienes idea del trabajo que nos costó recuperar el proyectil.

—Pero lo conseguisteis…

—Tranquilo piojo, que la noche es larga. Sí, lo recuperamos, y los resultados de balística concuerdan con lo que encontró el laboratorio de imágenes.

—¿A qué te refieres?

—Acompáñame.

Casimiro condujo a Néstor hasta su oficina, cerró la puerta y la aseguró. Luego bajó las persianas de las ventanas que daban hacia el interior del laboratorio. Todo aquel preparativo puso de los nervios al inspector, porque comprendió que iba a recibir una información muy delicada. Entonces el jefe encendió el portátil que reposaba sobre su escritorio, buscó el archivo que quería mostrarle a Salazar y volteó el ordenador en su dirección. Antes de que Néstor tuviera tiempo de comprobar de qué se trataba, Casimiro atacó la tercera rosquilla.

El inspector comenzó a leer el inquietante informe casi con miedo de lo que iba a encontrar. Cuando llegó al final, levantó la vista y miró a los ojos

de su interlocutor.

—Pero...

—Te proporcionaré una copia de las imágenes tratadas para que puedas comprobarlo por ti mismo. La matrícula quedó fuera del ángulo de visión, pero la pegatina es muy clara: es del club de fútbol de la Policía de Haro. A esto se suma que el proyectil recuperado es un nueve milímetros, el mismo calibre de las *Sig sauer* reglamentarias. Igual a la que cargas debajo del brazo. Supongo que no necesito aclararte lo que esto significa.

—Que a Damián Munguía lo asesinó un policía.

Capítulo 10.

Néstor se quedó muy preocupado cuando descubrió que el coche donde Damián y Verónica fueron vistos por última vez pertenecía a un policía. Después de agradecerle a Casimiro por su discreción, y despedirse de él con la promesa de que la próxima vez no olvidaría el café, Salazar se subió de nuevo a la motocicleta de Ander, no sin antes persignarse, por las dudas.

Mientras regresaban a «San Miguel», el inspector se olvidó de ambos casos. Cualquiera se distraía mientras Ander conducía por las estrechas calles de Haro a toda pastilla. Si en una ocasión estuvo seguro de que terminarían estampados contra la pared como un sello postal. Por suerte, la única que sufrió fue la memoria de la madre de Echevarría.

Cuando llegaron a la comisaría, Salazar no sabía si el joven oficial merecía que le diera las gracias o una hostia, pero entonces recordó que él mismo decidió viajar con él a conciencia de lo que se exponía, y escogió la primera opción. Con su eterna sonrisa, Ander se puso a la orden para cuando quisiera que lo volviera a llevar, y hasta lo invitó a acompañarlo al circuito de carreras de Villalobar. Néstor palideció solo de pensarlo y apenas acertó a balbucir una excusa.

Como suponía, Santiago esperaba con impaciencia el misterioso reporte de Científica que obligó a su inspector jefe a desplazarse hasta allí. La impaciencia se convirtió en desconcierto cuando Salazar le informó que el asesino del chico era un policía.

—Esto lo complica todo, Néstor. Al tratarse de un compañero conoce los procedimientos y puede ir un paso delante de nosotros.

—A menos que sepamos sacarle ventaja.

—Te escucho.

—Ya acordé con Casimiro su discreción en este asunto. La solicitud del peritaje de las imágenes no se hizo a través de los canales oficiales. Recuerda que se las llevé a Barros como un favor personal, y el técnico las

procesó en su tiempo libre. Los resultados que me mostró hoy son extraoficiales, y seguirán siéndolo por el momento, así que nuestro objetivo no tiene idea de que identificamos su coche. Con un poco de suerte no se habrá desecho de él.

—Y si conserva el mismo vehículo, lo identificaremos con facilidad —dijo Santiago, al comprender la idea de Néstor—, pero si se trata de un policía, lo más probable es que se deshiciera del coche involucrado en el crimen.

—Quizá, o quizá no. Por los reportes oficiales sabe que el caso Munguía-Fuentes está abierto. La desaparición repentina de su automóvil lo convertiría en sospechoso. Si me lo preguntas, yo creo que revisa los informes y comunicados oficiales acerca de la investigación con frecuencia, y está atento para actuar en caso de ser necesario…

—Pero si no hay evidencias de que identificamos el vehículo, no hay razón para cambiar nada en su rutina —concluyó el comisario.

—Esa es la idea —le confirmó su hermano, al mismo tiempo que consultaba el reloj—. Debemos establecer una vigilancia con agentes muy bien entrenados y elaborar un plan. Todo en el más absoluto secreto.

—Planificaré los turnos.

—De acuerdo. Yo me voy a almorzar a «La Callecita».

—Supongo que significa que te encontrarás con tu amigo el tabernero.

—Quiero consultarle un par de asuntos —reconoció Néstor—. Y de paso tener un almuerzo decente, que ahora me doy cuenta de que anoche no tuve tiempo de cenar y esta mañana lo único que tomé fue el café que me sirvió Lali. Tengo más hambre que ratón de ferretería.

—De acuerdo, me parece justo. Pasa por aquí cuando regreses. Me interesa saber cualquier información que te proporcione Gyula.

Quince minutos después, Salazar entraba en «La Callecita». Se sorprendió al ver que su mesa favorita estaba ocupada, y nada menos que por Isabel. Después de saludar al mesonero, quien secaba un vaso detrás de la barra, Salazar se acercó a la etóloga. Ella sonrió cuando levantó la vista del plato.

—No esperaba encontrarte aquí —reconoció el inspector.

—Vine a preguntarle a Dika por Paca, y a disfrutar de sus inigualables boquerones en vinagre. ¿Por qué no te sientas? Tengo entendido que esta es tu mesa favorita.

—Sí, es porque es la que tiene mejor visibilidad de la puerta, pero no quiero molestar. Después de todo, hay para escoger.

—No seas tonto. No me molestas. Anda, siéntate. Ya Dika me dijo que tu gata ha hecho grandes progresos.

Néstor obedeció y ocupó la silla frente a ella.

—Yo diría que en eso de progresar es más rápida que yo.

—Sí, es una chica muy lista —reconoció Zabala, con una sonrisa que le dio un aire de niña traviesa.

El mesonero se acercó y la etóloga aprovechó la oportunidad para despedirse con discreción. Pagó la cuenta, dejó una buena propina y salió. Néstor la observó mientras se alejaba, pues sus andares le recordaron a Paca.

—¿Va a almorzar, inspector?

—Pues sí, Chicho. ¿Qué me puedes ofrecer?

—Hoy tenemos un «*risotto con frutos del mar*» que ha sido sensación entre los clientes. Es una nueva receta del cocinero que usted le recomendó al jefe.

—¿Gyula contrató a Nemesio?

—Pues sí, señor. Y entre nosotros, fue un acierto porque hay que ver cómo cocina el tío —reconoció el chico en voz baja—, pero no se lo comente a la señora Dika, porque está un poco celosa. Dice que ella se bastaba para preparar el menú y que sus platos son mejores que los del Nemesio.

—Espero no haber creado un problema al recomendar a Rodríguez. Como Gyula me dijo que buscaba un buen cocinero…

—No se preocupe, señor. Seguro que la señora terminará haciéndose a la idea. Para ella sola es demasiado trabajo, sobre todo ahora que…

—¿Qué?

—Usted sabe… —dijo Chicho en tono misterioso, mientras miraba su propio abdomen, plano como el Serengeti.

—¿Qué? —repitió el inspector. Entonces enarcó las cejas cuando comprendió—. ¿Dika está…?

—De dos meses y pico —confirmó el mesonero con satisfacción—, pero no diga que yo se lo conté.

—Descuida, Chicho. Mis labios están sellados. Por favor, tráeme uno de esos *risottos* y un vaso de sidra para brindar a la salud de los nuevos padres.

—Enseguida, inspector.

El mesonero entró a la cocina para buscar la ración de Néstor y quien salió con la bandeja fue el propio Gyula. Salazar estudió la expresión del rostro de su amigo conforme se le acercaba. Estaba entre satisfecho y aterrorizado. Y no era para menos. La idea de Gyula liado entre pañales, biberones y potitos hizo sonreír con malicia a Salazar.

—¡Ya te vinieron con el cuento! —dijo el tabernero en tono cortante—. Voy a matar a ese ca…

—¡Deja al chico en paz! Y no sueltes amenazas frente a un policía. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Tomando en cuenta quien eres y la confianza que existe entre nosotros, además de la posibilidad cierta de cachondeo, un poco más tarde.

—¿Qué tanto?

—Cuando el chico estuviera por entrar en la universidad.

Salazar soltó una carcajada y comenzó a comer con gusto.

—No sé qué es mejor, si la cara de pasmado que se te ha puesto, o este *risotto*.

—Debo reconocer que tuviste buen tino con el cocinero que me recomendaste.

—Lo conocí por casualidad —admitió el inspector, mientras pellizcaba un trozo de pan para acompañar el arroz—. Probé su comida y supe que era el indicado para el trabajo. Lo que no sabía era el motivo por el que lo buscabas. Y qué escondidito lo tenías, cabrón —dijo Salazar en tono burlón y acompañó sus palabras con un par de cachetadas suaves.

—¡A qué te ganas una hostia!

—Deja el mal humor, que ya tendrás tiempo cuando el crío llore a las tres de la madrugada, y tengas que levantarte a darle biberón.

—¡Maldita sea tu estampa!

Néstor se rio de buena gana, continuó con su almuerzo y brindó por «Gyulita» un par de veces, reforzado por la mala leche que rebosaba su amigo. Cuando terminó de comer le pidió un café al camarero, quien se lo sirvió enseguida y salió pitando al sentir la mirada asesina de su jefe sobre él.

Néstor carraspeó para enseriarse, al mismo tiempo que bebía el café.

—La comida estuvo insuperable, como siempre, pero no vine por eso.

—Ya lo imagino —admitió el tabernero, más tranquilo porque intuyó que el tema de conversación se iba a desviar de su futura paternidad.

—Buscamos a alguien que se escuda detrás de un nombre falso. Tiene alrededor de veintidós o veintitrés años.

—¿Algún rasgo físico reconocible?

—Estamos en proceso de elaborar un retrato hablado, pero de momento no tenemos idea de su apariencia. Con lo que sí contamos es con algunos sospechosos.

—Dame sus nombres —dijo Gyula, al mismo tiempo que sacaba un bolígrafo y usaba una servilleta para anotar.

—Guillermo Caro, Maximiliano Huerta, Ahmed Kazun… —El dueño del bar anotaba y asentía—. Mateo Rondón.

—Espera, ese nombre me resulta conocido.

—Lo tenemos por un delincuente de poca monta. Un pequeño distribuidor de estupefacientes.

—Sí, es él. Vive con su madre —Néstor asintió—. No sé si es culpable o no del caso que investigas, lo que sí te puedo asegurar es que ese es su verdadero nombre. Vive en el mismo barrio que uno de mis primos y lo conozco desde que era un chaval.

—De acuerdo, entonces podemos descartarlo. Sin embargo, quiero estar seguro. Voy a pedirte el favor de que vayas a la comisaría. Dejaré instrucciones para que te muestren el expediente de Rondón. Quiero que veas la foto y nos confirmes que se trata del mismo sujeto.

—Cuenta con ello. Iré en cuanto termine lo que tengo que hacer.

—¿Qué tienes que hacer?

—Montarle un pollo a Chicho por bocazas.

Capítulo 11.

Salazar iba pensando en las palabras de Gyula acerca de Rondón mientras hacía el recorrido de vuelta a la comisaría. Si su amigo reconocía la foto del expediente de Mateo y confirmaba su nombre, habrían descartado otro sospechoso. El tono del móvil lo sacó de su concentración. Respondió enseguida cuando comprobó que la llamada era de Remigio.

—¡Dime!

—Bonita forma de saludar a quien se pasó toda la mañana tragando tierra y malos olores en este rincón perdido del mundo, mientras tú y Sofía regresabais a la civilización. Seguro que ya almorzaste. Y yo sin haber probado ni un chupito de agua.

—No te hagas la víctima Remigio, que aquí los marrones se reparten con equidad y esta vez te correspondió a ti. ¿Encontraron el cuerpo?

—Negativo. En este terreno no hay nada más. Los perros están tan hartos de buscar como yo de esperar.

—No me sorprende.

—Fue el hijo, ¿verdad?

—Estoy seguro.

—Pues vaya cabrón.

—¿Ya terminó Científica?

—Hace un par de horas. Aquí los únicos pringados que quedamos somos los perros, sus entrenadores y yo.

—En ese caso, deja un par de agentes para que resguarden el perímetro, despacha a la unidad canina y regresa a «San Miguel».

—Pues me alegra esa orden, porque ya hay un mastín que me mira con ansia, como si tuviera ganas de darme un mordisco. Aunque con el hambre que tengo, a lo mejor termino dándoselo yo a él.

—Captada la indirecta. Puedes cogerte un par de horas para almorzar.

Después de terminada la conversación, Néstor se disponía a guardar el móvil en el bolsillo, cuando lo asaltó un recuerdo que le hizo quedarse parado como un pasmarote en medio de la plaza. De inmediato llamó a Santiago y le contó su idea. Su hermano estuvo de acuerdo en que valía la pena investigarlo.

El inspector llegó a la comisaría, pero en lugar de subir a su despacho, le pidió las llaves del Corsa a García.

—¿No prefiere que lo lleve Echevarría? —sugirió el oficial—. Con él llegaría más rápido.

—Gracias García, pero necesito ordenar las ideas por el camino, y viajando con Ander en lo único que puedo pensar es en lo corta que puede ser la vida. Así que declinaré tu generosa oferta.

Sin disimular su decepción, el oficial le entregó las llaves del coche y Néstor volvió a salir del edificio. Treinta y cinco minutos después entraba en la tienda de informática donde trabajaba la novia de Simón.

El inspector sorteó los expositores y escaparates donde se mostraban desde cables, hasta sofisticados equipos electrónicos de última generación. Araceli se encontraba junto a una de las vitrinas y le explicaba a un posible cliente las ventajas de llevar en el bolsillo un equipo que superaba a los ordenadores que pusieron al hombre en la luna. Todo por la módica suma de novecientos euros. Una ganga.

La joven vio de reojo al inspector y continuó su argumentación. Salazar esperó con paciencia. El futuro comprador terminó convencido y sacó la tarjeta de crédito. La chica concluyó la transacción, felicitó al incauto, perdón, al cliente por la magnífica decisión de adquirir un equipo del que solo sacaría provecho en un cincuenta por ciento, pues el otro cincuenta ni sabía cómo usarlo, ni lo necesitaba. Una vez que el pardillo salió de la tienda satisfecho con su adquisición, y tal vez planificando enviar a su suegra a la luna con su nuevo equipo, Néstor abordó a la chica y le planteó su inquietud.

—Lo que me pregunta es muy delicado, inspector. Recuerde que mi pobre cuñada está muerta y a los difuntos se les debe respeto.

—En este caso, el mayor respeto que le puede mostrar es ayudarnos a detener a su asesino.

—Sí, supongo que tiene razón. ¿Y dice que Max rompió la relación porque ella no quería tener encuentros prematrimoniales?

—Esa fue su declaración, pero no encaja con lo que cuenta Rondón. Según él, Carolina era una chica sexualmente activa. Pensé que usted nos podría aclarar quién dice la verdad.

—¿Y eso qué tiene que ver con el asesino?

—Podría ser un detalle crucial.

Araceli lo miró con escepticismo. Luego encogió un hombro.

—Carolina no solo era mi cuñada, sino también mi amiga. No encajaba bien en la familia.

—¿En qué sentido?

—Los Acosta eran muy cerrados. Don Erasmo actuaba como si su casa fuera un cuartel y trataba a su familia como a soldados bajo sus órdenes. Doña Diana siempre tenía miedo de contrariarlo. Simón no soportaba la actitud déspota de su padre, ni la sumisión de su madre. En cuanto a Carolina, su padre la trataba con algo menos de rigidez que a los demás, pero aun así era demasiado restrictivo. Supongo que para desafiarlo, ella era abierta y desinhibida.

—¿Me estás diciendo que Max Huerta nos mintió?

—No sé lo que ocurrió entre ellos, pero sí recuerdo que don Erasmo se sintió satisfecho cuando ella le presentó a Max. Él comenzó a tratarlo como a un hijo. Decía que era un joven ejemplar. Por eso de que estudiaba y trabajaba, siempre era muy correcto y con fuertes convicciones religiosas. Supongo que la «perfección» de Max y su aceptación por parte de don Erasmo fueron claves para que Carol rompiera la relación y buscara a alguien como Mateo.

—Alguien que molestaba a su padre y con quien mantenía relaciones íntimas sin que mediara el matrimonio.

—Creo que esa era la idea.

—Así que la imagen mojigata que nos pintó Maximiliano Huerta es falsa.

—Como un billete de quince euros. Considerar casta a Carolina hubiera sido como asumir que el hábito hace al monje.

—¿Es posible que Max mienta por vergüenza, en vista de sus creencias religiosas?

—¿Se refiere a que hubieran tenido relaciones que él prefiera negar? —quiso precisar Araceli, mientras negaba con la cabeza—. No lo creó. Antes de romper con Max, Carolina me contó que lo haría porque no soportaba su

mojigatería. Ni siquiera la llegó a besar en los labios. Era una relación platónica por completo.

La afirmación de la novia de Simón era la guinda del pastel. Salazar sonrió, seguro de que había identificado a Daniel Rojas. Ahora restaba reunir las evidencias para probarlo.

Después de agradecer a la joven por su colaboración y mientras salía de la tienda, le llegó la primera prueba que necesitaba. Su móvil anunció la entrada de un mensaje. Néstor desbloqueó la pantalla y pudo ver el retrato hablado del joven que querían identificar. Sin duda alguna se trataba de Maximiliano Huerta.

Su siguiente paso fue llamar a Diji. Le envió el retrato y le ordenó que se lo mostrara a Teófilo para comprobar si lo reconocía. De cualquier forma, al disponer del nombre falso de Rojas, sería más fácil identificar a quien forjó los documentos.

Después de hablar con Araceli, Néstor estaba seguro de que Max usó a su hermanastra para acercarse a la familia, y empleó excusas para evitar el incesto hasta que la chica terminó con la relación. Si Erasmo lo consideraba el yerno ideal, era posible que hubieran mantenido cierto contacto aun después de la ruptura. ¿Le habría entregado el propio Goran el arma homicida a su asesino? Lo averiguarían cuando pudieran arrestar a Daniel, e interrogarlo.

Néstor llamó a Beatriz, la puso al día con los últimos descubrimientos y le pidió que elaborara un informe para el juez Antúnez. Necesitarían una boleta de busca y captura para Daniel Rojas, alias Maximiliano Huerta, y una orden de allanamiento para su vivienda. Él esperaría al equipo en el portal del domicilio del sospechoso. Después de impartir las órdenes pertinentes, llamó a Santiago y lo puso al día acerca de sus descubrimientos.

Capítulo 12.

En el trayecto hacia la Avenida La Rioja, donde vivía el exnovio de Carolina, Salazar usó el móvil en función manos libres para llamar de nuevo a Beatriz y ordenarle que indagara en el pasado de Maximiliano Huerta. Le pidió que buscara pruebas que demostraran que su identidad era falsa. Calculó que en ese preciso momento, Diji debía encontrarse en la tipografía clandestina con Teófilo para comprobar si identificaba a Max como uno de sus clientes. Se comunicó también con Miguel, a quien le ordenó arrestar al sospechoso en su lugar de trabajo en cuanto el juez le entregara la orden. A Remigio lo dejó almorzar en paz, pues consideró que se lo había ganado.

Néstor esperó en el Corsa frente al portal de un edificio bien conservado. Según la información de la que disponían, Huerta vivía allí. Veinte minutos después, una patrulla aparcó detrás de Salazar. De ella bajaron Santiago, Sofía y dos patrulleros. El inspector los imitó.

—¿Es aquí? —preguntó Santiago.

—En el segundo piso —confirmó Sofía, después de consultar los papeles que tenía en la mano—. Alquila una habitación.

El portal estaba abierto, así que pudieron entrar sin inconvenientes. Santiago subió por el ascensor, mientras Néstor y Sofía usaban las escaleras. Una septuagenaria les abrió cuando llegaron al piso. La mujer no disimuló su sorpresa cuando los vio en su umbral, en especial después de que se identificaron.

—¿Es usted Brígida Hernández?

—Yo misma soy, pero no comprendo qué puede querer la Policía de mí.

—¿Tiene usted un huésped llamado Maximiliano Huerta? —preguntó Santiago con su vozarrón.

—¿Max? Si ese chico es un ángel. Estoy segura de que si lo buscan a él, debe tratarse de un error.

—Tal vez, pero debemos comprobarlo por nosotros mismos —argumentó Néstor.

—¿Traen una de esas órdenes de las que hablan en las películas?

—Por supuesto, señora. Y es de cumplimiento obligatorio.

Brígida suspiró, derrotada por el sólido argumento de los representantes de la Ley y frunció el ceño para demostrar su inconformidad, aunque en el fondo se lo estaba pasando chachi. Ahora tendría algo interesante que contar en su próxima reunión para jugar a la Brisca. Se hizo a un lado sin dejar de refunfuñar, los invitó a pasar, les ofreció té y galletas, a lo cual los policías se negaron con amabilidad, y los condujo a la habitación de su único huésped.

—Es un buen chico. Estoy segura de que se trata de un lamentable error.

No fue una sorpresa encontrar la puerta cerrada con llave. Por suerte, la dueña de la casa guardaba una copia, aunque demoró algunos minutos en encontrarla.

—¿Con qué frecuencia entra usted a esta habitación? —le preguntó Néstor.

—Nunca lo he hecho. Max es muy celoso de su intimidad y se encarga él mismo de asearla. Y eso que trabaja y estudia a la vez. El pobre chico no tiene tiempo para divertirse.

Salazar se mordió la lengua para no hacer comentarios acerca de las «diversiones» que ocupaban el tiempo libre de Max. Abrieron el dormitorio y pese a que esperaban encontrar cualquier cosa, no estaban preparados para lo que había allí. Brígida los siguió y se quedó con la boca abierta.

Las paredes estaban forradas con recortes de periódicos y fotografías. La prensa estaba en un idioma de Europa del Este. Salazar supuso que sería serbocroata. El tema recurrente era una matanza y la palabra Srebrenica se repetía en casi todos los artículos. Algunos de los recortes estaban en inglés, o español, y trataban de variantes del mismo tema. Por los que pudieron comprender, los policías se dieron cuenta de que el interés de Huerta se enfocaba en el dinero y los bienes que los genocidas robaron a las víctimas. Los artículos de prensa no eran lo único que empapelaba las paredes. También había fotografías. Todas eran de los Acosta.

—¡Virgen de la Aparecida! ¿Qué es todo esto? —preguntó Brígida.

—Me parece que su huésped emplea parte de su tiempo en actividades que no son… deseables —dijo Néstor, mientras apoyaba las manos en los hombros de la casera, y la conducía con suavidad fuera de la habitación.

—¿Max es un terrorista de esos?

—Todavía investigamos, Brígida. Me temo que tendrá un poco de lío por aquí. Debemos llamar al equipo de Científica para que haga un peritaje de la habitación. Mientras tanto, ¿qué le parece si nos espera en el salón?

—¿Esos son lo mismo que el CSI? ¡Me encanta ese programa de televisión! ¿Podré mirar?

—Tal vez sería mejor que no se pasee por aquí mientras trabajan —le advirtió Néstor—. El jefe, Casimiro Barros, es un poco tiquismiquis cuando se trata de la escena de un crimen.

—¿Quiere decir que consideran la habitación de mi huésped como escena de un crimen y que traerán aquí a un equipo como el del CSI?

—Algo así. Por eso debe mantenerse al margen. Podría contaminarse la escena.

—¡Qué emocionante! ¿Y qué fue lo que hizo Max? ¿Es peligroso?

—No tendrá que preocuparse por eso, señora Hernández. En este momento, Max Huerta ya debe estar bajo arresto —aseguró Santiago.

—¿Cuántos del CSI vendrán a ver la habitación?

—Tendrán que registrar todo el piso —dijo Salazar—, así que pueden ser unos cinco o seis. ¿Por qué lo pregunta, Brígida?

—Es para hornearles galletas.

Néstor puso los ojos en blanco al pensar en el resultado de reunir en el mismo piso a Casimiro, con una amable anciana aficionada a hornear galletas. El asunto podía eternizarse. Sofía acudió en su ayuda.

—Me temo que mientras Científica esté aquí no podrá quedarse, señora Hernández. Se trata de un asunto policial muy delicado y la presencia de una tercera persona puede contaminar la escena.

—Ah —dijo Brígida con desilusión—, pero esta es mi casa, así que en cierto modo, ya la contaminé.

—Aun así.

—El municipio pagará su estadía en un hotel por esta noche —le prometió el comisario—. Y le aseguramos que su piso no sufrirá ningún daño.

—Bueno.

Por instrucciones de Ortiz, los oficiales condujeron a una decepcionada señora Hernández a la patrulla para llevarla hasta un hotel.

—¿Qué opinas de todo esto, Néstor? —preguntó el comisario en cuanto estuvieron solos.

—No hay que ser muy listo para comprender que los Vukovic eran una obsesión para Max. Si teníamos alguna duda de que él es el asesino, creo que esto lo deja muy claro.

—Para reunir todas estas fotografías debió seguirlos durante meses —comentó Sofía, al mismo tiempo que un escalofrío le recorría la espalda.

Salazar la escuchó a medias, pues vio algo que llamó su atención. Se acercó a una estantería que había junto a la cama. En uno de los estantes reposaba un pequeño trofeo. Con las manos a la espalda para evitar la tentación de cogerlo, el inspector lo miró y leyó la inscripción: «*Maximiliano Huerta. Primer lugar en tiro al blanco con pistola. Club deportivo de Logroño*».

—¿Qué es eso?

—Creo que acabamos de encontrar la estratagema que Huerta empleó para que su exsuegro le entregara la *Beretta* que usó para matarlo.

Santiago y Sofía también leyeron la inscripción.

—Un campeonato de tiro al blanco. Maquiavélico —opinó Ortiz.

—Si Erasmo confiaba en Max y lo veía como el yerno que hubiera querido tener, no era difícil que demostrara su preferencia por el joven permitiéndole participar en el concurso con el arma que era el orgullo de su colección.

—¿Qué fecha tiene ese trofeo?

—Dos semanas antes del asesinato de los Acosta.

Santiago iba a exponer su opinión, cuando el aviso de la entrada de un mensaje a su móvil lo desconcentró. Miró la pantalla, suspiró y se dirigió a sus subalternos.

—Es de Pedrera. Maximiliano Huerta ya está en «San Miguel» y niega haber cometido los crímenes.

Capítulo 13.

Los policías dejaron a Casimiro y su equipo en el piso en el que vivía Huerta, donde Científica tendría trabajo para un buen rato. Regresaron a «San Miguel» y se reunieron en la sala común. Ya el resto de la plantilla los esperaba. El comisario no disimuló su satisfacción ante la expectativa de resolver un caso que era una pesadilla. Después de todo, él soportaba las presiones de los mandos.

Salazar tomó la palabra para iniciar la reunión:

—Sé que todos estamos interesados en concluir el asunto Acosta. Sin embargo, no olvidemos que debemos resolver otro caso en el que puede haber una chica en peligro. Así que antes de continuar con Huerta y la matanza, veamos los avances sobre el asesinato de Damián. Diji, ¿qué averiguaste de Beto Munguía?

—Es un vago que se apoya en su madre y en su hermano. Su mayor preocupación es pasarlo bien. No se toma nada, ni a nadie en serio. Así que es del tipo «don Juan». Sin embargo, ninguna de las personas con las que hablé le atribuye conducta violenta. Lo consideran demasiado cómodo hasta para eso.

—De acuerdo. Miguel, ¿qué dijo la chica que presenció el altercado?

—Lo calificó como un simple malentendido. Beto hizo un comentario sobre la ropa ajustada de Verónica, Damián se ofendió y dio por concluida la salida. Él y Verónica se marcharon, mientras Beto y Ana Rosa continuaron divirtiéndose hasta la madrugada. Luego Beto la acompañó a su casa. Ella no sabe qué pasó entre tío y sobrino después.

—¿Cómo se comportó Beto durante la velada? —preguntó Néstor.

—Según ella, no le importó mucho la reacción de su sobrino. Dice que él es así.

—De acuerdo. Beatriz, cuéntanos lo que averiguaste sobre la denuncia por la desaparición de Urrutia.

—Sí, señor. De hecho, la denuncia existe y tiene fecha del mismo día en que el esposo de Gotxone perdió la comunicación con ella.

—¿Por qué no supimos nunca de esa desaparición? —preguntó el comisario con un fruncimiento de ceño.

—No puedo explicarlo, señor. Al parecer hubo un error informático que desvinculó la información.

—¿Podrías ser más específica, Beatriz?

—La denuncia se borró de los pendientes, como si ya hubiera sido resuelta.

Néstor y Santiago cruzaron una mirada de entendimiento.

—¿Fue una falla informática, o un error humano? —quiso precisar el comisario.

—No podría decirlo, señor. Haría falta un rastreo y…

—¿Podrías averiguarlo con la ayuda de Toni?

—¡Sin lugar a dudas! —afirmó Araya con entusiasmo.

Salazar asintió antes de dar la orden.

—En ese caso, ve a la Jefatura Superior. Debemos precisar si alguien intervino para retirar del sistema la denuncia por desaparición. También quiero que seáis discretos con cualquier resultado. Solo nos lo reportaréis al comisario, o a mí.

—Sí, señor.

—¿Por qué el misterio, Salazar? —intervino Pedrera.

—Porque es una orden —sentenció Santiago con voz cortante, y a Miguel se le quitaron las ganas de hacer más preguntas.

Néstor se quedó pensativo. No se le ocurría qué otros engranajes podían poner en movimiento para descubrir al asesino de Damián y tal vez, también de Verónica. La presunción de que se tratara de un policía cobraba cada vez más fuerza. Decidió retomar la discusión sobre el caso de los Acosta.

—¿Qué averiguaste con Teófilo, Diji? ¿Reconoció a Max Huerta?

—Me temo que no, señor. Rosales afirma que nunca había visto al sospechoso. Si falsificó los documentos, no fue con él.

—Eso no significa que sean auténticos —opinó Remigio—. Teófilo no es el único falsificador que existe en La Rioja.

—Pero puede ayudarnos a encontrar a quien hizo el trabajo —señaló el inspector jefe—. Diji, lleva tú mismo la documentación del detenido a Científica para que la autentifiquen con carácter de urgencia. Que te

proporcionen una copia, y se la muestras a Teo. Es muy probable que reconozca el trabajo de su colega.

—Sí, señor.

—Beatriz, ¿qué puedes decirnos del pasado de Max?

—Los resultados me sorprendieron, señor —admitió la subinspectora—. Esperaba que hubiera surgido de la nada hace cuatro años, pero no fue así.

—¿Tiene un pasado? —preguntó el comisario con desconcierto, pues si Max Huerta no era Daniel Rojas tendrían que comenzar de nuevo.

—Sí, señor. Nació en Logroño y asistió a la escuela pública José de Calasanz, luego se preparó como dibujante en la escuela de artes y oficios de Logroño. Su padre falleció cuando era un adolescente y su madre hace cinco años, que fue cuando se mudó a Haro. Está bancarizado desde su mayoría de edad, e incluso cuenta con un historial crediticio.

—¡Maldita sea! —exclamó Remigio, y se ganó una mirada de desaprobación del comisario, que él ignoró por completo—. No es posible que un sujeto común y corriente elabore un pasado tan detallado con documentación falsa. ¿Y si tenemos al tío equivocado en la celda de arriba?

—¿Cómo explicarías entonces todo lo que tenía en su habitación? —intervino Miguel.

—Tal vez lo obsesionaba la ruptura de la relación con su novia, y por eso tenía las fotografías de los Acosta —sugirió Diji.

Después de pensar por un momento, Salazar expuso su opinión

—Eso podría explicar el acoso a la familia, e incluso ser un motivo para el homicidio, pero no justifica los recortes de periódicos, algunos de ellos en serbocroata y todos relacionados con Srebrenica. Algo se nos escapa. Beatriz, ¿existe alguna relación entre Maximiliano Huerta y Daniel Rojas?

Araya hizo volar los dedos sobre el teclado. Al cabo de algunos segundos asintió.

—Hay una coincidencia. Ambos asistieron a la misma escuela y cursaron educación secundaria en el mismo instituto.

—Compañeros de clase desde la infancia. Tal vez amigos —concluyó Néstor.

—¿No es eso mucho suponer? —discrepó Miguel— Que asistieran a la misma escuela no quiere decir que se conocieran. Si es que hablamos de dos personas diferentes. ¿O ya descartaste tu propia teoría de que Huerta es el mismo Rojas con documentación falsa?

—Todavía no descarto nada. Solo sigo la ruta que marcan las evidencias. Tal vez Huerta y Rojas sean la misma persona, o tal vez solo tuvieran el mismo objetivo.

Remigio frunció el ceño antes de hablar.

—¿Cómplices? Comprendo los motivos de Rojas, pero ¿qué razón podría tener Huerta para involucrarse en un crimen como ese?

—¿Dinero? —sugirió Sofía—. En los recortes de la habitación estaban subrayados los párrafos relacionados con el saqueo de los bienes de las víctimas. Tal vez Rojas le prometió a Huerta parte del botín si lo ayudaba en su venganza.

Néstor sacudió la cabeza.

—¿Qué botín? El asesinato de los Acosta dejó al descubierto sus verdaderas identidades, y traerá como consecuencia el congelamiento de sus bienes. No habrá ninguna herencia. Estoy seguro de que Rojas lo sabía.

—Estás convencido de que el asesino fue él. ¿Y si te equivocas?

—No lo creo. Recordad la escenificación y el trozo de pastel que el homicida comió con la mesa rodeada por los cadáveres. Tendría sentido si quien lo hizo fue Daniel.

—¿Sentido? Para mí no lo tiene, sin importar quién lo hiciera —protestó Toro.

—Vedlo así: Daniel fue el hijo rechazado, a quien Goran negó durante toda su vida y quien vivió al borde de la miseria, mientras su madrastra y hermanastros disfrutaban de los bienes que su padre robó, así como de su reconocimiento. Al preparar la escena, Rojas vivió la ilusión de que lo admitieran en el seno de la familia que lo despreció. Aunque solo fuera por algunos minutos.

—¿Qué lo admitieran? ¡Pero si estaban todos muertos!

—No dije que fuera admitido, sino que él representó la ilusión de serlo. Además, desde una perspectiva privilegiada por ser el único con vida.

—¡Es absurdo!

—Solo es la compensación psicológica de un desquiciado —sentenció Néstor—, pero tienes razón en algo, yo no soy psicólogo y mis teorías podrían ser una estupidez, así que encárgate tú mismo de elaborar un informe para plantearle la situación al psiquiatra forense, a ver qué opina.

—Volvamos al asunto de la identidad del detenido —ordenó Santiago—. Es prioritario que determinemos si se trata de Rojas, o de quien señalan sus documentos.

—¿Y dónde estaría Daniel Rojas si Max Huerta existe, y es quién dice ser? —planteó Cheick.

La incógnita expuesta por el subinspector desconcertó a Néstor. Había algo en esa pregunta que concentraba la esencia del problema, pero en ese momento no fue capaz de discernir dónde estaba el detalle crucial.

—Si lo mataron, no creo que fuera al mismo tiempo que a su madre —opinó el inspector jefe—. No tendría sentido que los asesinaran juntos y los enterraran por separado.

—Tal vez lo hicieron para despistarnos.

—Eso hubiera significado trasladar dos cadáveres a lugares distintos, cuando pudieron usar la misma fosa. No tiene ninguna lógica.

—Así que reconoces que Daniel Rojas podría estar muerto —quiso precisar Miguel.

—No he cambiado de opinión. Todavía creo que está vivo y detrás de todo esto, pero admito que no podemos llegar a conclusiones hasta que lo encontremos.

—¿Y el tío de arriba? —preguntó Remigio.

—Después de la información que encontró Beatriz, ya no estoy tan seguro de que no sea quien afirma —reconoció Salazar—. Diji, date prisa con la autentificación de los documentos.

—Sí, señor.

Antes de que pudieran continuar, García se asomó al umbral de la sala, pidió disculpas por la interrupción, y les anunció la llegada del defensor de Huerta. Salazar decidió que le concedería algunos minutos al detenido para que se entrevistara con su abogado antes de comenzar el interrogatorio. Después de que el oficial regresara a su puesto en la recepción, Pedrera tomó la palabra.

—Tenemos otro problema que pasamos por alto. ¿Cómo sostenemos la acusación, si Huerta tiene coartada? Os recuerdo que afirma haber estado en el otro lado de la ciudad cuando asesinaron a los Acosta.

—Es cierto —reconoció Néstor—. Yo mismo lo comprobé con el jefe de Max. Sin embargo, algunas veces las coartadas se pueden construir, o destruir. Vayamos un poco más a fondo con esta. Miguel, tú mismo interroga al cliente que recibió el paquete. Llévale la fotografía del expediente de Huerta para que identifique si fue él quien cumplió con la entrega.

—Muy bien.

Salazar sacó su móvil y se paseó por las fotografías que le envió Científica desde la habitación del detenido. Las repasó en detalle y suspiró.

—Ya que todos tenemos claros nuestros próximos pasos, veamos qué tiene que decir Max acerca de la extraña decoración de su dormitorio.

El inspector jefe le hizo un gesto a Sofía para que lo acompañara, y subieron al tercer piso para interrogar al detenido.

Capítulo 14.

En la sala de interrogatorios, Néstor y Sofía encontraron a Huerta y su abogado conversando en voz baja. Al ver a los policías se callaron de inmediato. El defensor palmeó el antebrazo de su cliente para darle ánimos, y se presentó con el nombre de Luis Saavedra. Los investigadores se sentaron frente a ellos. El silencio se apoderó de la sala, pese a lo cual, Maximiliano no dio ninguna muestra de nerviosismo. El inspector comprendió que estaba ante un hueso duro de roer. Fue el abogado quien sintió la necesidad de hablar.

—Esta vez se pasaron de la raya, inspector. No hay evidencias que señalen a mi cliente como el responsable del crimen que le atribuyen. Es más, les recuerdo que tiene una coartada. Se encontraba en el otro extremo de la ciudad al momento de los hechos.

—Así que no tienes nada que ver con lo que les ocurrió a los Acosta —dijo Néstor.

—Nada.

—Pese a la relación que mantuviste con Carolina y que eras el favorito de tu suegro.

—Terminé con ella hace varios meses. Ahora tengo otra pareja.

—¿Por qué fue la ruptura, Max?

—Ya se los dije.

—Me gustaría escucharlo de nuevo.

—Carolina quería mantenerse virgen hasta el matrimonio y yo no estaba dispuesto a esperar.

—No es lo que tenemos entendido.

Max no respondió. O Saavedra lo había entrenado bien, o se preparó con antelación para una situación como esa. El letrado fue quien rompió el silencio.

—¿Quiere ser más específico, inspector?

—Tenemos el testimonio de Mateo Rondón, quien era el prometido de la señorita Acosta al momento de su muerte. Él afirma que ella no tenía ningún interés en mantener la castidad, declaración que corrobora Araceli Esquivel, la pareja de Simón Acosta. Esto contradice lo que usted afirma, señor Huerta, lo cual significaría que miente.

—Por favor, inspector —intervino el defensor—. Usted sabe muy bien que esas declaraciones son de oídas. Cotilleos que ningún juez tomaría en serio.

—Y supongo que esto también son cotilleos —afirmó Salazar mientras giraba el portátil, para permitir que el detenido y su defensor vieran la pantalla. En ella se mostraban las fotografías de su habitación.

Néstor debía reconocer que Huerta tenía una sangre fría impresionante, pues ni siquiera palideció. Su única reacción fue un ligero parpadeo.

—Eso no significa nada. Tiene una explicación muy sencilla.

—¿En serio? Tal vez quiera compartirla con nosotros —lo invitó Sofía.

—Ayudaba a Carolina. Ella sospechaba que su padre les ocultaba algo y me pidió apoyo para descubrirlo.

—Así que usted se dedicó a recolectar información sobre Srebrenica y a acosar a la familia Acosta por petición de su exnovia. ¿Pretende que le creamos eso? —intervino Salazar.

—Usted puede creer lo que quiera. Es la verdad. Carol escuchó una conversación entre su padre y su madre. Hablaban en serbocroata y creían que nadie podía comprenderles, pero aunque a Carolina la trajeron a España siendo muy pequeña, todavía recordaba mucho de su lengua materna. Se horrorizó cuando dedujo que su padre era un genocida, y que su fortuna provenía del saqueo y el pillaje. Yo solo traté de colaborar con ella para que descubriera la verdad.

—Por eso tapizó su propia habitación con recortes de periódicos sobre el tema —afirmó Sofía en tono escéptico.

—Como comprenderá, ella no podía tener esas pruebas en su casa.

—¿Y lo conservó aun cuando ya hacía meses que la relación era historia? Incluso después de la muerte de ella —insistió Néstor.

—Nos separamos en buenos términos. Seguimos siendo amigos, así que no había ningún motivo para no seguir prestándole ayuda. Cuando la asesinaron, sentí que era mi deber averiguar la verdad.

Salazar se removió incómodo. No le gustaba la forma en que se estaba desarrollando el interrogatorio.

—¿Y cuál era el objetivo de seguir a los Acosta, señor Huerta? Porque le recuerdo que en las paredes de su dormitorio había suficientes fotografías de las víctimas para sospechar acoso.

—Ella dejó de confiar en ellos, así que necesitaba descubrir quiénes sabían acerca del pasado de su padre.

Néstor no creyó ni una sola palabra, pero comprendió que la historia podría resultarle verosímil al juez. Saavedra llegó a la misma conclusión.

—Así que en realidad no tienen nada concreto contra el señor Huerta, inspector. Como comprenderá, haré la solicitud al tribunal para que se libere a mi cliente y se abra una causa contra esta comisaría por arresto improcedente. Es evidente que violaron sus derechos basados en rumores.

Salazar observó al joven frente a él, y su actitud le convenció de que era culpable. Necesitaban tiempo para reunir evidencias más contundentes. Estaba seguro de que si Max salía en libertad, aunque solo fuera por algunas horas, desaparecería y tendrían en las calles a un asesino muy peligroso.

—Hábleme del señor Daniel Rojas.

Por primera vez, el detenido no supo qué decir. Se había preparado para afrontar cualquier evidencia sobre el asesinato de los Acosta, pero estaba claro que no esperaba que Rojas saliera a relucir.

—¿Qué pasa con él?

—¿Quién es Daniel Rojas? —preguntó el defensor, incómodo por la mención de un nombre del que no tenía ninguna información.

—¿Por qué no le responde usted a su abogado y le explica de quién se trata? —le sugirió el inspector a Huerta, quien lo fulminó con la mirada.

—Exijo que me permitan mantener una conversación privada con mi cliente, para que me informe acerca de esta persona.

—Lo lamento abogado, pero ya dispusieron de tiempo suficiente antes de iniciar el interrogatorio. No podemos interrumpirlo cada vez que surja un asunto que el señor Huerta olvidó mencionarle.

—Daniel no tiene nada que ver con esto —afirmó Max—. No sé por qué pregunta por él.

—Al contrario. El señor Rojas tiene una importancia vital en este caso: era el hijo ilegítimo de Erasmo y en este momento se encuentra en paradero desconocido. Tenemos la certeza de que él fue el verdadero motivo por el que usted se acercó a los Acosta.

—Usted delira. Daniel y yo fuimos amigos durante la infancia y parte de la adolescencia. Cuando salimos del instituto, cada uno cogió su camino y no volví a verlo.

—¿Dónde está él ahora? —preguntó la subinspectora.

—No tengo idea. Perdimos el contacto. ¿Sabe usted dónde están todos sus compañeros de instituto en este momento?

—Es evidente que no —respondió Néstor, aunque Huerta dirigió la pregunta a Sofía—. Sin embargo, estoy seguro de que una pequeña indagación nos permitiría ubicar a cualquiera de ellos. Sin embargo, al señor Rojas parece habérselo tragado la tierra.

—¿Existe alguna evidencia de que mi cliente mantuvo contacto con esta persona, o que Daniel Rojas tuvo relación con el múltiple homicidio? —Los policías guardaron silencio. Saavedra se puso de pie y cogió su maletín—. Lo suponía. No tienen nada. Rumores, cotilleos, conjeturas y pruebas circunstanciales. Me voy a los juzgados para que me emitan una orden de excarcelación. Ni siquiera me molestaré en pedir libertad bajo fianza. Este arresto no tiene ni pies, ni cabeza.

Huerta mantenía una sonrisa de autosuficiencia que Salazar hubiera querido borrar de un sopapo, pero sabía que eso sería un error. Compuso su expresión de decepción más estudiada. Una de las favoritas de Paca. La de Sofía era honesta. En cuanto el abogado salió de la sala, Néstor le pidió a su compañera que redactara el informe sobre la entrevista.

El inspector jefe aguardó a que llevaran a Max de vuelta a su celda, y dio tiempo a que el defensor abandonara la comisaría. Seguro querría conseguir la excarcelación antes de que terminara la jornada. En cuanto estuvo seguro de que Saavedra estaba en camino de los juzgados, el inspector bajó a toda prisa las escaleras y pasó por la antesala de la oficina de Santiago, donde lo esperaba Lali.

—¿Lo tienes listo?

—Por supuesto, inspector jefe —respondió la eficiente secretaria, al mismo tiempo que le entregaba un sobre—. El comisario ya lo leyó y lo firmó.

—Gracias Lali, eres la mejor.

Néstor continuó su recorrido hasta la recepción y dejó atrás una Lali feliz. Aunque nunca lo confesaría, la adusta secretaria se regocijaba cada vez que el inspector jefe la involucraba en alguna de sus «ideas».

Cuando García vio el gabán asomarse por la escalera, le advirtió a Echevarría que debía estar «al loro». No fue necesaria ninguna explicación. Ander cogió el sobre y salió corriendo de «San Miguel». Estaba seguro de que su motocicleta sería más rápida que cualquier vehículo que usara el defensor.

Pese a que desde que vio la habitación alquilada, el inspector estuvo seguro de que Max estaba involucrado de alguna forma en la matanza de los Acosta, Salazar tenía claro que todavía no contaban con evidencias contundentes, así que estaba preparado. Para cuando Saavedra se presentara con la boleta de excarcelación para Huerta por el asesinato de los Acosta, ya Ander habría regresado con la orden de captura por acoso. El abogado no tendría tiempo de hacer nada hasta el día siguiente y para entonces, Néstor esperaba reunir suficientes pruebas para que Max no viera la calle por mucho tiempo.

Capítulo 15.

Salazar era consciente de que el tiempo apremiaba. Disponían de menos de veinticuatro horas para descubrir cuál era el papel que Max Huerta desempeñó en el asesinato de la familia Acosta, y probarlo con contundencia. Se convenció de la participación del detenido cuando vio la habitación tapizada por recortes y fotografías. Él, como investigador sabía que la exposición que encontraron no se justificaba por las razones que expuso Max, sino que detrás de semejante despliegue había una obsesión. Lo que le preocupaba era que Huerta tuviera un pasado demostrable, pues derribaba su teoría de que en realidad se trataba de Daniel Rojas con documentación falsa. Si el sospechoso era quien decía, Salazar no comprendía cuáles fueron sus motivos. Lo peor era que tampoco el juez lo creería culpable. ¿Qué pudo impulsar a Max Huerta a cometer un crimen como ese? ¿Ayudó a Daniel a mover los cadáveres y lo esperó mientras su amigo se comía el trozo de pastel? ¿Qué clase de compromiso implicaría semejante conducta? ¿Existiría entre ellos algo más que una amistad? ¿Y dónde se escondía Daniel Rojas? El inspector todavía creía que estaba en lo cierto con respecto a la falsificación de los documentos y que el hombre que ocupaba la celda era el propio Daniel, pero entonces, ¿cómo consiguió elaborar unos antecedentes creíbles capaces de confundir a la Policía? Sería fundamental comprobar la veracidad de ese pasado.

El móvil lo sacó de sus pensamientos. La pantalla le mostró el nombre de Toro, quien ya habría concluido su entrevista con el psiquiatra forense.

—Dime, Remigio.

—No sabes cómo me fastidia que siempre tengas la razón.

—¿El psiquiatra corroboró mi teoría?

—Sí. Después de escuchar lo que tenemos hasta ahora reconoce que encuentra cierta lógica perversa en la motivación que planteas. Si Daniel creció como un marginado, habría desarrollado resentimiento y envidia

contra toda la familia Acosta. Eso explicaría la matanza y su conducta posterior.

—Por fin participó de la cotidianidad de los Vukovic como un hijo más —reafirmó Néstor—. Aunque tuvo que asesinarlos a todos para conseguirlo.

—¿Sabes? Algunas veces tus aciertos con la forma de pensar de estos desquiciados me ponen la piel de gallina. Espero que no seas uno de ellos que pasa de incógnito entre nosotros.

—No digas tonterías, Remigio. Digamos que la vida me ha puesto a muchos desadaptados por delante, y aprendí a reconocerlos.

—Eso me tranquiliza. ¿Me tienes algún otro encargo?

—Regresa a la comisaría y elabora el informe de tu entrevista con el psiquiatra. Nos resultará útil.

—De acuerdo. Nos vemos en «San Miguel».

Salazar colgó y se preguntó cuál sería su siguiente paso. La confirmación del psiquiatra forense de que su teoría era viable le proporcionó una motivación. Estaba seguro de que Daniel Rojas era la mano ejecutora detrás de todo. Ahora debían descubrir cuál era el papel de Max Huerta. Decidió que era importante indagar en el pasado del detenido. Los datos informáticos podían manipularse. Necesitaba hablar con alguien que los hubiera conocido en persona, así que debía hacer algunas consultas en el ordenador.

Néstor reconocía que era un poco torpe cuando se trataba de ese tipo de tareas, así que regresó a su despacho y desde allí llamó a Beatriz. Por suerte, la subinspectora ya había llegado al laboratorio de informática de la Jefatura Superior. Le planteó su problema, y menos de dos minutos después, Araya le proporcionó todos los datos que le pidió. Néstor los grabó en su móvil y bajó hasta la recepción, donde cogió las llaves del Corsa y enfiló en dirección a Logroño. Aunque la luz del día comenzaba a declinar y alcanzaría su destino de noche, tenía claro que no podía perder el tiempo. Estaba seguro de que después del fiasco por no poder liberar a su cliente ese mismo día, Saavedra amanecería a las puertas de los juzgados para interponer sus argumentos contra la orden de aprehensión por acoso. Y si no conseguían nuevas evidencias era muy posible que Huerta saliera en libertad. Néstor no podía permitir que eso ocurriera.

La llamada de Miguel llegó cuando se encontraba a mitad de camino. El inspector se desvió hacia un área de descanso para poder responderle a su

subalterno.

—Tengo buenas noticias —le dijo Pedrera.

—¿Hay un fallo en la coartada?

—El cliente que recibió el paquete en esa fecha afirma que no fue Huerta quien se lo entregó. Y está dispuesto a jurarlo frente al juez.

—¡Lo sabía! Eso significa que engañó a su jefe y le hizo creer que cumplía con la encomienda cuando en realidad se encontraba al otro lado de Haro, en la finca de los Acosta.

—¿Lo engañó? ¿No crees que el jefe podría estar involucrado?

—No lo creo, pero ya no estoy seguro de nada. Sin embargo, esto me reafirma en mi convicción de que Huerta es culpable. De lo que todavía no estoy seguro es si fue el asesino, o su cómplice.

—¿Dónde estás ahora? Te llamé a la comisaría, pero Lali me dijo que saliste disparado como corcho de cava.

—Voy en dirección a Logroño. Si queremos avanzar en este caso, debemos determinar qué papel juega Max Huerta en todo esto.

—¿Y crees que encontrarás la respuesta en Logroño?

—Tal vez.

—Muy bien. Tú sabrás. Yo ya cumplí el encargo…

—Si crees que con eso terminaste por hoy, lamento decepcionarte.

—No me líes, Salazar. ¿Sabes qué hora es?

—Hora de evitar que un leguleyo nos obligue a liberar al asesino de una familia.

—Una familia que no era trigo limpio.

—Eso no justifica la forma en que los exterminaron.

—Ahí te concedo la razón —reconoció Miguel, y soltó un suspiro de resignación—. A ver, ¿qué nuevo encarguito me tienes?

—Entrevista de nuevo al jefe de Huerta y confróntalo con las declaraciones del cliente. Si alguien puede saber cómo se dio el cambiazo, es él.

—De acuerdo. Me ocupo y te aviso.

Néstor colgó el móvil y se reincorporó a la vía. Cuando llegó a Logroño, ya era noche cerrada. Por suerte, antes de salir de «San Miguel» le pidió a Lali que concertara la reunión, así que el director del instituto «Santo Tomás» lo esperaba en su oficina. Estaba a punto de entrar cuando sonó el móvil. Esta vez era Cheick.

—Te escucho, Diji.

—Tengo malas noticias, jefe.

—¿De qué se trata?

—Según el perito de Científica, los documentos de Max Huerta son auténticos.

—¿Está seguro?

—Por completo. El detenido es quien dice ser.

Salazar se quedó callado por algunos segundos, mientras asimilaba la información, que debía reconocer que le caía como un mazazo en la cabeza. Toda su teoría se basaba en que Max Huerta era en realidad Daniel Rojas con documentación falsa. ¿Significaba eso que arrestaron a alguien que no tenía relación con el crimen, y que él se empeñaba en encarcelar a un inocente porque no quería reconocer que se equivocó? Entonces recordó que la vecina de Vesna elaboró el retrato hablado de Daniel que les permitió reconocer a Huerta. No se le ocurría ninguna razón para que les mintiera. ¿Sería en realidad Max quien visitaba a Stevanovic como si fuera su hijo? No le encontraba sentido. Luego estaba el dormitorio de Max, los recortes relacionados con Srebrenica, y las fotografías de los Acosta en diferentes escenarios que revelaban una obsesión que rayaba en el acoso. También les mintió acerca de la causa de la ruptura con Carolina. Entonces acudió a la memoria del inspector el trofeo del club deportivo, que demostraba que Erasmo pudo entregarle la *Beretta* a Max. «Pudo entregársela», pensó Néstor, «¿pero lo hizo?»

—Diji, cambio de planes. No tiene sentido que vuelvas a visitar a Teófilo si los documentos son auténticos. En lugar de eso, quiero que contactes a los encargados del Club deportivo donde se celebró el concurso de tiro al blanco en el que participó Max.

—Supongo que ya estarán en sus casas.

—Lo sé. Pídeles una cita para primera hora de la mañana.

—De acuerdo. ¿Qué debo averiguar?

—Debe existir un registro acerca del arma que usó Huerta para participar. Quiero que determinemos con exactitud si se trató de la *Beretta* de Erasmo.

—Cuente con ello, jefe.

Salazar suspiró. Al igual que un sabueso, no estaba dispuesto a soltar el hueso al que tanto trabajo le costó clavarle el diente. Debía existir una explicación para que Huerta se hubiera involucrado en una venganza que solo tendría sentido para el hijo de Vesna. Esperaba que la entrevista con el

director del instituto donde Max y Daniel pasaron su adolescencia arrojara alguna luz sobre el asunto.

Su móvil volvió a sacarlo de sus pensamientos. En esta ocasión, quien lo llamaba era Araya.

—Disculpe la hora, señor, pero supuse que querría disponer cuanto antes de los resultados de la indagación que hicimos Toni y yo.

—Desde luego. Te refieres a la denuncia desaparecida de Gotxone Urrutia, ¿no es así?

—Sí señor. Estamos seguros de que se trató de un error humano.

—Quieres decir que alguien la borró adrede. ¿Podemos saber quién?

—Lo lamento, señor, solo puedo confirmarle que se hizo desde la comisaría de «San Idelfonso».

Néstor se quedó pensativo por un momento. Se trataba de la misma comisaría donde Damián y Verónica fueron vistos por última vez.

—Beatriz, quiero que llames al comisario Ortiz y le informes sobre vuestro hallazgo. Pídele que elabore un informe para el juez. Él dispone de toda la información necesaria…

—¿Necesaria para qué, señor?

—Para llevar a cabo una operación de vigilancia y seguimiento desde esa comisaría.

—Eh… Sí, señor —respondió la subinspectora, un poco intimidada por las implicaciones de las palabras de su jefe—. ¿Debo decirle algo más al comisario?

—Que recuerde que Verónica Fajardo podría estar viva, pero en peligro.

—Sí, señor.

Salazar cortó la comunicación, seguro de que Santiago se haría cargo del asunto con eficiencia. En la puerta lo esperaba el bedel con cara de pocos amigos, pues la visita de Néstor lo obligó a hacer horas extras. El inspector se hizo el desentendido y siguió al empleado hasta la oficina del director. Salazar se alegró al comprobar que el señor Garza se acercaba a la edad de jubilación, así que era muy probable que fuera el mismo que ocupaba el cargo cuando Huerta y Rojas estudiaban allí. Néstor se presentó a sí mismo, mostró su identificación, y se disculpó por su insistencia en realizar la entrevista ese mismo día, pese a la hora.

—No debe preocuparse, inspector. Estoy acostumbrado a quedarme trabajando después del horario laboral. Solo dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Se trata de dos de sus exalumnos. Necesito que me proporcione toda la información que pueda acerca de ellos.

Capítulo 16.

Por suerte para Néstor, el señor Garza resultó ser muy colaborador. En cuanto el inspector le dijo que ambos exalumnos podían estar involucrados en un caso que investigaba y que no se conocía el paradero de Daniel Rojas, el director se excusó, salió de su despacho y regresó al cabo de cinco minutos con los expedientes de Max y de Daniel.

Salazar esperó con paciencia hasta que don Adriano revisó los documentos. Entonces el director asintió y miró al policía a los ojos.

—Sí, yo ocupaba este mismo cargo en la fecha en que Max y Daniel estudiaron aquí. Ahora que he revisado sus expedientes, ya sé de quiénes se trata y los recuerdo bien.

—¿Por qué? Ha pasado bastante tiempo y debe haber conocido docenas de jóvenes. ¿Qué hizo tan memorables a estos dos para que todavía los recuerde?

—Para serle sincero, el memorable era Daniel. El chico era un líder natural, vocero de su clase, carismático y muy inteligente. El tipo de chaval que uno espera que llegue lejos.

—¿Y Max?

—Era un buen chico que nunca causó problemas, pero pasaba desapercibido. Su mayor atractivo era su amistad con Daniel.

—¿Qué tan cercanos eran?

—Yo diría que inseparables. Tan unidos que todos los creían hermanos.

—¿Es posible que fueran algo más que amigos?

—No podría decirlo. Sin embargo, no fue la impresión que tuve cuando los conocí. ¿Qué importancia podría tener?

—Nos daría una medida del grado de compromiso entre ellos. ¿Hasta dónde hubiera sido capaz de llegar Max por su amigo?

—¿Podría ser más específico, inspector? Le confieso que no comprendo su pregunta.

—Se lo plantearé de otra forma. ¿Daniel habría podido convencer a Max de cometer un crimen por él?

—¿Un crimen? Me plantea una pregunta muy difícil. Nunca relacionaría a estos chicos con algo así, pero solo eran adolescentes cuando abandonaron este recinto. No puedo saber qué fue de sus vidas después.

—Tiene razón, señor Garza. Lo siento mucho. Le plantearé una pregunta que sí puede responderme. ¿Recuerda si hablaban acerca de sus familias?

—Los adolescentes no suelen hacerlo. Sin embargo, ahora que recuerdo, Daniel sí hablaba bastante de su padre. Decía que era un hombre importante y muy rico, que cualquier día vendría a sacarlo de este agujero para llevarlo a estudiar a uno de los colegios más prestigiosos de Logroño. Por supuesto que eso nunca ocurrió.

—¿Y Max?

—Lo normal. Solo mencionaba a sus padres cuando era necesario.

—¿Hablaba Daniel acerca de su madre?

—Ahora que lo dice, no. Nunca la mencionaba. Y eso que era una mujer dedicada por completo a su hijo.

—¿Sería posible que nos proporcionara copia de esos expedientes? Con la autorización del juez, por supuesto.

—Tráigame la orden judicial y tendrá los expedientes a su disposición.

—De acuerdo. Mañana vendrá alguien con una orden a recogerlos. ¿Tiene alguna idea de dónde podría esconderse Daniel Rojas?

—Me temo que en eso no lo puedo ayudar. Para mí solo era un buen estudiante. No lo conocí lo suficiente para saber cómo reaccionaría en una situación como la que usted plantea.

—¿Hay alguien que pudiera saberlo?

El director se quedó pensativo por algunos segundos, antes de responder.

—Daniel Rojas era muy popular y disfrutaba con las lisonjas de sus compañeros, pero no creo que confiara en nadie más que en Max, así que si alguien puede tener idea de dónde se encuentra, sería Huerta.

—Le agradezco mucho que me concediera esta entrevista —concluyó Salazar, un poco decepcionado.

Pese a que el director hizo lo posible por ayudarlo, la realidad era que no sabía mucho. Néstor esperaba que la revisión exhaustiva de los expedientes arrojara alguna luz sobre el paradero de Rojas, y los motivos de

Huerta para involucrarse en el homicidio múltiple. Sin embargo, esa información no estaría disponible hasta el día siguiente, así que tendrían que interponerse a los intentos del defensor demostrando la falsedad de la coartada. Esperaba que fuera suficiente.

Mientras se encaminaba al coche, Salazar planificaba los siguientes pasos. Concluyó que sus esfuerzos debían concentrarse en evitar la liberación de Max y encontrar a Daniel. El tono del móvil lo sacó de sus meditaciones.

—¡Dame buenas noticias, Miguel!

—Pues mira, sí. No podrían ser mejores. Me comuniqué con el jefe de Huerta y se asustó tanto cuando supo que le mintió a la Policía al corroborar la coartada de Max, que aceptó reunirse conmigo en las oficinas de la empresa.

—Miguel, si el encargado respondió con lo que creía que era verdad, no mintió a la Policía. Él también fue víctima del engaño de Huerta.

—¿Quién eres, su abogado? Lo importante es que nos reunimos en su despacho. Me confesó que es frecuente que los mensajeros se intercambien turnos. Él no interviene en esos acuerdos mientras el paquete llegue a tiempo al cliente.

—Y supongo que eso fue lo que ocurrió en esta ocasión.

—¿Me vas a dejar hablar, o piensas arruinarme la satisfacción de echarte en cara mi éxito?

—Vale, tú echa en cara, que yo escucho.

—El encargado se dedicó a llamar a los mensajeros, hasta que uno de ellos reconoció que fue él quien cambió ese turno con Max, pero hay un detalle más… —Pedrera hizo una pausa para dejar a su jefe en suspenso por unos momentos. Salazar se armó de paciencia y lo dejó hacer— Max Huerta le pagó cincuenta euros para que guardara silencio acerca del cambio.

—¿Cómo lo justificó?

—Le dijo al chico que tendría un encuentro romántico con una chavala que conoció el día anterior, y que no quería que su novia se enterase. Estoy en la comisaría. Ya elaboré el informe y tanto el encargado como el mensajero firmaron sus declaraciones.

—Muy bien. Espero que esto sea suficiente para que el juez reconsidere la causa contra Huerta. Hiciste un buen trabajo, Miguel. Mis felicitaciones.

—Te forcé a felicitarme. No sabes lo bien que dormiré esta noche.

Néstor colgó y miró el reloj. Eran las nueve treinta, y ya la oscuridad cubría el cielo de Logroño. La siguiente llamada se la hizo a Toro.

—¿Por qué sospecho que me arrepentiré de haber cogido el teléfono?

—Tengo una tarea urgente para ti, Remigio. Sé que tienes buenas relaciones con el juez Antúnez.

—Trabajamos juntos en un caso hace poco. Tampoco es que somos compadres. ¿Qué quieres?

—Necesito que le hagas llegar un informe que Miguel dejó en la comisaría esta misma noche.

—No me jodas, Salazar. Estoy en casa con la familia y acabamos de cenar juntos por una vez. La parienta no se lo puede creer. ¿Y tú vienes a decirme que tengo que regresar a «San Miguel» para recoger un informe y llevárselo al juez? ¿No puede esperar hasta mañana?

—Mañana sería demasiado tarde. El defensor nos tomaría la delantera con la orden de excarcelación.

—¿Y por qué no vas tú, listillo? Vives a tres manzanas de la comisaría.

—Porque en este momento estoy en Logroño y sería muy tarde para cuando llegara a Haro… Aunque ahora que lo pienso, ¿por qué te estoy dando explicaciones? Se supone que soy tu superior, así que cumple la orden y déjate de pijotadas.

—Muy bien, pero que sepas que está puesta la función «manos libres», y tengo a la parienta a mi lado. No seré yo quien me enfrente solo a la fiera.

—¿Es que no hay ningún otro pringado al que arrancar del seno de su familia? ¿Siempre tienes que ser tú? —preguntó una voz femenina muy enfadada.

—Ya lo escuchaste, mujer. Es una orden de mi superior.

—Pues qué cara más dura. Ya lo podría hacer él mismo si le corre tanta prisa.

Salazar balbució una despedida y cortó la comunicación antes de que el asunto fuera a más. Recordaba a la mujer de Remigio como una dama de considerables dimensiones, capaz de poner en órbita a cualquiera de un sopapo. Preferiría volver a enfrentarse a los bosnios.

Néstor no encontró atascos en el trayecto de regreso a Haro y el paseo le sirvió para pensar. Su teoría de la identidad falsa de Max se vino abajo y lo dejó más perdido que un piojo en la cabeza de un calvo. La entrevista con Garza le sirvió para comprobar que Max Huerta sí existía y tenía un pasado irrefutable. Además, dejó claro que Huerta y Rojas eran buenos amigos

desde la infancia. Su presunción de la participación de Max como cómplice se reforzó. Era prioritario encontrar a Daniel, pero no tenía ni idea de por dónde comenzar a buscarlo.

Cuando llegó a «San Miguel» estaba derrengado. Dejó las llaves del Corsa en la recepción con el oficial de turno, que esa noche era Bartolo. Herrera le pidió que aguardara un momento pues había alguien que lo esperaba. Néstor no podía imaginar quién podría querer verlo a esa hora. El oficial descolgó el teléfono para avisar su llegada por la centralita. Al cabo de pocos segundos, Sofía descendió por las escaleras.

—Hola, Néstor. Te esperé porque tenemos que hablar.

Ante esas palabras, el corazón del inspector dio un vuelco, y hasta Bartolo lo miró con lástima.

Capítulo 17.

Un vacío que nació en el estómago de Néstor le recorrió el pecho hasta la garganta y lo dejó sin voz, así que su única respuesta a las palabras de Sofía fue un tímido asentimiento. Hubiera querido soltar alguna ocurrencia brillante que le permitiera escurrir el bulto, pero su cerebro no estaba por la labor. Le parecía que sus neuronas se habían encerrado en sí mismas y se negaban a auxiliarlo. ¡Cobardes! Lo dejaron solo en el peor momento, así que no tuvo más alternativa que ceder a los deseos de su compañera.

Caminaron uno junto al otro bajo el manto de una noche, que al inspector se le antojó más oscura de lo habitual, sin luna, ni estrellas. Hacía mucho frío, pero el viento no los asaeteó en las esquinas como era costumbre. De no ser porque sabía lo que le esperaba, a Néstor le hubiera resultado agradable el recorrido. Para colmo, después de pronunciar las palabras más temidas por cualquier hombre que se precie, Sofía parecía haber sufrido un repentino ataque de mudez, pues no volvió a hablar durante todo el trayecto. Las calles estaban solitarias excepto por algún que otro transeúnte disperso. Cada vez que pasaban cerca de un bar sentían el calor que irradiaba la agrupación de seres humanos en un espacio pequeño y cerrado. También escuchaban el murmullo de las conversaciones, las carcajadas ocasionales, el tintineo de los platos y vasos, y les llegaban los aromas de los cocidos propios de la estación. El mundo seguía adelante sin tomarlos en cuenta y Salazar se sintió más solo que nunca.

Así llegaron a «La Callecita», ella compungida y él aterrorizado. Gyula los recibió con el entusiasmo de siempre, los condujo a la mesa favorita de Néstor y les sirvió un pescado en escabeche preparado por Nemesio, que según el tabernero estaba para ganar un concurso. Ninguno de los dos comió. Salazar se llevó a la boca un par de bocados que masticó por un buen rato antes de obligarse a tragarlos, y luego desmigajó el pescado para distribuirlo alrededor del plato. A Sofía no le fue mejor. Cuando Gyula en

persona acudió a retirarles los restos de la cena, les lanzó una mirada de desaprobación, que no tenía nada que envidiarle a las que Néstor recibía por parte de Eloísa cuando era un chiquillo, y hacía lo mismo en el Centro de Acogida.

Durante la cena, ninguno de ellos hizo referencia al verdadero motivo por el que estaban allí. En cambio, se centraron en el caso. Después de que Néstor le relató a su compañera todos los avances del día, ella le contó que en «San Miguel» recibieron las informaciones preliminares de la observación del presunto cadáver de Vesna.

—Realizarán la autopsia mañana —precisó la subinspectora—, pero en vista de la urgencia que reviste este hallazgo por su posible relación con el caso Acosta, el forense aceptó darnos algunos avances extraoficiales.

—¿Aportó algo interesante?

Sofía suspiró antes de responder.

—El cuerpo llevaba enterrado varias semanas, así que deberán ser los entomólogos forenses quienes determinen la fecha exacta de la muerte. Por otro lado, el doctor Murillo confirmó que la estrangularon.

—Al igual que a Diana —sentenció Néstor pensativo.

—Así es. ¿Crees que Daniel Rojas fue capaz de matar a su propia madre?

—Ya no sé qué pensar.

—¿Qué papel juega Max Huerta en todo esto?

—Ojalá lo supiera. Descubrir que Huerta en realidad existe, que no se trata de un alias de Daniel, me dejó desconcertado.

—Pero esa amistad debe significar algo.

—¡Ya lo sé! El problema es que no consigo comprender cómo pudo involucrar Daniel a Max en un crimen como este, sin que existiera un buen motivo.

—¿Y si lo hizo por devoción? —sugirió Sofía—. Según el director, Max era gregario de Daniel y su éxito social dependía de esa amistad. Tal vez Rojas lo dominaba.

—Es un buen argumento, pero… No lo sé. Es posible que tengas razón, solo que…

—¿Qué?

—Se me hace difícil creer que Max llegara a involucrarse en un crimen así, solo porque su amigo se lo pidiera.

—Vamos Néstor, hemos visto conductas más extrañas por aquí.

—No es eso. Lo que me resisto a creer no es que Huerta no fuera capaz de cometer los homicidios, sino que obedeciera a alguien con tanta obsecuencia. No me encaja con la personalidad del hombre que tenemos en las celdas.

—Tal vez su comportamiento es diferente cuando se trata de Daniel. ¿Has considerado la opción de que entre ellos pudiera existir algo más que amistad? Tal vez mantienen una relación sentimental.

—¿Así como nosotros?

Sofía guardó silencio por un momento. Sintió el reproche en la mirada de Néstor. Comprendió que había demorado demasiado en ser clara con él. Su compañero era demasiado listo para no presentir que ella le ocultaba algo.

—No creo que este sea el lugar, ni el momento para que hablemos de nosotros.

Salazar enarcó las cejas con incredulidad.

—Creo recordar que fuiste tú quien me esperó para que pudiéramos hablar. ¿Solo tenías en mente el caso?

—¿Por qué no subimos a la buhardilla? —sugirió ella—. Así podremos tratar el asunto con mayor privacidad.

—De acuerdo, supongo que tienes razón.

Ambos se levantaron y se encaminaron hacia la puerta. Salazar hizo un gesto con las manos para indicarle a Gyula que le apuntara la cena en su cuenta. El tabernero asintió mientras secaba un vaso. En cuanto vio las expresiones de sus amigos comprendió que sería mejor no acercarse para despedirse. Algo se cocinaba entre esos dos, y no era bueno.

Néstor y Sofía alcanzaron la buhardilla. En cuanto él cerró la puerta, ella lo abrazó y lo besó en la boca con tal pasión, que el inspector se quedó sin aliento. Salazar quiso hablar, pero sus hormonas no se lo permitieron. Se dejó llevar y terminaron en la cama ante la mirada reprobadora de Paca, que resintió la falta de atención de su humano. Después de un encuentro memorable, ambos se quedaron dormidos, exhaustos por las emociones del día y de la noche.

Salazar despertó mucho antes del amanecer. Se sorprendió al encontrar a Sofía vestida y sentada en la cama. Después de lo que experimentaron la noche anterior, él había recuperado la seguridad en sí mismo y en ella, pero ¿qué podía haber ocurrido para que pareciera dispuesta a marcharse en mitad de la noche? Él se incorporó en la cama, todavía adormilado.

—¿Qué ocurre? ¿Hubo alguna llamada de la comisaría?

—No. Tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas?

—¡¿Ahora?! —preguntó él con terror, y la descarga de adrenalina lo despabiló por completo—. Creía que habíamos resuelto el problema de una forma más… pragmática.

—Lo siento, Néstor. Anoche no tuve el valor de decirte lo que quería, y cuando pensé que podía ser la última vez que tuviéramos la oportunidad de compartir… Me dejé llevar.

—Espera, espera. ¿Qué quieres decir con eso de «la última vez»?

—Me marcho a Madrid, Néstor. Es definitivo.

Salazar cogió aire y lo retuvo para luego soltarlo con lentitud. Estaba confundido, no sabía si se sentía aturdido, enfadado, o deprimido. Lo único que tenía claro era que la mezcla de emociones que experimentaba no las sentía desde que encontró muerto a su hermano a causa de la brutalidad de su padrastro. Respiró profundo varias veces para calmarse antes de hablar, pues no quería decir algo de lo que se arrepentiría después.

—¿Hay otro? —Sofía negó con la cabeza y cerró los ojos como si le dolieran esas palabras—. Escucha, si te enamoraste de alguien en Madrid lo puedo comprender. Me dolería, pero lo respetaría. Solo te ruego que me digas la verdad.

Las lágrimas ya corrían por las mejillas de ella. Se las secó con las manos.

—No hay nadie más, Néstor. Nadie es como tú —soltó una carcajada nerviosa—. Esa es tal vez la mayor verdad que he dicho en mi vida. Nunca encontraré a alguien como tú. Se trata de mi carrera. Están formando un grupo élite especializado en terrorismo. Olmedo será su comandante y entre sus funciones está escoger a sus subalternos.

—Y te escogió a ti, por supuesto.

—Es una oportunidad única —se justificó Sofía—. Sabes que antes de venir a Haro yo quería ingresar al GEO, pero me rechazaron por la batofobia. En este caso no tendría importancia, así que se me presenta la posibilidad de alcanzar mi sueño.

Néstor asintió. Tragó saliva y los ojos se le humedecieron. De haber existido otra persona hubiera conservado una esperanza, pero esto… ¿Cómo se rivaliza contra un sueño?

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque me faltó valor. No quería hacerte daño. Temía que te enfadaras conmigo.

Néstor sacudió la cabeza.

—No estoy enfadado. Lo comprendo y me alegro por ti. Mereces la oportunidad y sé que lo harás genial.

—No lo sé. Después de esta noche me han surgido dudas. Lo nuestro es tan especial… Tal vez debería rechazar la propuesta de Olmedo y quedarme en Haro.

—No lo hagas. Estarías renunciando a tu sueño, y tarde o temprano me odiarías por ello.

Sofía se quedó en silencio con la mirada fija en el suelo y los ojos bañados en lágrimas. Entonces levantó la cabeza y miró a Néstor, como una niña que ha encontrado su juguete favorito, después de perderlo.

—¿Y si le pido a Olmedo que te incorpore al equipo? Estoy segura de que tu inteligencia sería muy útil en un grupo así… No tendríamos que separarnos. Continuaríamos nuestra relación en Madrid, o donde estuviéramos.

Néstor cogió la mano de Sofía y le acarició los dedos con suavidad.

—Eso no funcionaría. Si Olmedo no pensó en mí por sí mismo, sería un error sugerírselo. Además, mi vida está en Haro. Este es mi hogar. Eres muy importante para mí, Sofía, pero nuestros caminos se separan aquí. Debes marcharte a Madrid y dar lo mejor de ti en ese nuevo grupo. Yo me quedaré para hacer lo que sé mejor, que es el trabajo de un humilde inspector. Vete, que yo me sentiré orgulloso de haber sido tu mentor.

Ella se secó las lágrimas con las manos, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Espero no arrepentirme. Alejarme de ti es lo más difícil que he hecho en mi vida.

—Seguro aparecerá alguien que conseguirá que me olvides.

—Eso nunca. Será mejor que me marche, o no seré capaz.

—¿A esta hora?

—Mi tren sale muy temprano y todavía debo terminar de hacer el equipaje —Sofía se puso de pie y volvió a darle un beso en la mejilla—. Te echaré mucho de menos, Néstor.

—Buena suerte.

Salazar cerró los ojos mientras escuchaba los pasos de ella alejarse. Sofía fue muy cuidadosa al cerrar la puerta cuando salió de la buhardilla,

pero en el silencio de la noche él sintió el golpe como si fuera un portazo. Solo en ese momento volvió a abrir los ojos para encontrarse solo en la habitación. Entonces dejó salir el torrente de lágrimas que con tanta dificultad retuvo hasta ese momento. Se sintió terriblemente solo, hasta que notó la presión del cuerpecillo acurrucado a su lado. Su mano se deslizó por el lomo de su gata, sin que fuera consciente de ello.

—De nuevo somos tú y yo, Paca. La he perdido para siempre.

—Maauuu.

Néstor no fue capaz de volver a conciliar el sueño. ¿Quién podría? Por su mente pasaron todos los momentos memorables desde que conoció a Sofía, sus aproximaciones, sus encuentros y desencuentros, la extraordinaria sensación de haber tocado el cielo cuando ella le correspondió. Todo fue una ilusión fugaz. Poco antes del amanecer decidió que debía dejar de regodearse en su sufrimiento, o pararía en loco.

Con un esfuerzo sobrehumano apartó de su mente su fracaso amoroso, y se concentró en los últimos hallazgos del caso Acosta. Presentía que tenía la respuesta en la punta de la nariz, pero que no era capaz de verla. Tal vez exponer en voz alta sus pensamientos, ayudara. Miró a Paca, que dormía con placidez. Daba igual.

—Necesito tu consejo, Paca —dijo en un murmullo, al tiempo que le pasaba la mano por el lomo—. Estoy seguro de que hay un detalle que se me ha pasado por alto.

Al escuchar la voz de su humano, la pequeña felina abrió los ojos. Si estaba despierto, tal vez le sirviera un tazón de leche tempranero. No estaría nada mal.

—Maaauuu —respondió Paca, y Salazar supo que tenía toda su atención.

Capítulo 18.

Los primeros diez minutos de disertación de Néstor se enfocaron en su desengaño amoroso. Se convenció a sí mismo de que la decisión que tomó Sofía era la mejor para ella, por lo que él debía comprenderla y aceptarla. Parecía una buena forma de racionalizar el dolor por la pérdida.

—Algunas veces, en el amor debes saber cuándo dejar ir, Paca.

—Meuuu.

—Sí, bueno, supongo que los gatos lo ponéis en práctica mejor que nadie.

Paca no respondió.

—De cualquier manera, Sofía ya tomó su decisión y poco puedo hacer al respecto —Néstor suspiró con resignación—. ¿Qué te parece si hablamos del caso? Es posible que el trabajo me ayude a superar el mal trago.

—Maaauuuu.

El maullido se acompañó de un estiramiento y una mirada de reproche. Los humanos no sabían respetar. ¡Mira que despertar a una gata sin tener la intención de darle comida! Bien adiestrado, Néstor comprendió.

—De acuerdo. Te serviré un poco de leche, pero ¡qué no se haga costumbre! A esta hora yo debería estar durmiendo. Y tú también.

El inspector se levantó de la cama en dirección a la cocina y Paca lo siguió con andares principescos. Después de servirle la leche, la gata se abalanzó sobre el cuenco sin mediar maullido. Salazar se sentó frente al mesón de la cocina y comenzó a exponer sus ideas en voz alta.

—Veamos. Daniel tenía buenos motivos para odiar a Goran y su familia. Max no, a menos que fuera por solidaridad con su amigo. Sin embargo, fue Huerta quien se acercó a los Acosta. Ahora estoy seguro de que su noviazgo con Carolina no tuvo nada de fortuito. La intención de Max era ganarse la confianza de la familia. Y lo consiguió, a tal punto que Erasmo llegó a entregarle su joya más preciada, la *Beretta*. ¿Me sigues, Paca?

Bigotes metidos en la leche, indiferencia total hacia el humano. ¡Que una gata tiene sus prioridades!

—De acuerdo. Por otro lado, tenemos a Vesna. Es probable que mantuviera viva su relación con Goran en secreto y usaran la casa de campo para sus encuentros. Me pregunto si Daniel lo sabría y cómo reaccionaría al respecto. Por la vecina sabemos que visitaba con frecuencia a su madre y era atento con ella, así como la devoción que Dora sentía por su hijo, aunque eso no le impedía relacionarse con el padre que lo marginaba y despreciaba. Debo reconocer que las personas somos muy complicadas.

—Mieeeuuu.

—No es necesario que me recuerdes lo que piensas de los humanos. Lo tengo muy claro. Sigamos: alguien sacó a Vesna de su piso, y la arrastró hasta la casa de campo, la estranguló y la enterró en el patio. ¿Lo haría el propio Goran? Tal vez la amante le estorbaba y decidió deshacerse de ella. Luego el hijo comprendió lo ocurrido y cobró venganza. ¿Qué opinas?

—Miaaauuu.

—Sí, tienes razón… Vukovic intentó comunicarse con Vesna hasta mucho después de su muerte, lo cual es un indicio de que desconocía lo que le ocurrió. Tal vez pensó que ella regresó a Serbia, o que tan solo lo evitaba. En cualquier caso, él no la asesinó. Eso nos deja como sospechosos a Max, a Daniel, o quizá a ambos. ¿Tú qué crees?

—Meu.

—¿Más leche? ¡Acabas de beberte un cuenco completo!

—Meu.

—De acuerdo —claudicó el inspector, y de inmediato llenó de nuevo el tazón. Paca no se hizo de rogar y volvió a concentrarse en su piscolabis—. De algo sí estoy seguro. El asesino de Vesna y de los Vukovic es la misma persona. Si nos atenemos a la lógica de los hechos, el sospechoso más viable sería el hijo de Vesna con la colaboración de Max, pero entonces, ¿dónde se esconde Daniel? ¿Alguna idea?

Beber y callar.

—Ya veo que no. Todo encajaría a la perfección si la identidad de Max fuera falsa… —se quejó Néstor en medio de un bostezo. El cansancio comenzaba a ganarle terreno a las preocupaciones— pero resulta que Huerta, no solo existe, sino que quienes los conocían a ambos creían que eran hermanos.

Relamerse los bigotes y comenzar a acicalarse. Recostado sobre la mesa, Salazar hacía esfuerzos para mantenerse despierto. La sensación de que pasaba por alto un detalle clave era como esas melodías que se repiten una y otra vez en la cabeza. Podía alcanzar la respuesta con la punta de los dedos, pero no era capaz de asirla. Mientras Paca lo contemplaba satisfecha, él todavía murmuraba sus razonamientos empeñado en llegar a una conclusión, pero a punto de dormirse.

—Hermanos como Gyula y yo… pero a nosotros nadie nos confundía… somos demasiado diferentes… aunque tampoco es que me parezca mucho a Santiago, que sí es mi hermano… —balbució el inspector, ya al borde de la incoherencia.

Paca subió de un salto al mesón y restregó su cuerpo contra el humano, en un intento por despertarlo para que regresara a la cama. Estaba más calentita cuando dormía a su lado. Néstor continuaba su balbucir en sueños.

—Amigos de infancia… Todos los creían hermanos… La vecina de Vesna.

Salazar abrió los ojos y se incorporó de repente. El movimiento asustó a Paca, que bajó de un salto con un maullido de protesta. Ya su humano la tenía harta con esas reacciones bruscas. ¡Que a una gata había que saber tratarla con la delicadeza que merecía!

—¡Eso es, Paca! Lo he tenido en las narices todo el tiempo sin verlo. ¡Si está claro como el agua!

—Brrrrr —protestó la gata y se refugió en su cesta. Eso le pasaba por vivir con un humano loco.

El inspector miró la hora. El reloj marcaba las cinco de la mañana y era poco lo que podía resolver en ese momento. Razonó que todos estarían durmiendo, que era lo que él también debería hacer: dormir unas horitas más, reponer las fuerzas para un día que prometía ser bastante activo, así que cogió el teléfono y marcó el último número que había grabado en él. Tuvo la paciencia de esperar a que le respondieran.

—¡Cómo sea una broma, se te va a caer el pelo!

—Lamento la hora, don Adriano. Es que necesito hacerle una pregunta. Es importante.

—¿Quién es?

Salazar se identificó. El director aceptó aclarar las dudas del inspector aunque lo cogió por sorpresa. La conversación no duró ni veinte segundos, pero al colgar ya Néstor había comprendido lo que ocurrió. No tenía caso

regresar a la cama. No hubiera podido dormirse ni con la ayuda de los bosnios, así que se duchó, se rasuró y se acicaló con calma, mientras pensaba. Cuando tuvo una estrategia despertó al juez Antúnez y después de deshacerse en excusas le expuso su problema. El togado aceptó emitir la orden con la condición de que debía recibir cuanto antes el informe que la justificara. Después de algunas llamadas telefónicas acompañadas de insultos hacia él, unos en voz alta y clara, otros murmurados entre dientes, por fin arregló que los documentos correctos fueran entregados a tiempo en el lugar apropiado. Cuando salió de la buhardilla ya eran las siete. En el camino se detuvo en un bar, donde desayunó con calma. Salió de allí con media docena de churros y dos cafés para llevar, con los cuales se presentó en la Jefatura Superior.

Como siempre, Casimiro puso los ojos en blanco en cuanto avistó el gabán oscuro. La mirada se le fue a las manos del inspector y se le escapó una sonrisa al ver los característicos envoltorios en ellas.

—¿Ya vienes a dar la lata, Salazar?

—Hola, Casi. También me alegro mucho de verte.

—Menos labia. ¿Ese es mi desayuno?

—Unos churritos. Todavía están calientes —lo tentó Salazar, antes de entregarle la bolsa de papel que rezumaba aceite.

Mientras el jefe de Científica le hincaba el diente al primer churro, Salazar le agregó el azúcar al café de Barros y luego al suyo. Le entregó el vaso con gesto ceremonioso.

—Ya veo que esta vez no te olvidaste del café —reconoció Casimiro—. Solo por eso escucharé qué es lo que vienes a pedirme.

Néstor ocultó la sonrisa detrás de su propio vaso.

—¿Cómo va la nueva dieta?

—No me lo recuerdes, que te echo sin hacerte ningún favor. A mi mujer ahora le dio la ventolera del ayuno no sé qué. Mi última comida fue anoche. ¡Y espera que aguante sin comer nada hasta la hora del almuerzo! ¿Puedes creerlo? Por eso me caes como anillo al dedo con este tentempié.

—¿Seis churros son un tentempié? —preguntó Salazar antes de pensar lo que decía, con lo cual se ganó un fruncimiento de ceño y una mirada asesina.

—¡Se está rifando una hostia, y tú tienes todos los números!

—Vale, Casi. Tienes razón. No soy quién para juzgar el apetito de nadie.

—Mejor. Acabamos de recibir unos documentos a tu nombre. Dime de una vez qué quieres para que te puedas largar.

Salazar le explicó el tipo de peritaje que necesitaba.

—Muy bien. Dame los datos del sujeto —Casimiro dio un grito para llamar a uno de los expertos, mientras el inspector anotaba los datos de Max en un papel.

Después de que el jefe le dio las instrucciones a su subalterno, escuchó las teorías que Néstor desarrolló mientras esperaba que amaneciera.

—Pues debo reconocer que me pone la piel de gallina pensar que estás en lo cierto, pero uno aquí ha visto tantas aberraciones que no te quito razón. Lo que piensas, cuando menos es posible.

—Estoy seguro de que estoy en lo cierto, Casi, pero necesito probarlo.

—Desde luego.

Mientras esperaban, Barros se devoró el último churro con el último sorbo de café, pues llevaba una sincronización que ni Robocop. El sonido del móvil sacó a Salazar de sus pensamientos.

—Le tengo buenas noticias, jefe —le anunció Diji.

—¿Visitaste el club deportivo?

—Tenía razón, señor. Max Huerta participó en el concurso de tiro al blanco hace dos meses con una *Beretta* del mismo modelo que la de Erasmo Acosta. Además, al parecer le comentó a uno de los directivos del club que el arma era de colección.

—Pudo más su ego que su sentido común —sentenció Néstor—. Gracias, Diji. Nos vemos en la comisaría.

Cuando colgó, el inspector le explicó a Barros lo que significaba la información que recibió de Cheick. Discutían sobre las implicaciones cuando el experto en programas de identificación se acercó a la oficina del jefe con un papel en la mano.

—Su hipótesis es correcta, señor. Las fotografías lo confirman.

Al inspector casi se le escapa un grito de alegría. Era la prueba que necesitaban. Por fin había resuelto el acertijo.

Capítulo 19.

Néstor se despidió de Barros con la intención de llegar lo antes posible a la comisaría, cuando su móvil comenzó a sonar; era Lali. No se trataba de una llamada que pudiera ignorar. La conversación solo duró unos segundos, pero cambió todos sus planes. Debió reflejarse el nerviosismo en su rostro, porque en cuanto colgó, el jefe de Científica le preguntó de qué se trataba. Pese a que no tenía obligación de satisfacer la curiosidad de Casimiro, el inspector le contó lo que la secretaria del comisario le informó.

—Tendrás que moverte rápido. Llévate mi coche.

Al tiempo que hacía la oferta, Barros introducía la mano en el bolsillo de su chaqueta, para sacar un manojo de llaves y colocarlo sobre la mesa.

—¿Cómo sabes que no traje coche?

—¡Porque te conozco como si te hubiera parido! Anda, coge las llaves. Eso sí, conduce con cuidado, que si le haces el menor rayón, la parienta me hace la ortodoncia a tortazos.

—Gracias, Casi. ¡Te debo una!

—¿Una? Me debes hasta la forma de andar. Vete, anda, vete.

Salazar obedeció a su amigo y salió pitando del laboratorio de Científica. El coche de Barros tenía un par de años, pero todavía conservaba el plástico de protección en los asientos, con lo cual Néstor tuvo medida del cuidado que debía tener. Pese a ello, no escatimó en pisar el acelerador y llegó a buen tiempo a su destino.

Como Lali le había informado, el Corsa estaba aparcado frente a «San Idelfonso», con Ander al volante y Miguel en el asiento del pasajero. El inspector se bajó del coche de Casimiro y subió a la parte de atrás del camuflado.

—¿Dónde te habías metido, Salazar? —preguntó Pedrera con irreverencia.

—Estaba ocupado en otros asuntos. ¿Qué tenemos?

—Una orden del juez para seguir al Ibiza ese de la pegatina. ¿Puedes contarnos cómo se las arregló el comisario para conseguir la orden judicial que nos permite vigilar a un policía? Debéis contar con pruebas irrefutables.

—Son suficientes. Además de una víctima asesinada y otra en peligro.

—Te refieres a la chica Fajardo, por supuesto. No sabemos si está viva. Podría haber corrido la misma suerte que su novio.

—Tampoco tenemos la certeza de que haya muerto. Hasta entonces debemos actuar como si estuviera viva.

—De acuerdo. Tú eres quien manda.

—¿De quién es el coche?

—Luisa Vanegas —Salazar puso los ojos en blanco—. De acuerdo. Es la mujer de uno de los inspectores de esta comisaría. Su nombre es Javier Vanegas.

—¿Vamos a detenerlo, señor? —preguntó Ander.

—Todavía no. Lo más importante ahora es rescatar a la chica. Si continúa con vida, Vanegas nos llevará a ella tarde o temprano.

Todavía preocupado por el caso Acosta, Néstor llamó a la comisaría y dio instrucciones a Diji. Le pidió que elaborara un informe con las evidencias que consiguieron en las últimas horas. Quería evitar que Saavedra liberara a Huerta. Con la coartada destruida y la información que ya Barros les habría enviado, no sería difícil convencer a Antúnez de que confirmara su arresto.

Desde la llamada de Lali, las prioridades de Néstor cambiaron. Su deber era hacer todo lo posible para rescatar a Verónica Fajardo con vida, así que se preparó para una larga espera. Y no se equivocó. Dormitaba en el asiento de atrás cuando Miguel lo sacudió sin contemplaciones.

—¡Despierta, Salazar! El sospechoso se mueve.

Algo confundido, Néstor abrió los ojos y miró en dirección al coche que vigilaban, mientras Echevarría encendía el motor. Un hombre de mediana edad con gafas de pasta avanzaba a paso rápido en dirección al Ibiza. El inspector le hizo un par de fotografías con el móvil y se las envió a Beatriz, mientras Ander se ocupaba de seguir al sospechoso. Pedrera, con todos los músculos en tensión, hacía lo posible por no perder de vista al objetivo.

En cuanto comprobó que las fotografías llegaron a su destino, Salazar llamó a la subinspectora.

—Beatriz. Necesito que me confirmes la identidad del sujeto cuyas fotos te envié.

—Sí, señor —pasaron algunos segundos. El inspector se despreocupó del Ibiza, pues estaba seguro de que ni Ander, ni Pedrera permitirían que se les perdiera. Por fin volvió a escuchar la voz de Araya—. Se trata de Javier Vanegas, señor. Es inspector de «San Idelfonso», a las órdenes del comisario Lemus. Tiene una hoja de servicio brillante.

—¿Familia?

—Es casado y tiene dos hijos. Vive en la calle Severo Ochoa.

—Eso está al suroeste de su comisaría. De acuerdo, Beatriz. Dile a Lali que esté atenta. Es posible que necesitemos apoyo al llegar a destino.

—Sí, señor.

Salazar sintió que reducían la velocidad y se dirigió a Pedrera.

—¿Qué ocurre?

—Se detuvo frente al supermercado.

—No lo perdáis de vista, pero quédate a una distancia prudente, Ander. De ser posible, aparca en un ángulo donde no nos pueda detectar. No debemos olvidar que se trata de un policía y por lo tanto está entrenado para darse cuenta de si alguien lo sigue.

—Sí, señor.

Vanegas permaneció en el súper diez minutos, al cabo de los cuales salió con media docena de bolsas que guardó en el maletero del coche. Parecía relajado. Si sospechaba que alguien lo vigilaba, lo disimulaba bien. Néstor les advirtió a sus subalternos que no se confiaran.

—¿Estás seguro de que no la has pifiado, Salazar? Mira que si hemos esperado todo el día para ver cómo un colega le hace la compra a su parienta…

—Si fuera así, ¿no te parece un poco extraño que escoja un supermercado en el lado opuesto del camino a su casa?

—Quién sabe. Tal vez aquí las ofertas son mejores.

—Se mueve —los interrumpió Ander.

El Ibiza se reincorporó a la circulación y ellos lo siguieron. Vanegas se dirigió al noreste y cogió la Avenida Costa del Vino hasta salir de la ciudad. En cuanto cruzaron el límite de Haro, Néstor se comunicó con la Guardia Civil para solicitarles su colaboración. Los policías recorrieron varios kilómetros hasta que alcanzaron un desvío donde desaparecía el asfalto. Hubiera sido imposible seguir al Ibiza por el camino de tierra sin que el sospechoso los viera, así que Néstor le ordenó a Echevarría pasar de largo. Avanzaron doscientos metros, Ander detuvo el coche y los inspectores se

apearon para regresar a pie al lugar donde comenzaba la desviación. Por suerte, el trayecto entre la avenida y el lugar donde estaba aparcado el Ibiza era corto. El coche se encontraba frente a una cabaña de una sola planta bastante desvencijada, y que parecía abandonada. Salazar usó el GPS del móvil para establecer las coordenadas y se las envió a Beatriz, con la orden de identificar al propietario de la pequeña casa.

No había ni un miserable árbol detrás del cual esconderse, así que tendrían que usar la propia construcción para mantener la vigilancia. Junto a la cabaña había un pequeño cobertizo de menos de dos metros de altura. Los policías lo usaron como escalón para alcanzar el tejado. Treparon al techo y se acostaron allí, sin perder de vista el Ibiza. Salazar esperaba que la plataforma soportara el peso de ambos. La vibración del móvil le anunció que entraba un mensaje. Beatriz respondía a su pregunta sobre el registro de la precaria cabaña: «*Imposible identificar al propietario, debido a que la información está relacionada con un delito en proceso de juicio y forma parte del secreto de sumario. Necesaria orden del juez*».

—¡Mierda! —murmuró Salazar. Pedrera lo miró sorprendido. Él le mostró el mensaje.

Miguel resopló para demostrar su disgusto. Néstor escribió una respuesta.

«*Fundamental averiguar nombre del dueño. Ortiz debe intervenir con el juez. Necesitamos la orden*».

Salazar terminó de escribir y enviar el mensaje. Luego le escribió uno a Santiago para que cumpliera con su parte del plan. Al cabo de pocos minutos, Pedrera palmeó el brazo de Néstor un par de veces para llamar su atención. Entonces señaló con la cabeza en dirección al Ibiza. Vanegas regresaba al coche, y lo hacía con las manos vacías.

Capítulo 20.

En cuanto el coche se alejó por el camino de tierra, Salazar usó el móvil para hacer dos llamadas. La primera fue a la Guardia Civil, a quienes les señaló que había llegado el momento de que actuaran. La segunda la hizo a Lali para pedir apoyo. Miguel comenzó a moverse dispuesto a bajar del tejado, cuando Salazar lo retuvo sujetándole el brazo.

—¿Adónde crees que vas? —le susurró.

—Debemos registrar esta cabaña —respondió Pedrera en el mismo tono de voz—. Si estás en lo cierto y Vanegas es el responsable tanto del asesinato de Munguía como de la desaparición de Verónica, este sería el lugar ideal para retenerla.

—¿Y cómo sabemos que actúa solo? Podría haber media docena de tíos armados allí adentro.

—Eh… ¡Maldita sea, tienes razón!

Ambos policías permanecieron tendidos sobre el tejado, mientras aguardaban los refuerzos que venían en camino. Unos minutos después, el móvil de Salazar volvió a vibrar. Esta vez el mensaje era del sargento de la Guardia Civil a quien le pidió ayuda. Era contundente: «El pez está en la red».

Los siguientes minutos resultaron eternos para Néstor. Se sintió un poco tonto, tendido en el tejado de una cabaña que tal vez estuviera vacía. Pedrera no se movía y el inspector se preguntó si se habría quedado dormido, pero por la tensión de los músculos de su colega dedujo que estaba alerta y presto a saltar a la acción.

Pese a que a Salazar le pareció que el tiempo no transcurría, en realidad no tuvieron que esperar demasiado. Miguel fue el primero que los avistó. Media docena de vehículos entre patrullas y coches camuflados invadieron el terreno. Llegaron en silencio por instrucciones precisas del inspector jefe. Néstor abandonó el tejado detrás de Miguel. Controlaron las ventanas

alrededor con oficiales apostados en lugares estratégicos, después de comprobar que no había puerta trasera. La presunción de que en el interior podría haber una persona retenida contra su voluntad les autorizaba a entrar aunque no dispusieran de una orden.

Salazar encabezó el grupo de incursión. Lo seguían Miguel, Remigio y Diji. Echó de menos a Sofía, quien siempre solía estar a su lado en ese tipo de operativo. Apartó el sentimiento. En ese momento no ayudaba. Después de llamar e identificarse sin recibir respuesta, Miguel y Diji tiraron abajo la puerta de un par de patadas bien sincronizadas. En cuanto la vieja madera cedió, Salazar entró con la pistola en la mano, y mientras vigilaba todos los accesos al salón, distribuyó a sus subalternos con señales.

El salón era pequeño. Olía a moho y madera podrida. Si alguien vivió alguna vez allí, debió pasar mucho tiempo desde entonces.

—¡Despejado! —gritó Diji en la cocina.

—¡Despejado! —le hizo eco Remigio en el dormitorio.

—¡Despejado! —repitió Miguel, quien regresaba desde el comedor—. Aquí no hay nadie, Salazar. Hemos perdido el tiempo.

El inspector jefe no respondió. Se quedó en medio del salón como un pasmarote, mientras sus hombres bajaban la guardia y se encaminaban hacia la salida.

—Diji, ¿encontraste bolsas de la compra en la cocina?

—No, señor. Ese lugar tiene una capa de polvo. No lo ha pisado nadie en meses.

—¿Alguno de vosotros las vio?

—¿Qué? —preguntó Remigio.

—Vanegas se detuvo en el supermercado y salió de allí con media docena de bolsas en las manos. ¿Dónde están?

—Tal vez siguen en el maletero de su coche —sugirió Pedrera—. Cuando tú y yo llegamos aquí, ya Vanegas estaba dentro de la cabaña. Tal vez nunca tuvo la intención de traerlas aquí. Esta casa forma parte de un expediente cerrado por investigación. Quizá ese fue el motivo por el que vino y no tuvo nada que ver ni con Munguía, ni con Fajardo. Es posible que nos hayas obligado a perder el tiempo y hacer el ridículo.

Néstor pasó por alto las acusaciones que le hacía Pedrera. Seguía concentrado en sus pensamientos, mientras trataba de comprender en qué se equivocó. Estaba tan seguro de que Vanegas era culpable y que encontrarían a la chica en la cabaña, que el desconcierto lo dejó paralizado. Ante su falta

de respuesta, los hombres de la comisaría de «San Miguel» comenzaron a moverse de nuevo con la intención de salir de allí. Todos llevaban la frustración pintada en el rostro.

Salazar se limitó a coger el móvil y hacer una llamada. Después de decirle al sargento lo que quería, colgó y aguardó. La curiosidad inmovilizó a los demás policías. ¿Qué esperaba demostrar el inspector jefe? A los pocos segundos, el móvil cobró vida.

—Lo escucho, sargento.

—Seguimos aquí hasta que usted ordene lo contrario, inspector. El sujeto está cabreado, pero nos hizo el favor de exceder el límite de velocidad, así que mi compañero lo entretuvo con algunas pruebas de alcoholemia, mientras yo le hice una inspección ocular al vehículo. También le ordenamos abrir el maletero. Le aseguro que esa compra de la que habla no está aquí.

—¿Cuánto tiempo más cree que pueda retenerlo, sargento?

—El que haga falta. Le dijimos que su coche reúne las características de un vehículo que buscamos por estar involucrado en un delito. No sé si se lo creyó, pero da igual. Tendrá que esperar a que «completemos la indagación», y eso dependerá de usted.

—No crea que estuvo desencaminado con lo que afirmó, sargento. Por si eso le sirve a su conciencia.

—Me sirve, me sirve.

—Muy bien. Le avisaré cómo proceder de acuerdo con lo que descubra por aquí.

Salazar colgó y miró a su equipo.

—La compra no está en el coche de Vanegas. Eso significa que tiene que haberla dejado aquí, en algún lado.

—Aquí no hay nada, Salazar —insistió Pedrera—. Deja de buscarle cinco patas al gato. Lo más probable es que ese compañero no tenga nada que ver con la desaparición de los chicos, y tú estés equivocado desde el principio. Tal vez fue el tío de Munguía, o esa red de trata de personas que desmantelaron los colegas de la Jefatura Superior.

Sin prestarle atención a Miguel, Salazar volvió a usar el móvil. Esta vez el destinatario de la comunicación fue Santiago.

—Néstor, estaba a punto de llamarte. El juez se resistió bastante, pero por fin me reveló quién es el propietario de la cabaña donde os encontráis. Se trata del jefe de una banda de narcotraficantes que opera en esa zona. El

caso era de Lemus y fue el propio inspector Vanegas quien llevó a cabo la investigación de campo. ¿Te sirve?

—Mucho —respondió Salazar, que había comenzado a sonreír desde que el comisario mencionó la palabra «narcotraficantes». Cortó la llamada y miró a su equipo.

—Bueno, chicos. Tenemos trabajo. Esta cabaña era de un distribuidor de drogas. ¿Sabéis lo que eso significa?

Todos se miraron unos a otros, sin que ninguno supiera cuál era la respuesta que se esperaba de ellos.

—¿Qué el asunto no tiene nada que ver con nuestro caso? —preguntó Miguel.

—Al contrario. Si la cabaña la ocupaban contrabandistas, es muy probable que construyeran zulos, depósitos ocultos y hasta pasadizos para escapar. Si sumamos eso a la desaparición de las bolsas de la compra de Vanegas, ¿qué tenemos?

—Que esa compra podría estar en alguna habitación oculta.

Pedrera resopló con desprecio.

—¿Esconder víveres en un zulo? ¿Para qué iba a hacer alguien semejante estupidez?

—Porque esos víveres son para una persona que también está oculta —sentenció Remigio, al comprender el razonamiento de Néstor.

—¡Exacto! Así que, chicos, vamos a comprobar cada panel y cada baldosa hasta que encontremos algo que no debería estar allí.

Los policías se pusieron manos a la obra. Era una suerte que la cabaña no fuera muy grande, pero aun así, la búsqueda requirió un esfuerzo intensivo. Llevaban ocupados más de una hora, cuando Diji dio la voz de alarma desde el dormitorio. Los demás acudieron a sus voces para encontrarlo dentro de un armario. El subinspector tuvo que sacar toda la ropa de su interior para dejar al descubierto una puerta corrediza de madera, que dejaba al descubierto un doble fondo donde había una estrecha trampilla en el suelo.

—¡Buen trabajo, Diji! —lo felicitó el inspector jefe, al mismo tiempo que le daba una palmada en el hombro.

Abrieron la trampilla y enfocaron las linternas. Néstor esperaba un zulo, pero lo que encontró fue un agujero con tubos de metal como peldaños, que descendía a lo que parecía la galería de una mina. Después de darles

instrucciones a sus hombres y pedirle a Diji que lo acompañara, fue el primero en internarse en el estrecho y oscuro túnel.

Capítulo 21.

Salazar le ordenó a Miguel que hiciera guardia en la entrada de la galería. El inspector jefe quería estar seguro de que nadie los sorprendería por la espalda y era una buena forma de librarse por un rato de las críticas y comentarios negativos de Pedrera, lo cual debía reconocer que lo tenía hasta los… Bien, que lo tenía bastante harto. Decidió que necesitaba tener una conversación seria con su subalterno si quería conservar el liderazgo del grupo. Hasta su paciencia tenía un límite.

La galería estaba oscura como la conciencia de un terrorista. Se trataba de un largo túnel excavado en la tierra y apuntalado con vigas de hierro. Por lo bien conservada que estaban, Néstor dedujo que no eran demasiado antiguas. Era evidente que se trataba de una construcción de corta data. Lo confirmaba la red de cables con bombillos que en su momento habían iluminado todo el pasadizo, pero que ahora estaban apagados.

Provistos con linternas y con el inspector jefe a la cabeza, los detectives de «San Miguel» recorrieron el largo pasillo en silencio. A los pocos metros detectaron las puertas a ambos lados. A Salazar lo turbó comprobar que estaban blindadas, lo cual daba una idea del valor de la mercancía que los narcotraficantes guardaron allí, y de la importancia del grupo delictivo que desmantelaron los compañeros de «San Idelfonso».

—¡Esto es una fortaleza! —dijo Remigio, sin ocultar su sorpresa.

Salazar no respondió. También lo desconcertó el trabajo de ingeniería que se desarrolló en ese túnel al servicio de los delincuentes. En la medida en que avanzaban, Néstor iba golpeando las puertas de un lado y Diji las del otro. Si Vanegas secuestró a Verónica era muy probable que la joven estuviera allí. La desaparición de las bolsas de la compra le daba esperanzas a Salazar de no haber llegado demasiado tarde. La galería recorría unos doscientos metros y terminaba en otra puerta blindada, la cual era previsible

que condujera a cualquier otra construcción de las cercanías y consistiera en una vía de escape.

—¡Inspector, por aquí! —lo alertó Diji con su vozarrón.

Néstor miró a su subalterno, quien se encontraba frente a una de las últimas puertas laterales del túnel. Cheick mantenía la oreja pegada al metal y todos se le acercaron. Entonces el subinspector volvió a golpear la puerta con el puño, después de rodearlo con sus propias esposas: metal contra metal. Del otro lado se dio una tímida respuesta apenas audible. Los policías se miraron esperanzados.

—¿Creéis que la chica puede estar allí adentro? —preguntó Remigio.

—Lo que es indudable es que hay alguien encerrado en esa habitación —respondió Salazar.

—¿Cómo la abrimos? ¿Llamamos al cerrajero de la Policía?

—Tardaría demasiado —discrepó Néstor—. Se trata de una puerta blindada con cerradura de seguridad. No sabemos en qué condición se encuentra el prisionero, así que debemos resolverlo en el menor tiempo posible.

—¿Y qué sugieres? ¿Que usemos explosivos en la cerradura?

—No seas bruto, Remigio —protestó Salazar—. Debemos ser un poco más sutiles. Diji, quédate aquí y trata de hacerle comprender a quien está allí adentro que lo sacaremos pronto.

—Sí, señor.

Néstor se dirigió a Toro.

—Vamos, Remigio. Regresemos a la superficie. Allí seremos más útiles.

Ambos policías recorrieron el túnel de vuelta a la cabaña. Cuando alcanzaron la superficie, Miguel los esperaba sentado sobre la cama con cara de aburrimiento. Se espabiló en cuanto los vio.

—¿Qué? ¿Encontrasteis algo?

Salazar asintió, y mientras Remigio le describía a su colega lo que hallaron con todo lujo de detalles, él se volvió a comunicar con la Guardia Civil.

—Ya puede proceder con el arresto, sargento. Comprobamos nuestras sospechas.

—Pues mire, menos mal, porque no vea lo liante que es el tío, además de que al ser policía se conoce la legislación al dedillo y nos estábamos quedando sin argumentos para retenerlo.

—Hicieron un buen trabajo y les estamos muy agradecidos.

—Usted, a mandar. ¿Cuáles son los cargos?

—De momento, secuestro. Es posible que las evidencias posteriores nos permitan sumarle homicidio intencional.

—Jo...der. Ya me advirtieron que usted no se andaba con menudencias.

—También necesito un favor.

—Lo escucho.

El sargento accedió a hacer lo que el policía le pidió. De inmediato, Salazar llamó a Ander y le dio instrucciones precisas. También se comunicó con Lali para que enviara una ambulancia. Cubiertas todas las contingencias, se sintió satisfecho. Toro ya había terminado su relato, un poco novelado todo había que decirlo, así que Néstor vio que era su oportunidad.

—Remigio, ¿podrías esperar afuera? Ander debe llegar en cualquier momento para traernos algo.

—¿Qué?

—Un llavero.

Toro frunció el ceño confundido, y de inmediato enarcó las cejas.

—No me digas que traerá las llaves de las puertas de seguridad de abajo.

—¿Qué otras llaves podríamos necesitar?

—¿Cómo?

—Era previsible que Vanegas dispusiera de esas llaves, o no podría haber usado la galería. Después determinaremos cómo las consiguió. De momento, ya bajo arresto de la Guardia Civil, es de esperarse que se muestre colaborador y nos las entregue.

—Espero afuera.

En cuanto Remigio abandonó la habitación, Néstor se encaró con Miguel.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, Pedrera.

Miguel, que se encontraba sentado en la cama se echó hacia atrás y se apoyó en el antebrazo, bastante relajado aunque sin llegar a acostarse.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de tu conducta irreverente conmigo, al punto que raya la indisciplina.

No fueron las palabras, sino el tono de Salazar lo que hizo que Miguel se enderezara y tensara los músculos.

—Mi conducta contigo es la de siempre.

—De eso se trata. No soy tu colega, sino tu jefe. Y no podemos avanzar si cuestionas cada una de mis decisiones. Que me equivoco, por supuesto, soy humano. Que algunas veces la pifio. ¿Y quién no? Lo que no necesito es un censor detrás de mi oreja para echarme en cara los errores y algunas veces hasta los aciertos. Sé que mi presencia en «San Miguel» te molesta desde que llegué. También que considerabas que por antigüedad tenías más derecho al cargo de inspector jefe que yo, pero me ascendieron a mí por méritos. Supéralo. Y si no te gusta, te jodes. Asúmelo o pide cambio, pero no estorbes a los que queremos hacer bien nuestro trabajo.

—Trabajé como un burro por años para que me ascendieran. De repente llegas tú, con tus excentricidades y tus aciertos de mierda para quitarme lo que me correspondía por derecho. ¿Y esperas que lo acepte sin más? ¡Que te respete como a mi superior! Eso hay que ganárselo, Salazar. No puedo verte como mi jefe. Para mí siempre serás el desarrapado con suerte que me quitó lo que era mío.

—Pues tenemos un problema, porque no estoy dispuesto a seguir soportando tus insubordinaciones. Te respeto como policía, porque haces bien tu trabajo, Pedrera, pero la próxima vez que contradigas mis órdenes te levantaré un expediente. Tú verás si te adaptas o no. Mi consejo es que si no puedes aceptar que yo sea tu jefe, pidas traslado.

Miguel iba a responder, cuando Remigio entró jadeando en la habitación con un llavero en las manos.

—¡Aquí están! Ese chico Echevarría es un bólido. Llegó aquí en un santiamén.

—¡Muy bien! No tenemos tiempo que perder —sentenció el inspector jefe—. Miguel, la ambulancia debe estar por llegar. Conduce a los sanitarios hasta el túnel. También llama a Científica para que hagan un registro de esta cabaña y de la galería. Adviértele a Casimiro que te sentaste y casi te acuestas en la cama. No vaya a encontrar un cabello tuyo y termines involucrado con los narcotraficantes, o con el secuestro. Pedrera le lanzó a Salazar una mirada asesina que él ignoró.

Néstor cogió el llavero de manos de Remigio y se metió de nuevo en el túnel. La prioridad era rescatar a Verónica, o a quien estuviera encerrado en vida en esa tumba.

Recorrieron el pasadizo a la carrera hasta donde los esperaba Diji. El subinspector había establecido un código sencillo de golpes con la persona

del otro lado. No esperaba comunicarse, pero al menos mantenía monitoreada la conciencia del prisionero.

Salazar probó las llaves una a una. No fue sencillo, pues eran numerosas y todas se veían iguales. Mientras intentaban abrir la puerta, los sanitarios llegaron transportando una camilla y con el rostro tan blanco como sus uniformes. Era evidente que la galería los dejó impresionados.

Por fin Salazar dio con la llave correcta y abrió la puerta. Quien lo rodeó con un abrazo y lloró en su hombro no fue Verónica, sino una mujer de mayor edad. Mientras Néstor consolaba a la víctima, las linternas de Diji y Remigio escudriñaron el interior del calabozo. Se trataba de un cuartucho sin ventanas que no tenía más de tres metros cuadrados. En el fondo encontraron un bulto sobre una manta. Cuando se acercaron vieron a Verónica Fajardo, quien encogida en posición fetal permanecía inmóvil.

—Tiene fiebre desde hace un par de días —les informó la mujer, sin soltar a Néstor—. Ese monstruo no permitía que la viera un médico. Temí que muriera, igual que pasó con la otra.

Los sanitarios corrieron hasta donde se encontraba Verónica y comenzaron a atenderla. Salazar consiguió que la mujer rescatada soltara un poco su presa para poder hacerle una pregunta crucial.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Adelina Ornelas. La bestia que es responsable de esto me encerró aquí después de que me arrestaron por pasarle unas pastillas a una colega, quien resultó ser una poli de incógnito. Cuando salí de la comisaría, ese desgraciado prometió ayudarme y lo que hizo fue meterme en este agujero. Luego trajo a otra mujer y por último a esta chica, que es casi una niña. La otra enfermó y murió. Vero debió contagiarse, así que creí que ella también iba a morir y que yo no volvería a ver la luz del sol.

—¿A quién te refieres cuando hablas de «la otra»? —preguntó Salazar.

—Era una buena mujer que tuvo la mala suerte de tropezarse con el malnacido de Vanegas. Su nombre era Gotxone Urrutia.

Capítulo 22.

La desolada cabaña se llenó de actividad durante las siguientes horas. Los sanitarios se llevaron a las víctimas al hospital. Néstor le pidió a Diji que las acompañara y los mantuviera informados acerca del estado de salud de ambas. De inmediato, Salazar llamó a don Braulio para informarle que encontraron a Verónica con vida, y le pidió que se encargara de acompañar a la familia. Aunque Lali se ocuparía de enviar a alguien para avisarles, siempre sería mejor que contaran con el apoyo de un amigo como él. También se comunicó con el sargento de la Guardia Civil y acordó que Remigio recogiera a Vanegas con una patrulla para llevarlo a «San Miguel».

Al cabo de cuarenta y cinco minutos llegó Barros con todo su equipo. Después de echarle una bronca a Pedrera por haberse sentado en la cama, el jefe de Científica se reunió con Néstor.

—Ya volviste a liarla, Salazar. Está visto que contigo no se me acaba el trabajo. Espero que sepas compensarme.

—Quien la lía no soy yo, Casi. Y a mí también me mantienen ocupado.

—Supongo que tienes razón… Al menos espero que mi coche no haya sufrido ningún percance. Mira que mi mujer me hace la autopsia en vida si llega a encontrar el menor desperfecto.

—Puedes estar tranquilo. Está bien aparcado frente a «San Idelfonso» —respondió Néstor, al mismo tiempo que sacaba las llaves del bolsillo del gabán—. Gracias a ti llegué a tiempo para la vigilancia. Si quieres, más tarde te lo llevo hasta la Jefatura Superior.

—No es necesario —dijo Barros cogiendo el llavero—, vas a tener suficientes ocupaciones con todo este asunto. Ya enviaré a uno de los chóferes del laboratorio a recogerlo. ¿Crees que el tío que usó esta cabaña forma parte de la red de tráfico de personas que desmanteló Souza?

—Es una posibilidad que debemos descartar —reconoció el inspector —, pero si quieres saber mi opinión, creo que Vanegas hacía esto por su

cuenta. Tal vez ya tenía algún tipo de pulsión enfermiza, y al encontrar este lugar decidió aprovecharlo para satisfacer sus fantasías.

—¿Qué les hacía a las chicas que encerraba aquí?

—Ninguna de las víctimas se encuentra en condiciones de soportar un interrogatorio todavía, pero supongo que la finalidad de Vanegas era satisfacer algún tipo de perversión sexual. ¿Tú trabajaste con él en alguna ocasión?

—Sí, en un par de casos, aunque creo que fue trasladado a Haro hace poco tiempo. No lo conozco bien. Sí recuerdo que el tío era muy reservado.

—De cualquier manera, lo investigaremos a fondo. Lo que lamento es que tiene mujer y dos hijos.

—«Caras vemos, corazones no sabemos» —recitó Barros.

Salazar dejó a Miguel en la cabaña con el equipo de Científica y le pidió a Ander que lo llevara a «San Miguel», después de darle instrucciones precisas de que se lo tomara con calma y bajara la velocidad. Echevarría asintió y murmuró unas palabras inaudibles, que Néstor se alegró de no haber comprendido. Le simpatizaba el chaval y no quería reprenderlo. Salazar se acomodó en el asiento del acompañante y llamó a Santiago.

—¡Felicitaciones, Néstor! Ya recibí la información del arresto y el rescate de las víctimas de Vanegas.

—Por desgracia fue demasiado tarde para Urrutia.

—Sí, es lamentable, pero supongo que al menos su familia podrá concluir el duelo al saber qué fue lo que ocurrió. Hasta una mala noticia es mejor que no tener noticias, con el temor y las expectativas que eso conlleva.

Néstor guardó silencio por unos instantes. La experiencia del secuestro de su hijo dejó marcado a Santiago, quien sabía lo que sentían las víctimas porque lo sufrió en carne propia. El inspector cambió de tema:

—Hiciste un buen trabajo al conseguir que Vanegas saliera a toda prisa de la cabaña. Incluso excedió los límites de velocidad, lo cual le facilitó su tarea a la Guardia Civil. ¿Cómo lo conseguiste?

—No tiene demasiado mérito. Conozco a Lemus por encuentros en reuniones con los mandos, y estaba seguro de que no estaba involucrado en las actividades delictivas de su subalterno, así que me sinceré. Él usó a la secretaria de la comisaría para darle la orden a Vanegas de presentarse de inmediato porque tenían una emergencia y quería que él se encargara.

Supongo que la expectativa de ocuparse de una investigación importante lo motivó.

—Bien pensado. También querría asegurarse de que la investigación no se relacionaba con su propio delito.

—Lo sabremos cuando hablemos con él. Es un interrogatorio del que quiero hacerme cargo en persona.

—Me parece bien. Haz que Diji te acompañe. Juntos acobardáis al más valiente.

—Gracias. Supongo.

—Además, me darás la oportunidad de ocuparme de Huerta, a quien dejé esperando por esta coyuntura.

—¡Ah, sí! Lali me informó que hiciste importantes avances en el caso Acosta. ¿Quieres ponerme al día?

—Conseguimos suficientes evidencias para evitar que el juez le concediera libertad provisional, pero quiero entrevistarlo para concretar algunos detalles. Luego te presentaré el informe final.

—De acuerdo. Supongo que eso significa que Max Huerta es el asesino de los Acosta.

—Sí, y no.

—Comienzas a hablar como Araya.

—Ya lo comprenderás —Néstor consultó el reloj—. De momento me concederé unos minutos para comer algo y luego regresaré a la comisaría. Así te doy tiempo a que termines con Vanegas y la sala de interrogatorios se encuentre desocupada. Me interesa grabar lo que Huerta tenga que decir.

—De acuerdo, pero en cuanto termines te presentas en mi oficina con ese informe.

—¿Sabes que hubieras sido una excelente «Maruja»?

—¿Conoces algún policía al que no le atraigan los cotilleos? Un investigador que no sea curioso es como un bocadillo sin relleno.

—No me hables de bocadillos, que me muero de hambre.

Ander miró de reojo al inspector jefe. ¡Que se chinchara! Si no le hubiera ordenado reducir la velocidad, ya podría estar frente a su almuerzo. ¡A quién se le ocurría un coche policial que circulara despacio! Las cosas se hacían bien, o no se hacían. Echevarría aparcó frente a la comisaría y el inspector entró a comprobar que ya Remigio hubiera llegado con el detenido. También se aseguró de que Huerta continuaba en su celda, lo que significaba que las nuevas evidencias convencieron al juez.

Era media tarde, pero el sol se ocultaba tras las nubes y el frío se ensañaba con la ciudad. Haro resistía bajo una ligera penumbra que empujaba a sus habitantes a refugiarse bajo techo y al abrigo de la calefacción. No importaba si el local escogido era un bar, una tienda, o el propio hogar. Las calles no eran acogedoras ese día y Néstor las encontró más vacías que de costumbre.

Cuando al fin llegó a «La Callecita», Salazar se animó. La calidez que lo acogió no era solo una sensación táctil, sino que involucraba el sonido de los murmullos de sus vecinos, el entrechocar de los vasos y platos, y los aromas culinarios que prometían proporcionar calor al estómago, además del placer de los sabores familiares y entrañables. Por automatismo miró en dirección a su mesa favorita y la encontró ocupada.

—¡Qué bueno verte por aquí, Néstor! —lo saludó Gyula, sacándolo de sus pensamientos con una palmada en el hombro—. ¿Por qué no te sientas con Isabel? Estoy seguro de que no le importará que la acompañes. ¿Qué quieres comer? Nemesio preparó un guiso de ternera que haría palidecer de envidia al mejor chef.

—Eh… Dispongo de poco tiempo, Gyula. Prepárame cualquier refrigerio. Una tapa de tortilla, o algo así. Ya probaré ese guiso en la cena.

—De acuerdo. Le diré a Nemesio que te guarde una ración.

—¿Cómo está Dika?

—Pues el embarazo va bien, pero la mandé a casa. Los olores de la comida le dan náuseas y no le conviene estar demasiado tiempo de pie.

—Haces bien, que la chica trabaja demasiado.

—Pues explícaselo a ella, que se fue hecha un mar de lágrimas porque cree que prefiero la cocina de Nemesio a la suya. Esta noche seguro que me toca sofá. Y no sabes el carácter que se le ha puesto desde que esperamos al churumbel.

—Paciencia, amigo. Que no debe ser fácil estar en su lugar.

—¡Y que lo digas! Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta. ¿Tú alguna vez te has imaginado lo que debe ser pasar por un embarazo y un parto?

—¿Yo? Estoy convencido de que si los hombres tuviéramos que parir, la raza humana se hubiera extinguido hace milenios.

Gyula sonrió. No sabía si lo que afirmaba Néstor era cierto, pero podía dar fe de que si dependiera de él, ese sería el resultado.

Salazar se encaminó a su mesa. Isabel lo recibió con un repentino rubor y una serie de explicaciones acerca de los motivos por los que estaba allí que no venían al caso. Casi al momento de sentarse, Néstor vio aparecer frente a él un plato con dos pinchos de tortilla y un vaso de gaseosa. Isabel le preguntó por Paca y mantuvieron una conversación superficial acerca de la gata, pero el inspector respondió en modo automático pues tenía la mente en otra parte. En concreto, al bajar la presión del trabajo lo asaltó el duelo por Sofía. La etóloga se dio cuenta de que la atención de su interlocutor estaba en otra parte y se sintió incómoda. Como si fuera una intrusa que llega en el momento más inoportuno. Ni siquiera sabía qué hacía allí, cuando ese bar le quedaba tan lejos de sus rutas habituales. En cuanto se hizo esa pregunta, Zabala dejó a medias su almuerzo, se excusó y se levantó. Pagó la cuenta en su camino hacia la salida. Néstor se preguntó cuál sería su prisa. Tal vez recordó algún compromiso pendiente.

Pese a las horas que llevaba en ayunas, el recuerdo de Sofía le cerró el estómago. Aun así se obligó a comer, pues no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad, y no sería buen ejemplo para sus hombres que el inspector jefe anduviera desmayándose de hambre por las esquinas. Concluido el refrigerio, Salazar se despidió de su amigo, le envió saludos a Nemesio y salió en dirección a la comisaría. Lo animaba la determinación de resolver por fin el asesinato más truculento al que se había enfrentado durante toda su carrera policial.

Capítulo 23.

En cuanto llegó a «San Miguel», Néstor pasó por su despacho y se preparó para interpelar a Max. Antes de subir a la sala de interrogatorios se aseguró de que Saavedra hubiera llegado. El abogado frunció el ceño cuando Salazar se presentó, al mismo tiempo que Huerta se echaba hacia atrás en la silla y lo miraba desafiante.

—Ya mis colegas me advirtieron acerca de usted y sus… triquiñuelas.

—¿Triquiñuelas? No sé de qué habla, licenciado. Yo solo me limito a hacer cumplir la Ley, que es mi trabajo.

—¿Y cómo le llamaría a todas las maniobras que empleó para evitar que le dieran la libertad a mi representado?

—Yo lo llamaría presentar las solicitudes de captura en la medida en que se descubrieron las evidencias que lo inculpaban.

—Haga lo que quiera, inspector. Al final no podrá impedir que los cargos contra mi cliente sean desestimados. Le recuerdo que tiene coartada para el crimen del que pretenden acusarlo.

—Ah, pero ¿no se han enterado?

Abogado y cliente intercambiaron una mirada de preocupación, al mismo tiempo que Max se enderezaba y prestaba atención.

—¿Enterarnos de qué?

—La coartada del señor Huerta se derrumbó como un pino noruego en Navidad —Max solo reaccionó con un rápido parpadeo—. Su compañero confesó el cambio de turnos y que usted le pagó para que él entregara el paquete y guardara silencio.

—Necesito hablar con mi cliente a solas.

—Lo hará, licenciado, lo hará, pero cuando aclaremos ciertos detalles. No podemos interrumpir el interrogatorio después de cada pregunta que le plantee al detenido. ¿Practica usted el tiro al blanco, señor Huerta?

—Supongo que si me lo pregunta es porque ya lo confirmó —Salazar permaneció inmutable, con lo cual Max se vio compelido a responder—. Sí, de hecho, en fechas recientes gané un campeonato de tiro en el club deportivo. Estoy seguro de que vio el trofeo en mi habitación.

—En efecto.

—Practicar el tiro al blanco no es un delito —intervino el abogado—. No prueba nada.

—Es cierto —reconoció el inspector—. Sin embargo, tenemos la ficha de inscripción del señor Huerta en ese concurso. La pistola que utilizó fue una *Beretta*, y el número de serie corresponde al arma que se usó en el crimen.

El abogado retuvo el aire por algunos segundos, aunque se recuperó de inmediato.

—Eso tampoco significa nada —afirmó con un ligero temblor en la voz, que delataba su inseguridad.

—El señor Acosta me prestó su arma porque me consideraba como un hijo más —dijo Huerta con seguridad—. Que usara el arma para concursar no significa que la empleara en un homicidio.

—Solo implica que usted tuvo el arma en su poder antes del crimen. ¿Tiene alguna prueba que demuestre que se la devolvió a su dueño? —Max guardó un silencio expectante—. Ya lo suponía. Así que lo tenemos a usted, que además de carecer de coartada nos mintió acerca de ella. A eso hay que sumar que tuvo acceso al arma homicida antes del crimen.

—Mentí sobre la coartada porque tuve una cita con una chica que no era mi prometida, y no quería que ella se enterara —argumentó Huerta—. Mi compañero debió decírselo cuando confesó que cambiamos turnos.

—Por supuesto que nos lo dijo, porque fue la historia que usted le contó, pero eso no prueba que fuera verdad. Tal vez le creería si nos proporciona el nombre de la dama con quién engañó a su novia.

Max se quedó en silencio por unos instantes. El abogado le lanzó una mirada de desesperación. Toda su seguridad se había ido al garete. Néstor esperó con paciencia la respuesta, aunque ya la adivinaba.

—Déjenla fuera de esto. Es una mujer casada, así que no puedo comprometerla.

—Era previsible —respondió Salazar—, pero eso no es lo único que tiene que explicar, señor Huerta.

—Reconózcalo, inspector —interrumpió el abogado—. No tiene nada contra mi defendido. No hay ningún motivo para que mi cliente hubiera cometido ese crimen. Y usted lo sabe.

—Ya tocaremos ese punto más adelante —dijo Néstor—. Volvamos a hablar del señor Daniel Rojas.

Saavedra recuperó el aplomo que perdió durante la entrevista.

—Ya quedó claro en el interrogatorio anterior, que el señor Rojas perdió el contacto con mi cliente desde que salieron del instituto, y que ustedes no pueden probar ninguna relación reciente entre ambos.

—Ha pasado mucha agua bajo el puente desde entonces, abogado. Señor Huerta, ¿visitaba usted a la madre del señor Rojas?

—No… Eh, en ocasiones… —balbució Max.

—Según la señora Roldana Ávila, vecina de la señora Rojas, Dora recibía con frecuencia la visita de su hijo.

—¿Adónde quiere llegar, inspector? —intervino el abogado.

—Roldana realizó un retrato hablado de Daniel Rojas. Ese retrato nos ayudó a identificarlo a usted, señor Huerta. ¿Puede explicarlo?

Max sonrió y volvió a echarse atrás en el asiento.

—¿Eso es todo lo que tiene contra mí, inspector? Porque hay una explicación muy sencilla. Daniel y yo nos parecemos mucho. Siendo niños, cuando nos veían juntos creían que éramos hermanos.

—Y un retrato hablado no es un documento de identificación que ningún juez vaya a aceptar —intervino Saavedra, al ver su oportunidad.

Salazar se quedó en silencio por unos momentos. Parecía que Huerta y su abogado habían recuperado el control de la situación, pero Néstor no estaba dispuesto a ponérselos tan fácil.

—Ambos tienen razón. Un retrato hablado solo es una referencia y nunca un documento probatorio. También comprobé por mis propios medios lo que usted afirma, señor Huerta. De hecho, hablé esta mañana con el licenciado Adriano Garza, el director del instituto donde ambos cursaron estudios, y él me confirmó sus palabras: que ambos tenían un notable parecido físico, al punto que todos los tomaban por hermanos… —Max soltó el aire que había retenido sin ser consciente de ello—. Eso me hizo pensar… Bien, tengo dos sospechosos: Daniel Rojas, quien se encuentra desaparecido tenía el motivo, pero nadie lo ha visto en años. Por otro lado, Max Huerta tuvo la oportunidad y los medios, pero ningún motivo. ¿Y si se

tratara de la misma persona? Mi error fue empeñarme en la idea de que usted fuera Daniel Rojas con una documentación falsa…

—¡Qué tontería! —exclamó Max—. Existen docenas de personas que conocieron a Daniel.

—Interesante tiempo verbal, señor Huerta. Usted acaba de usar el término «conocieron» y no «conocen». ¿Puede explicarme por qué? —preguntó Néstor, ladeando la cabeza y con expresión de lerda ingenuidad. Esa la tenía bien ensayada con Paca y era una de sus favoritas.

—Me refiero a personas que nos conocieron a ambos —se apresuró a explicar Max, con un atropello de palabras.

—Comprendo. ¿Y no será más bien que nadie puede conocer al señor Daniel Rojas porque ya no está en este mundo?

—Usted desvaría…

—Tal vez, pero volvamos atrás. Cuando me detuve a pensar acerca de ello; dos hombres, uno desaparecido, uno con motivos, el otro con oportunidad. Entonces fue así —dijo el inspector con un chasqueo de los dedos—. La solución era evidente: suplantación de personalidad.

—¿De qué está hablando?

—No fue fácil, pero después de algunas llamadas telefónicas, esta mañana conseguí que el juez nos proporcionara una orden para que el señor Garza nos entregara los expedientes de usted y su amigo. Gracias a un oficial de esta comisaría que es forofo de la velocidad, los expertos del laboratorio de la Policía Científica dispusieron muy temprano de las fotografías de esos documentos. A petición mía se compararon ambos retratos con los del expediente de su arresto. ¿Adivina el resultado, señor Huerta?

Max palideció.

—No diré una palabra más —balbució después de unos segundos.

—No hace falta. Yo se lo diré: gracias a un programa de comparación de rasgos, los peritos determinaron que la fotografía que le tomamos cuando lo detuvimos se corresponde con la imagen que aparece en el expediente de Daniel Rojas —El detenido fulminó a Néstor con la mirada, pero no dijo nada—. Ahora quiero que me diga qué hizo con el cuerpo del verdadero Maximiliano Huerta. Porque estoy seguro de que lo asesinó para apropiarse de su identidad.

El inspector y el falso Max se desafiaron con la mirada.

—Todo esto es absurdo, inspector —intervino el abogado—. Ningún juez creerá una historia tan rocambolesca como esta.

—Era una nulidad —dijo por fin el detenido. Saavedra enmudeció—. Todo el día detrás de mí, rogando por las migajas que le dejaba. No se perdió nada con su muerte.

—¿Dónde?

—Una sola puñalada. Fue muy fácil porque no se lo esperaba. Hice un sudario con sábanas y lo rellené con piedras. Luego lo llevé a la N-124 y lo tiré al Ebro.

Capítulo 24.

El abogado miraba a Daniel como si lo viera por primera vez. Era evidente que todo aquello lo tomaba por sorpresa. Néstor quiso sacar ventaja del despliegue de sinceridad del detenido. Decidió inflarle un poco el ego.

—Así que aprovechó su confianza para apuñalarlo cuando menos se lo esperaba y suplantar su identidad. Debo reconocer que fue muy astuto y que consiguió confundirnos. Supongo que ya tenía en mente vengarse de su familia.

Rojas apretó los puños y habló entre dientes.

—Toda mi vida, óigalo bien, toda mi vida esperé por una pizca de atención del hombre que era mi padre… Yo era un estudiante brillante, el mejor en todos los deportes que practicaba, el líder allí donde llegaba. Valía mucho más que todos los Vukovic juntos, y ¿qué conseguía con todo eso? Indiferencia, desprecio. Goran Vukovic ni siquiera aceptaba que alguien mencionara mi nombre. Y aun así, ella seguía encamándose con él.

—Se refiere a su madre, por supuesto.

—¿A quién más? Cuando era un chiquillo me acostaba todas las noches con la esperanza de que mi padre se presentara al día siguiente y nos sacara de aquel agujero de miseria, hasta que supe de quién se trataba y comprendí que él mismo nos había metido allí.

—¿Cuándo descubrió la identidad de su padre?

—Cuando estaba en el instituto. Había decidido abandonar los estudios para salir en busca de mi padre. Mi madre se horrorizó ante la idea y me lo confesó todo.

—¿Todo?

—Todo. Dijo que temía por mí si me acercaba a él, y quiso prevenirme. Entonces supe quién era Goran Vukovic y también cuánto nos parecíamos.

—¿A qué se refiere?

—Ninguno de sus hijos «legales» era como él. Solo yo —afirmó el detenido con orgullo—. Todos eran unos pusilánimes. Simón con su fingida dignidad, Carolina con su comodidad y David, un miserable adicto. Yo era el único del que hubiera podido sentirse orgulloso, y sin embargo me despreciaba. ¿Y por qué? Por unas circunstancias de nacimiento que en realidad eran su culpa. A partir de ese momento lo odié. A él y a todos sus vástagos. Y juré vengarme. Yo sería *Osvetnik*, el vengador de todas las humillaciones y desprecios que sufrí.

—¿Por qué asesinó a Diana y sus hermanastros? Lo más probable es que ellos ni siquiera supieran de su existencia.

—Porque ellos disfrutaban de aquello que Goran siempre me negó. Ellos vivían en la opulencia, mientras yo me revolcaba en la miseria.

—¿Y su madre? ¿Por qué?

—¿Sabe que esa zorra continuaba encamándose con Vukovic? Sin importar la forma en que me trataba, ella seguía viéndose con él. Descubrirlo me asqueó.

—¿Cómo se enteró?

—Un día la seguí hasta la cabaña. Una cabaña que hasta ese momento no sabía que existía. Cuando comprobé que se reunían allí, me marché a casa y la esperé en mi habitación. Ella llegó, como si viniera de la compra, preparó la cena y se sentó a comer. Entonces le eché en cara lo que había descubierto. Ni siquiera se molestó en negarlo. Me dijo que amaba a ese malnacido. Me rogó que la comprendiera.

—¿Qué hizo entonces?

—Todavía tenía la *Beretta* que Goran me prestó para el concurso. Tiene gracia. Cuando creía que podía ser su yerno me quería como a un hijo, pero como su verdadero descendiente, me despreciaba.

—¿Qué pasó cuando su madre le confesó su relación con Goran? —lo centró el inspector.

—La arrastré de vuelta a la cabaña amenazándola con el arma. Ella lloraba y suplicaba… Seguro que nunca lo hizo por mí. Cuando llegamos cogí una cuerda del jardín, se la puse al cuello y apreté… Lo hice hasta que dejó de defenderse y su cuerpo quedó flácido.

—Entonces confiesa que asesinó a su propia madre a sangre fría —puntualizó Salazar.

—Asesiné a la zorra que me parió.

—Luego la enterró en el jardín de la cabaña.

—Era perfecto… Nadie la encontraría allí. Y como siempre hablaba de regresar a casa, a Serbia, si alguien notaba su desaparición pensarían que se había marchado.

—¿Cuándo decidió matar a los Vukovic?

—Me había acercado a ellos por curiosidad. Quería conocerlos. Cuando lo hice comprendí que todos juntos no valían ni la mitad que yo.

—Así que cuando se hizo novio de Carolina no tenía intenciones de matarlos.

—Lo decidí cuando supe que Goran y mi madre todavía eran amantes. Todos se habían burlado de mí y pagarían por ello.

—Continúe.

—Cuando llamé a Goran para comentarle que conseguí el primer premio por el concurso de tiro se sintió tan orgulloso, que me invitó al cumpleaños de su mujer. Le dije que acudiría y que aprovecharía la visita para devolverle la *Beretta*. Fue lo que hice, solo que no de la forma en que él esperaba.

Néstor miró a Saavedra. El pobre hombre estaba más blanco que un oso polar. Salazar también tenía suficiente, se levantó y salió de la habitación. La confesión de Daniel Rojas estaba grabada y el caso cerrado. Con todas las evidencias que tenían, al asesino le esperaba una larga temporada en prisión y si el inspector no se equivocaba, sería en una penitenciaría psiquiátrica. Ahora lo primero que debían hacer era rescatar el cadáver de Huerta del fondo del Ebro, y para eso necesitarían ayuda.

Después de que informó a Santiago acerca de los últimos avances sobre la investigación, y le mostró la grabación del interrogatorio de Daniel Rojas, el comisario se encargó de solicitar un equipo de rescate a la Jefatura Superior.

—Bien, un problema menos —afirmó Ortiz, al mismo tiempo que colgaba el teléfono—. Supongo que con esto será suficiente para conseguir una condena contra el hijo de Vesna. Debo reconocer que este caso me eriza la piel. El malnacido asesinó a su mejor amigo, a su madre, a su padre, su madrastra y hermanastros...

—Si lo piensas bien es desconcertante: Goran era un asesino sin escrúpulos y murió a manos del hijo que más se le parecía.

—En cualquier caso, me alegra saber que pudimos retirarlo de la circulación.

Néstor no podía estar más de acuerdo con su hermano. Con un suspiro cambió de tema.

—Y a ti, ¿cómo te fue con Vanegas?

—Otro sujeto despreciable. Cuando se vio confrontado con las evidencias también confesó: Siempre acarició la fantasía de poseer su propio harem. ¿Puedes creerlo? Dice que lo pone tener el control de la dominación absoluta sobre su pareja sexual. Para él, esas chicas solo eran objetos de placer.

—¿Desde hace cuánto tiempo secuestraba mujeres?

—Desde que desmantelaron la red de narcotráfico y encontraron la cabaña. Solicitó las llaves al depósito de pruebas con la excusa de que las necesitaba para la investigación, las copió y devolvió las originales. Lo demás, ya lo puedes imaginar. Por cierto, Científica encontró las bolsas de la compra en otra de las habitaciones; la que Vanegas utilizaba como cuarto de vigilancia.

—Así que además era voyerista.

—Ya ves. Aprovechó al máximo las instalaciones que dejaron los anteriores propietarios. Según él, al principio solo encerraba prostitutas, pues eran más vulnerables y nadie se preocupaba mucho por sus desapariciones. Tal vez el proxeneta las buscaba por unos días, pero al final llegaba a la conclusión de que habían huido y por supuesto, nunca denunciaba. Conforme pasó el tiempo y nadie sospechó fue ganando confianza, hasta que se atrevió con Urrutia.

—¿De cuántas víctimas hablamos?

—Adelina fue la tercera prostituta que secuestró. Las dos anteriores fallecieron por las condiciones insalubres del encierro.

—¿Cómo eligió a Urrutia?

—La detuvo con la excusa de llevar a cabo un procedimiento policial, la dominó y la llevó a la cabaña, donde la encerró con Ornelas. Unos días después ocurrió la trifulca en la que se vieron involucrados Munguía y Fajardo. Cuando los chicos salieron, después de pasar la noche en la comisaría, los esperó en la calle y los amenazó a punta de pistola para que subieran a su coche. Después que los tuvo a su merced…

—Asesinó a Damián y secuestró a Verónica.

—Así es. Al igual que las víctimas anteriores, Urrutia enfermó y al no recibir la atención médica que necesitaba, murió. El mismo destino le esperaba a Fajardo si no la hubieras encontrado a tiempo.

—¿Tienes noticias acerca de cómo se encuentran ella y Adelina?

—Verónica Fajardo sufre una infección respiratoria severa, pero con los cuidados apropiados se recuperará. En cuanto a Ornelas, esa chica es un muro de hormigón.

—Es un alivio que llegáramos a tiempo para salvarlas. Lamento no poder decir lo mismo de Gotxone, Damián y las otras chicas.

—Hiciste un buen trabajo, Néstor. No se puede pedir más.

Salazar asintió, tal vez fuera cierto lo que afirmaba Santiago, pero entonces, ¿por qué se sentía tan culpable?

Epílogo.

Al salir de la oficina del comisario, el inspector usó el Corsa para llegar hasta el puente de la N-124, que Daniel les señaló como el lugar donde se deshizo de su viejo amigo. No resultó sencillo recuperar el cuerpo, pues las corrientes lo habían arrastrado un par de kilómetros.

Con el cadáver del verdadero Maximiliano Huerta en la morgue y la confesión grabada del detenido, el defensor de Daniel lo tendría difícil. El abogado debió pensar lo mismo, pues al cabo de unas horas, Néstor recibió una comunicación: Saavedra renunciaba al caso con el argumento de que su cliente le mintió desde el principio.

Después de su confesión, Rojas asumió una actitud arrogante, como si se sintiera orgulloso de sus crímenes. Con todas las evidencias que tenían, eso solo le pondría las cosas más difíciles frente al juez.

Antes de regresar a la comisaría, Salazar pasó por el hospital, donde comprobó que Verónica y Adelina se recuperaban con rapidez. Sin lugar a dudas, el poder curativo de la libertad es sorprendente. Aprovechó que estaba allí para hacerle una visita a David. Se sintió satisfecho cuando comprobó que ya no había un guardia en la puerta. Los cargos contra el chico Acosta fueron retirados en cuanto se demostró quién era el verdadero asesino.

Néstor llamó a la puerta y se asomó con cierta timidez. David se encontraba recostado en la cama y parecía concentrado en un televisor que no tenía volumen. Usó el mando a distancia para apagarlo en cuanto vio a Salazar. Lo recibió con una sonrisa triste.

—Inspector, me alegra verlo por aquí. Quería darle las gracias.

Salazar se acercó a la cama. David se veía relajado, había ganado algo de peso y no vio señales de los movimientos nerviosos que lo

caracterizaban.

—Supongo que ya sabes las noticias.

El joven asintió.

—El guardia de la puerta me lo dijo antes de marcharse… Que retiraron los cargos porque descubrieron que era Max… Le confieso que me tomó por sorpresa. Nunca lo hubiera considerado sospechoso…

—Supo ocultarse a la vista.

—Lo que no comprendo es por qué.

Néstor suspiró. ¿Debía contarle al joven Acosta la verdad? Toda la vida del chico había sido una mentira, comenzando por su nombre. El inspector comprendió que David merecía que alguien fuera honesto con él. En pocas semanas, Rojas sería juzgado y pese al sumario, muchos detalles se filtrarían a la prensa, así que el inspector cogió una silla, se sentó a la vera de la cama y le contó lo que sabía.

Pese a que la palidez de Acosta se hizo evidente en la medida en que Salazar hablaba, el chico conservó la calma hasta que el policía terminó su exposición. Entonces tomó la palabra.

—Eso explica muchas cosas, inspector.

—Supongo que no debe ser fácil para ti enterarte de todo esto —reconoció Salazar—, pero tienes una oportunidad de recuperar tu vida.

—Supongo que se refiere a mi adicción —el silencio de Néstor fue más expresivo que cualquier respuesta—. Debo confesarle que comencé a consumir como una forma de desafiar a mi padre y evadirme de lo que me rodeaba. Creí que podría controlarlo, pero cuando quise darme cuenta, la droga se había apoderado de mi vida. Solo me interesaba conseguir la siguiente dosis.

—¿Y ahora?

—Me gustaría decirle que lo he superado, pero la verdad es que estoy muy lejos de conseguirlo —confesó Acosta—. Sin embargo, aquí me han ayudado mucho, al punto que comprendí que debo hacer lo posible para librarme de la tiranía de mi dependencia. Acepté incorporarme a un programa de desintoxicación que me propusieron los doctores. Sé que no será fácil, pero creo que valdrá la pena.

—Desde luego que sí —afirmó Salazar con una sonrisa, esta vez honesta—. Me alegra que quieras recuperar tu vida, David.

—Si tengo una vida que recuperar es gracias a usted, inspector. Fue el único que me creyó desde el principio y se esforzó en demostrar mi

inocencia.

Salazar se sonrojó.

—Solo hice mi trabajo lo mejor que pude.

El inspector se despidió del joven Acosta con un apretón de manos y los mejores deseos por su pronta recuperación. David le juró que en él siempre tendría un amigo.

Satisfecho por el encuentro, Néstor regresó a «San Miguel». Durante el resto del día cotejó pruebas, escribió informes y rellenó planillas para completar el cierre de ambos casos. Mientras se ocupaba del trabajo burocrático recibió una llamada de Souza, que lo invitaba a una copa. Acordó un encuentro con él en «La Callecita». Era noche cerrada cuando Salazar dio por concluida la jornada y salió de la comisaría.

El frío lo acompañó durante todo el recorrido. Las calles estaban desiertas y una bruma pegajosa hacía más impenetrable la oscuridad. Pese a la satisfacción por haber cerrado con éxito ambos casos, el ambiente resultaba acorde con el ánimo del inspector. La ausencia de incógnitas por resolver lo dejaba indefenso ante su realidad: había perdido a Sofía. Cuanto antes lo aceptara, sería mejor para todos.

Una congoja le atenazó el pecho y la garganta. Las actividades del día le permitieron soslayar su crisis sentimental, pero ahora la realidad volvía para golpearlo con mayor ímpetu. Con el ánimo por el suelo llegó hasta el bar de Gyula. Hubiera querido pasar de largo, pero no podía dejar plantado a su colega.

Cuando entró, la luz, el calor, las voces y el ambiente reconfortaron un poco su ánimo. Detrás de la barra estaba su amigo dándole conversación a Souza, quien ya debía tener algunos chupitos entre pecho y espalda por la forma en que gesticulaba y el volumen de su voz.

—¡Pero si ya tenemos aquí al genio de «San Miguel»! Yo que te digo, Gyula, que este chico es un portento. Anda, sírvele una copa que yo pago la ronda.

—¿Lo de siempre, Néstor? —preguntó el tabernero.

Salazar asintió.

—Veo que comenzaste sin mí, Anselmo.

—Tengo buenos motivos para celebrar. Gracias a don Braulio y a ti, los hemos pillado a todos.

—¿Desmantelasteis la red?

—¿Qué si la desmantelamos? Cayeron uno tras otro como fichas de dominó. Llegamos hasta los jefes que operaban desde el este de Europa. Interpol se está dando un banquete esta noche.

—Me alegra mucho saberlo. Entonces el Lagartija y la Gripe...

—Pasarán muchos años antes de que vuelvan a la calle y para entonces ya no podrán hacerle daño a nadie. «Servicios sociales» se encargará de las chicas que rescatasteis y de las que encontramos en tres locales más de la zona, donde las tenían recluidas. Esta red al menos, no volverá a destrozar la vida de ninguna jovencita.

—Pues me das una alegría.

—Y todo gracias a ti —reiteró Souza con la voz un poco gangosa.

—En esto don Braulio tiene más mérito que yo.

—Para ti la perra gorda. No me olvidé de él. Lo dejé muy claro en los informes. Hablé con un periodista que va a cubrir el caso. Me prometió que recordaría mencionarlo. Creo que nuestro amigo va a recibir más clientes a partir de ahora.

—Eso también me satisface —dijo Néstor, mientras se tomaba un sorbo de sidra bajo la mirada reprobadora de Gyula, quien consideraba que semejantes noticias había que celebrarlas con vino. Sobre todo si eras jarrero.

Souza no dejó que Salazar se marchara hasta que él mismo casi no pudo tenerse en pie, y Gyula tuvo que ponerlo en un taxi que lo llevara hasta su casa. Eran más de las once cuando Salazar por fin llegó a la buhardilla. Desde el descansillo escuchó el timbre del teléfono fijo. Se sorprendió por la hora y porque ya casi nadie se comunicaba con él a través de esa extensión. El móvil resultaba mucho más práctico para localizarlo. Se dio prisa en abrir y corrió a levantar el auricular, bajo la mirada sorprendida de Paca que no comprendía semejantes comportamientos. Ni que el teléfono se pudiera comer. Ella ya lo había intentado, y no. Era definitivo, los humanos no eran coherentes, o al menos el suyo no lo era.

La voz de Sofía al otro lado de la línea dolió más de lo que esperaba.

—¡Néstor! Ya pensaba que no estabas en casa.

—Estoy entrando.

—¿Fue un día difícil?

—Ni lo imaginas. Cerramos el caso Acosta y encontramos a Verónica… —Salazar iba a contarle los detalles, pero lo invadió un profundo desgano que lo obligó a callar.

Sofía esperó unos segundos, pero al ver que él guardaba silencio, decidió no forzar la situación.

—¡Enhorabuena! Debes estar agotado. Ya me lo contarás después.

—Sí, después… ¿Cómo estás tú?

—Bien. Estamos en una fase de entrenamiento, pero es mejor de lo que esperaba.

—Me alegro por ti.

—Te llamo porque todavía no encuentran al segundo al mando, y ese es un trabajo perfecto para ti. Sé que lo harías genial… Creí que tal vez podrías reconsiderar…

—Sofía, te lo agradezco, pero no. Así, no. No me sentiría bien al solicitar un cargo de semejante responsabilidad por motivos personales. No sería profesional. En especial si quienes dirigen el grupo no han pensado en mí.

La subinspectora guardó silencio por algunos segundos. Sus esperanzas de que la nostalgia de la separación hiciera cambiar de opinión a Néstor acababan de irse por el desaguadero.

—Lo nuestro no tiene por qué terminar así.

—Lo nuestro ya terminó, Sofía. Fue grandioso mientras duró, pero nuestros caminos se separaron. Cada uno debe asumirlo y continuar con su vida.

—Te extraño.

—Yo también a ti, pero eso no es suficiente… No tenemos un proyecto de vida en común. Ni siquiera similar. No funcionaría.

—¿Todavía puedo considerarte mi amigo?

—Por supuesto. Y también contar conmigo para lo que me necesites.

—Lamento que terminara.

—Yo también.

—Adiós, Néstor. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Salazar no pudo escuchar su despedida pues se había apresurado a colgar el auricular antes de que ella se diera cuenta de que él no podía contener el llanto. Néstor se sentó en el sofá y dio rienda suelta a su dolor. Mientras se desahogaba, Paca se acurrucó en su regazo, lo miró confundida y maulló hasta que él no tuvo más remedio que prestarle atención.

El inspector acarició el lomo de la gata, quien frotó la cabeza contra el cuerpo de su humano. Aunque no sabía lo que le ocurría, sentía que no era

bueno. Después de unos minutos, Salazar recuperó el control de sus emociones, acarició a su gata detrás de las orejas y la dejó en su cesta.

Néstor se limpió las lágrimas con las manos, se encaminó hacia la puerta y salió de la buhardilla. Con la mente obnubilada por las emociones, sus pasos lo llevaron de vuelta hasta «La Callecita». Allí le pidió a Chicho que le prestara la guitarra, subió a la pequeña tarima y sin decir palabra comenzó a tocar. Escuchó los primeros aplausos cuando concluyó la tonada, entonces levantó la mirada, y en el umbral vio a Valentina en su uniforme de la Guardia Civil.

Nota de autor:

Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta, o recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, puedes seguirme en *Goodreads*. Me complacerá mucho poder responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias.

OTROS LIBROS DE ESTE AUTOR:

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

http://milibro.link/B078XH916T

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):

http://milibro.link/B07BFXMWDM

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03):

http://milibro.link/B07FLF3H7K

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de los acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.

Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04):

http://milibro.link/B07L9JL57C

Mientras *Haro* se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un **triple homicidio** para que parezca un **accidente** dispara todas las alarmas, dando inicio a un despliegue de actividad por parte de todo el equipo. Deben resolverlo deprisa, porque *de ello depende la salvación de muchos inocentes*. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un *acontecimiento inesperado* que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.

Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al *entrañable inspector*. La historia además de *intriga* proporcionará *emociones* a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05):

http://milibro.link/B07RHFN91C

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un

oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01):

http://milibro.link/B07X4JBW6R

Josh Bradbury, detective en el Estado de Florida, atraviesa por una crisis cuando por coincidencia descubre una verdad desconcertante que lo afecta en forma directa. Solicita traslado a Nueva York, donde se encuentra con la mayor sorpresa de su vida. Además, el mismo día de su llegada **descubren el cuerpo de una joven que ha sido violada y asesinada** en un parque. Es el primero de una **serie de homicidios** que sembrarán el miedo en la ciudad. La relación entre las víctimas es desconocida, salvo que se trata de mujeres jóvenes violadas y asesinadas por asfixia y que todas han sido encontradas en parques de Nueva York. Josh se ocupa del caso junto con *Cody Ryan*, un respetado detective de Brooklyn. Al mismo tiempo, debe convencer a su compañero de investigar un suceso acaecido mucho tiempo atrás que les concierne a ambos, mientras **un poderoso criminal pone precio a sus cabezas**.

Una historia que mantiene la intriga desde el principio, aumentando según se acerca a un desenlace inesperado.

MUERTE EN EL PARAÍSO:

http://milibro.link/B0763CF7XJ

María muere apuñalada en el lugar más seguro del mundo: la isla privada de *Antonio Abelard*. **Argus del Bosque**, un talentoso comisario de la Policía Nacional, recibe la orden de encargarse de la investigación. El crimen tiene un **carácter ritual**, lo que despierta el temor en la familia Abelard de que se trate de una secta que ya actuó contra ellos en el pasado. El destino de la joven acaba con la tranquilidad de todos los habitantes de la isla. Argus debe resolver el misterio para que *Marañón* vuelva a ser un refugio seguro, pero conseguir su objetivo significará enfrentarse a intrigas, prejuicios, testigos hostiles, fuerzas naturales, y un asesino que está dispuesto a todo para evitar que lo descubran. Incluso a volver a matar.

Durante la investigación, Argus **volverá a encontrar el amor** y se enfrentará a fantasmas que ya creía olvidados, pero que irrumpirán en su vida para seducirlo y atormentarlo por igual. Después de su paso por Marañón no volverá a ser el mismo, **si consigue salir con vida**...

LOS PECADOS DEL PADRE:

http://milibro.link/B079F3S42C

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…